NUMERO EXTRAORDINARIO

Mundo Uruguayo

ILUSTRACION SEMANAL | Año VII | Montevideo, Enero 1.º de 1925 | Núm. 312 | 15 CENTESIMOS EL EJEMPLAR



-TRIVELLI-

FELIZ AÑO NUEVO

Semanario Ilustrado
Aparece todos los jueves
Editado por la Agencia «Publicidad»
Capurro y C.ª
Calle Juan C. Gómez 1386 — Montevideo

Mundo Uruguayo

Precio del ejem. $ 0.07
Precio de suscripción anual . . $ 3.00 oro
En el extranj. suscrip. anual . . $ 5.60 oro

Año VII — Montevideo, Enero 1.° de 1925 — Núm. 312.

El año que muere y el año que nace

MUNDO URUGUAYO, con el presente número dá término a su sexto año de vida y se dispone a transponer un nuevo año de su existencia próspera. Ha cumplido, dentro de las actividades periodísticas del ambiente, una misión ilustrativa, esmerándose por presentar, a la consideración de sus numerosos lectores, todo aquello que gráfica o literariamente pudiera tener un interés o reflejara una actividad sana del medio nacional. Ha seguido, paso a paso, las palpitaciones y anhelos del país, sus progresos, durante todo el año, con el apoyo caluroso del pueblo que nunca le ha negado su concurso y con el del comercio e industrias que aprovecharon la enorme difusión de esta Revista para insertar sus anuncios en sus páginas.

Surgieron a la vida nacional en las postrimerías del año que termina para acompañarnos en la obra de difusión de nuestra cultura, otros semanarios gráficos, animados de generosos propósitos de hacer obra patriótica acogiendo en sus páginas todo lo que constituya una palpitación del alma colectiva del Uruguay. MUNDO URUGUAYO no por eso dejará de constituir el primer esfuerzo victorioso en el sentido de dotar al país de una revista semanal ilustrada y de seguir ocupando, por su enorme difusión, un lugar preferente entre los demás órganos de publicidad de este territorio que en esta faz de su desenvolvimiento intelectual luchó siempre con obstáculos e inconvenientes invencibles.

—

El año que termina se ha caracterizado por la poca actividad política desarrollada por los grandes partidos que dividen la opinión pública. Fué, podríamos decir, una excepción, ya que de acuerdo con los principios de la Carta Fundamental que rige los destinos patrios, pocos son los años en que no se conmueva el ambiente por un acto eleccionario para renovar parte de los Poderes Públicos. No obstante, el Parlamento elaboró una nueva Ley Electoral que es la que actualmente rige y que ha dado motivos para que todos los ciudadanos en edad de ejercer sus derechos cívicos, concurrieran a las mesas inscriptoras a renovar sus viejas balotas actualmente inservibles. La cifra de inscriptos fijada para que las elecciones futuras pudieran realizarse de acuerdo con la nueva Ley, fué sobrepasada con exceso, lo que pone en evidencia el interés del pueblo por el desarrollo de los acontecimientos políticos que tanta influencia pueden ejercer en la marcha progresista del país. En el transcurso del año que se inicia se pondrá a prueba la eficiencia de esta nueva Reforma Electoral que clausuró los Registros anteriores, maculados por el fraude y por la viveza política.

Pero si las actividades parlamentarias permitieron la sanción de una ley de esa naturaleza, no ocurrió lo mismo con el Presupuesto de la Nación que está aun dependiendo de la aprobación legislativa. De prórroga en prórroga, rige en la actualidad el mismo Presupuesto que regulara la marcha económica del país por muchos años, en otras épocas en las que no se habían incorporado al organismo nacional los nuevos resortes reclamados por su desenvolvimiento económico, cultural y administrativo.

La ausencia de un Presupuesto confeccionado de acuerdo con las exigencias y marcha del país, no fué óbice para que, después de más de un lustro de desequilibrio entre las entradas y salidas, se produjera un pequeño superavit, signo elocuente de la enorme vitalidad del Uruguay y del riguroso contralor administrativo ejercido en todos los gastos de la nación. La situación creada al mundo entero por la post guerra en el reajuste de todos sus valores económicos, afectó profundamente a nuestro país, por el menor valor de su materia prima exportable y por la disminución de los mercados de demanda. El pequeño superavit a que aludimos en renglones más arriba se debe al repunte de los impuestos como una lógica consecuencia de la normalización del mercado productor interno y del mejoramiento en los precios de la gran riqueza primaria del Uruguay: la ganadería. Las perspectivas económicas futuras son buenas y ellas permitrán, no lo dudamos, acelerar el progreso del país con la realización de grandes obras públicas reclamadas por el desenvolvimiento de la campaña y el crecimiento de sus principales núcleos de población.

—

En lo que se refiere a obras públicas, el año que termina no ha sido todo lo fecundo que hubiera sido de desear. A este respecto anotamos la iniciación de las obras de la Dársena Fluvial que ampliará la capacidad de nuestro Puerto, dando un atracadero cómodo y permanente a los vapores que hacen la carrera entre las dos grandes capitales del Plata. Se dió término también al gran puente sobre el río Santa Lucía que pone en rápida comunicación una extensa zona del Oeste con la capital nacional. En el orden Municipal, en lo que se relaciona con Montevideo, se mejoraron los paseos públicos, se inició el asfaltado de una buena parte de sus vías de tráfico urbano y se procedió al saneamiento de importantes barriadas que adolecían de esta indiscutible mejora edilicia.

Faltan muchas obras proyectadas por iniciarse. La electrificación del tranvía del Norte, la construcción de la red subterránea de teléfonos, la construcción del Palacio de Gobierno y Municipal, el edificio de la Aduana, nuevos depósitos aduaneros, gran dique de carena, escuelas públicas, muchas escuelas públicas que sustituyan los ruinosos edificios actuales de propiedad particular, en una palabra, obras de toda naturaleza e imprescindibles reclamadas por la marcha progresista del país.

Resuelta por el Consejo Nacional de Administración la construcción de parte de la red férrea nacional, formulamos votos porqué ella se inicie en el transcurso del año que se inicia, así como las obras que se vinculan al racional aprovechamiento de nuestra gran fuerza hidráulica.

El país es rico y al amparo de la paz y de las actividades de su ambiente, nada difícil sería que el nuevo año arrojara un saldo más favorable que el que termina, para la gran obra de mejoramiento y progreso nacional.

MUNDO URUGUAYO formula en ese sentido sus más fervientes votos.

"Mundo Uruguayo" y los canillitas

—

El aguinaldo que les ofrece

Nadie discute ya la gran circulación alcanzada por MUNDO URUGUAYO en sus seis años de vida, en todo el país. Afirmamos rotundamente que ninguna revista semanal ha logrado, hasta la fecha, tirajes tan crecidos como MUNDO URUGUAYO y tan hondo arraigo en el espíritu público.

En mucha parte, esa enorme difusión de nuestra revista comprobada semanalmente por multitud de personas, se debe al esfuerzo realizado por los canillitas el día de su salida y al entusiasmo que ponen en su venta.

Como reconocimiento a ese esfuerzo jamás atenuado por ninguna circunstancia y con el objeto de que los "canillitas" tengan también su aguinaldo en los días clásicos en que el que más el que menos, directa o indirectamente lo recibe, MUNDO URUGUAYO destina la suma de

CIENTO CINCUENTA PESOS

para ser distribuídos en la siguiente forma entre sus más entusiastas propagandistas.

Primer premio.	**$**	**50.00**
Cinco segundos premios	**"**	**10.00 c/u**
Diez terceros premios .	**"**	**5.00 c/u**

Todos los canillitas podrán participar de este aguinaldo, de acuerdo con su suerte. Al efecto a cada uno de ellos se le entregará un vale por cada cinco ejemplares que adquieran para la venta, vales que deben ser entregados a la "Agencia Publicidad" hasta el 4 del próximo Enero a la hora 18. Estos vales serán colocados en la vidriera de la Agencia a la vista del público y deben ser firmados por los interesados.

El sorteo se efectuará el día 5 de Enero a la hora 19 e intervendrá en la extracción un canillita con los ojos vendados, cantándose previamente la naturaleza del premio antes de procederse a la extracción.

En la forma expresada MUNDO URUGUAYO no olvida a quienes han hecho de esta publicación semanal la más difundida y de mayor circulación de todas las que actualmente se editan en el país.

El "Apiario Iris" de Rafael Celli, asociándose a esta iniciativa, ha donado para ser distribuídos entre los canillitas el día de la extracción, DOSCIENTAS bolsitas de sus exquisitos caramelos.

Al escondite...

El verano juega con nosotros al escondite. Sale el sol rubicundo y es saludado con risas amorosas por todos los friolentos de la vida, pero en cuanto nos hemos esponjado un poco a su cálido saludo, vuelve a ocultarse tras las blancas nubes y el turbión nos inunda, o nos hiela el señor Eolo con sus bufidos.

Las gasas, las sedas, las echarpes de tules y de encajes, salen y se retiran sucesivamente y nuestras bellas se asoman a las puertas del verano diciendo temerosas: "¿puede pasarse ya?".

No hemos bajado hasta las playas, pero nos imaginamos las carpas revoleteando como gaviotas que cambiasen de sitio para posarse un rato bajo el sol; se posan, se levantan, se estienden, se recogen y permanecen indecisas mirándose la pluma y preguntando como las damas al verano: "¿Cuando?".

Lo único que desearíamos saber es si el verano nos pagará después lo que nos debe y extenterá hasta el otoño su influencia, o si será como en las fiestas al aire libre, que si empieza a llover, se perdieron las entradas y la fiesta; y cuando tenga que venir el frío, llegará decididamente, aún cuando el calor haya venido retrasado y de mala manera.

Donde más se nota el brusco cambio del tiempo es en los sombreros de paja, pues los amigos que nos encontramos por la mañana con el sombrero veraniego, los volvemos a ver a mediodía con un fieltro peludo, o como un señor que vimos la otra tarde corriendo por la calle a través de la lluvia, con el sombrero de paja bajo el brazo y la cabeza al agua, que nos recordó un negro que una vez iba en la Habana en medio del turbión, calándose los huesos, con el sombrero nuevo también bajo del brazo, y al preguntarle porque se iba mojando, contestó sincero: "Es que la cabeza es de mi amo, pero el sombrero me lo hé comprado yo...."

UNO QUE NO SABE NADAR

—¡Mi sargento! — gritó un soldado la primera vez que su compañía iba a los baños. No sé nadar, y si me echo al agua me ahogaré.

—¡Presto al agua! — intimó el superior — y si no sabe nadar váyase al fondo y espere allí la orden de salida.

Una hora en los jardines del Uruguay

LA FLOR DE HOY

Muchas almas que alientan la Institución de "La Bonne Garde"

Si el amor es poesía, nada más poético que el amor al niño ajeno, que sin atraernos por el llamamiento de la sangre, ni por la obligación del parentesco nos lleva hasta él por la sola atracción de su poder espiritual y sujeta nuestras almas con lazos de debilidad y de impotencia, doblando como a una débil pluma, la dura fortaleza de los mayores egoísmos.

¿Qué más belleza, que más poesía, que más lirismo, que el asunto que hoy mueve mi pluma, más tierno y conmovedor que todos los cuadros y todas las poesías que puedan interesar a los más inspirados artistas, poniendo a contribución sus talentos para contarnos cosas interesantes de Navidades? Mi pluma romántica, mi pluma idealista, mi pluma azul que gusta de mojarse en tintas de arco-iris, para escribir de versos, de jardines, de mujeres hermosas y de almas buenas, hoy escribe sola, saltando entre mis dedos, crepitante, como si la impulsara el espíritu ardiente y luminoso de la Diosa del Bien y la Verdad!

Una tarde honrábame yo hablando de muchas cosas grandes, y altas y anchas, con la poetisa Luisa Luisi. Hablabamos de esta pobre humanidad tan mezclada de impulsos diversos, dominada por el Bien y el Mal y luchando entre estos polos con ímpetus eternos, y entonces la poetisa, comprendiendo mi anhelo de optimismo frente al exceptimismo que aniquila, me hizo montar en un automóvil diciéndome: "Voy a llevarla a un rinconcito de paz y de bondad". Y fué en la calle Lapido, 19, donde encontré el espectáculo maravilloso que deslumbró mi alma como la lumbrarada del magnesio, dejándome fotografiada para siempre esta obra que más parece ideada por almas angélicas, que por mujeres de sociedad elevada apartadas de toda miseria y aparentemente desconocedoras por tanto de los bajos fondos de la humanidad.

En ninguna población por mi visitada, había encontrado un derramamiento de bondad semejante a la Institución de "La Bonne Garde", y emocionada ante aquel espectáculo, creí ver en el centro de la casa como emblema y escudo, un círculo blando de alas de palomas, sosteniendo un corazón que amante se desangra.

Antes de fundarse esta Institución las desgraciadas víctimas del vicio o las pasiones, esas infelices mujeres que engañadas a veces por su primer amor, sienten los latidos de otro ser en su seno al que van a lanzar a la vida en medio del dolor y del oprobio, eran muchas veces echadas del hogar de sus padres o parientes, o de aquellas casas dónde prestaban sus servicios apenas conocida su falta, siendo ellas mismas en ocasiones, las que, avergonzadas de su caída, huían de sus hogares aterradas al pensar que iban a ser puestas en la picota del ludibrio por sus parientes y amistades. ¿Y dónde iban esas pobres criaturas? ¿En qué casas querrían admitirlas hasta que terminada la gravidez un alma nueva ingrese en el concierto de la vida? Hablando en general podemos decir que en ninguna parte. De aquí que fueran frecuentísimos y aun siguen siéndolo en otros lugares, los conatos de suicidio y los atentados contra las vidas de los inocentes frutos de una falta tal vez inesperada o llevada a ella por quien sabe que agentes inductores de hambre, de ignorancia o soledad...

Y que largos estos meses de espera e incertidumbre, que si son de dulcísima esperanza para las madres futuras del hijo del amor correspondido y compartido, son en cambio de desaliento ante las preocupaciones que aquella nueva vida trae consigo, de amargura por el desamparo en que la sociedad la deja y de angustia y desesperación quizá, ante el recuerdo hiriente de aquel hombre-serpiente, que con frases mentidas le envolvió los oídos, con vanas promesas le deslumbró el sentido y con un amor falso le turbó el corazón, abandonándola luego en la desgracia sin pensar más en aquella mujer que llora sus ilusiones y su dicha rota, con toda la visión febril de un porvenir de sombras, para la mujer que luego de esos meses dolientes, cuando conduciendo en sus brazos al fruto de su hora trágica, la lancen a la calle desde el asilo donde aquel vió la luz primera, no sabe hacia donde dirigirá sus débiles pisadas, ni a que puerto podrá llamar muy quedamente en medio de la noche de su alma, diciendo vergonzosa: ¡Tengo hambre!"... Y fué entonces ante ese problema social, cuando una mujer sentimental y pensadora — ¡amalgama sublime y deseable! — sintió el eléctrico botonazo de una inspiración y reuniendo a otras damas cuyos corazones abiertos estaban también para recibir el divino chispazo, les habló de una renovación de ideas, de un acercamiento de almas, de un desbordamiento de amor, encontrándose en ellas un eco tan potente, que se plasmó la obra milagrosa y se formó un hogar claro y radioso que en nada recuerda el Asilo ancestral de otras naciones, establecimientos aterradores para mi alma independiente, en que extiende en los aires una angustia tediosa, la campana avisando que ha llegado *la hora* de hablar, *la hora* de rezar, *la hora* de dar vueltas en hilera por los fríos y extensos patios enladrillados... ¡Oh! y cuanto ha sufrido mi espíritu enamorado del sol viendo a los asilados en otras partes recibiéndolo *a gotas* en horas fijas, como las medicinas! ¡cuánto he sufrido viéndolos sufrir el martirio del silencio, y reservando su ansia de charlar, para un momento dado, cuando por una hora lo permite la campana avisadora! Pero "La Bonne Garde" no es un asilo de normas rutinarias; "La Bonne Garde" es un hogar tibio, blanco y radiante, donde la idea de la próxima maternidad toma forma de sacerdocio, en que es altar la tierra florecida, lámparas votivas las luces de los astros y acólitos los espíritus luminosos, que protegen la Vida, con calor de corazones y amor *verdad*...

Fué en 1914 cuando la idea de la dama doña Hermenegilda Gavazzo de Lerena, fué puesta en práctica. A "La Bonne Garde" acuden las mujeres en estado de gravidez que lo solicitan, y allí son atendidas y confortadas de alma y de cuerpo, hasta que llega el momento en que deben ingresar en la Casa de Maternidad, donde son atendidas solamente los días precisos, volviendo luego bajo el techo acogedor de "La Bonne Garde" con su hijo en los brazos, para amamantarlo y aprender bajo la tutela de aquellas damas generosas como es la más alta gloria, la de sacrificar todas las cosas por la salud material y moral del hijo, cuyo porvenir depende en absoluto de la higiene con que defiende su cuerpecillo débil, y la educación con que encauza su almita candorosa.

Allí están, en aquel hogar protector, todo el tiempo necesario hasta determinar el acomodo conveniente, y de acuerdo con los gustos de ellas mismas, las nuevas madres, que en otras poblaciones, tienen que perseguir al transeunte pidiendo una limosna. Yo las he visto en Madrid, temblorosas de hambre y de frío, mal cubiertas con las ropas que sacaron de sus hogares, con los pequeños hijitos en los brazos implorando bajo los soportales: "Señor una limosna para este niño que se muere de hambre!" "Señora, unos centimitos para un poco de leche..!" y en los casos más favorables, recibir una moneda, que si acaso soluciona el problema del día deja abierta, como la boca negra de una fiera, la amenaza del hambre de mañana! Y morir tal vez sería lo de menos, pero vivir los dos, madre e hijo, en medio del hampa y de la miseria moral y material más espantosa; vivir saciándose las almas de amarguras y rumiando su odio a toda la humanidad, que recibe en su rostro la mirada de maldición guardada para el engañador, es preparar la tierra de las almas, con semilla de desesperación, para dar en el día de mañana, los frutos espantables de la prostitución y el anarquismo. Aquí he visto con mis ojos deslumbrados a aquellas muchachas, muchísimas de ellas niñas aún, llenas de optimismos y de esperanzas, porque se ven limpias, alimentadas y resguardadas por la seguridad de que un grupo de damas que hacen las veces de sus madres velan por ellas y su felicidad. Allí no hay reglas estrechas, ni horas extrañas para señalar los actos más sencillos; allí hay solo el horario y el orden que debe existir en toda casa honrada, en todo hogar feliz. La higiene, se administra y se usa por convicción de que la vida no vale nada si no es sana y limpia. El sol se toma a raudales siempre cuando se quiere y se desea, las flores del jardín se riegan, se cortan, se acarician... El césped sirve para sentarse y retozar... Y mis ojos cansados de recorrer lugares donde esas bellas cosas solo sirven de ornato y de recreo para la vista de los personajes que visitan el establecimiento el día señalado, se quedaron cegados de belleza, de verdadero amor, de verdadera y única caridad.... ¡Montevideo! Unico país donde una viajera que va derramando por la tierra predicaciones a los poderosos y lágrimas de impotencia y de dolor ante las humanas injusticias, ha descansado un día espiritualmente, ante seres desgraciados que no lo parecían, ante niños hermosos y cuidados y madres tranquilas y esperanzadas, bajo la mirada maternal de unas "santas laicas" que olvidadas de las comodidades de la tierra que pudieron poner a sus ojos un cendal de egoísmos, derrochan horas de sus días, sembrando amor y paz en unas vidas.

Tratan luego estas damas valerosas, de normalizar la situación civil de la madre y del hijo, pues sucede con frecuencia que el padre que en un principio se alejó con desamor de ellos, tal vez por egoísmo, tal vez por cobardía, o por temor quizá de que aquella mujer débil de alma, hundiera el nuevo hogar en el revueto mar del vicio y del escándalo, viendo que esta madre se impone el sacrificio de cuidar a su criatura, educándose ella al propio tiempo, siente levantarse en su alma el remordimiento y vuelve a ellos para darles un nombre y formar su hogar; pero si ese hombre no se acordase más de sus deberes, un "no importa" abnegado sale del fondo de La Bonne Garde y aquella mujer colocada en un trabajo asequible y siempre acompañada de su hijito, encauza su vivir, y si por alguna razón pierde el trabajo o la colocación no le conviene, ahí está La Bonne Garde que la recibe con los brazos abiertos como su propia casa.

Decidme, ¿habéis visto jamás cosa más grande que esta idea?

Las camas de las madres, con la cuna fingidora de "hamaca liliputiense", colgada al pie como un juguete que dejaron los Reyes Magos cuando pasaron; aquellos niños tan pequeñitos de todas castas, de todas razas, dejándose mecer en una atmósfera de alegría y de paz, al lado de sus madres me llenaron de una emoción intensa. Las madres reciben desde la hora de ingresar allí, sanos y fortalecedores consejos de moral verdad, dando clase de primera enseñanza, con una distinguida profesora que va dos veces a la semana, dedicando toda su voluntad educadora a la perfección moral de sus discípulas, quienes ávidas de sacudir la ignorancia, escuchan atentamente las lecciones, viéndose cuidadas hasta en el detalle más pequeño, por ejemplo este: La profesora va los jueves y los domingos. ¿Por qué los domingos?" — preguntamos. Porque las que están colocadas fuera yá de la casa, no pueden perder los beneficios de la educación" — me respondieron, y como los domingos los tienen libres, en lugar de marcharse por sitios de recreo, perniciosos tal vez, vienen aquí, y en el jardín, entre las flores y sus hijuelos reciben el sol de la cultura y del amor fraternal al mismo tiempo que el supremo sol de la naturaleza...!

Anexionada a La Bonne Garde está la llamada "Casita del niño", donde se les presta cuidados de todas clases a los que sus madres por cualquier motivo no pueden llevar consigo al trabajo, los cuales cumplidos los ocho años pasan de la calle Lapido a la de Cavia número 38, donde se sigue con ellos un sistema educativo familiar, que va moldeando poco a poco su corazón y su carácter, hasta que llegan a la edad conveniente de asistir a las escuelas del Estado, a donde se les envia, formando lazos de compañerismo con los demás niños que a ella concurren, y preparándose bajo el manto protector de La Bonne Garde para ser verdaderos buenos ciudadanos del porvenir, con almas sanas en cuerpos igualmente sanos y fuertes.

¿Con qué medios cuenta esta institución importantísima, para realizar fines tan enormes como alimentar, cuidar y vestir y calzar a más de setenta personas, con todos los derivantes que en los hogares se requiere? Una cantidad ínfima, que en muchos hogares de poderosos se gasta inútilmente en los superfluos accesorios de automóvil, perros de caza y caballos etc., etc.

La Asistencia Pública y el Patronato de Delincuentes y Menores, aportan cada uno doscientos pesos mensuales, y la contribución de los suscriptores que solo llega a 126 pesos, forman un total exiguo, que asombra pueda dar el milagroso resultado que se obtiene en las manos generosas de sus nobles administradoras.

Por eso consideramos justo el llamamiento a todos los ciudadanos del Uruguay para que den su ayuda para el sostenimiento de esta obra tan hermosa, verdadera valla contra las malas pasiones, ariete demoledor del odio de los míseros a los poderosos ¡no con la fuerza de las leyes opresoras! sino con la palanca más grande del amor y del consuelo, derramada en la forma material de educación redentora y protección del infortunio.

Venid conmigo todos aquellos que hayáis visto con el terror que yo, a esos hijos de nadie, arrojados a la Inclusa por unas madres medrosas, aterradas, abandonadas del cielo y de la tierra, que se desprenden de ellos como el que se arranca un sello de ignominia. Los habéis visto como yo los ví, a esos niños dolientes de las Inclusas mantenidas por el Estado, con los ojos rojizos de escasas pestañas; con caras de idiotez por la debilidad y por la falta de atenciones y amor; otros con la mirada hosca, de quien solo escuchó órdenes secas y mandatos autoritarios; otros como perritos anheladores de cariño, buscando refugio entre las manos del visitante, que muchas veces les deja con una caricia, una añoranza honda como una herida...

Recordaréis como yo, lectores, a aquellos niños de cabellos duros de las Inclusas, lavados de prisa con jabones perjudiciales, con las cabezas grandes y pálidas, balanceando sobre sus cuerpos, largos, lacios y

Continúa en la Pág. de Teatros.

"Mundo Uruguayo" formula sus más ardientes votos por la prosperidad de sus lectores y favorecedores en el año 1925.

Por que la Sra. Seeley Lawson Blake perdió a sus hijos

Tom Lawson, conocido por el sobrenombre de "El mago de Wall Street", es un tipo de los más populares de Estados Unidos, por las estupendas operaciones de Bolsa que ha realizado, las cuales le han colocado entre el grupo de los financistas más audaces y vivos de su país. Lawson ganó y perdió millones de un día para otro, hasta que por fin pegó un estallido siendo declarado en quiebra, y viéndose obligado a vender todas sus propiedades, automóviles y las magníficas obras de arte que había acumulado durantes sus años de riqueza, para dedicarse después, ya en la pobreza a un modesto negocio de corredor comisionista.

El famoso financista recibió el tremendo golpe con gran valor, lo mismo que su hijo Arnaldo, que heredaba el carácter de su padre, y que lo acompañó en su desgracia. Pero hubo un miembro de la familio para quien la pobreza fué en verdad una catástrofe: la esposa de Lawson, delicada flor de salón, que desde su infancia se había visto siempre rodeada de toda clase de lujos y que, después del derrumbe, encontró imposible pasar sin aquellas comodidades y acompañar a su esposo a la pequeña casita en el oscuro barrio de Boston donde éste reinició su vida.

Fué así que obtuvo el divorcio y se casó con Henry Blake, prominente figura social y financiera de Boston. Pero juzgando que los cuatro hijos de su matrimonio no tenían la culpa de las desgraciadas audacias de su padre, propuso a su nuevo esposo adoptarlos, y sustraerlos a la vida de privaciones que les esperaba con su padre, que entonces trabajaba a razón de cuarenta dólares semanales en una empresa.

Sin embargo, si Lucie esperaba tener éxito en su filantrópica idea, se llevó el mayor chasco de su vida ya que los cuatro hijos se negaron unánimemente a entrar en el hogar de Ms. Blake. Aquella actitud pareció tan extraña a la madre, que inmediatamente creyó que el padre había aconsejado a sus hijos en contra de ella. No podía imaginarse otra razón lógica, teniendo en cuenta la vida que llevaban, llena de privaciones y la que ella les ofrecía, pletórica de lujos y comodidades.

El despecho hizo que la señora Blake llevara el asunto a los tribunales, decidida a ver si un padre tenía derecho a interponerse de aquella manera en el porvenir de sus hijos. Se presentó, pues, ante el juez Fredrick Kosdich, pidiendo que se obligara a su ex-marido a entregarle sus hijos. Aquí recibió una nueva sorpresa, pues el juez contestó enérgicamente que juzbaba mucho más conveniente para las criaturas, la vida al lado de su padre.

Cuando los chicos comparecieron ante el juez, la madre sollozando, exclamó:

—¡Véales, señor juez!... ¡Ni siquiera están vestidos como debieran!

—No entiendo, señora — contestó el funcionario. — Creo que van decentemente vestidos.

Y cuando se enteró que el motivo principal del pedido de la señora Blake era el de dar a sus hijos una vida de comodidades y lujos supérfluos, que no eran necesarios interrogó a los cuatro y dictó su mencionada sentencia.

Como verdaderamente la señora Blake, quiere a sus hijos más que a nadie en el mundo, la decisión del juez fué un terrible golpe para ella. Ahora se ha dado cuenta de que todo su dinero no es suficiente para hacerla feliz y que sólo ha servido para alejarla aún más de sus hijos. Si su matrimonio con Blake fué un motivo para distraer a sus hijos de la pobreza, puede muy bien decirse que se ha hecho a si misma una jugarreta tan cruel como jamás se la podía haber imaginado.

Ahora ya resulta demasiado tarde para recuperar lo que más estimaba: el cariño y la compañía de sus hijos. Todo el oro del mundo no lo podría conseguir.

Esto dicen los periódicos norteamericanos del asunto de la señora Lawson Blake, nosotros agregaremos que la sentencia del juez tiene un doble valor de justicia. Entre dos caminos, ha consentido que los hijos de este matrimonio siguieran aquel en el que el amor no podría pervertirse con el lujo y las preocupaciones más supérfluas de la vida mundanal.

La vista genial magnifica lo pequeño. La heróica acción de un solo hombre, puede realzar a todo un pueblo.

Marden.

Quien lograra cultivar dos espigas de trigo y dos breznas de hierba en el paraje donde hasta entonces pudo crecer solo una, merecería mayor gratitud de la humanidad y prestaría a su pais más valioso concurso, que todos los políticos juntos.

Swift.



(Apuntes españoles)

La inquilina del cuarto bajo salió al portal a despedir a un hombre recio y moreno, de chaquetilla corta y sombrero ancho. "¡Adiós, mi alma!" — le dijo con voz ronca — "que tengas suerte esta tarde y que no olvides el camino *pa* verme...!".

El le contestó un "¡Descuida Perla!" — y diciéndole adiós con la mano salió taconeando.

La Perla quedó en mitad del portal viéndolo cruzar la acera, y su figura se recortó en el vano de la puerta. Esbelta, la vaporosa bata blanca, escotada y rodeada de encajes, convertía en alta(su figura de mediana estatura y bien proporcionada. A su gracioso rostro de facciones irregulares y grandes ojos negros lo afeaba el llamativo colorete y el excesivo carbón de sus ojeras. El pelo negro caía revuelto sobre la espalda sujeto por un lazo rojo y unas zapatillas de tafilete del mismo color, aprisionaban sus pies sin medias.

Cuando se retiraba ya, entró en el portal la vecina del tercero que venía de Misa. Bajita, menuda y delicada, tenía el aspecto de una religiosa sin hábito, aunque su traje negro, de lana y liso, casi lo parecía. El rostro pálido estaba carente de polvos ni afeites, y el pelo rubio, flojo y sedoso, se agrupaba en la nuca en un moño sencillo y sin peinetas. La mantilla de tul caíale en ondas sobre la tersa frente de Madonna, y en las manos enguantadas y finas, dos libros y un rosario se guarecían.

Al ver a la mujerona hizo un mohín de repugnancia y recogiéndose un poquito el vestido pasó sin mirarla pegada a la pared.

—"¡Cuidado con la pintura!" — exclamó la del cuarto bajo con su voz aguardentosa" — Es que cree usted que el colorete se me destiñe, y me tengo que poner un letrero como a las puertas? ¡Vaya con la sílfide, que cada vez que pasa por mi lado, se asusta como si pasara por un toro...!"

La señorita enlutada bajó la cabeza y rápidamente empezó a subir las escaleras sin contestar nada. La otra soltó una risilla burlona y entró en su habitación dando un portazo.

Aquello no podía soportarse más, y así se lo dijo aquella señorita a la portera la misma noche de aquel desagradable encuentro. Semejante mujer no debía vivir en una casa seria donde todos los vecinos eran gente formal, y ella estaba dispuesta, apesar de ser la última inquilina llegada a la casa, a dar una queja al dueño de la finca.

La portera trató de disuadirla diciéndole: "Es verdad que la conducta de esa mujer no es buena, pero no dá escandalos y lo que pase paredes adentro ¡allá ella! Además el cuarto es oscuro y humedo, estuvo mucho tiempo desalquilado y esta inquilina lo había tomado por años y era buena pagadora. Y por último que hay que guardarle consideraciones por lo de la ciega...".

La señorita se interesó: "¿Que ciega?".

—"Pero usted no lo sabe señorita? Es verdad que está usted recien llegada a la casa y no habla con nadie. Esta mujer tiene recogida de caridad a una ciega enferma del corazón, que tiene un niño de dos años y en conciencia no se la puede echar a la calle'

Pero la señorita pálida no podia resignarse al encuentro diario en el portal con la indigna mujerzuela, que seguía burlándose con rechiflas y donaires, cuando al pasar ante ella cruzaba deprisa y asqueada, aplastándose casi contra las paredes para escapar ligera y sin rozarla, y se decidió a ir a darle las quejas al dueño de la casa.

"No era decente, no que en una casa séria, que a ella le habían recomendado como de vecindad intachable, viviera una mujerzuela de vida airada, que diera o no escándalos, manchaba la casa con solo su aspecto llamativo y chocante".

El dueño la escuchó atentamente, y preocupado a su vez con la buena opinión que de su casa pudieran tener las familias de buena sociedad con quienes se trataba, le prometió a la señorita ordenar a su administrador que para fin de año estuviese el cuarto bajo desalquilado y *limpio* en toda la acepción de la palabra. — "De modo" — terminó con afabilidad — "que puede usted quedar tranquila, señorita, pues yo le prometo que para el día primero de año estará despedida esa mujer. Así cumpliremos el refrán, "año nuevo, vida nueva".

Y se despidieron, marchando tranquila la señorita honesta con aquel refrán vuelto promesa que se repitió mentalmente: "Año nuevo, vida nueva".

Esta señorita enlutada y seria del piso tercero, no tiene enemistad personal alguna contra la prostituta del bajo; tampoco es una maniática. La señorita del tercero ha sido siempre una mujer honesta, religiosa y buena; cree que fuera de la religión y de la buena conducta, no hay condición moral apreciable, e intransigente como el ápostol rígido que nos pinta Sienkiewiski predicando en la arena del circo romano la justicia Divina a los mártires, que anhelan oir palabras de Misericordia, cierra su corazón y ensordece su alma, a toda otra que venga envuelta en lodo.

Cuatro años atrás, y Amelia Lorca vivía en un pueblo de Castilla con su padre y su hermana María Teresa. Huérfanas de madre, reducían en su padre, — integérrimo caballero de corte antiguo en el cuerpo, en la ropa y en el alma, — todos sus afectos de familia. Amelia tocaba el piano con maestría, María Teresa tenía una preciosa voz, organizaban conciertos encantadores en que su padre era el público y el juez y ellas las artistas siempre aplaudidas con amor... ¡tiempos inolvidables de paz y de ventura!

Amelia tuvo novio; un forastero que vino encargado como ingeniero para poner un arco más en el puente tendido sobre el río. Y de pronto cuando Amelia terminaba el ajuar de su próxima boda, María Teresa la ingrata, la mala hija, la hermana traidora, se fugaba de su casa en compañía del novio de su hermana. Y la catástrofe vino plena: Una mujer ladrona del amor y del porvenir de su hermana, que se hundía en el lodo; el padre integérrimo que no resiste el deshonor y muere de un ataque cerebral en aquellos mismos tétricos días; el pueblo maldiciente rugiendo curioso; y Amelia desesperada y sin recursos, que huye del pueblo donde ocurrió su desgracia y llega a Madrid guiada por los jesuitas y las damas religiosas, donde sola y sin ilusiones se ganará la vida dando clases de piano, mientras trata de salvar su alma asistiendo a las Iglesias y cerrando la válvula del perdón y el olvido hacia toda disgresión de las leyes humanas o Divinas.

Como la escoria que el viento arrastra llegaron a sus oídos en ocasiones, horas de la vida de su hermana, en que la abyección rebosaba y corría hacia la voz publica como un arroyo infecto, y entonces Amelia, con los ojos y el corazón muy secos, maldecía una y mil veces a esas mujeres que hacen del vicio y del escándalo, el ropaje diario para sus carnes mancilladas...

¡Primero de año! Alegría en los aires. Repique en las torres de las Iglesias. Tambores y pitos sonando en las calles en manos de chiquillos vestidos de fiesta. De las confiterías salen con las manos en alto, sosteniendo artísticos platos de dulce, camareros y lacayos que llevan entre cintas y papeles rizados, los regalos del año nuevo.

En la casa donde se desarrolla nuestro relato, los vecinos se asomaban a las puertas de los pisos con caras de asombro, para ver a la tímida señorita del tercero, bajar las escaleras como una loca y entrar impetuosa en la casa de la mujerzuela del bajo, con el pelo revuelto, los ojos cargados por el llanto y las manos juntas e implorantes, irrumpiendo en la habitación. —¡Quiero verla, quiero ver a mi hermana!" — suplicó entre sollozos. La prostituta la tomó de una mano y la entró en la sala donde estaba en el suelo de cuerpo presente la pobre ciega... Amelia se arrodilló y cubrió de besos sus ojos llenos de costurones. — "¡Perdóname María Teresa!" — gritó — "He sido muy cobarde y muy mala...!"

Dos días antes, enterada la ciega de que su hermana se había mudado al piso tercero de aquella casa, y sintiéndose grave, le envió recado en súplica de que fuese a perdonarla antes de morir. Pero Amelia quedó horrorizada al pensar que su hermana estaba tan cerca de ella ensuciando su fama, en la declaración de su parentesco, en el vecindario, y una idea única fija se clavó en su cerebro. Era necesario marcharse de la casa inmediatamente, y cuando preparaba su rápida huida, supo que su desgraciada hermana, había muerto a la madrugada sin poder recibir su perdón.

La prostituta levantó a Amelia. —"Siéntese" — le dijo — "La pobrecilla, ya descansó... Habia sufrido mucho; la mala enfermedad que tomó se le fué a la vista y se quedó ciega; el niño tenía entonces once meses.

—"¿Y por qué la recogió usted?" —preguntó la voz temblorosa de Amelia.

—"Usted verá..." — contestó la mujerona — "habíamos *estao* muy *hermanás* y aunque ella se portó muy mal conmigo, yo la perdoné cuando la vi desgraciada y sin vista"—.

—"Se portó mal? — siguió preguntando Amelia tímidamente.

—"Si señora, muy mal. Ella a poco de dejarla su primer novio, fué como pasa siempre, resbalando y resbalando hasta que cayó al "hoyo". No tuvo suerte, se enfermó del pulmón o del corazón o de lo que fuera y no volvió a tener novios de *postín*. Entonces vivia yo con un hombre a quien yo quería, un tablajero que tenía *parné*, y ella fué y de la noche a la mañana se marchó con él... Pero todo eso se olvida ante la desgracia, señora, porque al fin nos habíamos querido, habíamos vivido juntas y como la dije antes hubo un tiempo en el que estuvimos muy *hermanás*...".

Amelia bajó la cabeza hasta hundirla en el pecho. — "Muy hermanada!" — Y por eso la había perdonado, y la había llevado consigo, y le había dado de comer a ella y a su hijo... y ella... ella que no había estado "hermanada", sino que era "su hermana", su misma hermana, la había dejado abandonada, ciega, pobre y ni aun a la hora de la muerte le había dado un beso de paz... ¿Y ella se consideraba buena, ante la prostituta? ¡No!; la caritativa, la buena, la cristiana era aquella mujerzuela que sabía perdonar, y olvidar, y dar su limosna de amor a quien le había robado el suyo... Ella sí que estaba ciega, con una venda de egoísmo en el alma! ¡Ella, ella, Amelia era la ciega!

Y como un garfio que se le clavase de improviso en el alma, Amelia creyó escuchar de nuevo la promesa que días antes la había llenado de egoísta alegría: — "El primero de año quedará usted tranquila ¡Año nuevo, vida nueva!..." — ¡Oh! y como érale preciso ahora, poner en práctica aquel refrán, que tan mal empleo pensaba darle!

El primero de Enero había llegado, y su hermana lo había recibido fría y blanca, insensible al pasado y al presente, con la boca contraída en un rictus sibilítico ante el turbión de sombras del porvenir. Su hermana había muerto sin recibir su beso de perdón, de ella, de la señorita pura, de la virgencita cristiana, que daba limosnas a los ancianos y ropitas cosidas a los niños de los asilos; y su hermana y su sobrinito, alejados de su corazón como unos leprosos, y acogidos en el seno maternal de una mujer cuya conducta parecíale a ella antes tan infamante. ¡Verdad, bondad, *verdad de las palabras y las obras* ¿dónde estáis, que vamos por la vida concediendo títulos de virtudes, con los ojos vendados por las hojas de las pretéritas leyes y las costumbres cubiertas con el polvo, de osamentas podridas de los prejuicios!

Y Amelia sintiendo de improviso en su pecho la sacudida de sus rancios temores, que se desconcertaban y se barrían con la fuerte oleada de la certeza del bien y el mal, que llegaba pujante y embravecida, decidió que el año que llegaba sirviera para algo más que para amontonar recuerdos y desesperanzas. Debía servir para efectuar un cambio radical de vida, y para afirmar en el alma la seguridad de que la bondad no consiste solamente en la rectitud de una vida, sino en el donaire sagrado de ir sembrando en los surcos abiertos en la tierra ensangrentada por el dolor y el mal, "trigo de corazón" y "agua del alma" como alimento para todos los que tienen en la existencia hambre y sed de justicia y de amor.

Y sin darse cuenta, sin pensar lo que hacía, se fué resbalando de la



—"La Perla" relata a Amelia delante de la muerta, la trágica odisea de la vida de esta.

silla hasta caer a los pies de la muerta y cuando la Perla intentó levantarla, Amelia le besó las manos y le dijo: — "Usted sí que es buena, ¡perdóneme usted a mí...!"

Una hora después Amelia subía la escalera entre las sombras de la tarde; llevaba de la mano al niño de su hermana, que subía trabajosamente, con sus piernecitas débiles, envuelto el cuerpecillo en una blanca batita.

Al llegar al piso una idea turbó aun el cerebro de Amelia, ¿de quién sería el niño? ¿quién era su padre? ¿sería de su antiguo novio? Pero con arranque de valor inusitado en ella, y un movimiento enérgico de hombros, que la Perla no hubiera desdeñado, murmuró: — "¡No importa de quien sea! Es de mi hermana y más aun, es un niño sin madre y basta. Hoy se entierra también todo lo que había en mí de gazmoñería y egoísmo. ¡Año nuevo, vida nueva!"—. Y de un rápido portazo cerró la puerta.

Mercedes Pinto.

(Continuación de Una hora en los jardines del Uruguay)

flacos... Todos los que viajamos y vimos centros de asilados, conservaremos el dolor social como un remordimiento, y yo misma al salir de alguno de ellos, he murmurado bajo con la voz enronquecida por el dolor y la amargura y la frente apoyada en las verjas de un jardín donde no corren nunca los asilados: — Cobarde, cobarde, de mí, que no grito, que no insulto, que no vocifero en pro de los humildes mis hermanos!" — y me he alejado con ver-



güenza de mí y de la humanidad, que observa las injusticias y las calla conformándose como Boabdil el Chico tan solo con llorar...

Es preciso en esta hermosa ciudad de Montevideo, centro de toda idea buena, de todo afán de elevación moral, de todo anhelo de redención social, hacer conocer la Institución de La Bonne Garde, que fundada por la señora Hermenegilda Gavazzo de Lerena y presidida hoy por otra dama de alma hermosísima Margarita Sánchez, necesita el amparo de todo ciudadano, para ampliar esta obra magna, e instituir talleres donde esas mujeres aprendan oficios diversos que sean garantía segura para ellas y sus hijos el día de mañana.

Esta obra grandiosa, puede llamarse pues con todos los nombres que los distintos ideales den entre sí a las obras de superación, Caridad, Filantropía, Igualdad, Socialismo, y todos los nombres que integren generosidad para nuestros hermanos puedan condensarse aquí en una sola frase:

—"Amor, eterno amor, alma del mundo" — Suficiente para llenar todos los abismos que separar quisieran, raza, creencias y clases sociales!

Mercedes Pinto.

El St. Georg's Hall, de Liverpool, considerado como la mejor muestra de arquitectura griega en Inglaterra, fué dibujado por un joven arquitecto de veintitrés años.

Teatros

Un año más de farsa

Cuando el *traspunte* del tiempo avisó que debía bajarse el telón del año, contrariamente a lo ocurrido casi siempre, en vez de encontrarse la escena languideciendo por la ago-



Lola Braccini, figura digna de Gandusio, que con Mimí Aillmer, integraban la plana mayor del elenco de aquel gran actor

nía de las candilejas y el desperezamiento de los actores frente a la aburrida actitud de los "*portugueses*", esta vez, una halagüeña actividad y optimistas exteriorizaciones de labor dieron carácter de verdadera celebración al final del último acto de la farsa anual.

Risas, aplausos, atronadores acordes de *Jazz band*, algazara bataclánica, hilaridad de circo, desenfado de público y satisfacción de actores; todo eso constituyó el epílogo de esta temporada fenecida cuyo balance nos retorna a la seriedad, porqué serios hay que ponerse ante el Arte con mayúscula y ante la indiferencia de los públicos.

Como M. de Bergeret que decía que el "*primer movimiento es estarse quieto*", nosotros no desplazaremos nuestro espíritu hacia todas, las etapas de ésta temporada que nos llevarían a reflexiones amargas. Nos quedaremos aquí, en este final que habíamos temido como a un final de *Norma* y que nos resultó un final de "*Barbero*", pues nos ha dado un amable contrapelo...

Nos quedaremos en el optimismo de este último acto para recordar desde él con predisposición al elogio lo bueno del resto...

No hablemos más de eso..

No nos podemos quejar, sin duda, de la buena voluntad de los empresarios. En la temporada de 1924, hemos tenido de todo. Y ha abundado — debemos ser justos — lo *bueno* y lo *mejor*. La alta comedia, el drama serio, la lírica, la zarzuela, el *ballet*, todo con excelentes intérpretes. Los grandes espectáculos de más éxito en los escenarios europeos desfilaron por los nuestros. Hubo momentos en que trás de una gran figura de la escena universal nos llegaba otra. En plena temporada de invierno, el *buen gusto* pudo ser satisfecho en nuestro ambiente, como, en los grandes centros artísticos del viejo mundo. Pero... y he ahí, lo ingrato, lo decepcionante, se dijera que ese *buen gusto* para cuyo destino llegaban esas primicias es-



Antonio Gandusio, el admirable cómico italiano que admiramos en esta temporada

taba ausente de Montevideo. Más de una compañía hubo de precipitar su despedida y fué de temer que los empresarios nos llegaran a conceptuar una localidad menos atendible que el último villorio de las provincias. Montevideo, la ciudad de prestigio intelectual, cuna de artistas y pensadores, la que proclama su cultura ateniense, parecía no merecer ya la presentación de los exponentes del arte para los que se requiere una elemental cultura colectiva. Fueron esas horas, de decepción y de angustia para los empresarios y para los que nos preciábamos de pertenecer a un medio de mediana elevación intelectual. Desde la platea vacía en que vimos trabajar a Sainatti y a Gandusio, recordamos con profunda pena, los llenos que se sucedían con el mismo público ante los más chatos y ramplones espectáculos del mal llamado teatro Nacional. Pero tenemos fé en la evolución de las cosas y de los espíritus.

No hablemos más de eso...

El teatro lírico

Dos grandes compañías de ópera nos visitaron este año: la lírica de Salvatti y la de Mocchi. La primera que actuó durante el mes de Abril en el teatro Solis, nos permitió aquilatar los altos valores de la soprano argentina, Corucci y las bellas cualidades de la soprano italiana, Bianca Scachiati, que es sin duda una de las buenas figuras del teatro lírico contemporáneo, y apreciar como mantiene sus saneados prestigios, el bajo Mansueto.

La de Mocchi, que ocupó el mismo escenario en la época clásica, nos dió a conocer una de las más interesantes producciones del teatro

(Continua a la vuelta)

ruso. *"Boris Godounoff"* de Moussorsky, que hubo de llamarnos poderosamente la atención por la riqueza de motivos, la espontaneidad de su insipiración y el alto valor de obra como creación, como interpretación del ambiente y estudio psicológico de sus personajes que todo eso hay en sus motivos líricos.

Esta obra de Moussorsky constituye para nosotros, uno de los más interesantes acontecimientos del año. Al conocer este hermoso exponente del arte ruso, hemos descubierto la fuente de tantos y tantos temas mu-



Casaux en "Un gran señor"

sicales difundidos en el teatro latino.

De la actuación de la lírica de Mocchi guardamos un grato recuerdo de Gabriela Bezanzoni, de Claudia Mussio y Ana Gramegna.

Además, en la temporada de 1924, hizo ópera entre nosotros la compañía de Antonio Marranti, desde el escenario del teatro Artigas, al iniciarse el año, con figuras de singular categoría que se comportaron siempre discretamente.

BALLET

Durante el mes de Marzo, actuaron en el teatro Solís los elementos de la troupe que dirigía *Pierre Michalowski.* Se trataba de una compañía disciplinada que bajo una dirección artística de elevado criterio ofreció espectáculos interesantísimos. En este elenco se distinguieron como legítimos exponentes de este arte Katerina Galanta y Vera Grabinska.

Sin embargo en este género, el suceso más destacable lo constituyó la presentación de los elementos de Pavley-Oukrausky. Estos famosos bailarines que como intérpretes de las más hermosas páginas musicales clásicas y modernas, nos brindaron una versión inolvidable de "Bodour" de Bor, nos hicieron apreciar elevadas manifestaciones de este arte donde se unen la belleza plástica y la de la lírica en admirable armonía.

El buen gusto, el exacto sentido de la estética, del color, del movimiento, del concierto de los conjuntos que estos bailarines demostraron en todos momentos nos han dejado una perdurable visión de sus espectáculos.

La Comedia y el Drama extranjeros

El teatro español nos envió dos de sus veteranos durante el año que finalizó: Ricardo Calvo y Enrique Borrás. El primero si bien no realizó una campaña muy feliz por su repertorio anticuado nos ofreció interpretaciones brillantes distinguiéndose junto a su figura la de la buena actriz Amparo Martí.

Borrás, el gran actor del drama, nos presentó una de las últimas producciones de Benavente, expresamente escrita para él: *"Alfilerazos"*. El celebrado artista como en la época en que nos dió a conocer la mejor versión de *"El Místico"* de Rusiñol, se mantiene en la plenitud de sus cualidades de intérprete. Es pués ésta una de las gratas constataciones del año.

Cultivaron también durante un largo período, en el teatro 18 de Julio, la comedia española, los elementos de la compañía *Serrador-Mari,* en la que tanto se distinguen los jóvenes, Esteban y Juan Serrador Mari y la joven Nora Serrador que denuncia a una gran futura actriz, que a eso llegará si se libra un poco de la influencia del repertorio cursi.

El drama italiano fué representado por el *Com. Alfredo Sainati* y por el gran cómico moderno, el admirable *Gandusio.* En estas dos temporadas pudimos presenciar interpretaciones inolvidables. Ahora últimamente, una joven actriz rusa Tatiana Pavlova nos deslumbró haciendo drama italiano, con la belleza hechicera de su físico, la fogocidad de su espíritu y la ductilidad de su talento.

La Opereta

Dentro de este género nos es dado gustar en muy contadas ocasiones, la modalidad definida que representa al espíritu francés.

En 1924, tuvimos la ocasión de apreciar los encantos de la opereta francesa. Un excelente conjunto capitaneado por *M. Castrix,* se presentó en el Solís; destacándose en primer término un meritorio cantante *M. Ponzio,* de gran elegancia, de naturalidad exquisita y de hermosa voz, hermosamente manejada.

Recordamos que hicieron *"La Mascota"*, la vieja opereta inmarcesible con plausible eficacia.

La opereta italiana estuvo representada por *Clarita Weiss,* que se mantiene fresca y encantadora y en cuyo elenco actuó el cómico *"Shymista"*, Heny Sarich.

El Teatro Nacional en 1924

Brussa, Angela Tesada y Franco-Valicelli hicieron obras de autores uruguayos.

El teatro nacional en cuyo engrandecimiento debían estar empeñados todos los intelectuales del Río de la Plata, sólo de cuando en cuando agrega a su acervo una nueva producción de valores positivos.



"Aquí les traigo el pan dulce"

Fuera de "La Estancia Nueva" de Martínez Paiva, obra honestísima, inspirada en un problema real y noblemente original, no nos ha llegado de la otra orilla — si no nos engaña la memoria — ninguna otra obra de atención.

En cambio, los autores locales, a pesar de la apatía colectiva, han legado a la escena autóctona algunas producciones de mérito.

"La Ronda del Hijo" de José P. Bellán, es una producción en que el autor de "Dios te salve" ha querido encontrar en el espíritu humano, en la intrincada psicología del Hombre el peremne y serenamente doloroso sentimiento del hijo.

Es un drama intensísimo, humano, lleno de verdad, de dolor y de vida, en donde la emoción de los seres hace trascendental un drama cotidiano.

"Las dos llamas" del doctor Imoff, *"El Higuerón"* de Carlos María Princivale y *"El Hermano Lobo"* de Orosmán Moratorio, completan la serie de obras en tres actos, cuyo estreno algo significó para el teatro Nacional. *"El Buen camino"* de Mario Petillo, *"El amor de los hombres"* de Bernardo Queirolo y *"El rincón de los canillitas"* de Angel Curotto, fueron otros tantos acontecimientos de feliz recordación, por cuanto revelaron propósitos honestos y realizan Arte con la luz de la sinceridad.

La Zarzuela y la Opereta española

Ha quedado reputado como uno de los hechos más salientes de la temporada de 1924, la venida al Río de la Plata del famoso compositor español, Amadeo Vives que dirigiendo un discreto elenco de zarzuela nos dió a conocer su última producción, *"Doña Francisquita"*.



Muiño "en Don Juan Malevo"

No aumentó, por cierto, la obra del maestro Vives, los altos valores de compositor que posee este músico eminente. No marcó un progreso en el arte de su patria, pero *"Doña Francisquita"* acusa muy buen gusto y un concepto moderno de la zarzuela.

La parte del capitán Cook, en la cabalgata histórica realizada en la exposición de Wembley, ha sido encomendada a un descendiente directo del célebre explorador.







Poesias

Desde el manicomio

No sé si lo he soñado o si fué cierto...
Soñé que lo mataba cuando olvidó mi amor
y fué perjuro...
pero yo vi mis manos cuando me desperté
y gotas rojas
de sangre derramaban por sus dedos...

Yo quise ir a la cárcel y al cadalso subir
gritando fuerte,
para que vieran las mujeres malas
y los hombres que pueden
no tener corazón,
como se mata, cuando nos roban nuestro amor primero,
y nos desgarra el corazón la mano
de algún traidor...!

Pero no me llevaron..
y encerráronme en cambio en este sitio,
donde cantan los tristes y sollozan
los que se creen reyes de la tierra;
donde agitan los aureos cascabeles
de sus gorros picudos,
hombres con las melenas desrizadas
y mujeres con las bocas torcidas y los ojos
llenos de lágrimas...!

¿Es posible, soñar, que sea locura
el [illegible]n que mis manos cometieron
[illegible] mente concibió, anhelando
[illegible] engaño?

¿Y la sangre, y mis manos, y el gemido
que yo sentí, diciéndome tan bajo
que apenas pude oirlo,
—"Sólo a tí te he querido,
solo tuyo
fué este corazón mío...?" —
. . . .

Pero yo lo maté;
yo estoy segura, aunque se burlen hoy mis carceleros,
que ellos no ven de noche allá en mi celda
como gotean
mis dedos flacos, sangre roja y tibia
sobre mi cama
y otra vez en la sombra su voz dice
—"¡Solo a tí! ¡Solo tuyo...!!" —

Mercedes Pinto.

Canto al Mar

Para "Mundo Uruguayo"

¡El mar!... ¡El mar!... ¡El mar!....
¡La inmensidad del mar!...

Ese mar que ipnotiza...
Ese mar que fascina....
Ese mar que enloquece...
Ese mar que domina...

Ese mar que me invita
tras verde lejanía
y me trenza en sus brazos
de enorme hechicería...

Ese mar que en la sombra
se alarga pensativo.
contemplándome mudo
¡lo mismo que un ser vivo!...

Ese mar que imantado
aguza con su grito.
como si nos hablara
la vóz del Infinito...

¡Oh, quedarme dormida
y tenderme a soñar,
sobre la leve esters
sobre el tapiz del mar!...

¡Oh, plasmar con las ondas
mi estupenda majada
y ser de ese rebaño
la pastora encantada!...

¡Oh, acolcharme los hombros
con un mágico chal
y ceñirme nenúfares
y ajorcas de coral!...

¡Oh, sentir empapada
mi cabeza morena
y mullirla entre oros
a secarse en la arena!...

¡Quién me diera mecerme
en el suave paisaje
de los mares de seda
y veleros de encaje...

¡Quién me diera perderme
por el campo de añil
irisando de riscos
y naves de marfil!...

¡Quién me diera salvaje
orientar la piragua
que es un brioso jinete
sobre el lomo del agua!...

¡Quién me diera acostarme
en real barca de tul
con remeros de ensueños
viajando hacia el Azul!...

¡Oh, que fruición divina
nos da el mar tornasol
cuando peina fragante
las "Damitas del Sol"!...

¡Oh, qué deleite hondo
vibra el plano azogado,
reflejando la luna
con el rostro empolvado!...

Yo no sé lo que siento
cuando estoy frente al mar:
si es imperio de besos...
¡o anhelos de llorar!...

Yo no sé que atavismo
se hace lumbre en mis venas,
al rodar de las olas
esponjadas y plenas...

Yo no sé qué me embruja
tras la acuática red...
pero sé que me torno
¡la estatua de la sed!...

C. Izcua de Muñoz.

Sueño

Este sueño me pesa más allá de los ojos...
Sueño de unas pupilas eternamente insomnes,
que por almohada piden la tiniebla absoluta
y por manta el espeso silencio de la noche.

En el mármol velado de mi estatua yacente,
bajo los siete sellos de la inmovilidad,
ceñir con bandeletas de olvido a la conciencia
como a una vieja momia de polvorienta faz...

Y para que el silencio me envuelva más profundo,
y no turbe ni el día este oscuro sopor,
cegar los ventanales de mis anchas pupilas,
detener los latidos del torpe corazón!...

Luisa Luisi.

1924

Sol... Sol... Sol !...

Sol!... Sol!... Sol!... Tibieza perfumada,
baño lustral de azul!...
El oro de tus rayos
cae sobre mi alma como una bendición. Y a la caricia
dorada, tiendo las manos y la boca, sol,
para beberte, y ser como una gota
que a tu beso se evapora,
y contigo se funde.
Sol!... Sol!... Sol!... Oro divino,
estoy envuelta en tí como en un manto,
y de tí resplandezco, sol,
como una extraña divinidad.
Toda de tí yo resplandezco, como un astro,
sol taumaturgo, que estás en mí,
como yo estoy en tí!...

Luisa Luisi.

1924.



EL CIEGO

(Novela corta)

Por Manuel de Castro

Al Dr. Raul Jude

No sin grandes esfuerzos logró el ciego incorporarse en su sillón de mimbre; luego, arrastrando penosamente los pies, avanzó unos cuantos pasos hasta tocar con la pequeña vara que servíale de guía la pared del patio, innundado por los rayos de un bello sol de primavera que penetraba por el espacio de la claraboya abierta, siguió así, durante breve trecho, levantados hacia el azul del cielo los tristes ojos sin luz, tanteando de antemano el camino a recorrer — único paseo permitido a sus exiguas fuerzas de viejo enfermo — mientras desde el interior de la cocina su anciana mujer vigilábale todos los movimientos, aunque sin interrumpir por ello el invariable ajetreo que anunciaba en la casa la llegada del lento mediodía.

—Samuel, cuidado con las plantas ¡exclamó de pronto ésta al notar que aproximábase a un rosal colocado a la izquierda del patio, cuyas ramas rozaban ya la rugosa frente del ciego, empeñado en encontrar por allí una salida. Al oir la advertencia, éste, masculló unas palabras inintelegibles en voz baja y tono quejumbrón, mezclado a cierta expresión de reproche, como diciendo: "sé lo que hago, por lo tanto, no te ocupes de mí"; dió después una vuelta en torno al rosal, exploró un instante con la vara hacia todas direcciones y, avanzando un poco más, reconoció al fin el camino a seguir. Marchando de nuevo a lo largo de la pared, detúvose ante la puerta cancel, que analizó escrupulosamente con sus grandes manos descarnadas para volverse después, paso a paso, al punto de partida, refunfuñando entre dientes, enconado consigo mismo y, tumbándose en el sillón, permaneció largo rato silencioso, fijos ahora los ojos en el suelo, percibiéndose claramente el ritmo de su respiración lenta que interrumpía a intervalos una tos débil que más bien semejaba una queja angustiosa y sorda.

Momentos más tarde llamó por lo bajo a su mujer, entregada de lleno a los últimos preparativos del almuerzo.

—¡María! ¡María ¿Quiero comer caramba ¡Dicho esto, prorrumpió en el rosario de quejas a que teníala acostumbrada.

—Me quieren hacer morir de hambre en esta casa. Cualquier día me voy a la calle, de seguro que lo pasaré mejor. Me iré, vaya si me iré. Y acompañó las últimas palabras con un movimiento que indicaba el deseo de levantarse, pero esta vez, flaqueáronle las fuerzas y quedóse inmóvil en el sillón más abatido que nunca, con el convencimiento de su total impotencia para llevar a cabo el proyecto.

La buena mujer que habíalo oido con la indiferencia del que escucha la eterna cantinela de un viejo maniático, se le acercó sosteniendo entre las manos una bien repleta taza con sopas.

—Toma, para que te quejes.... Díjole extendiéndole la taza.

—No, no quiero nada, caramba ¡Me matan a hambre... Respondió el ciego tratando de alejar de sí las manos de su mujer que ofrecíale el alimento de todos los días. Por fin, viendo tal resistencia, ésta acabó por dejarle la taza entre las rodillas y alejóse murmurando:

—Qué el diablo te entienda!

Al cabo de unos instantes el anciano comía en silencio y con verdadero apetito.

———

Era don Samuel un hombre de unos setenta años. Su cuerpo, pequeño de por sí, venía reduciéndose cada vez más por efecto de una antigua parálisis que, aunque parcial, amenazaba con invadir el resto del organismo, obligándole a permanecer la mayor parte de los días del año, postrado en cama, saliendo solo un momento al patio, cuando la bondad del tiempo así lo permitía. Poco a poco, encogíansele las piernas cuya delgadez extrema percibíase al través de lo holgado del pantalón cayendo a grandes pliegues a todo el largo de aquellas, hudíasele el pecho a causa de la continua depresión de los hombres, dando a su figura un aspecto deleznable que el menor soplo haría desaparecer. Su cara en la que acusábanse algunos rasgos que atestiguaban una antigua fortaleza, era el fiel espejo de los terribles padecimientos que agobiábanle en la actualidad, condenado como estaba a vivir solitario y huraño — tal si sus propios dolores le alejaran de toda relación con los demás seres — y sin que, en adelante, la luz penetrara jamás en sus ojos sumidos para siempre en las tinieblas. Tenía el labio inferior bastante caido dejando al descubierto la carne roja de las encías desprovista de dientes, la nariz, algo arqueada, remataba en una punta agudísima y, finalmente, los huesos de la cara marcábanse nítidos, sobre todo el mentón y los pómulos, formándole dos hendiduras que, vistas de lejos, parecían ahuecarse aún más, semejando pequeños pozos, efecto producido por la sombra que proyectaban las partes salientes.

La pérdida paulatina de la vista que venía produciéndose desde varios años atrás, contribuyó en gran manera a acelerar el derrumbe de aquella naturaleza, haciendo preveer, para corto plazo, un desenlace inevitable, desenlace que de producirse, los de la familia considerábanlo como una verdadera bendición del cielo ya que, según ellos, solo así libraríanse de los continuos sufrimientos de que era víctima.

Por lo demás, en la soledad de la habitación donde pasábase los días y las noches, casi en perpétua vigilia, el ciego sentíase a menudo asaltado por extrañas manías, tal era la de abandonar aquella casa donde vivía rodeado de la solicitud y protección de su mujer y una hija casada con un joven comerciante español — para largarse a la aventura, confiado solamente en el azar y en sus débiles fuerzas que apenas si bastaban para sostenerlo un momento en pie. Varias veces había intentado suicidarse salvándolo solo la constante vigilancia a que estaba sometido. A medida que sus dolencias aumentaban el carácter de don Samuel agriábase día a día, tornándose refunfuñón y terco, riñendo a menudo con la esposa por cualquier nimiedad o bien creyéndose objeto de imaginarios malos tratos.

Hablaba por lo general muy poco. Solo cuando el yerno regresaba de sus negocios, al mediodía, a la hora del almuerzo, interrogábale sobre el estado del tiempo. Eran las preguntas y respuestas de siempre, proferidas en el mismo tono, con idénticas palabras que solo variaban según las alternativas de la temperatura.

—Hace calor Isidro? Decíale el ciego cuando sentíase algo sofocado y apenas su yerno tomaba asiento en el comedor que daba frente al patio.

—Sí, señor. Respondíale éste maquinalmente, sin apartar la vista del diario engolfado en la lectura del artículo de fondo, afectando ese aire de absoluta indiferencia del hombre reglamentado a quien no interesa más que aquello que le atañe en modo particular.

—Qué calor caramba! Reafirmaba don Samuel, con voz apagada volviendo en seguida a su mutismo habitual. Otras veces, sentado en el sillón, la cabeza apoyada sobre el respaldo, el anciano prestaba atención a las conversaciones que entablábanse durante el desarrollo de la comida. Dominando el monótono golpecito de los cubiertos al chocar la losa, elevábanse las tres voces, destacándose el timbre claro de la voz de Sara. Pero, por lo común era Isidro el que hablaba con más frecuencia. Como es natural el tema predilecto lo constituía casi siempre la marcha de sus negocios y, aunque éstos iban en vías de franca prosperidad, no cesaba de lamentarse acerca de "los malos tiempos presentes".

—Hay que esperar, hay que esperar... Solía decir con el tono de quien reconviene a alguien. El comercio se encuentra paralizado. Los ignorantes lo achacan a consecuencias de la última guerra, pero yo opino que ello se debe únicamente a los malos gobiernos. Hoy, lejos

(Continúa a la vuelta).

Continuación de "El Ciego".

de protejerse al comerciante se le persigue por medio de nuevos impuestos.

Por último recurría a la expresión favorita conque cerraba siempre tales peroraciones:

El comerciante ni siquiera puede dormir tranquilo, pues ¿sabe acaso si al otro día, al despertarse, se encontrará con un impuesto nuevo?

Aunque las mujeres comprendían bien a las claras que todas aquellas lamentaciones sobre "los malos tiempos presentes" no impedían que el buen Isidro aumentara año tras año sus caudales, enriqueciéndose prontamente, secundábanlo en sus protestas derivando el giro de la conversación hacia el abundoso tema de la vida cara, que conocían a fondo, en sus inumerables detalles, completando así el cuadro de una existencia sombría, llena de amenazas para el porvenir.

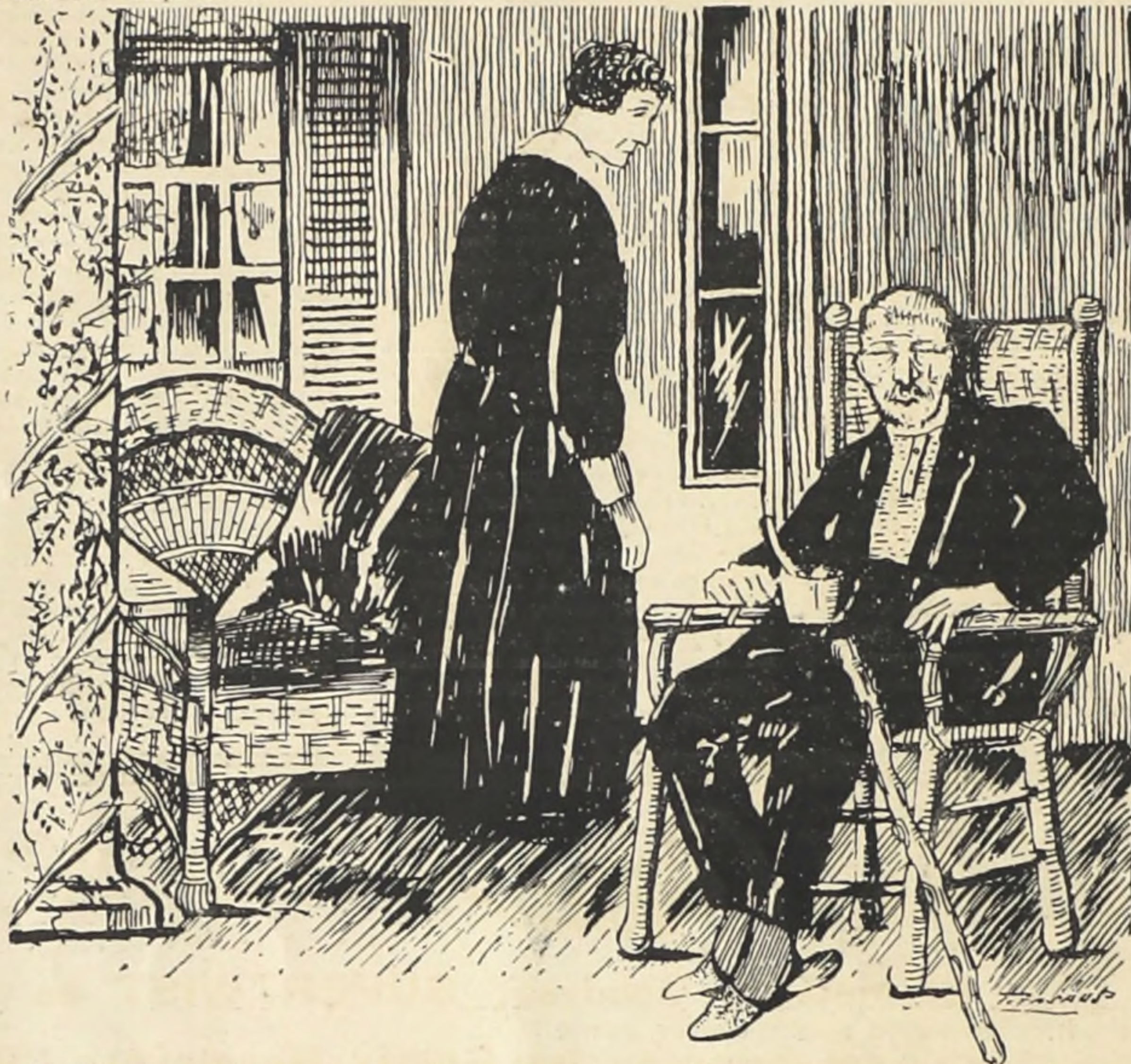
Pero digamos alguna palabras acerca del yerno.

Era Isidro un hombre más bien joven, de regular estatura y un tanto cargado de hombros. Su naturaleza debilitada en el transcurso de diez y seis años de trabajo constante en un antiguo registro, hacíale aparentar a simple vista mayor edad de la que efectivamente tenía. Era el tipo común del modesto empleado de comercio, ese que después de agotar la energía de sus mejores años, sujeto a una tarea siempre igual de la mañana a la noche, respirando el tufillo característico de los grandes almacenes de géneros donde la luz y el aire rara vez penetran al través de la extensión de los grandes depósitos, moviéndose entre los estrechos pasillos a cuyo lado álzanse simétricas las pilas de mercaderías; obligado a pregonar desde lo alto de una escalera apoyada al estante la marca y precio de los árticulos; que después de pasarse hasta las horas reservadas al descanso haciendo recuento de las existencias en épocas de balance, logra al fin independizarse, empezando a trabajar por cuenta propia, lleno de fé en el porvenir, azuzado por la creciente esperanza de hacerse rico lo más pronto posible, pero que luego, quebrantada la salud a causa de la excesiva actividad, avejentase antes de tiempo, demacrándosele el rostro y hundiéndosele los ojos a causa de la fiebre que dan las preocupaciones constantes.

Cinco años hacía ya que Isidro habíase casado con Sara, que tal era el nombre le la hija de don Samuel. Como carecía de famila alguna en el país, al contraer matrimonio, vióse en la necesidad de llevarse consigo también a los suegros a fin de ocupar con éstos una casa en los alrededores de la ciudad y vivir de este modo en común. Disponiendo los padres de Sara de una pequeña renta, la resolución adoptada por Isidro en nada alteró los planes de extricta economía que concibiera para regirse en la nueva vida, ansioso como estaba por llegar de una vez a la completa realización de sus sueños los cuales no eran otros que los de reunir un buen capital para gozar luego de los beneficios que reporta un porvenir asegurado. Solo ocasionábale algunas molestias la enfermedad del suegro pero como Isidro pasábase casi la mayor parte del tiempo dedicado a sus negocios, — había establecido una pequeña tienda en un barrio obrero la que ha poco de abrirse duplicó el capital con que se iniciara — bien pronto supo alejar de su mente tales preocupaciones, sintiéndose como en un mundo aparte al de aquella existencia que desvanecíase día por día ante su propia vista atormentada por dolores sin tregua y esperando solamente a que el aniquilamiento final la libertara del mundo de infortunios en que se debatía.

Varías veces se pensó en recluir a don Samuel en una casa de salud, pero después de algunas discusiones optaban por esperar un tiempo más concibiendo la esperanza — bien que contra la opinión del médico que ya se había expedido de un modo definitivo — de que el anciano cobrara en parte la vista. Esta esperanza tenía sus fundamentos en cierto suceso inesperado ocurrido hacía unos cuantos meses y el cual conmovió profundamente a los de la familia.

Durante la mañana de un día, domingo, hallábase el ciego sentado en la actitud de costumbre, dando golpecitos en el suelo con la vara de junco que acompañábale en todo momento, teniendo la cabeza inclinada hacia un lado y descubriéndosele por entre una abertura de la camisa, partet del pecho enclenque de salientes clavículas. Parecía estar más tranquilo que de ordinario a juzgar por la expresión apacible que reflejábase en su rostro, comunmente irritado, y en la actitud reposada del cuerpo tendido a lo



largo del sillón. De cuando en cuando ensayaba imprimir a las piernas algún movimiento haciéndolo con suma dificultad o bien trataba de identificar los diversos ruidos que llegaban hasta él, ya eran los pasos de Sara que percibíanse con intermitencias desde las primeras habitaciones ya el monótono canturreo conque su esposa acompañaba siempre los menesteres de la cocina. Solamente cuando llegaba a sus oidos el llanto de su nietecita — en aquellos meses había Sara dado a luz una hija — don Samuel agitándose en su asiento empezaba a llamar a los de la casa, con voz débil, trabajosa, que parecía surgir de las profundidades del pecho.

—María... Sara! Y cuando ambas presentábanse ante el anciano, éste, increpábales: — ¡Asesinos! Asesinos! Quieren acaso matar también a la nena?

—Pero papá ¿cómo puede usted pensar en tal cosa? Respondíale tristemente Sara, viendo en las palabras del padre una nueva manifestación de locura, hasta ahora irrevelada y que era necesario sufrir con la resignación de siempre, en la esperanza de que sólo se tratara de un mal pasajero, hijo de los momentos de desesperación que invadíanle con frecuencia.

Las dos mujeres acabaron por instalarse en el patio, sentándose frente a don Samuel, el cual, no bien hubo cesado el llanto de la pequeñuela, volvió a la tranquilidad de antes. El mayor sosiego reinaba ahora en toda la casa. La viva luz de aquella mañana de verano penetraba al través del espacio de la claraboya y aunque el sol, por lo temprano de la hora, no invadiera aún el pequeño patio, en cambio, percibíanse sus resplandores en la azul transparencia del cielo, rasgado solamente por una que otra nube efímera, próxima a desvanecerse — como sútil gasa — en la absoluta diafanidad del aire.

—No quiere usted acostarse? Díjole Sara a su padre después de unos instantes de silencio, durante los cuales, el ciego tenía los párpados inclinados pareciendo dormitar.

—No, no quiero nada. Contestóle éste, secamente.

De pronto, notóse un cambio brusco en la fisonomía del anciano, dando visibles muestras de estar poseído por una extraña inquietud, mezclada a un sentimiento de gran angustia que hacíalo agitarse en su asiento, abriendo unos ojos desmesurados que permitían percibir claramente las nubecillas que velaban el iris. Tenía la mirada fija en sus grandes manos descarnadas, cuyos dedos iba moviendo alternativamente al tiempo que observábalos con la atención propia de aquel que examina una cosa en la que ha reparado por primera vez. Una conmoción particular parecía reanimarle todo el ser. Temblábanle los labios contraídos por una mueca de amargura, palidecíale el rostro acentuando el núcleo de venitas rojas de las mejillas y dilatábansele las imnumerables arrugas que surcaban de lado a lado la reducida frente y que extendíanse casi hasta el comienzo del cabello. Por fin, haciendo un esfuerzo, balbuceó con voz apenas perceptible:

—¡Qué flaco estoy!

María y Sara que no habían reparado en la tranformación operada en el rostro del anciano continuaron la labor de costura a que se hallaban entregadas al solo objeto de vigilarle.

—Estas como siempre. Esas son ideas tuyas... Respondió la primera sin levantar la cabeza.

—No, no! ¡Estoy muy flaco! Asintió aquel con vehemencia, mientras alzaba ambas manos a la altura de los ojos distanciándolas luego hacia adelante como para observarlas mejor. Tal movimiento no pudo menos que llamar grandemente la atención de las dos mujeres que permanecieron un instante inmóviles, mirándose en silencio, sin resolverse a nada. Después, notando que don Samuel, persistía en su actitud, Sara acercose a éste y díjole:

—Pero ¿que hace usted, papá?

—¡Oh! ¡veo! Dios ha querido bendecirme antes de que muera! Exclamó el anciano, levantando la mirada hacia donde irradiaba la intensa luz de los cielos. Su mujer lloraba de emoción, en tanto Sara, iba y venía, como enloquecida, al través del patio y las habitaciones, mostrando a su padre cuanto objeto encontraba a mano y que éste reconocía después de un minucioso exámen, aunque, al parecer, sólo lograba distinguir la masa de los colores puros. Así, veía como manchas el verde de las plantas, la franja de sol que en ese momento atravesaba en perfecta diagonal la pared del patio y el blanco de un pañuelo que Sara agitaba delante de él. Varias veces había intentado identificar el rostro de su esposa y su hija, pero sólo divisaba el volúmen de sus cuerpos moviéndose de acá para allá. Pero su gozo era incontenible y una gran esperanza se alimentaba en su pecho. Lloraba como un niño y no cesaba de exclamar:

—Sí, sí... Dios ha querido bendecirme antes de que muera.

Pero de nuevo extremecióse su cuerpo en un temblor convulso, púsose intensamente pálido tanto que pareció que iba a quedarse muerto allí mismo; llevóse subitamente las manos a los ojos como si un ser invisible le arrebatara la última luz de su mirada y, por fin, dejando escapar un débil quejido, quedó profundamente postrado, los brazos colgándole flacidos a ambos lados del sillón y la cabeza completamente inclinada sobre uno de los hombros. Fué preciso trasportarle de inmediato y acostarle. Después se llamó al médico. Cuando éste llegó a la casa ya Isidro estaba en ella informado de cuanto había acontecido durante su ausencia. Aunque en el momento de llegar el médico no conservara en su cabeza una perfecta hilación del relato debido a ese lujo de detalles conque las mujeres narran cualquier suceso en el que han tomado alguna participación, Isdro se adelantó a su recibimiento conduciéndolo ante el anciano.

Después de hacerle un ligero exámen, ya que le había asistido en distintas ocasiones, el médico indicó la necesidad de operarle a efecto de disminuir los agudos tormentos que producían en don Samuel, la influencia de la luz lo que evitaríase por medio de una escisión en el nervio óptico aislando de este modo el centro cerebral de toda impresión luminosa. Descartó luego la posibilidad de que recobrara nuevamente la vista dado lo avanzado de la enfermedad y la completa senectud del paciente. Respecto al fenómeno de que habían sido testigos las mujeres pareció no darle mayor importancia, manifestando que tenía conocimiento de varios casos análogos los que precedían casi siempre a la pérdida total de la vista.

Por último expidió una receta en la que especificaba se le suministraran a diario unas inyecciones con el objeto de fortalecerle.

Momentos después, la casa recobró la tranquilidad de todos los días. El almuerzo transcurrió en medio del mayor silencio y llegada la hora del trabajo, Isidro, con la regularidad de siempre, se levantó para dirigirse a sus negocios.

Desde aquella mañana el ciego no volvió a salir de su habitación. Habíase dispuesto de una cama en el propio comedor a fin de tenerle siempre a la vista y vigilarle de continuo, pues, cada día que pasaba, acentuábanse más en él, los deseos de eliminarse, hasta el punto de constituir casi su preocupación única.

Confinado entre aquellas cuatro paredes, cuyo espacio recorría en sus largas horas solitarias, extendida la vara hacia adelante y arrastrando, a brevísimos pasos, sus débiles piernas o bien permaneciendo sentado en medio del cuarto que la penumbra envolvía en su velo de sombra, el ciego sentía que entre aquellos estrechos límites terminaba el horizonte de la vida en tanto llegaban hasta él los rumores de las otras que agitábanse a su alrededor y ante las cuales resplandecía soberbia la luz y cantaba himnos la felicidad de vivir. Entonces invadíale una desesperación sorda, tenaz, que movíale a procurarse cualquier medio de atentar contra su existencia. Varias veces habíanle sorprendido revolviendo los cajones de la cómoda a la busca de un objeto cortante. Una tarde, sin notar que la esposa vigilábalo desde el patio, don Samuel examinaba uno por uno los diversos utensilios que hallábanse diseminados sobre la mesa del tocador. De pronto, sus dedos tropezaron con un frasco vacío. Un temblor nervioso recorrió todo su cuerpo. Aguzó el oido para cerciorarse de que no había persona alguna cerca suyo y, no conforme con esto, llamó repetidas veces a su esposa:

—¡María! ¡María!...

Y como esta no contestara, rápidamente, por medio de un pequeño golpe rompió el frasco cuyos trozos esparciéronse sobre el tocador. El anciano los recogió cuidadosamente, guardándolos con aire receloso en uno de los bolsillos del saco. Después, frotóse las manos con la íntima satisfacción de quien va a llevar a cabo un proyecto largamente acariciado, y, enseguida, dispúsose a acostar quizas para consumar allí, sin riesgo alguno de ser visto, sus propósitos de eliminación.

Pero no bien hubo dejado el saco sobre la silla, Doña María que no había perdido ninguno de sus movimientos, avanzando sigilosamente, extrajo de los bolsillos cuanto trozo de vidrio encontró y cuando el ciego alargó su mano con el objeto de buscar lo que con tanto afán habíase procurado, notó su misteriosa desaparición.

Entonces llamó a su mujer y díjole con acento en el que mezclábase el reproche y la súplica:

—María... yo quiero matarme, caramba! No quiero vivir más así!

—Matarse es atentar contra Dios... Respondió la mujer persignándose.

Termina al pie de "Tipos y Costumbres".

Los tenebrosos abismos del mar

Es muy frecuente ver, escondido entre las algas, un pez tendido sobre el dorso de costado. Se diría que está muerto. Pero, si uno intenta aprisionarlo, emprende velozmente la fuga. La rapidez de su marcha demuestra claramente que dormía.

De repente, un objeto de gran tamaño, interrumpe el paso. Es el casco de un navío. Si con el auxilio de nuestra lámpara dirigimos una mirada al interior, presenciaremos escenas horripilantes, sobre las cuales es mejor tender un velo.

Ninguna de las tareas sumbarinas me es extraña. En mi ya lejana juventud me dediqué durante algún tiempo a la pesca de perlas. No lo hacía por codicia, sino por simple espíritu de aventura. Visité Ceylán, las costas venezolanas, las pesquerías de Ríohacha y las islas de la bahía de Panamá.

Ceylán es llamada *"la perla en las ricas de la India"*, nombre sumamente apropiado si se tiene en cuenta que en las aguas de esa isla se encuentra el criadero de perlas más antiguo que la humanidad conoce. En América se pescan tantas y tan valiosas perlas, que pueden rivalizar con las de aquella hermosa isla. La pesca de la perla de agua salada se ha llevado a cabo en el continente americano desde antes del descubrimiento. Colón y sus compañeros admiraron en los indígenas perlas de gran valor.

En la costa mexicana se utiliza para pescar las perlas un buque de vela "madre", al que acompañan media docena de barcos más pequeños denominados "lugares". La tripulación de estos últimos se compone de seis u ocho hombres, uno de los cuales es buzo. En uno de esos "lugares" trabajé yo durante dos años. En ese tiempo, el producto de la pesca no alcanzó para pagar los gastos.

En Panamá estuve una larga temporada. En las pesquerías de perlas no hallé trabajo. Los negros de las islas son admirables zambullidores. Permanecen tres y cuatro minutos debajo del agua. Uno de esos negros, un tal Justiniani que se hizo rico, era el pescador de perlas más hábil que he conocido. En Panamá anduve con suerte. Vagaba yo un día por la playa, aburrido como un congrio. De repentte vía una ostra a pocos pasos de la playa. Me acerqué y la levanté. La abrí, emocionado. Algo me decía que aquella no era una ostra común. Encontré una perla que vendí a un joyero de la Avenida Central por tres mil dólares. Después supe que esa misma perla fué vendida en París por doce mil dólares.

Con esos tres mil dólares me trasladé a Inglaterra.

De mi vida de explorador de las profundidades del océano, conservo recuerdos que no se borrarán jamás. Sólo el que ha bajado al fondo del mar puede caer en la cuenta de los inmensos peligros que allí se corren. En cierta ocasión...

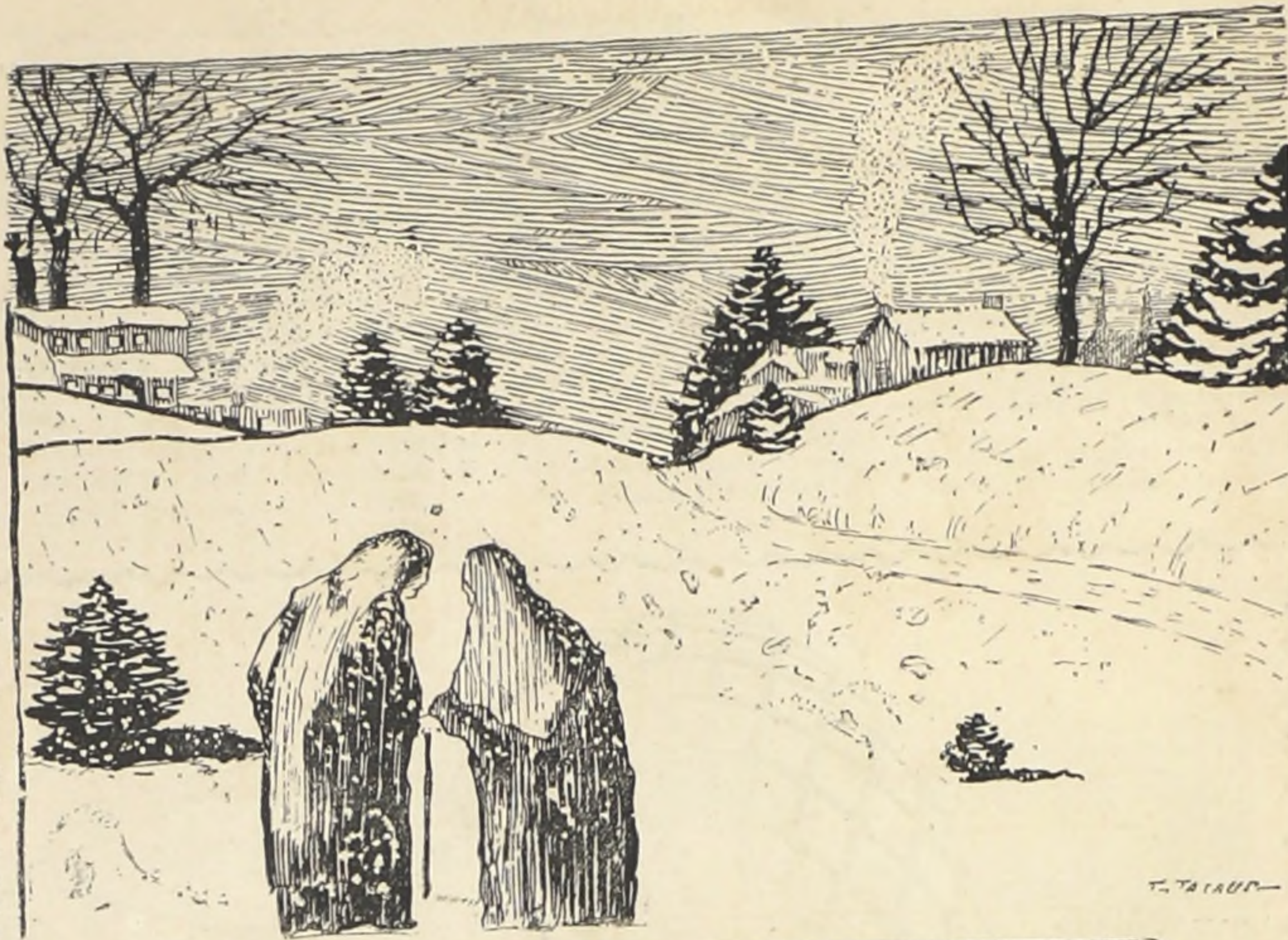
Vamos por partes: Hace unos veinte años, hubo un choque entre un vapor y una goleta en el Canal de la Mancha. La goleta, de bandera norteamericana y que se llamaba "Delson", se hundió a unas catorce millas de Folkestone. Días después del hundimiento, recibía órdenes de cortar mástiles de la goleta a fin de evitar que otros barcos chocaran con ellos. Se me dijo que en un cofré que tenía el capitán en su camarote había alhajas y dinero. Yo resolví hacer cuanto me fuera posible para obtener ese cofre. La destrucción de los mástiles fué cosa fácil: bastaron tres cartuchos de dinamita.

Apenas terminé esa operación, me puse a buscar el camarote del capitán. Lo encontré pronto. También encontré fácilmente el cofre. Como estaba cerrado con llave, volví a la superficie en busca de una barra de hierro para forzarlo. Bajé rápidamente al camarote, cuidando de no enredarme en las cuadras del barco.

Empleé mucho tiempo en abrir el cofre. Encontré allí un montón de billetes, una cadena y un reloj, algunos anillos y una cantidad de monedas. Guardé todo esto en uno de los bolsillos de mi traje de protección y luego me encaminé a la puerta del camarote.

Con gran sorpresa mía, la puerta había desaparecido. Mejor dicho: la oscuridad era tan completa que yo no veía la puerta. De pronto se había hecho la noche. Temblé al pensar en los peligros que tenía que evitar al tratar de salir de aquel camarote, que con suma facilidad podía transformarse en tumba.

Pronto me percaté de lo que sucedía. En el Canal de la Mancha se forman de continuo formidables corrientes submarinas. Una de esas corrientes era la que estaba empujando la puerta del camarote, manteniéndola cerrada. Comprendí que entregarme a la desesperación era la muerte. Había que hacer algo. Lo primero que hice fué buscar el sitio por donde pasaban la cuerda y el tubo de aire. Por una milagrosa casualidad, la cuerda se hallaba colocada en tal forma, que protegía al tubo de aire. Si no hubiera sido por eso, yo habría perecido asfixiado en pocos minutos. A pesar de esa protección, al cabo de algún tiempo comencé a experimentar las consecuencias de la escasez de aire. No había tiempo que perder. Traté de encontrar, tanteando, algo que se pudiera emplear como palanca. Por varios segundos tanteé en vano. Finalmente encontré la barra que me había servido para abrir el cofre. Empleé la barra. Realicé un esfuerzo tan extraordinario, que temí romperme un vaso sanguíneo. La puerta cedió en parte. Luché como un desesperado para impedir que la corriente me venciera. ¡Al fin, pude hacer una señal para que me ascendieran! Me arrojaron la cadena. A duras penas conseguí agarrarla. Entonces empezó la parte más difícil. Había que hacerme pasar por la maldita puerta. Supe después que doce hombres tiraban desde la superficie, sin poderse explicar qué era lo que ofrecía tanta resistencia. Poco a poco, la puerta fué cediendo. Mi alegría no tenía límites. ¡Al cabo salí de aquel espantoso camarote! Había permanecido mucho más de una hora en ese encierro.



MANUELITA

NAVIDAD! Navidad!, repite el eco en el bosque adormecido, como una queja infantil, mientras se alza de todos los hogares un cántico melifuo, monótono, la aleluya criolla de nochebuena, que tiene el raro influjo de despertar las almas campesinas a los efluvios de la Natividad del Salvador.

Natividad!... Natividad!, se oye entre gritos de júbilo que conmueven todos los ámbitos, entre risas y cascabeleos estridentes, que se arrastran por el suelo, suben a la copa negruzca de los árboles, trasponen la cima de los montes y vuelven a bajar al otro lado para confundirse con el murmurio alegre del río, a cuyos bordes, entre juncos y espartillos, las aves, en el cálido pesebre de sus nidos, velan a paz del niño venido al mundo de los hombres...

Allá, en un rancho perdido entre plantas de guayabos, junto al pesebre, una virgencita, olvidada en la tierra, la loca de navidad como la nombran, más que cantar, llora en voz que tiene el arrullo blando del *pycazu-ró* de las frondas, acompañada del instrumento criollo, la hosanna eterna de las almas... En sus ojos grandes, más negros que el *tesarai*, hay reflejos de un algo misterioso, proyecciones de un mundo apocalíptico, y en su garganta morena un arpa divina, que brota sonidos que huyen como música de besos y aleteos de *panambi*.

Pero, qué tiene ahora la vestal cantora? Su voz se ha apagado, sus ojos toman el brillo siniestro y fascinador del *cuarepotiyú*, y sus manos, abrasadas por el sol, tienen las crispaciones de una epilepsia, y se extremece toda ella, como la hoja acariciada por el viento. De su boca escapan palabras incoherentes:

—*Teyú-tará*!.. Pombero!.. Anselmo!

Y repite, ilusa, estas palabras que envuelven, quizás, el secreto de un drama muy íntimo, mientras, poquito a poco, la calma va cundiendo en su espíritu y en su cuerpecito gentil, para volver a empezar su canto, la aleluya criolla de nochebuena...

Y a virgencita, tres veces santa porque es buena, porque es pura, porque es loca, emprende su marcha, despacio como si no quisiera alejarse, en tanto que sus ojos miran al niño que, desde su lecho de plumas y de pajas del pesebre, parece sonreirle.

—Navidad!... Navidad!

II

Las mozas, con su sonrisa de *caabó-tory* a flor de labios, sentadas en silletas de madera, alrededor del pesebre, conversaban con sus "simpatías", mientras las madres, frente a la puerta, al amparo de la luz de la luna y gozando el frescor de la noche, saboreaban, entre añoranzas, gruesos cigarros de *petypará*.

Jamás se había visto, según veredicto de Ña *Lapá*, sargenta que fué de la pasada guerra, un pesebre más grande ni más hermoso: tal era la profusión de juguetes y de flores, de frutas y de perfumes que parecía una gruta encantada... Un arco de *ysypó*, *caabó-vehí* y madreselvas olorosas formaba el cielo del pesebre en el que, como estrellas inquietas, parpadeaban los cocuyos. A los lados, en la entrada de la gruta, lustrosas hojas de *güembé tayá* reflejaban las flores de cocotero que saturaban el ambiente con su fuerte aroma; en el centro, cerca de las velas de sebo que iluminaban con su luz indecisa y pálida, varias vacas, ovejas y caballos de barro cocido, y aves con penacho de plumas, semejaban comer la gramilla que tapizaba el suelo a manera de una alfombra de esmeralda. Más allá, en el fondo, al pie de un cerro escarpado y soberbio que dejaba deslizar sobre su lomo como un hilillo de plata líquida, encima de un montoncito de plumas, un niño, grande y hermoso, sonreía. Sobre su cabeza, una mariposa con sus policromas alas desplegadas, hacía las veces de un palio. A su lado, un asno, el cruzado eterno, le lamía las manos; un poco más lejos, los reyes magos, montados en sus dromedarios, portando ricos presentes, marchaban con la mirada fija en la estrella plateada que titilaba en la bóveda verdosa del pesebre... Aquí y allá, casitas de madera y figulinas de araity daban el aspecto de un pueblo diminuto perdido en un bosque inmenso. Granadas, espumarrosas y flores entreabiertas, suspendidas del aromado arco, semejaban astros inmóviles y fríos; en el suelo a modo de rocas gigantescas, sandías y melones bordeaban el camino que conducía hasta el lecho del niño.

Manuelita, la morena más guapa y peripuesta que se vió en esos contornos, ufana y orgullosa de su arte, miraba su obra. Hija de Don Ignacio y Ña Carlota, dos laboriosos sanjuaninos que, a fuerza de constancia y de trabajos, habían alcanzado un capitalito con que sostener sus vidas, sin privaciones ni pesares, era el tesoro codiciado de cuantos la veían y trataban. Hermosa y buena, sin que ella pusiera empeño en ello, instintivamente, despertaba en los hombres un sentimiento nuevo, una especie de amor vehemente entremezclado de respeto o de temor ingenuo, casi infantil. Tenía el rostro bronceado algo pálido como la flor agostina del lapacho. Su alma, *tapaicuá* de sentimientos generosos y tiernos, subyugaba a las mujeres y a las aves con las cuales se entretenía después de terminados sus quehaceres domésticos.

Su corazón, encantador surgente, lo había entregado a Anselmo, un mocetón de veintidós años, fuerte como el *urundey-mí*, simpático y gallardo como el *pindó* de los bañados.

De cuando en cuando llegaba hasta el pesebre de Manuela alguna viejecita envuelta en su manto de zaraza ordinaria, como una madrina de leyenda, con su corte de chiquillas vestidas de blanco, quienes después de saborear algún refresco, cantaban una oración. A veces, invadía el rancho con sus gritos y carcajadas un grupo de muchachos alegres, provistos de instrumentos de música, los cuales, luego de alabar la confección del pesebre y de ejecutar un *airecito* de la tierra se marchaban, bullangueros, llevándose bajo sus brazos, cubiertos con sus ponchos, las sandías y melones. Otras veces, Anselmo, el prometido de Manuelita, hacía sonar su guitarra poniendo en la ejecución del *Güyra-mí* todo su arte y su sentimiento de guitarrista guaireño. Primero parecía el chasquido de la madera al quebrarse bajo el incendio de la siesta, después, el chisporroteo de hojas secas quemadas en el bosque y, luego, el turbión de las aguas del Yguazú, para descender nuevamente a un ritmo acompasado y monótono. Era la polca, dolorida y vibrante, que traduce la honda nostalgia del indio; el amoroso güyrá-mí que, durante las noches de luna, en las ventanas de los ranchos, aletea entre las enredaderas olorosas, mientras en el pavor de unos ojos negros brilla la lucesita trémula de una lágrima. Manuelita dejaba oir también su voz de *güyrá-campana*, cuando, cediendo a las instancias de los concurrentes, cantaba el melancólico *Carreta-güy*, con las facciones intensamente sonrosadas y los labios temblorosos.

Al fin de cada zarandeo, se levantaba Manuelita del catre en que estuviera sentada con Anselmo, para cruzar con su paso coquetón e incitante entre la muchachada y coger de una alhacena rosquetes frescos y cigarros con que obsequiar a la concurrencia. Después volvía junto al catre, y sentándose nuevamente al lado de su prometido le hablaba de su amor, de sus anhelos y de sus inquietudes.... De vez en cuando, de vuelta del arroyo, se le aparecía de entre las matas, aquel camaleón con figura de hombre, Felipe, *teyú-tará* como le decían, para ofrecerle su amor, un amor que ella no quería, porque le bastaba el de Anselmo. Esa mañana, al volver del bosque próximo, donde fuera en busca de ysypó y caabóvehí para el pesebre, se había encontrado con él en el camino, y le había ofrecido un rosario de oro, en cambio del sí que, sólo a él, a Anselmo había otorgado. ¡Cómo si ella necesitara rosarios!... Y cuando quiso tomarle una de sus manos, ella había echado a correr hacia su rancho, mientras Teyú, con el rosario en la mano, quedaba en medio del camino, jurando que algún día la haría suya. Temía de él, porque era malo y cobarde, y le rogaba a Anselmo que la librase de las asechanzas de aquel lagarto humano a quien odiaba.

—Sí, Anselmo mío; tú le llevarás lejos, donde no pueda estorbarnos, donde se pierda por siempre con el recuerdo de su maldad...

A las doce, cuando la pequeña iglesia del pueblo, que distaba apenas una legua, llamaba a "misa de gallo", las viejas entraron en el interior del rancho para cantar el salmo del Salvador. Y cantaron todos de pie junto al pesebre, ancianas y jóvenes, aquéllas con su voz desapacible, éstas con su voz juvénil, dulce y tierna, como el canto matinal del *urú*.

A lo lejos se oían las carcajadas y los gritos de los mozos que, en ronda de nochebuena, recorrían los pesebres. Un *chajá* dejó escapar sobre el rancho su melancólico lamento, que quedó suspenso en el espacio, como un fatídico augurio de luto y de dolor. En el cielo, la errabunda *Yacy* oficiaba entre unas nubes la misa mayor de la natividad y las estrellas palpitaban como el corazón enamorado de las morochas.

Mientras continuaba el canto, salió Manuelita para ir en busca de quesos, y *chipá-pirú* que tenía guardados en el horno construído detrás del rancho. Anselmo quedóse, a pedido de ella, para rogar al Niño y a la Virgen que les concediese la gracia de ser felices cuando se casasen...

El gran horno de tierra negra, como una tortuga gigantesca, parecía dormir bajo una planta de *guavirá*. Acercósele Manuelita, pero, al retirar el tapadero de lata que cerraba su entrada, sintió que unas manos vellosas y frías, se apoderaban de las suyas con fuerza, y vió brillar en la sombra dos ojos felinos que se acercaban a su rostro... Lanzó un grito y cayó desvanecida por el terror, al tiempo que sentía sobre sus labios de seda y carmín una boca pestilente y llena de pelos...

Cuando todos acudieron cerca del *tatacúa*, sólo hallaron a Manuelita sin conocimiento, tendida en el suelo y con el temor y la angustia pintados en su rostro, intensamente pálido.

En el pueblo, la campana de la iglesia seguía tañendo, pero esta vez repercutían sus sonidos en el bosque dormido como una queja desesperada y postrera.

—Navidad!.. Navidad!

. . . .

Desde entonces, cada año, cada nochebuena, se veía a Manuelita que, apoyada en el brazo de su madre una viejecita pálida, recorría los pesebres para llorar un canto triste a la Natividad del Señor... Cantaba con el alma ciega, su propio dolor, en voz que parecía surgir de las entrañas de su pecho, como un reproche amargo, como un ruego piadoso... Y la virgencita, la loca de navidad, tres veces santa por buena, por pura y por bella, en medio de su canto, repetía, maniática, ilusa:

— *Teyú tará!*.. Pombero... Anselmo!...

III

Los años derramaron su añejo perfume de leyenda sobre aquel desgraciado pesebre de navidad. Anselmo, el infeliz prometido de Manuelita, había huído del pueblo, inconsolable, desesperado, llevando en su pecho la amarga hez de su desdicha. Felipe, había desaparecido también; algunos pueblerinos afirmaban que lo habían visto en el bosque, trepado a lo alto de un lapacho...

Una fría y lluviosa mañana de julio, cuando Ña Carlota, madre de la loca de navidad, como la llamaban a Manuelita que, en otro tiempo, fuera la reina del lugar, acudió al tatacúa, encontró, tendido en el suelo, a Felipe, demacrado, agonizante... Y, cuando, una vez ya en el interior del rancho, vió a su lado a Manuelita que, inconsciente, le mecía los cabellos, confesó su pasión y su crimen. La había amado, con amor salvaje, brutal y hondo; pero, cuando comprendió que ella le huía para amar a otro, a Anselmo, había resuelto hablarle por última vez aquella noche de navidad, para luego partir hacia tierras lejanas, y se había apostado cerca del horno donde Manuelita acudiera para coger las chipas y le confundiera a él con un pombero...

Eudoro Acosta Flores.

PENSAMIENTOS

El poeta, como la bailarina, no se desnuda delante del público; tiene el pudor del alma. Sólo en la intimidad se presenta como es.

Cuando el vulgo alaba una cosa, aun suponiendo que no sea mala, a mí comienza a parecérmelo.

La ballena es el animal de piel más gruesa que existe. En algunos puntos del cuerpo llega a sesenta centímetros de grueso esa piel.

CONCURSO DE HISTORIETAS DE ACTUALIDAD LOCAL

N.º 19 Canción Popular Ilustrada «VENÍ PEBETA,» Tango, POR YUYA

Las bases para este concurso pueden verse en los últimos números



Era la reina del conventillo
allá en la calle Tacuarembó...



...hija de un viejo que era una fiera
siempre borracho con el pernot.



Desde muy chica bailaba el tango
y hablaba al "vesre" cosas de amor.



...hasta que un día para perderla
El Ña.o Pintos se le cruzó



Vení, pebeta, vení conmigo,
junto al oído le chamuyó,
Y Margarita se fué prendada
Con aquel taita que la engrupió.



Un mes más tarde en la milonga
con otras tantas ella rodó.



Y entre las farras y los festines
Y entre las copas del cabaret,
Perdió su gracia, perdió su encanto
Perdió su risa, perdió su fe,



Y vos sos buena, che Margarita
Vos te perdiste por la traición
Y hoy todo dieras, si algo tuvieras,
Por arrancarte el corazón.

Tipos y Costumbres

POR SANTIAGO DALLEGRI

Un infeliz "Año Nuevo"

PARA Juan Esmeril, el "Año Nuevo" comenzaba siempre el último día del año viejo, vale decir, el 31 de Diciembre y no el 1° de Enero.

Manuel, el portero galaico de la Oficina donde estaba empleado, encargábase de proporcionarle ésta sensación cronológica, pues cómo el 1.° no había Oficina adelantaba la felicitación el 31.

—Que tenga usted un feliz año nuevo — decíale con su típico acento.

Y el primer peso de la serie salía dado de baja del efectivo metálico de Esmeril.

Con el peso salía al exterior también la primera exteriorización de disgusto de nuestro protagonista.

¡Pero señor! — exclamaba — Porqué esto del 1.° de año? Por qué estas felicitaciones con desenfadadas vistas al portamonedas?... ¡Que es una costumbre?... Una *mala costumbre*, en todo caso!...

Pese a estas consideraciones, el amigo Juan le daba el peso al portero Manuel.

Y cómo queriendo explicarse a si mismo y disculpar a los demás, decíase luego, llevado de un buen natural:

La condición subalterna de esta pobre gente justifica, sin duda, que sean ellos los que reciban y nosotros los que demos; ya que nosotros, por el decoro, no extenderíamos, más o menos hiperbolicamente, la mano de la limosna enguantada en una felicitación.

Y tranquila su conciencia y satisfecho el análisis, trataba, Juan, de no pensar más en el peso que, junto con un par de suspiros, se lo llevara



Manuel.

Aquello, sin embargo, no era, como queda dicho, más que el comienzo de la serie; la primera sensación del año nuevo en el estertor del viejo año.

Atrás de Manuel, venían los juanes y los pericos.

Que sea éste nuevo año,
Para usted, de gran contento;
Que no sufra ningún daño,
Y ni un solo desengaño
Venga a turbarlo un momento;
Que no se conozca el día
Que lo agarre sin dinero;
Que la salud y alegría
Se le brinden a porfía,
Le desea — *El Basurero.*

Leyó la décima, Esmeril, y resignada fué la mano al bolsillo del chaleco.

—Dice que le devuelva la tarjeta... notició la fámula, modesta pardita que Esmeril tenía a su servicio por la comida.

—¡Que!... No quiere los treinta centésimos?... — extrañóse.

—Si señor! Cómo no va a quererlos!

—¿Y entonces?

—Es que la misma tarjeta le sirve para pasársela a otros.

—Ah!... Muy bien pensado!

No se había alejado mucho, la poesía, cuando apareció el diariero.

—Que le digo? — interrogó Francisca la pardita.

—No le digas nada y entrégale estos veinte centésimos.

Ya en tren de felicitaciones no le extrañó a nuestro hombre que a poco llegara el repartidor del Almacén a descerrajarle otro "Feliz año nuevo".

Veinticinco centésimos tocóle en el repartijo al repartidor; y otros tantos al chico de de la vecina de enfrente que de vez en cuando le efectuaba algún recado, y al auxiliar del panadero que entraba con la canasta mientras el gandulo permanecía en el pescante de la jardinera, y al que traía la leche todos los días.

No terminara, con todo, la distribución, cuando reapareció Francisca:

—Cuanto le va a dar al Cartero?

—Toma, dale estos cincuenta centésimos.

—Veinticinco dirá usted.

—¡Cómo veinticinco?... No es una moneda de cinco reales la q' tienes en la mano?

—Sí; la moneda es una; pero *el Cartero* son dos.

—Como, dos?..

—Caro! El del primero y el del segundo turno!

—Bueno: toma otro medio peso....

Por suerte — soliloqueó después — debe haberse terminado la tanda de felicitadores.

Y viendo aparecer a la pardita, ordenóle, radical:

Si alguien pregunta por mí, dile que no estoy; que he salido; que me he muerto!... No recibo más a nadie!

—A nadie?... Ahí están sus sobrinos.

—Mis sobrinos!

—Los echo?

—No, por Dios! Son los hijos de mi hermano! Después de todo, si hemos recibido a tantos extraños podemos recibir a dos de la familia.

—A tres, dirá.

—Tres!... El año pasado eran sólo dos... Bueno, el que viene seguramente serán cuatro...

Pasaron los chicos, que efectivamente eran tres, dos varones y una niña. Esta adelantóse con un ramo



de flores, entregándoselo. El mayorcito, a su vez, desató un pliego que traía arrollado y leyóle:

"Querido tío — En este hermoso día en que todos festejamos con gran alborozo la entrada de un año nuevo, yo lo vengo a saludar, deseándole la mayor felicidad para usted y su estimada esposa, en la más grata armonía. — Su sobrino, *Fermín.*"

—Muchas gracias.

Pasó las flores y el pergamino a su esposa, Esmeril, y rascándose por vigésima vez el bolsillo, recompensó lo más generosamente posible la triple felicitación, con tres escalonadas y metálicas ratificaciones.

Cuando los chicos se fueron, era la hora de almorzar. Pero malditas las ganas que de almorzar tenía, Esmeril. Concentrado y hosco sentóse a la mesa, donde el accidentado pan dulce, la botella de Moscato Spumante con su cuello blanco y bien erguido, las obligadas pasas promiscuadas con almendras, nueces y avellanas, y el trozo de turrón con sus mil ojos en blanco antojábansele extraños seres animados q' gradualmente iban adquiriendo una expresión irónica y sarcástica.

"¡Feliz año nuevo!"...

Feliz para quien? Para él, acaso, que lo empezaba sufriendo innúmeras exacciones amparadas en una atávica y ridícula tradición?... Más feliz, sin duda, lo sería, dentro de la estrecha relatividad de sus medios, con algunas felicitaciones menos...

Pero no había terminado de condensar "in mente" este concepto, cuando una nueva felicitación vino a depositarse junto a sus cubiertos, casi sobre su mano.

Yo soy el Guardia Civil
Que con ojo vigilante
Me paseo por delante
De su puerta, sin cesar;
O que parado en la esquina
En noche lluviosa y fría,
Es siempre la garantía
De su vida y de su hogar.

Así decía la tarjeta, en versos no mal medidos; y atrás, en lo que diremos el reverso, un expresivo "Feliz Año Nuevo".

—Bueno! También el "botón"!.. Pero, señor mío! Todas han de ser felicitaciones?... No habrá uno solo que me tenga rabia! Que desée que reviente como un cohete encendido!..

Y tras de enviarle unos reales al representante de la autoridad, arrojó furioso la servilleta sobre la mesa, donde los mil ojos del turrón parecían mirarle cada vez más estúpidamente.

—Bien! Y ahora que vas a hacer? — interrogóle disgustada su esposa.

—Qué voy a hacer?... Meterme en la cama o irme a la calle. Pero mejor será que me vaya, porque hasta en la cama me van a perseguir las felicitaciones!

Y resuelto e indignado tomó el sombrero y fuése. Pero no había acertado con la solución: aquello era salir del fuego para caer en las brasas.

Juan Esmeril, en efecto, tuvo la malhadada ocurrencia de penetrar en un café y pedir una taza de tilo como oportuno sedativo para sus nervios en tensión. Trajéronselo de inmediato, es cierto; pero héte aquí, que al recoger del platillo los consabidos panes de azúcar, vínole entre los dedos una pequeña tarjeta que decía: "Feliz año nuevo".

Fué la primera vez, seguramente, en la historia de las medicinales inflorescencias de la tila, que éstas sirvieran para exacerbar los nervios en lugar de aplacarlos; pero Juan Esmeril púsose de pié súbita-



mente, y arrojando el importe de la infusión sobre el platillo cómo arrojara antes la servilleta en su casa, mandóse mudar de allí echando interjecciones.

Es inevitatale, sin embargo, tro-
Es inevitable, sin embargo, tropezar con alguna felicitación en cualquier parte, un 1.° de año, y aunque Esmeril había dado ya con muchas, hubo de trompicar con otra, todavía, en el Salón de Lustrar Calzado, donde metiérase un poco inconscientemente...

Mientras uno de los robustos lustradores aseábale los zapatos, otro presentóle un talonario con boletos de una "Rifa de Año Nuevo a Beneficio del Personal de la Casa". Un peso, el boleto, nada más...

No sabía que temperamento adoptar ante la nueva emergencia. Tuvo la sensación de que iba a perder el juicio de continuar exasperándose, y resolvió tomar un billete y desembolsar otro peso...

Con los botines lustrados, salió del Salón bien resuelto, por cierto, a no meterse en ningún comercio, en ninguna parte donde pudiera alcanzarle ninguna clase de felicitaciones. Recorrió, así, varias calles, sin rumbo, sin objeto, al azar. Hasta miedo tenía de detenerse ante las vidrieras, receloso de que, detrás del cristal, se le apareciese de improviso un "Feliz año nuevo". No era cosa, sin embargo, de marearse dando vuelta manzanas, y aprove-



chando repentina idea, ascendió a un tranvía con dirección a Pocitos. El aire de la Playa le reanimaría, tal vez...

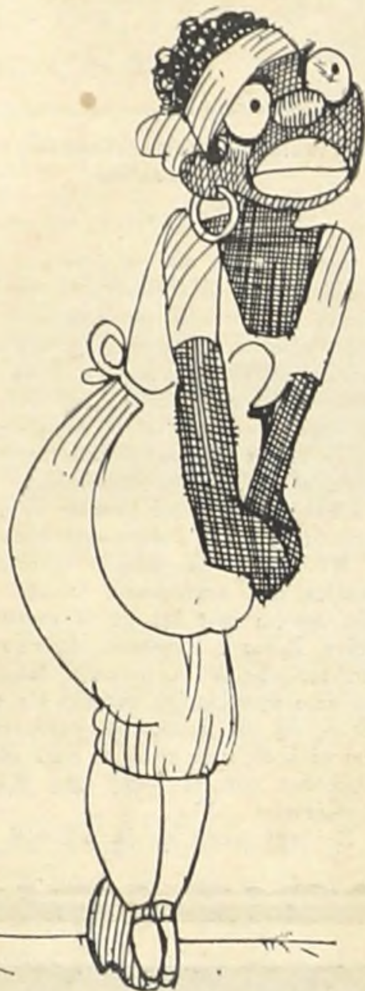
Cuando el guarda vino a cobrarle el boleto, extendióle Esmeril una argentada moneda de dos reales, y con gesto instintivo rechazóle el vuelto, temeroso de alguna nueva felicitación. Pero obtuvo, precisamente, el resultado contrario. Porque el guarda, sorprendido por la generosidad del pasajero, agradecióle de inmediato con un expresivo: "Feliz año Nuevo!".

No se arrojó por la ventanilla, Juan Esmeril, por que en realidad el tranvía iba muy ligero, y a la mente vínole el recuerdo de su amantísima esposa; pero tentaciones le dieron de arrojarlo al guarda...

Cuadra más cuadra, campana aquí y parada allá, llegó por fin, el tranvía, a Pocitos y poco después, nuetro atormentado hombre ubicábase en una silla de las que en doble fila marginan la amplia acera de la Rambla. El aire del amr, el ambiente apacible, bien yodado, ejercía un benéfico efecto sobre sus nervios sacudidos; y poco a poco fué recobrando la normalidad y el aplomo. Pronto la Rambla fué animándose. La afluencia de gente era cada vez mayor, más extraordinaria: mujeres bellas, gráciles, bien trajeadas, rumorosas: jóvenes apuestos, elegantes, conquistadores... En la calzada afluían los automóviles, lentos unos; raudos y vocingleros los otros. Todo el mundo aparecía feliz, traduciendo elocuentemente la verdad sintética del tradicional "Feliz año nuevo".

Por una lógica asociación de ideas, pensó Esmeril, en los pobres diablos que le atormentaran con el fatal estribillo; en todos aquellos sujetos subalternos, interiorizantes, que buscaran la gratificación oportuna. Reprochábase, ahora, sentimentalizado, su falta de comprensión, de equidad, de altruismo.

—¡Infelices! — murmuraba — Cuántos de ellos habrán podido comer bien, hoy! Cuántos, tal vez, podrán comprarle mañana, una pren-



da de ropa a sus hijitos, acaso una medicina!...

Inopinadamente unas voces estentoreas, una algarabía insólita, turbó tan íntimas reflexiones, y levantando la cabeza pudo ver, Esmeril, un auto con bullangueros ocupantes entre los cuales a los dos carteros y al repartidor del Almacén, que gratificara por la mañana. Absorto siguióles con la vista hasta que se perdieron a lo lejos. Y no había salido de su ingenua sorpresa, cuando en otro auto anotó la presencia de Manuel, el portero de la Oficina, bien repantigado en el muelle asiento, con su mujer y sus hijos. Y en otro más, parecióle ver, poco después, al panadero y hasta al Guardia Civil de la felicitación en verso. Y en otros vehículos, igualmente bullangueros o señoriales, otros repartidores, otros mandaderos, y tal vez otros guardias civiles. Todos ellos felices, satisfechos, rientes...

Y entonces, como si de pronto adquiriese la percepción fiel y exacta de las cosas, pensó con amargo desconsuelo, que el verdadero pobre diablo era él, desmedrado oficinista, representante de una infeliz clase media a la que le está vedado hasta el recurso de tender más o menos hiperbólicamente la mano, en el pretexto de una felicitación oportuna y retributiva...

Continuación de "El ciego".

—No me importa atentar contra quien me hace sufrir de este modo. Replicó el ciego a tiempo que el llanto asomaba a sus párpados.

Viendo de este modo frustrados sus planes don Samuel, permanecía los días enteros inmóvil, sentado en el lecho, fijos los ojos en un mismo punto de la pared y exhalando, a intervalos, prolongados suspiros en los que parecía querer resumir las intensas amarguras que agobiaban su espíritu.

Sólo al anochecer animábase un tanto con la presencia de un joven practicante muy locuaz, encargado de suministrarle las inyecciones y con quien solía entablar a menudo conversación que suspendía al punto que éste iniciaba los preparativos para cumplir su cometido. Entonces tornábase de nuevo hosco y huraño:

—Caramba, como me hace usted sufrir! ¡No puedo más! Ay! Decíale el ciego apenas sentía el roce de la aguja hipodérmica sobre su piel.

Pero el joven practicante había realizado en presencia de la esposa y de la hija de don Samuel, varios experimentos tendientes a demostrar ante estas que todas aquellas lamentaciones, sólo tenían por fundamento el estado hiperestesico de la sensibilidad. Y en efecto, repetidas veces, colocando la punta de la aguja sobre la parte del brazo indicada para la inyección simulaba que la introducía y, en cambio, manteníala siempre sobre la epidermis, no obstante lo cual el ciego prorrumpía en sus acostumbradas exclamaciones:

—¡Tenga más cuidado! ¡Ay! Por favor! ¡Esa aguja debe de estar mellada: Cámbiela usted! Ay! Ay!

Don Samuel vivió aún dos años más, al cabo de los cuales, se suicidó cortándose una vena.

Manuel de Castro.

1924.



El Tabaco

Respecto a los órganos de la respiración ¿cuántas alteraciones no se notan en las personas que fuman?

Primero, la laringe se irrita y se seca, bajo la impresión de la planta narcótica; ésta se adhiere a la garganta y causa una especie de constricción, que es síntoma constante y característico de todo envenenamiento por substancias acres vegetales.

Este estado de la laringe y de la garganta hace que los fumadores sientan la necesidad constante de beber, lo que empuja a la mayoría al abuso de las bebidas alcohólicas o fermentadas.

De la laringe, la irritación se extiende sobre la glotis.

Una sensación incómoda de titilación provoca una tosecita seca, que es casi siempre precursora de la tisis laríngea, que causa tantas víctimas entre los fumadores jóvenes.

La voz se altera, no tiene timbre ni extensión; es chillona y gastada.

Y esto es lo que hace actualmente que no haya oradores en las cámaras ni que el trabajador cante para distraerse.

La garganta, irritada por la acción de la nicotina, emite unos sonidos roncos, como si fueran de alcoholista; la voz pierde toda su sonoridad y, por lo tanto, el efecto seguro que pueda causar sobre la multitud está completamente perdido.

LA FRUTA TODO LO CURA

De todos los alimentos que consumimos, la fruta es indiscutiblemente el mejor para purificar el estómago y lavar los intestinos. En América, tiene el régimen muchos partidarios, los cuales aseguran que puede comerse cuanta fruta se desee, y que siguiendo el tratamiento unos días, se obtienen mejores resultados para expulsar la bilis que con el uso de sales purgantes o laxantes. No hay nada que combata mejor la toxicidad de este producto de nuestro organismo como la fruta bien escogida y madura.

Los neurasténicos declarados que se han sometido al régimen durante un espacio normal de tiempo, han obtenido resultados excelentes. De las tres comidas del día, en las dos principales sólo tomaban frutas variadas, y en la otra comida añadían carne nada más. Con este régimen refrescante, consiguieron que desapareciesen las crisis biliosas casi por completo al cabo de unos cuantos días.

Así, pues, ya lo saben nuestros lectores: duraznos, peras y uvas, bananas y naranjas a todo pasto. El tratamiento es fácil de seguir y no tiene nada de desagradable.

La piedra animada

En un templo de la antigua ciudad romana, sobre su pórtico medioeval, se levantaba una figura de forma humana, labrada torpemente en piedra. Nadie, ni los mismos que acudían a postrarse ante Cristo crucificado en demanda del perdón Soberano, sabía lo que representaba aquel cuerpo desdibujado por el aire y la lluvia. Unos decían que era la imágen de San Vicente; otros que la de San Roque. Pero lo cierto es que no existía en toda la opulenta y soberbia Roma cesárea quien pudiera dar noticias más exactas y más verosímiles sobre lo que aquella piedra inánime podría representar. El trazado torpe de sus líneas y la expresión muda de su rostro no permitía con facilidad adentrar en el insondable misterio de su origen y ascendencia. Los más paganos aseguraban que era un viejo ciego que muchos lustres ha, y quizá siglos ha, imploraba la caridad pública en el mismo lugar en que ahora se encontraba, y que por efecto de la inmovilidad de su cuerpo fué poco a poco quedándose petrificado. Ninguno de los que buscaban con afán el atisbo más ínfimo e insignificante para conocer la antojada leyenda de la vida de aquella piedra quiso creer lo que la taumaturgia popular iba urdiendo en sus disquisiciones insípidas. Cada cual, aunque formaba parte del populacho que opinaba sin pensar, o tal vez por eso mismo, tenía su personalísima opinión...



El caso es que un día gris obscuro, uno de esos días de los que ni la Grecia de los filósofos, ni la Roma de los emperadores, ni la España de los guerreros y navegantes pudiéronse librar, la estatua de nuestro cuento, sintiendo en sus entrañas un soplo divino de vida, bajóse del granítico pedestal en que estaba subida y anduvo errante por la ciudad que vió nacer a Nerón. Pronto tuvo necesidad de conocer de la vida la piedra fría de andrajoso vestir, de rostro enjuto y polvoriento, de profundos y espantables ojos, de luengos y lacios cabellos. Pero se resistió. Se resistió y se dijo:

—¿No sé bastante? Diez siglos en un pedestal, resistiendo las miradas de tantas y tantas generaciones nuevas; escuchando los decires de tantas criaturas, que yo contemplé de niños y volví a ver de viejos, ¿no me han enseñado bastante? El mundo es bueno, ya lo sé. Al templo que yo guardaba acudía contrito y lleno de sumisión. Lo he visto muchas veces cabizbajo y arrepentido de sus pecados entrar en la casa de Dios. ¿Qué quiero saber más?...

Volvió a caminar. En una callejuela tortuosa y estrecha encontróse a un filósofo que avanzaba auscultando con su cerebro el libro de la existencia. Los labios pálidos de la estatua se entreabrieron para preguntar, no pudiendo por más tiempo combatir el deseo:

—Dime: ¿qué es la vida?

El filósofo pensó. Por fin dió su respuesta:

—¿La vida dices? Es la imposición forzosa de la materia. Los átomos son visibles, porque componen el todo. Y el todo compone la vida. Tú mismo eres un átomo. La materia está también compuesta por ti...

Largo tiempo pasó la estatua meditando acerca de lo que le dijo el filósofo.

En su camino hallóse a un guerrero y le dijo:

—¿Querrías decirme qué es la vida?

—La vida es una lucha, y la lucha es el alma de la Humanidad — sentenció el guerrero. Y añadió: — Lucha primero el hombre contra la Naturaleza, que le es ingrata, para arrancarle sus secretos; luchan después los hombres entre sí; y, por fin, es el mismo hombre el que lucha contra la Muerte, que le acecha.

Tampoco conformóse la piedra hecha persona. Inquirió a un mendigo que exponía sus lacras y su miseria en la plaza pública:

—¿Qué es la vida? Responde.

Insinuó el mendigo:

—La vida es un continuo sufrimiento. Quien dice vida, dice dolor...

En aquel preciso instante acertó a pasar un poderoso, que escuchó las últimas palabras del coloquio.

—¡Imbécil! ¿Qué dices? — apostrofó al pobre — No hay nada más bello que la vida...

—Porque tú — balbució el pedigüeño — no tienes que mendigar un trozo de alimento. Tú eres rico. Todos tus afanes están cumplidos, todos tus deseos satisfechos, todas tus preocupaciones resueltas. ¿Cómo, pues, va a ser ingrata la vida para ti?... En cambio, yo...

No quiso escuchar más la estatua. Al llegar a un mercado acercósele una hetaira muy conocida por los romanos. Le inquirió:

—¿Qué buscas, anciano?

—Nada busco que no sea la verdad. ¿Sabes tú lo que es la vida?

—¿La vida? ¿La desconoces tú?

—Sí. La desconozco.

—Bajo las bóvedas ruinosas del antiguo circo romano tengo yo el secreto de la vida. Es el placer, todo el por qué de la existencia. El amor noble y desinteresado no existe. La vida es una pasión bastarda...

El noble anciano de fria piedra no pudo contener por más tiempo la expresión del asco, de la repugnancia que la vida le causaba. Con ímpetu salvaje arrojó contra el suelo a la pecadora.

Por los surcos de su rostro de piedra mal cincelada resbalaron rápidas dos gruesas lágrimas. Materia luchas, dolores, vanidades, vicios, ¿era eso la vida? Encaminóse a su antigua estancia, despreciando en su interior los sentimientos innobles de la Humanidad. Sobre la pared del templo, en la que se reflejaban los rayos plateados de la luna, trazó estas cinco palabras que encierran toda una verdad suprema: "La vida no es nada..."

Al siguiente día, los romanos que acudieron al templo pudieron ver destrozada, hecha añicos contra las losas del pórtico, la figura de piedra....

Alvaro Navas.

Los títulos nobiliarios abundan en el cinematógrafo

Las personas que se desviven por codearse con la aristocracia, se hubieran encontrado perfectamente a sus anchas en el estudio de la Paramount, durante la impresión de las escenas de la película "Su historia de amor", en la cual la bella y popular actriz Gloria Swanson interpreta el papel de protagonista.

Cuando el director general de producción de la Paramount encargó a Mr. Dwan la versión cinematográfica del argumento, basado en una novela original de la escritora Mary Roberts Rinehart, deseoso de proporcionar a la película todo el verismo imaginable, requirió los servicios de un grupo de intérpretes, que ni hechos de encargo para identificarse con el papel que iba a confiárseles.

El argumento de la película, así como el asunto de la novela, giran alrededor de un episodio imaginario ocurrido en la capital de un estado balcánico. Afortunadamente, no fué necesario ir a los Balcanes o a Rusia en busca de los personajes necesarios, pues desde que a los pueblos de Europa les ha dado por derrumbar tronos e imperios, la joven Democracia americana se ha convertido en casa de huéspedes de duques, condes y marqueses rusos, polacos, griegos, romanos, etc., etc. Gracias a esta circunstancia, Allan Dwan pudo obtener los sevicios, para su película, de la Baronesa Pranziska de Hedemann, quien estuvo varios años en Rumania; del Conde Andrés Tsapalos de Cernoviz, de la aristocracia griega; del general ruso Lodipensky y de los comandantes Selihoff, Guirey y Natirhoff, de los capitanes Pankoff y Limansky y del teniente Maleff, todos ellos oficiales rusos que sirvieron en las guerras balcánicas. Por si esto no fuese suficiente, de la dirección técnica de la película se encargó Fred Von Nansen, estacionado durante muchos años en Grecia y Rumania como attaché militar de la embajada austriaca en esos países. La Baronesa de Heremann interpreta en la película el papel de madre de la protagonista, el cual, como hemos dicho antes, está a cargo de la distinguda y bella actriz Gloria Swanson.

Las riñas de gallos

Está a la vista que la decadencia de la riña de gallos es irreparable. En Venezuela, uno de los países donde más vivas se conservan aún las costumbres de la América criolla, acaban de ser prohibidas. Los "galleros", como les llaman, y los aficionados, se lamentan amargamente.

¡El pasado se nos va! Criollos, ya vamos quedando pocos. Y, sin embargo, añaden por aparente paradoja, nada tan inofensivo como el reñidero. ¿Por qué combatirlo, cuando toleran el hipódromo y la ruleta, que son lugares de perdición? En el reñidero ningún empleado se jugó el dinero de su principal, ni se consumó la ruina de ninguna familia, ni tuvo principio ninguna de tantas tragedias que suelen tenerlo en el hipódromo y la ruleta.

Pero es el caso que al parecer nada hay que pueda impedir la decadencia, la desaparición y hasta el olvido de las riñas de gallos. Ellas podrían luchar contra los edictos y las ordenanzas, pero son impotentes contra el decaimiento de la afición misma. Mientras ellas tienen que resistir la competencia de nuevos espectáculos y diversiones, las condiciones de la vida moderna bastan a combatir la afición por los gallos. La premura del tiempo y la estrechez de la vivienda impiden cultivarla. No tenemos espacio en casa para el gallo, ni disponemos de tiempo que dedicarle. Habrá que hacerles correr para fortalecerles los pulmones, y si la emplumadura fuese mala, habría que cortarles las plumas de la cola y de las alas, introduciéndoles otras en los canutos, y pegárselas con goma. El cuidado y la preparación de un gallo de pelea comprende, en efecto, muchas y muy complicadas operaciones, a que no podemos entregarnos. Y el hecho es que, en fin, hasta en las provincias y distritos más criollos de la República la afición por los gallos desaparece a ojos vistas.

En el Uruguay como en Buenos Aires las riñas de gallos tuvieron dos épocas de apogeo. La una fué durante la colonia, en el siglo XVIII


Antigua lámina que representa una riña de gallos bajo una enramada (año 1832)

y la otra alrededor del año 70, del siglo pasado. Por apogeo entendemos decir que habían llegado a gozar del favor de las clases acomodadas, presuntivamente cultas. Hace medio siglo — dice un escritor, — una riña de gallos era en Buenos Aires una especie de espectáculo de gala, al cual concurrían las mejores familias y las principales personalidades de la política y de la milicia. Desde muy temprano comenzaban a llegar al sitio de la riña innumerables familias, coroneles, diputados, y una vez hasta un obispo. Diarios como "La Pampa" y "La Patria Argentina" publicaban crónicas de esas reuniones. Y del tiempo de la colonia dice Pillado: "Uno de los espectáculos que despertaban mayor entusiasmo en el Buenos Aires del siglo XVIII era, sin duda, la riña de gallos. A tal extremo estaba difundida, que en rara casa suburbial dejaba de mantenerse uno de estos animales, adiestrado y cuidado con el mayor esmero. El gusto por esta diversión alcanzaba aún a las clases superiores, y algunos señorones de casacón bordado y medias de seda, graves doctores o jóvenes despreocupados, comprometían fuertes apuestas en pro de los más acreditados campeones del reñidero".

Durante la colonia, las riñas de gallos decayeron a partir del virreynato de Vértiz, es decir, coincidiendo con el florecimiento de la cultura. El apogeo del 70, siendo una regresión, no es por eso inexplicable, pues la cultura argentina se había naturalmente resentido del dominio de los caudillos, de la tiranía de Rosas, de las guerras civiles subsiguientes, y, por último, de la guerra del Paraguay. Por fortuna para el país, Sarmiento acababa de hacerse cargo de la presidencia, e iba a preparar al la República un nuevo porvenir.

Un reñidero consiste fundamentalmente en un espacio circular donde los gallos pelean. Los propios espectadores pueden muy bien cerrar el círculo con sus cuerpos sosteniendo o no una valla de mantas o de esteras. Pero un reñidero estable y con comodidad para los espectadores, será semejante a un circo. El escritor Juan Carlos Dávalos nos describe un reñidero salteño. "Bajo el techo circular está la arena, circular también, rodeada de una gradería de tablas, que sube en anfiteatro hasta el techo. El reñidero está en un barrio excéntrico. Es un corralón con varias dependencias: pulpería, reñidero y cancha de taba .La entrada permite el acceso a cualquiera de ellas".

Durante la colonia no hubo circo en los primeros, efectuándose las riñas sobre la tierra endurecida de los patios, a la sombra de una higuera o de un ombú, según lo describe Pillado, o se improvisaba uno


Galleros probando unos pollos

con tablas y cueros. Más tarde las autoridades erigieron un reñidero público que se llamó "Circo de gallos" y funcionó en la Ranchería. Pero habiendo aumentado las canchas de bolos y de pelota, habiéndose fundado la Casa de comedias y habiéndose más tarde introducido el juego de billar, el Circo de gallos se vió cada vez menos concurrido. En 1782, siendo virrey Vértiz, no se presentaron empresarios para el circo, y a fines del siglo un empresario, al renovar el contrato, que ya tenía a muy bajo precio, solicitó que se le hiciese una rebaja, pues así lo exigía la disminución de las entradas.

En las riñas — dice Dávalos, — a veces un gallo queda ciego. Entonces el silencio de los espectadores se vuelve absoluto. El animal pelea a oído: se le ve inclinar la cabeza, más no para huir, sino para esperar escuchando al adversario. De nuevo lo halla, lo pica, se afirma, se solivia en las alas y le encaja con fragor la chuza en el cráneo. El adversario se abate lentamente, las alas ajadas, el pico abierto. El triunfador ciego se para tambaleante en la arena y lanza en tinieblas su trágico, ¡su titánico cocoricó! -Se dió una vez el caso de dos gallos que cayeron muertos, primero el uno, el otro enseguida. El uno tenía traspasada una arteria junto al corazón: el otro dijeron que había muerto de rabia.

La canción del silencio

Pero todos estos son silencios relativos; todos, hasta los que más completos parecen.

En cuanto a los verdaderos silencios, son aquellos durante los cuales nuestro corazón, aun en medio del tumulto, no oye sino la voz de una pena, de una angustia, de un luto... Y es que ¡ay! más que el paisaje, el silencio es un estado de alma...

E. Gómez Carrillo.

Ningún fenómeno es explicable por sí solo; muchos de ellos observados en conjunto, metódicamente ordenados, proporcionan al hombre, algo que podría llamarse una teoría.

Quien proclama la verdad, aún contra sus intereses, posee la más hermosa facultad de los grandes talentos.

Goethe

La indumentaria y las armas del gaucho a través de siglo y medio

En punto a su indumentaria y sus armas, generalmente nos representamos al gaucho en la misma forma que nos lo describe el Dr. Urien: "Melena lacia, larga, cayendo hasta los hombros y ceñida por ancha *vincha*; chambergo con *barbijo*, chaquetilla floreada y pañuelo rojo al cuello; tirador con mucho botón y gran rastra al centro, representando las armas de la patria o el Sol de Mayo, con múltiples adornos y chafalonía; *chiripá*, calzoncillo *cribao*, con fleco hasta los talones; bota de potro con *nazarenas*, daga a la cintura, *boleadoras* y *talero*". Y tal es el gaucho de los tiempos de Juan Moreira. Pero desde entonces la indumentaria y aún las armas del gaucho han ido variando. Primero desaparecieron las melenas y la vincha, la chaquetilla floreada, el calzoncillo cribao y la bota de potro. En el Uruguay, sin embargo, se conservó la vincha. Más tarde aún, el barbijo del sombrero y el chiripá comenzaron a caer en desuso. Fuéronse asimismo eclipsando las boleadoras, y acortándose las largas y filosas dagas. Chambergo, pañuelo al cuello, tirador, botas con espuelas, y facón terciado a la cintura; eso llegó a ser suficiente como prendas y armas características del gaucho. Es cierto, sin embargo, que debemos añadir el viejo y perdurable poncho.

El Dr. Martiniano Leguizamón nos hace notar en sus trabajos sobre el gaucho, que anteriormente a Juan Moreira la indumentaria del gaucho fué bastante distinta. Citando a Pelliza y otros autores, principalmente viajeros que recorrieron estos países a fines del siglo XVIII y principios del pasado, nos observa que primitivamente el gaucho no vestía chiripá, sino calzón corto, como se le representa en las láminas del Santos Vega. En el "Gaucho federal", del pintor Monvoisin, cuadro existente en el museo histórico, y en todos los dibujos de la misma época, el gaucho viste de chiripá. Figura éste como prenda característica a partir de 1780, pero aún con eso, el calzón corto no desapareció por completo hasta bien entrado el siglo XIX. Otra observación importante es que el gaucho del siglo XVIII llevaba el cabello largo, pero no en melenas, sino trenzado a la moda de la época.

Así como Moreira vestía chaquetilla floreada, el gaucho del XVIII vestía chaqueta, que es la misma cosa, excepto el corte y los detalles. En los dibujos de la época de Rosas, los gauchos visten generalmente una chaqueta larga o "americana". Pero también nos dicen que el gaucho antiguo vestía a veces blusa en lugar de chaqueta. Modernamente, al ir desapareciendo la chaquetilla, los gauchos usaron blusas y sobrecamisetas, sin que esto excluyese el saco. Pero no sabemos si esa blusa del gaucho antiguo no sería más bien la camisa del gaucho sin chaqueta. El gaucho de Monvoisin, por ejemplo, y según se conoce por las mangas, lleva camisa y carece de chaqueta.

En los grabados del Santos Vega el gaucho del XVIII lleva camisa, y al parecer, también corbata. En la época de Rosas los gauchos llevan todavía camisa y corbata, pero andando el tiempo, y con la decadencia de la chaqueta, la camisa hace el papel de blusa y en lugar de la corbata, llevan un pañuelo. Desde el siglo XVIII hasta la modernidad, la indumentaria del gaucho se simplifica y aún empobrece progresivamente. Así se pone de manifiesto en el triunfo del chiripá sobre el calzón. La chaqueta desaparece, los gauchos se van quedando en camisa, y a muchos el poncho les sirve de cubre-miseria. En los dibujos del 60 al 70 los gauchos aparecen muy mal vestidos, la mitad o más de las veces sin chaqueta, nunca con corbata, y frecuentemente descalzos. Es verdad que al parecer se juzga de la indumentaria del gaucho antiguo a través de sus galas de fiestas, pero es que estas galas también van desapareciendo a medida que los dibujos son más modernos.



Gauchos del 60 - 70, con el sombrero de nueva moda. Sólo uno de ellos (al fondo, derecha del lector) lleva sombrero parecido a los antiguos



Gaucho del siglo XVIII, calzón en lugar de chiripá, y cabello trenzado en coleta en lugar de melenas (del Santos Vega).

Aproximadamente hasta mediar el siglo pasado, y por excepción hasta más tarde, los gauchos usaron siempre sombrero alto, de ala más o menos corta, aunque no siempre del mismo molde. El del gaucho del XVIII es de copa más bien cónica y de ala que pudiera llamarse ancha; el de su sucesor de la época de Rosas es de ala más corta y sensiblemente cilíndrico. Debajo del sombrero solían llevar un pañuelo atado a la cabeza, con las puntas sobre el cogote. En algunos dibujos de la época de Rosas en que los gauchos aparecen en día de fiesta, se ven sombreros que son o producen el efecto de chisteras. Después los gauchos usaron un pequeño sombrero aplastado, de alitas poco airosas, como dice el doctor Leguizamón, sobre la coronilla de la cabeza melenuda. Estos sombreros se ven en los dibujos del 60 al 70. Pero según Pelliza, a quien cita el Dr. Leguizamón, los gauchos antiguos usaron también montera y gorro. Ello es que en la época de Rosas alcanzó gran boga el gorro catalán, pues formaba parte de muchos uniformes, y que también se le ve en los gauchos civiles de los dibujos de la misma época.

En cuanto al poncho, dice el Dr. Leguizamón que el de vicuña pertenece a la indumentaria moderna. Es prenda de lujo, — añade, — venida de las provincias del interior. En el litoral del Río de la Plata, especialmente los habitantes de la Pampa, usaron el poncho pampa, de vistosos colores, tejido por los indios, o de pañete oscuro con forro de bayeta.

A las armas propias del gaucho, el facón o daga y las boleadoras, originarias de los indios estas últimas, podría agregarse, como dice el Dr. Leguizamón, el trabuco de chispa y de fulminante. El gaucho también usó, añade el mismo, puñal a la cintura, y a veces un machete corvo, grande, formado de un pedazo de sable, que llevaba bajo la carona en el recado, y al que denominaban *caronero*. Era arma de matreros, prosigue, y se usó en la guerra para los encentros cuerpo a cuerpo. El facón o daga, dice en otra parte, tuvo siempre hoja recta, aguda, con defensa (la "ese") en los gavilanes de la empuñadura.

LOS NIÑOS

Somos duros con la niñez. Pero decidme si hay algo más triste, más conmovedor y atractivo que la miseria o el dolor en el niño. Si yo pudiera llevar a todos los hombres algo de ese entusiasmo que ennoblece el vivir, ni una sola vez faltaría alimento y abrigo a los niños, ni una sola mano se alzaría despiadada sobre las puras e inocentes cabezas. La niñez castigada es el más inicuo de los absurdos. Se habla de cárceles para pequeños delincuentes. No las he visto. No pienso verlas. El mismo asilo es terrible y odioso. La niñez es la libertad. Aun es un delito la enseñanza severa. Sólo una escuela es buena, ha dicho Pestalozzi: aquella que imita y se parece a la madre.

La humanidad reverencia al niño, a la niñez, no. Es amado cada cual por los suyos, y aun esto no siempre; pero la infancia... El Redentor dijo: *Sinite Parvulus venire ad me.* La sociedad moderna debe hacer más: debe ir a los niños, llevvarles en toda ocasión alimento y cultura, no esperar que ellos se acerquen con la demacración en el rostro y la tristeba en el corazón.

Una planta crece en nuestra ventana, un pájaro preludia tal vez frustrado y melancólico epitalamio junto a sus hierros. Todos sabemos qué cuidados requiere la planta, qué alimento o temperatura conviene al cantor. Lo que ignoramos todos es cuánta higiene es precisa para que el niño se desarrolle, cuánto amor hace falta para formar aquel cerebro y aquel corazón, más tierno cien mil veces que el ruiseñor y el heliotropo. Si alguien se permitiera alzar su mano sobre el florero o sobre la jaula, sería juzgado como sacrílego y felón. Y sin embargo, es a veces la madre la que golpea al pequeñuelo, único que puede perfumar la vida y entonar un día la canción sacrosanta de los hombres redentos.

No podemos imaginar lo que pasa en estos cerebros minúsculos. Se dice que hay niños listos y torpes; pero todos los niños son inteligentes hasta que el padre o la madre toman a su cargo la tarea de embrutecerlos. ¡Lástima — hay que decir con el poeta — que lleguen a hombres esos niños! Los prejuicios, las falsas ideas, el egoísmo y la crueldad se encargarán de agostar en sus mejillas las rosas y en su pecho sus nobles impulsos. Diez años de ternura y de afirmaciones dogmáticas darán al traste con su espontaneidad y su amor instintivo a lo bello y a lo bueno. Nada menos se necesita para hacer de sus virginales espíritus la añoranza de la eternidad.

Y esta tarea ingrata, esa nefanda e inhumana labor, es interrumpida alguna vez por la muerte. El niño está enfermo, en sus ojos hundidos se adivina la fiebre y el fatal y prematuro cansancio. Débil, se ha rendido al esfuerzo temprano: tierno se ha doblegado a la cólera y a la crueldad. Y la muerte llega más que nunca implacable, como jamás odiosa, porque lo que arrastra al torbellino brutal de los átomos es una esperanza frustrada, halagadora promesa incumplida.

Amemos a los niños... y seamos niños también; esto es, alegres, candorosos, ingenuos. Alguna vez podremos en la lucha con la barbarie, ser víctimas; pero no seremos verdugos.

El mérito no mira clase

Para los que se enorgullecen tontamente de su apellido, aquí va una lista de grandes hombres y sus orígenes que les probaran hasta la evidencia, que las virtudes y el talento se ocultan en el pueblo.

Virgilio fué hijo de un ganapan; Horacio de un portero; Faraday, de un posadero; Shakespeare de un cardador de lanas; Milton de un memorialista, Cronwell de un cervecero; Demóstenes, de un cuchillero; Daniel Foe, el cardenal Wolsay y Kiske White fueron hijos de carniceros; José Hunter fué carpintero en su juventud Ben Jonson, Carlile y Miller albañiles; Dante y Descartes, soldados; Peplor, mozo de fonda; y como estos, casi todos los hombres que han conquistado un nombre por su saber o sus virtudes cívicas.

Innumerables son las luchas y triunfos de quienes nacieron para vencer. La serie de trabajadores entusiastas, no acabara mientras la tierra gire sobre su eje.

Marden.

CURIOSIDADES

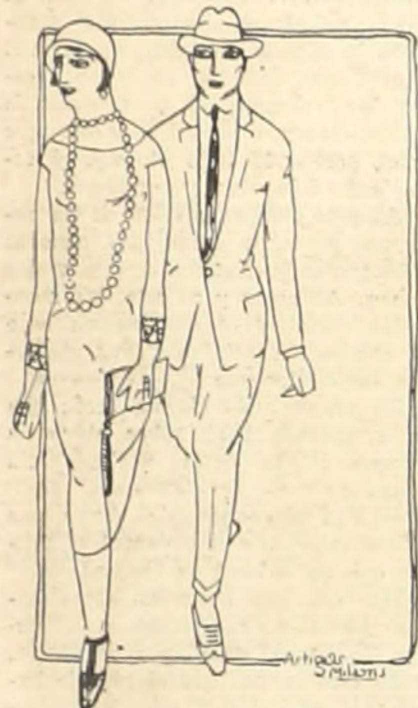
Se dice generalmente, a guisa de sabio consejo: ¡Artista estudia la naturaleza! Y sin embargo, no es tarea insignificante, la de desentrañar lo noble de lo vulgar, ni lo bello de lo informe.

Muchos libros parecen haber sido escritos, no para enseñarnos, sinó para que nos percatemos que su autor ha sabido alguna cosa.

PEQUEÑAS TRAGEDIAS

Una recién casada perseguida

Aquel hombre la seguía. Ya no le cupo la menor duda al respecto. Al salir de la tienda volvieron sus miradas a tropezar con los ojos de aquel hombre. ¡Y qué ojos, Dios mío!... Hay ojos de hombre que transtornan a las mujeres. Echó a andar por Bartolomé Mitre hacia



Sarandí... Le sentía detrás, creía oír sus pasos. No quería darse vuelta; por nada del mundo hubiera deseado darse vuelta y sin embargo, en ella obraba una fuerza suprema que ya la iba venciendo y concluiría por doblarle la cabeza y hacerla mirar hacia atrás... Apresuró el paso. Los menudos taconeos que iban dando los zapatitos contra la acera resonaban en su corazón. Y oía, eco fatal, los pasos lentos, graves, pausados y seguros — ¡tan seguros! — de aquel encarnizado perseguidor.

Cuando cruzó Sarandí un auto le echó la bocanada de su "klason" mismo en los oídos. Se detuvo aterrorizada. Delante de ella desfiló, espejo borroso, la caja reluciente del coche. Aquella tregua la aproximó más a su perseguidor. Subió a la vereda. Estuvo mirando las vidrieras; creyó distinguirlo por el reflejo de los cristales. Enseguida echó a andar de nuevo. Ya no sabía bien qué dirección iba a tomar. En la esquina de Juncal titubeó. Por allí pasaba su tranvía, pero el terror le impulsaba a seguir adelante sin volver la cabeza... Y los pasos del hombre que la seguía resonaban cada vez con más fuerza en sus oídos...



La plaza, luminosa, abierta, con aquel tamaño monumento, la asustó. Se detuvo. Caminó al sesgo. Entró por Buenos Aires y volvió a salir por Bartolomé Mitre hacia Sarandí...

—Esto es estúpido, — dijo a sí



misma en su arrebato de razonamiento.

Sí, aquella disparada loca era una estupidez. ¿Qué delito la impulsaba a dispararle a aquel hombre. Y ¿estaba segura que era, precisamente, a ella a quien aquel hombre seguía? Quiso echar una mirada hacia atrás. Luchó un momento. Se animó. Miró. No había nadie en la acera... Eran ya las 19 y 40. ¡Tan tarde!... ¿Por qué se habría demorado tanto!...

Elisita llegó a su casa a las 20. El hombre aquel la había seguido de nuevo. En el tranvía se ubicó dos asientos más atrás del suyo. Desde allí la miraba sin quitar para nada sus ojos de ella. ¡Qué horrible era aquello! ¡Qué miedo repentino le había asaltado!.. Si viniera Enrique en el tranvía... ¡Enrique, su marido, tan celoso!... Pensaría acaso que ella... ¡Qué horrible era todo aquello! Bueno, ya iba a decidirse. Ella le diría al perseguidor: "mire, señor, no me siga. A mi marido no le gusta que me sigan". Repetía las palabras para no olvidarlas en el momento de decirlas. Después pensó que el hombre, con aquellos ojos, le paralizaría la lengua. La inundó una ola de fuego. Se ahogaba. Forcejeó con el escote. La cara le quemaba. Si abrieran el ventanillo, pensó...

Ya faltaban pocas cuadras. Cada vez que el tranvía se detenía ella lo empujaba un poquito con el vaivén del cuerpo para apresurar su partida. ¡Ya iba llegando!... Bajó ligerito. Saltó a la calle. Se deslizó a lo largo de la pared. Entró en la casita coquetona y feliz. Enrique ya estaba en ella. ¡Qué beso más hondo, más grande, más amoroso!.. Y se quedó abrazada, apretadita contra el marido que reía de la explosión cariñosa... Y enseguida un charlar continuo...

Hacía tres meses que estaban casados.

Mientras Enrique se lavaba las manos, ella fué en puntillas a la sala y miró al través de las celosías. El hombre se paseaba por la acera de enfrente. ¡Qué tranquila estaba!... Y cerrando su puño, pequeñito y blanco, le amenazó al



través de las tinieblas de la sala: ¡"idiota!"...

Y saltando, pájaro divino, entró en el comedor ondeándose con golpecitos de sus dedos las guedejas que se le iban a la frente...

Alfr. M. Ferreiro.

El asesino de árboles

Antaño vivían en Oruna, altivo pueblo sardo, apostado sobre una alta montaña y famoso por sus enemistades, dos amigos: uno pobre, otro rico.

El pobre se llamaba Martinu Selix, apodado *archibusata* (¡tiro de fusil!) tal vez porque usaba y abusaba de esta interjección. Sin embargo, no parecía de instintos feroces y su escopeta no era muy de temer, porque era tan pobre que no había podido procurarse una con el permiso de caza correspondiente. Vivía como un paisano, sembraba mucho trigo. Joven, vigoroso, obscuro de color, tenía ojos muy negros, torvos y desconfiados.

Sarvatore Jacobbe, el hombre rico, era por su parte, una especie de pequeño propietario, vestido a la moda sarda, pero con una jaqueta de terciopelo. Tenía aires de halcón montano y, de viaje, llevaba el polvorín atado por un grueso cordón de seda negra. Poseía ganados, caballos, perros, más dos domésticos, un buen trozo de tierra plantado de viejos olivos y de olivastros; tenía una linda hermana, y mucha presunción.

Todos decían:

—Martinu Selix se cree un personaje porque anda en compañía de Sarvatore Jacobbe. ¡Se figura, quizá, que Sarvatore va a darle su hermana por mujer!

Pero *archibusata* no pensaba en ello solamente. Hacía a su amigo servicios delicados; algunas veces, cuando éste se hallaba en Nuoro por diligencias, o muy ocupado por las elecciones, Martinu iba al redil, veía si el pastor cumplía con su deber, si las cosas marchaban bien, y se hacía útil de cien otras maneras. No encontraba en esto ninguna humillación, aunque la bella Paska le considerase casi como un doméstico y le caricaturizase.

Las mujeres de Oruna son bellas, orgullosas, originales, sutiles, dotadas de una inteligencia algo salvaje. Hablan, de un modo maravilloso, un lenguaje cálido, picante, coloreado de imágenes caprichosas; aparentan entusiasmo, cólera, asombro, en toda ocasión; tienen camisas bordadas, corpiños amarillos, ojos profundos y sombríos como la noche. Bailan con gusto, se sientan en tierra a la oriental e imploran terriblemente la vindicta del cielo contra las ofensas terrestres.

El padre de Paska y de Sarvatore había muerto en prisión, condenado (¡Dios nos salve!) por homicidio. Sus hijos, naturalmente, decían que era inocente — y todos los años, hacia el lúgubre aniversario, renovando la *ría* (el duelo), Paska se lamentaba, arrancaba su cofia, cantaba versos fúnebres, enviaba un escudo a Nuestra Señora de Valverde para que castigase de un modo formidable los falsos testigos que habían hecho condenar al difunto.

Paska era ambiciosa y jactanciosa, tanto como su hermano. Muy niña, según la costumbre del país, había sido prometida a un hombre tan rico como maduro. Habiéndose arruinado el novio, la buena pieza ya no había querido oír hablar de casamiento. Ahora, ¿quién sabe lo que soñaba, cuando removía sus labios de granada, sentada sobre los talones, en el mismo pavimento brillante de la iglesia, perdidos sus grandes ojos allá arriba, en los rudos frescos de la bóveda?

Alta y flexible de talle, el perfil rígido, parecía una *madonna* de bronce. Ni los mayores rentistas se arriesgaban a hacerle la corte: figuraos pues si Martinu Selix hubiese solamente osado mirarla al rostro. El no lo decía, pero ella le era más bien antipática. Como todas las mujeres acomodadas de Oruna, país de crianza de ganados, Paska sabía hacer a la perfección manteca, rosquillas y tantas otras cosas que se hacen con la cuajada sometida al fuego. Un día, Martinu la halló sentada en tierra, junto al hogar, a punto de hacer quesillos. Se detuvo un momento mirándola fríamente, tosiendo y resoplando con familiaridad, después, no sabiendo qué decir se aventuró a criticarla por su modo de terminar los quesos, tallándolos en forma de polluelos o de liebres.

—¡Vamos! ¡un golpe de vez en cuando! ¡y no pierdas tiempo en esas boberías, porque todo eso es para ser comido!

Ella enrojeció, y respondió desdeñosamente:

—¿Qué entiendes de esto? ¿Es con la leche de tus vacas con las que has adquirido esa hermosa experiencia?

Le tocó a Martinu enrojecer. Con estas palabras Paska le echaba en cara su pobreza.

—¡*Archibusata!* — gritó por dentro. — ¡La próxima vez que me hable con ese tono, la abofeteo, tan cierto como Cristo es el verdadero Dios!

Y se fué, picado y mortificado.

Ahora bien; sucedió que Sarvatore pensó injertar todos los olivastros y los viejos olivos de su cercado sin cultivo.

Quería hacer de él una bella propiedad. El campo estaba en el valle del Isalla, muy cerca del río; un terreno magnífico y fértil a pedir de boca.

Sarvatore procedió al injerto, con todo el ceremonial de costumbre de los propietarios del Nuoresse. Invitó a todos los paisanos amigos y a los más expertos injertadores. Todos dan gratuitamente su trabajo, pero, en cambio, gozan de una bella jornada, recreada con canciones y comidas de gorra. Es lo que se puede llamar, más bien que un día de fatiga, una fiesta bucólica en el doble sentido de la palabra. Los pastores mismos toman parte en la ceremonia. Un poeta latino — si los hubiera aún — podría componer sobre esta fiesta una deliciosa égloga.

En el día convenido, los amigos de Sarvatore Jacobbe vinieron todos a la alquería, a caballo, con una mujer a la grupa. Los pastores del patrón llegaron también, con ovejas aún vivas, estúpidamente atadas a la silla, y con queso fresco en las alforjas.

Pronto los fuegos fueron encendidos bajo los viejos olivos grises, y el humo se elevó en gloriosas columnas en el aire de un azul profundo.

Mayo reía en el valle; los caballos quebraban, en su carrera, las hierbas muy altas; los trigos ondulaban, plateados, en la lontananza; los oleandros doblaban sobre las aguas verdes del río, en manojos, sus botones de coral obscuro. Cálidos aromas pasaban con la brisa...

Los pastores hacían un poco de todo: abrieron algunas colmenas, sacando la miel tibia y amarilla como oro líquido; sangraron las ovejas, las desollaron, quitándoles la piel, que se separaba, azulada, del cuerpo rosado y desnudo del animal; hicieron cocer las morcillas en las cenizas ardientes y asar las carnes sobre largos asadores de madera; ¡y chancear, y reír con las mujeres que les ayudaban!

Paska era, como es justo, la reina de la fiesta. Las otras mujeres, que permanecían alrededor de ella como sirvientas, no la dejaban hacer nada; pero presidía, con su alta persona bizantina, siempre estremecida, como los juncos enjutos del río.

Esparcidos por aquí y por allá, los paisanos aserraban atentos como con religión, los olivastros torcidos y los viejos olivos. Pietro-María Pinneda, el famoso injertador, iba de un grupo al otro, mirando con sus grandes ojos grises y malignos. Su rostro estaba inflamado; un comienzo de barba rubia le doraba las mejillas.

Introducido el injerto en la incisión practicada sobre el tronco joven y fresco, lo envolvía estrechamente con un lazo de mimbre silvestre; después recubría el todo con una pasta mezclada de mantillo, sobre la cual el fiero dedo de Pietro-María, después de haberla amasado y apretado alrededor del injerto, dibujaba una cruz, como una plegaria y un presagio de buen éxito.

Por fin adaptaba al injerto un triangulito de hojas de higuera de la India, fresca capucha contra los nacientes y generosos ardores del sol. Así, de árbol en árbol, las cabelleras salvajes de los olivastros rodaban sobre las altas hierbas floridas, y los injertadores hablaban de bandidos, de pleitos, de árboles, de mujeres y de aventuras viejas. Del cercado subían las altas voces sonoras; a veces un canto bizarro, semejando el grito bravío de un alma que lloraba cantando, se perdía a lo lejos entre los árboles, bajo los cuales la hierba hacía un ancho círculo de frescura más intensa, se desvanecía en el silencio del valle, sobre el río, más allá del río... Y las calabazas ornadas de arabescos, colmadas de vino rojo, circulaban, caldeando más aún la sangre de esos hombres fieros de dientes espléndidos, de vestidos sombríos y toscos.

Martinu Selix se hacía por doquier útil; reía, mostrando sus dientes muy apretados; parecía feliz; se le hubiera creído el superintendente de Sarvatore, quien no hacía nada, cruzadas las manos sobre la espalda radioso el rostro.

Más de un invitado se chocó de las maneras *demasiado patronales* de Selix; entre otros, Pietro-María Pinneda le clavaba a menudo una mirada metálica y burlona.

El mozo rojo de grandes ojos grises y perversos estaba enamorado de Paska, y celaba la amistad que Sarvatore tenía por Selix. Los aires de amo adoptados ese día por Martinu le irritaron más que nunca, ¡y para molestar a Pietro-María, bastaba una fruslería! Ya dos veces habían cambiado palabras agrias sobre el modo de apretar el lazo de mimbre. Martinu decía:

—No es necesario apretarlo mucho.

Y el otro aseguraba lo contrario.

Hablando de Paska en un momento en que Sarvatore estaba lejos, alguien dijo chanceándose, no sin ironía:

—La casaremos con Martinu Selix.

—¡*Archibusata!* — respondió éste con un salvaje resplandor en los ojos. — ¿Eso te parece una cosa imposible?

—¡*Archibusata!* — dijo el otro. — Todo es posible en este mundo.

Martinu se encogió de espaldas, como diciendo: "¡Si quisiera!".

Pietro-María enrojeció de cólera, pero no dijo una palabra, porque el motivo lo tenía demasiado en el corazón y comprendía bien que hablaban así en su presencia para hacerle rabiar.

—¡Si sois fulleros como el águila, yo lo soy como el zorro! — pensó.

Un poco antes de comer, no sabiendo cómo empezar para renovar a Paska sus declaraciones, le dijo con una amargura fingida:

Ahora sé por qué no gustas de mí.

—¿Por qué, *buitre sin barba*? — preguntó ella, dignándose mirarle.

—Porque tienes el propósito de casarte con Martinu Selix.

Ella exhaló un grito agudo, uno de esos gritos característicos de las mujeres de Oruna.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡El mismo!

—¡Mentira!

—¡Que me destripen si no es verdad!

Y repitió el diálogo, agregándole algo de su cosecha.

Paska se puso sombría; estuvo por arrancarse su cabello, en señal de humillación y de despecho.

Pietro-María, riendo de socapa, le rogó que callara, que no hiciera escándalo; pero ella, herida en la llaga, se prometió befar abiertamente a Martinu durante la comida.

Sentados en círculo, en la tierra, los convidados comían sobre cortes de madera y troncos de encina. Por cubiertos, sus cuchillos, afilados y nada más.... Más que el vino, la miel, refrescada ligeramente, sazonaba la comida. Hundían en la miel las tajadas blancas de queso fresco, las lechugas, el pan, y aún la carne. Muchos no comían más que miel, sorbiendo todo el jugo y escupiendo lejos la cera mascada.

Alegres pláticas corrían de un extremo a otro; carcajadas sonoras vibraban a la sombra de los viejos olivos. Al norte y al este, las montañas azuladas se desvanecían bajo la inundación azulosa de un mediodía resplandeciente.

De pronto toda alegría cesó; una nube agorera pasó sobre el festín gozoso. Paska decía vuelta hacia Martinu:

—¡Ved al conde de Artea que quiere casar con una dama! ¡Lástima que no la haya en Oruna!

Martinu, que hasta entonces había respondido con calma a las pullas de Paska, acabó por enfadarse, tanto más cuanto que el vino le hacía más excitable y más desconfiado que de costumbre.

—Déjame tranquilo, Paska; yo no te busco. Bien se que soy un pobre, pero puedo hallar aún una mujer que valga más que tú.

—¡Oh, sin duda! ¡Nuestra Señora de Valverde nos asista! ¡Tú no quieres mujeres como yo! ¡Las quieres... como tú!

—Y tú, ¿quién eres? ¿Porque tienes dos monedas para tirar *¡Archibusata!* Pero aguarda: el mundo es una escala; ¡tal vez un día mis hijos podrán dar limosna a los tuyos!

Paska se puso como la escarlata que orlaba sus enaguas. Y dijo:

—¡Por ahora yo soy quien puede dártela!

Martinu arrojó por tierra, violentamente una tacita de hierro blanco llena de vino, que tenía en la mano, y gritó un insulto a la moza.

—¡Martinu! — aulló Sarvatore.

—¡No te temo! ¡No temo a nadie! — gritó Martinu, verdes de rabia los ojos. — ¡Perros roñosos! Yo no dependo de ti, Sarvatore Jacobbe y quizá tú dependas más de mí que yo de tí. ¡No te debo nada! No te debo ni pan, ni trigo, ni dinero, y tu hermana puede dispensarse de arrojarme a la cabeza mi pobreza. ¡Pobreza no es vicio, Sarvatore Jacobbe! ¡Pobreza no es vicio! Pero si tú crees que mi amistad te deshonra, bien puedo yo...

—¡Tú estás borracho!

—¡El borracho eres tú!

—¡Sarnoso!

—¡Tú eres el sarnoso!

—¡Basta!

Una formidable disputa se siguió, y poco faltó para que manchas de sangre se uniesen al vino derramado que profana la hierba. Los dos amigos se reprochaban igualmente de cosas ignoradas por los presentes; y el rubor les subía a la frente, más que de cólera, tal vez de vergüenza.

Las mujeres gritaban. Blanca de espanto, Paska se arrepentía de sus palabras y, con palabras hábilmente deslizadas, trataba de sofocar el incendio que provocara. El fuego se apagó... los amigos parecieron también reconciliarse, y Martinu, que quería irse, fue retenido de viva fuerza, pero no levantó más sus ojos torvos sobre el rostro de Sarvatore; y éste se mantuvo separado, seriamente mortificado por la escandalosa escena.

Se volvió a injertar. Pietro-María adoptaba aires de triunfador; Martinu reía de cuando en cuando, cazurramente, a medida que los



(*Sigue en la pág. de enfrente*)

Los Cisnes negros

Cuento chino de Horacio Van Offel

Esta historia es tan sumamente antigua, que nadie la escribió jamás. Es la aventura del primer poeta que se refugió en una torre de marfil.

Erase en China, de un hombre llamado Tchang-Tchang, gran guerrero ante el Altísimo. De vez en cuando revestía su armadura, cogía sus dos sables y se ponía una careta horrible de demonio rojo. Su casco tenía cuernos y antenas, como la frente de un escarabajo, y su caballo, un enjaezamiento de laca y oro verde, con el cual semejaba un dragón furioso.

Durante las expediciones de Tchang-Tchang, su esposa Wam guardaba la casa y cuidaba de su hijo, el pequeño Nang.

Mamá Nan decíale el niño:

—Ve a cazar las ranas y las mariposas; pero no te acerques a ese bosquecillo que se encuentra junto al prado, porque en ese bosquecillo están el dios deconocido y los cisnes negros, y dan *el don fatal*.

Wang reíase para sus adentros, pensando: "¡Eso es un cuento para niños chicos!"

Un día salió con su raqueta y su pelota y, sin reparar siquiera adónde le llevaban sus pasos, echó a correr por el prado. Lanzaba muy alto la pelota, y luego se paraba a ver dónde caía. Absorto en su juego no se dió cuenta de que se alejaba de su casa, de que el cielo se ensombrecía y de que ya preludiaban los grillos su concierto nocturno. De este modo llegó junto al lugar prohibido en que residían el dios desconocido y sus cisnes negros. Un último golpe de raqueta envió la pelota entre los árboles, guardianes inmóviles de aquella morada singular.

Entonces Wang, olvidándose de las palabras de mamá Nam, penetró en el bosque prohibido.

El dios era de granito y de dimensiones triples que las de un hombre ordinario. Hallábase sentado con las manos apoyadas en los muslos, y su rostro impasible reflejábase en un agua dormida y verdosa, por la que nadaban, sin el menor ruido, dos cisnes color de ébano. Wang no experimentaba miedo alguno. Preguntó a los cisnes:

—¿Sabéis, por casualidad, dónde está mi pelota?

Lo decía en broma; pero he aquí que, con gran sorpresa suya, uno de los cisnes le respondió:

—Niño temerario: ya no jugarás más ni a la pelota ni a ningún otro juego. Cuantos mortales se atreven a llegar hasta aquí reciben *el don fatal;* ya no te podrás substraer a sus mandatos, y ellos constituirán en adelante tu única preocupación.

—¿Y en qué consiste ese don? — interrogó Wang — Mi padre es guerrero y no temo a nada.

—Cantarás como nosotros — contestó el cisne. — Cantarás siempre, en todo momento y en todo lugar.

E inmediatamente pusiéronse a cantar los dos cisnes. Y su voz era tan melodiosa y tan triste, que Wang sintió que se le moría el corazón dentro del pecho.

—¡Adiós! — gritó, huyendo.



Pero oyó todavía que el cisne le decía:

—Wang, Wang: no corras tanto; no te librarás del *don fatal*. Serás como el dios de rostro impasible; te adorarán y no serás amado; el universo entero te pertenecerá, y serás pobre; ¡la muchedumbre seguirá tus pasos y permanecerás eternamente solitario!

Wang retornó a casa bastante tranquilo.

—¿De dónde vienes tan tarde, — preguntó mamá Nam — Tu cara brilla como la luna en primavera. Ve a dormir.

Wang se durmió cantando el suave resplandor de las estrellas. Al día siguiente se despertó con la alondra, y ante el sol de la clara mañana se puso a cantar la alegría de los nidos y de las flores. Mamá Nam le escuchaba atónita.

—¿Quién te ha enseñado esas cosas? — preguntóle por fin.

Wang bajó la cabeza y confesó lo que le había sucedido la víspera.

—¡Hay, niño malo! — gimió mamá Nam — ¡Ahora tienes *el don fatal!* ¿Qué va a ser de nosotros?

Y Tchang volvió de la guerra. En cuanto abrió la puerta, oyó a Wang cantando las alegrías del regreso y la gloria de los guerreros vencedores.

—¿Qué significa esto? — preguntó Tchang desenvainando el sable y poniéndose otra vez su careta de demonio rojo.

—Ha visto los cisnes negros — explicó Nam, — y los cisnes le han embrujado. ¡Oh, rostro sublime, perdónale! ¡Jamás seguirá tus huellas gloriosas! ¡No será más que un poeta!

—¡Aléjate de mi casa! — ordenó Tchang.

Y le maldijo.

Y Wang se fué cantando los dolores del destierro.

. . . .

Y Wang recorrió tierras lejanas. Cruzó puentes y ríos; atravesó montes y saltó precipicios. Dió con pueblos turbulentos y con pueblos pacíficos. En todas partes fué bien acogido, porque cantaba muy bien.

Le obsequiaban y regalaban constantemente. Y, sin embargo, era muy desgraciado, pues se cumplía la profecía del cisne: le adoraban e ignoraba el amor; poseía inmensas riquezas, y era pobre; la muchedumbre le segía los pasos e iba siempre solo.

Entonces Wang se desilusionó del todo y quiso vivir apartado de los hombres. Se encerró en una torre de marfil que se había mandado edificar con este fin. Se dejó crecer las uñas. Una barba espantosa cubrióle la cara; su cabeza se fué quedando calva, y su vientre se le hinchó monstruosamente. Y, sin embargo, Wang seguía cantando, porque no podía por menos de cantar.

A menudo lloraba y soñaba con volver a vivir entre los demás gentes, con acompañar a los obreros, a los labradores, a los soldados y a las mujeres que llevaban a sus hijos en brazos; pero, ¡ay!, cada vez sentíase detenido por el recuerdo de los cisnes negros.

Este recuerdo no le dejaba punto de sociego. Anochecido, a la hora en que el sol se oculta tras las colinas que limitan el horizonte, creía siempre ver los cisnes negros. De lejos, los lentos círculos de su vuelo semejaban trazar letras fantásticas sobre el cielo de púrpura y de oro. Y es que, en el fondo, Wang se complacía en su gloria fúnebre y en su trágica desesperación.

Mas sucedió que un mandarín llegó a pasar cerca de la torre. Este mandarín redactaba una gaceta e iba recogiendo noticias.

—¿Por qué te hiciste poeta? — preguntóle a Wang.

—Porque desobedecí a mis padres — contestó Wang.

El mandarín se retiró muy satisfecho.



Continuación de la pág. del frente

troncos injertados eran marcados con la señal de la cruz.

Dos días después, Martinu Selix partió para la fiesta de San Francesco di Luna. Partió por la tarde, a pie, desnuda la cabeza, para cumplir un voto. La noche le sorprendió en camino; entonces el peregrino cambió de dirección, y, en lugar de proseguir su ruta a San Francesco, bajó hacia el Isalla y se apostó entre los oleandros. En la alta noche, en tanto qe el rocío santo del cielo llovía sobre la naturaleza dormida, y las aguas del río reflejaban la gran paz misteriosa de la luna. *Archibusata* cumplió su terrible venganza, sin armas. Arrancó los injertos de los árboles plantados con tanto cuidado y tan piadosamente.

Pero cuando saltaba el muro, un hombre se irguió, inexorable, ante él; y en la pálida blancura lunar, el cañón de un fusil brilló.

—¡Lo sabía, *mala garduña!* — gritó Sarvatore Jacobbe. — Podría matarte como a un perro, pero te haré algo peor.

Tres hombres salieron de los zarzales.

—Lo habéis visto — les dijo Sarvatore. — No mataremos a este peregrino, ¿verdad? Martinu Selix, tú me servirás gratis, tú serás mi criado tantas semanas como árboles has *asesinado*.

La singular sentencia fué dictada con autoridad en la calma grandiosa del valle lleno de rocío. Martinu Selix continuó su peregrinaje; pero al volver entró como criado en la casa de los orgullosos Jacobbe, y durante tres años sufrió un castigo, moral y material.

Grazzia Deledda.

LOS DOS ERMITAS

En una solitaria montaña, vivían dos ermitas que adoraban a Dios y se amaban mutuamente.

Esos dos ermitas tenían una escudilla de barro, y esa era su sola posesión. Un día un perverso espíritu se entró en el corazón del eremita más anciano y acercándose al joven, díjole, "Hace ya mucho que vivimos juntos. Ha llegado la hora de que nos separemos. Distribuyamos cuanto habemos".

El más joven entonces se entristeció y dijo, "Me apesadumbra, Hermano, que tengas que dejarme. Pero si necesariamente debes irte, así sea", y trajo la escudilla de barro, y se la dió diciendo: No podemos dividirla, Hermano, que sea tuya".

Entonces el más anciano ermita dijo, "No acepto caridades. No tomaré sino lo que es mío. Debe dividirse."

Y el más joven dijo, "Si la escudilla se parte de que utilidad sería para ti o para mí? Si quieres podemos echarla a la suerte".

Pero el más viejo dijo aún. "Quiero sólo lo que es de justicia y es mío, y no confiaré a la suerte la justicia ni lo que es mío. La escudilla debe dividirse".

El más joven no pudo argumentar más y dijo, "Si esa es tu voluntad quebraremos la escudilla ahora".

Pero el rostro del más viejo se ennegreció y gritó, "Oh maldito cobarde, tú, que no quieres reñir".

La verdad, corresponde a los hombres, el error al tiempo. Por eso pudo decirse de un hombre extraordinario: el mal del tiempo causó sus errores, pero el dominio de su alma le permitió triunfar gloriosamente.

Goethe

Si debo oir opiniones ajenas, que estas sean positivas. Bastante me han hablado ya de problemas.

Es peligroso, todo lo que liberta nuestro espíritu sin darnos la soberanía sobre nosotros mismos.

En muchas granjas de California, se pone a los árboles un alambre de 5 a 6 milímetros de diámetro, dejándolo llegar hasta el suelo después que da dos o tres vueltas al tronco, para proteger el árbol contra los efectos del rayo.

Las más grandes e insalvables de las dificultades, están donde menos las buscamos.

No existe propiamente una filosofía ecléctica, sinó filósofos eclécticos.

La niña de los pies desnudos

Al pie de los Alpes Dináricos, hacia el sur, hacia mar, dando la espalda a Herzegovina y el frente a la lejana Italia, hay un valle pequeño, cubierto de fronda, tan bello como los bosques de Georgia.

En ese valle hubo una sola casa y en ella vivió un dálmata guerrero. La esposa de aquel hombre era una de las mujeres más guapas de la tierra.

Se adoraban.

Un día nació un hijo. El guerrero montó en su caballo turco y cruzó el monte para llegar a Zara y adquirir sedas lujosas conque adornar el recién nacido. El guerrero gastó un tesoro en regalos: dejó fama de su rumbo en Spalato, en Sebenico...

Le acompañaron a su vuelta, guardándole los tesoros, una caravana dispuesta a luchar con los bandidos de aquellos montes.

Una banda pasajera de bandoleros circasianos, albaneses y dálmatas también, salió al encuentro de los caminantes.

Se trabó la lucha.

Los hombres de la caravana se dispersaron dejando solo al guerrero que se defendía como un héroe.

Pero el fogonazo de un bandido dejó ciego a aquel hombre. El jinete de los ojos reventados se agarró al cuello de su caballo turco. El bravo animal huyó con su carga hacia el valle de los Alpes Dináricos.

Llegó el caballo. Llegó el jinete moribundo. Ciego quedó para siempre, y ciego está. La mujer de aquel hombre murió de pena.

El dálmata guerrero era mi padre. La mujer que murió de amor y dolor era mi madre. Y aquella recién nacida para quien llevaba sedas el guerrero, era yo.

Ya sabéis una historia de penas y amores. Si os entretuvo, socorredme, caballeros.

Este era el romance que cantaba una niña húngara una noche de Enero de este año que muere. Está haciendo un año, pues.

Fué en la plaza de Neptuno, cerrada la noche ya. El frío bruñía la escultura soberbia de la fuente y escarchaba en el aire los chorros de cristal. El cielo era de añil; de ágata la luna, y las estrellas filantes eran como áureos cascabeles cuyos sones lejanos no se oían allá en la inmensidad.

—Y dime, niña de los pies desnudos, ¿no sientes que el frío de las piedras te hiela poco a poco el corazón?

—No siento nada. Estoy muy triste siempre. Yo quisiera morirme.

—Ten esperanza. Aun para los hombres más viejos empieza hoy un año nuevo. Para ti, que eres tan niña, quizá sea el primer día de una vida con alegría y con sol.



—No sé. Yo quisiera morirme. La vida no es buena para mí. Ya ves, señor, mi padre, temblando de frío, me espera allí en la escalinata del Museo. ¿Qué alegría puede haber para mí?

—Siendo una niña, hablas como una mujer.

—Es el dolor, que envejece y mata.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé. Un año de sufrimientos, ¿por cuántos años vale? Un corazón que nunca rió ¡quién sabe los años que puede tener!

Señor de la tierra y los mares, Señor del Universo, ¿hasta cuándo va a ser rey del mundo el dolor?

Siempre, llegados estos primeros días de un año nuevo, tiendo la vista por el panorama triste de la historia.

Allí, los muros amarillos de Jerusalén deicida; los poblados gloriosos y poéticos de Nazaret, Belén y Cafarnaun, la tierra de Palestina donde nació Jesús y donde hoy manda Mahoma. Tres cedros desgajados, que son los únicos que quedan en la cumbre del Líbano; y allá lejos, en el occidente, la ancha faja de plata del Jordán, que rueda hacia la superficie de plomo del Mar Muerto.

Siria, que recuerda, entre Asia y Africa, el paso de todos los pueblos emigrantes; y emigrante quiere decir melancólico y sin patria: los asirios, los caldeos, los egipcios, y más tarde, la avalancha de los conquistadores griegos y romanos. La destrucción y la muerte.

Las ciudades de Tierra Santa, en cuyo recuerdo está toda la poesía del Año Nuevo: Jerusalén, Jafa, San Juan de Acre...

El azulado Monte de la Ofensa, el Monte del Mal Consejo. Y allá, al sur de Palestina, metido en tierra de Egipto, alza el Sinaí su frente. Alrededor del monte hay un desierto inmenso por el que cruza la Muerte sin que nada la distraiga. Por ese frío desierto vagó cuarenta años el pueblo hebreo.

Niña de los pies descalzos, la vida para los hombres, los pueblos y las razas es un paso por el Desierto.

Niña de los pies descalzos, no sé si la vida ha cambiado para ti en un año que no te veo.

Toda la felicidad deseo para ti...

Si no ha cambiado tu vida, entonces, en este año que comienza... no sé, no sé lo que para ti deseo.

Prudencio Iglesias Hermida.

La cacatúa

Kaká significa, en lengua malaya, taita, papá, y *túa*, viejo. Es posible que los malayos se crean descendientes de las cacatúas, o que en el cuerpo de ellas vivan las almas de los taitas viejos difuntos.

El orden de las trepadoras, que comprender unas 1 300 especies, se divide en tres subórdenes: *coccigomorfos, carpinteros* y *psitacinos*. *Kokkis* es, en griego, el nombre del *cuchillo*, y *morfos* quiere decir forma. El tucán, la urraca y otras aves son coccigomorfos. A los carpinteros ya los conoces, niño aplicado. *Psittako* llamaban los griegos al papagayo, nombre que la ciencia aplica a todas las trepadoras que se parecen al hablador y gritón pajarraco. La cacatúa, por lo tanto, es un *psitacino* en unión de los loros, cotorras, etc.

Esta gran familia de las cacatúidas comprende muchas variedades. Por ahora únicamente diremos los nombres vulgares de la cacatúidas: el calipsitaco, cacatúa, nasiterna, caliptorrinco y microgloso. Hablemos pues de las cacatúas.

Las cacatúas pueden competir con todas las aves oradoras de los bosques y con muchísimos charlatanes que trepan a elevados puestos públicos a fuerza de discursos. Tienen las patas perfectamente dispuestas para trepar por los árboles: dos dedos hacia adelante y dos hacia atrás; las uñas fuertes y encorvadas. A veces se ayudan con el pico, que es también encorvado y robusto para subir por los troncos y ramas.

Entre las variedades principales de cacatúas describirémos algunas: *Cacatúa Inca*, la más linda de todas. A pesar de llamarse inca lleva en la cabeza un largo copete de plumas con los colores de la bandera española. Tampoco vive en los sitios donde reinaron los incas, sino en Australia donde los indígenas la llaman *jakkul*. Aparte del peninsular tiene las plumas blancas por encima y rosadas por abajo; de modo que cuando se encoleriza y levanta el plumaje se pone toda sonrosada. Se reunen en grandes bandadas habitando los gomerales sudaustralianos, armando un batifondo terrible. Los australianos pobres se dedican a cazarlas para vendérselas a los que les gusta tener en casa un animalito parecido a un grafófono descompuesto. La cacatúa inca aprende pronto a decir tonterías; pero hinca el pico con demasiada facilidad en los dedos de las personas que no le caen en gracia.

La *cacatúa de las Molucas* es un pajarraco grandote, con copete rojo y blanco, blanco y amarillo el plumaje. Cuando la cacatúa jura fidelidad a un cacatúo permanece con él toda la vida. Es bastante arisca, pero una vez domesticada le toma gran cariño a su dueño. Tiene notable inteligencia y es muy astuta.

La *cacatúa de casco* es negra con tonos grises y manchas blancas en los extremos de las plumas. La cabeza y el cuello presentan un hermoso color rojo. También luce algunos toques de verde. Resulta una preciosidad. Vive en Australia y no es muy zonza.

La *cacatúa de Banks* es una catuona de m. 1.30 de largo, negra verduzca y adornos amarillos, vecina de Nueva Holanda y sus alrededores.

Todas estas cacatúas saben muy bien, asadas o en guisos diversos y son terribles consumidoras de frutas y de granos. Donde cae una banda de cacatúas, ¡adios cosecha! Ponen sus huevos en los huecos de los troncos procurando que no se hallen al alcance del hombre; pero los indígenas trepan hasta el nido y se apoderan de las cacatuitas.



DE EDUARDO ACOSTA FLORES

El rapto

I

Crujió el ramaje, sordamente, coco leve roce de sedas femeninas, y apareció la altiva cabeza del indio, adornada con plumas de garza y panchuelas de oro que, tras la delicada telaraña de los rayos del sol, derraman tornasolados reflejos sobre las hojas que ocultan sus hombros. Parece un ave mitológica y soberbia escapada de los ignotos dominos de *Añá*, Señor del Infierno, que atormenta a las almas y desata la furia de todos los males que agobian a los seres.

El horizonte, como una inmensa herida que manase sangre, presagia la próxima llegada de una noche obscura y misteriosa; arriba, sobre la marcha sangrienta que vá borrándose poco a poco, unas nubes vagan, según la antigua leyenda, escoltando la cuádriga blanca de la virgen solitaria y piadosa que desciende en el oriente para recorrer nuevamente el camino de los cielos, poniendo con su mirada de plata un poco de serenidad y de consuelo en el corazón de los hombres, que la hacen confidente de sus anhelos y de sus penas...

El "ruido del silencio" se hace pavoroso; a veces lo interruupe el suspiro sosegado de las hojas del suelo, como si un *ñacaninâ*, el terrible Pitón de las selvas guaraníes, se arrastrase pesadamente, dejando una línea babosa en pos de sí.

El joven indio, cacique de una de las tribus más aguerridas de las costas del Paraguay, donde en todo momento se oye la orquestación sonora y subyugante de las aguas y el amoroso arrullo de los juncos y la batahola incesante de las aves ribereñas, interroga el espacio ensombrecido. Sus ojos recorren con ansiedad el débil fortín de los españoles, que a unos saltos de él, se alza, enhiesto y tétrico, como una pira de sacrificios. Si su rostro no se contrajese a ratos en una sonrisa diabólica y nerviosa, diríase que es un ídolo de barro encajado entre las ramas, a la entrada de la selva augusta, guardadora de los mil secretos de la tribu y jamás hollada por la planta delatora de los extraños

De pronto, el cacique arruga la frente tatuada con los brebajes que saben preparar sus curanderos y adivinos, y toma su arco. La flecha, que lleva en su punta la envenenada sangre de un reptil, asoma, fina y reluciente, entre las hojas, como una lengua plateada. Gime la cuerda tendida, secamente, cual un tendón humano en desesperado esfuerzo... Sobre el fortín acaba de formarse una visión maravillosa. Una blanca, más bella que el claro amaneccer sacude su larga cabellera que semeja una irradiación solar, y descubre al beso sensual del viento que pasa, la rítmica contextura de su cuerpo.

El indio, cobardemente, baja su arco y se queda contemplando, como en éxtasis, la forma soberana de aquella visión formada de amarillo de oro y blanco de nieve. La flecha, semejante a una ofrenda deshechada, continúa entre sus manos. Cierra luego los ojos para borrar de su mente la fantástica aparición que sigue en lo alto del fortín, como una columna de espuma, y se interna, poco a poco, en la selva sombría que cubrirá su derrota, exhausto, convulso.

Las sombras de la noche han llegado. *Yvytú*, el alígero mensajero de los dioses, agita a su paso las ramas de los árboles. Hay un crujido apagado en las frondas perfumadas, como de palomas que aleteasen buscando cada cual su nido. A lo lejos se percibe un silbido agudo y prolongado. Es *Taú* el genio errante, hijo de la noche, que se dirige a la morada de su hermano *Moñai*, el terrible monstruo de las siete cabezas...

II

La pequeña fortaleza de los españoles, levantada con troncos de árboles toscamente cortados en los dominios del gran *Ymasequi*, cacique joven de largas proezas guerreras, semejaba un templo indígena.

Cien españoles de pesadas armaduras de hierro se habían establecido allí. Les acompañaban dos mujeres. La una, emperatriz de belleza, provocadora de amor, *itacarú* mágica que encendía todas las pasiones, que enervaba los sentidos; la otra, una esclava, negra y horrible como un fracaso.

Cuando *Ymasequi*, de quien recibieran los extranjeros muy ricos y variados presentes, vió a aquella mujer singular de piel más blanca que el *roy-rupiá* que en las noches frías cae del cielo, como una bendición lunar, y de ojos zarcos que convidaban al deleite, sintió que algo así como una víbora diminuta e inquieta, le recorriese el cuerpo y le mordiese, a ratos, dulce y dolorosamente, el corazón.

El indio, sediento de amor y de deseo, ofreció diez, cien de las más hermosas mujeres de su tribu a cambio de aquélla, pero los ingratos *pytagúa* le desengañaron.

—Noble cacique — le dijeron, — ni tus dominios, ni todo el oro que, según sabemos, surge en líquida y brillante linfa del seno fecundo de tu suelo, no valen una mirada de esta mujer que está unida a nuestro jefe por amor, que es algo así como la piedra benzoar que rechaza los venenos de la falsía y del deseo de los demás...

Y vibraba el indio de lujuria, de amor y de ansiedad, mientras sentía que una secreta fuerza le arrastraba hacia aquella diosa que presintiera en sus sueños. Podía, con una palabra suya, convertir en una hoguera la fortaleza de los españoles, pero no se atrevía a pronunciarla... Temía que aquellos hombres venidos de muy lejos, del país del sol que decían, cumpliesen el inhumano juramento de matarla a ella antes que verla en sus brazos amantes... Otras veces, pensaba atravesarla con una de sus emponzoñadas flechas, para apagar el deseo que, como un fuego, le quemaba las entrañas, pero, cuando ya la apuntaba con su arco, ese mismo fuego devorador le paralizaba los miembros, impidiéndole lanzar la flecha.

III

La noche está tan obscura que apenas se vislumbra el argenteado casco de un español que hace de centinela cerca del fortín donde duermen confiados sus compañeros.

De cuando en cuando una ráfaga de viento selvático hace estremecer el sombrío ramaje produciendo un ligero cuchicheo.

De improvisto sacude el espacio un grito de alarma. Después se escucha dentro del fortín un choque furioso de hombres provistos de todas armas. Un español ilumina la escena con una gran hacha de luz cuyos rayos al chocar contra las hojas de la selva inmediata, luminan siniestramente.

Un centinela indicó que había oído hacia la selva un ruido extraño, como de pisadas de un animal gigantesco... Era que *Ymasequi*, el cacique indio que sintiera dentro de sí las indomables tentaciones del deseo, había raptado a la esclava negra que dormía a los pies de su señora, la hermosa blanca que apareciera sobre el fortín para sacudir al viento su larga cabellera que semejaba una irradiación solar.

Divagaciones de un ex-viajero

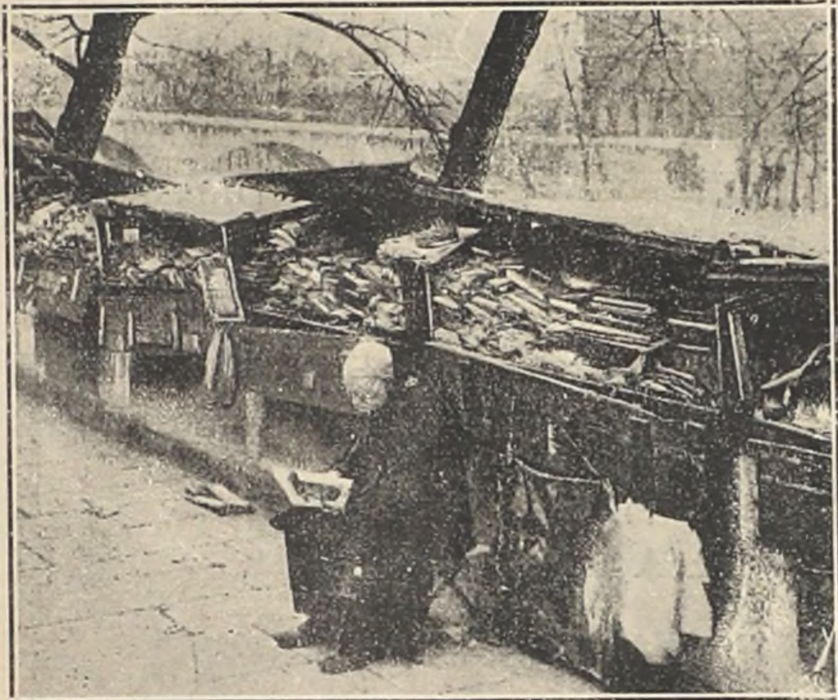
París. La ventaja de ser nadie. Su inconveniente.

¡"París es... París!," habíamos oido exclamar amenudo, cuando a nuestra vera se encontraba algún ex-viajero que sufría los suplicios del ingenio inquisitivo de los candidatos a serlo, o de los meros "diletantti" de la caravana imaginativa; de esos que todo lo preguntan, porque harto saben que ese es el único medio de conocer algo de lo que jamás les será dado ver — ¡No pueden todos los que quieren, ni quieren todos los que pueden!; — de esos que, con su eterno optimismo y su capacidad para asimilar las versiones más o menos alteradas de "los que todo lo han visto", sirven para dar a éstos, durante algunos días, la sensación de que son alguien.

Y bien, ¡París es... París!; recién cuando se está en él y se vive su vida, se comprende el inmenso graficismo de esa frase que, diciendo poco, casi nada, lo compendia todo. Hasta la impotencia de expresar ciertas cosas que se sienten y nada más.

Suponed una mano de virtuoso arrancando notas maravillosas de un instrumento musical que no pudiera ser oido sino por el que lo toca, y tendréis la versión sentimental de lo que es París y de porqué no puede decirse como es.

Pero el público de los virtuosos es escaso y... muchos se enteran



de que están frente a uno de ellos, cuando se les hace notar; cuando la reclame lo proclama.

Jamás hemos comprendido tanto como ahora a uno de nuestros amigos que va a los conciertos solo, se sienta en la localidad más apartada, y se transforma en nadie — son sus palabras, — durante la audición.

Así hay que ir a París: a sentirse nadie. Que es precisamente lo contrario de lo que hace mucha gente. Porque allí es efectivamente nadie; tanto más cuanto mayores sean los esfuerzos que se hagan por parecer alguien: nadie en la calle; nadie en el restaurant; nadie en el autobus, y nadie frente a la gentil y airosa "midinette" que ni siquiera se digna expresaros su desdén por vuestro requiebro balbuciente e inoportuno. Nadie en todas partes: un átomo en el éter.

¡Pero que conquista definitiva la de llegar al convencimiento absoluto de que se es nadie!; como que cuando eso ocurre, recién se empieza uno a sentir alguien en París: alguien en el restaurant; alguien en el autobus; alguien frente a la gentil y airosa "midinette" que os vende una corbata por ejemplo...

Ved sino la filosofía que se desprende de este pequeño episodio: estábamos en un "magazin", y una vendedora joven, bonita, elegante e inteligente — como son todas las vendedoras de los "magazins" de París — nos atendía simultáneamente que a un señor visible y ostentosamente rastacuero él, a quien la vendedora pidió el nombre, para hacer el envio de lo gastado. El aludido dió un apelativo rimbombante, aderezado con algunos títulos nobiliarios, todo en voz muy alta.

Cuando nos llegó el turno, nuestra indignación o el placer pequeño de molestar al tosudo insolente — ¡Placer de átomos al fin! — nos hizo decir: "Nadie — señorita — anote Vd. todo a cuenta del señor nadie" E inmediatamente adivinamos que habíamos empezado a ser alguien para la joven, bonita, elegante e inteligente vendedora. Porque ésta, regalándonos con su más amable y traviesa sonrisa de connivencia, comentó: "¡Pobre señor, que desgraciado ha de ser Vd.!"

Y todos los días nos mostraba dos hileras de preciosos dientes, como perlas, cuando al pasar, ella hacia el "magazin" y nosotros hacia un conocido café de boulevard Montmartre, cruzabamos amistosamente algunas palabras. ¡Aunque las nuestras se nos antojaran siempre tontas e inoportunas!

Saberse nadie en París, es empezar a conocerlo, y, sobre todo, empezar a sentirlo. Porque es necesario ser "cualquier cosa", — como decía cierto choricero enriquecido que nos tropezamos una vez — nadie, diríamos nosotros, para sentir realmente el placer de anular la propia personalidad, para adaptarla a la del ambiente o a la de los ambientes de la gran capital latina.

París es más que los boulevards, más que la Opera, más que la estrella, más que el Louvre. Es eso que no podemos ver, ni frecuentar, ni gustar, sino cuando somos nadie: es el Metropolitano a la hora del hacinamiento y de las carreras febriles por los andenes; es el pequeño despacho de vinos de ese rompe-cabeza de callejuelas en que termina la avenida Monge, cerca de la plaza Saint Mitchel, en el cual se advierten miradas como puñaladas, cuando se tiene la desgracia de no usar la clásica gorra, el pañuelo y los pantalones amplios, inverosimilmente ceñidos al tobillo; es el "Bal Musette", en el que un viejo de luenga barba sonríe filosóficamente, al ver como los Norteamericanos abren tamaños ojos, ante un "Gigolot" y una "Gigolette", que sólo tienen de los otros, de los que él tratara antaño, el traje raído y las postizas patillas; es la "boitte" de Montparnasse y aún la de Montmartre, que no se llama ni "Garrón" ni "Moulin Rouge", y que no se llama nada, pero que existe sin embargo, y es muy distinta de las otras; es el chino, es el negro, es el turco, es el ruso, y, en suma, ese personaje que llena sus calles, que viste como quiere y que aveces hasta gesticula y habla sólo, sin que nadie le mire con curiosidad; es el beso kilométrico, cinematográfico, de pastillas de goma, que se dan los amantes en las entradas del "metro", en plena calle, en el interior de "Notre Dame"... en todas partes, sin importárseles un comino de Vd. lector, que los mira atónito, y a quien ella dice frivolamente con los ojos, mientras repara con el "rouge" los estragos producidos en sus labios por la glotonería de él: ¿Verdad que esto es muy "chic"?; es el pescador del Sena que inmortalizara Maupassant en esa maravilla de psicología humana que es: "Le Trou"; es el viejo librero de las orillas del mismo río, o del "Barrio Latino", que os trata paternalmente cuando os interesais por libros de estudio, que os vende por menos de nada; es el "Ramasseur de mègots", ese viejecito apergaminado, casi insustancial, fino, silencioso, que pasa a vuestro lado gravemente atareado en ensartar en la punta de un bastón, arreglado exprofeso, esas cosas que nosotros llamamos despectivamente puchos; es esa hora silente de las viejas fortificaciones, durante la noche, en la que el gaz pone sus verdes y tétricos reflejos, y que muchos desafían con una buena Browing" en el bolsillo, soñando con inverosimiles aventuras de "appaches", que ya no pueden ser; es el espectáculo que se os ofrece desde la "terrasse" de cualquier café, a cualquier hora del día y en cualquier lugar; en fin es... París.

Porque — tomemos un ejemplo al azar — en Nápoles también hay "junta-puchos", ¡pero que diferencia!

La misma que hay entre un toscano chico... o "chica", y un aromático cigarrillo egipcio, existe entre ese viejo gruñón, que vende en plena calle — a cambio de unos cobres miserables y luego de haber tenido recuerdos ingratos para la "Madonna" — las colillas que él ha colectado, y ese viejecito gentil, transparente, marfilino, que, en el colmo del refinamiento y de la sutileza de su espíritu galo, os las hace servir luego, sin que lo notéis, "disueltas" entre las enmarañadas hebras habanas de un "Marilan" que pagaís como nuevo.

Pero ser nadie tiene también su voluptuosidad fuera de París. Y cuando os lanzáis en un tren a sufrir las treinta y dos horas de tedio que os separan de Viena, constatáis con inmensa fruición que sois nadie — el Sr. Nadie, — para vuestros germanos compañeros de viaje, que hablan entre ellos sin que podaís saber si se están complotando contra vos o se burlan simplemente de vuestro aspecto extranjero.

Y nadie en Venecia; y nadie en Florencia; y nadie en Roma. Hasta que un buen día caéis en la cuenta de que París es una sirena, y de que os atrae, y de que debéis volver. Y volvéis.

Entonces, ¡adiós tranquilidad! De llegada os saludan en el hotel, y luego en el restaurant, y luego en el café. La "midinette" gentil os pide una reseña detallada del viaje... y ya sois alguien, definitivamente alguien en París.

Pero, de súbito os desencantáis, y os acomete un deseo absurdo de volver a ser nadie. Y pensaís en huir. Avanzar es empezar, y, después de muchas cavilaciones, os decidió a volver al punto de partida. ¡Los amigos... las cosas familiares...!

Y recién notáis realmente el horrible, el insubsanable, inconveniente de ser nadie. Los diez primeros días, después de la llegada, sois alguien: el que refiere, "el que lo ha visto todo". Y cuando ya estáis por echar de menos no ser nadie... hete aquí conque un buen día constatáis que lo sois realmente, definitivamente, irreparablemente. Y experimetáis la misma sensación de aquel buen señor a quien un amigo había robado dos veces la cartera llena de dinero, devolviéndosela luego, y que al notar una tercera desaparición no se alarmó pensando en una nueva broma. Pero que casi se muere, más tarde, al convencerse de que, esa vez, había sido un amigo... de lo ajeno, el presunto burlador.

Porque hasta cuando nos resignamos a ser nadie, todos ocultamos en el fondo de nuestra conciencia, la pudorosa e inconfesable aspiración de ser alguien...

Leonidas Chiappara.

En Inglaterra se han instalado ya varios albergues, en los que pueden vivir las mujeres abandonadas por sus esposos y que se encuentren sin recursos.

¡Qué suave la mano derecha de Dios, y qué terrible la izquierda!

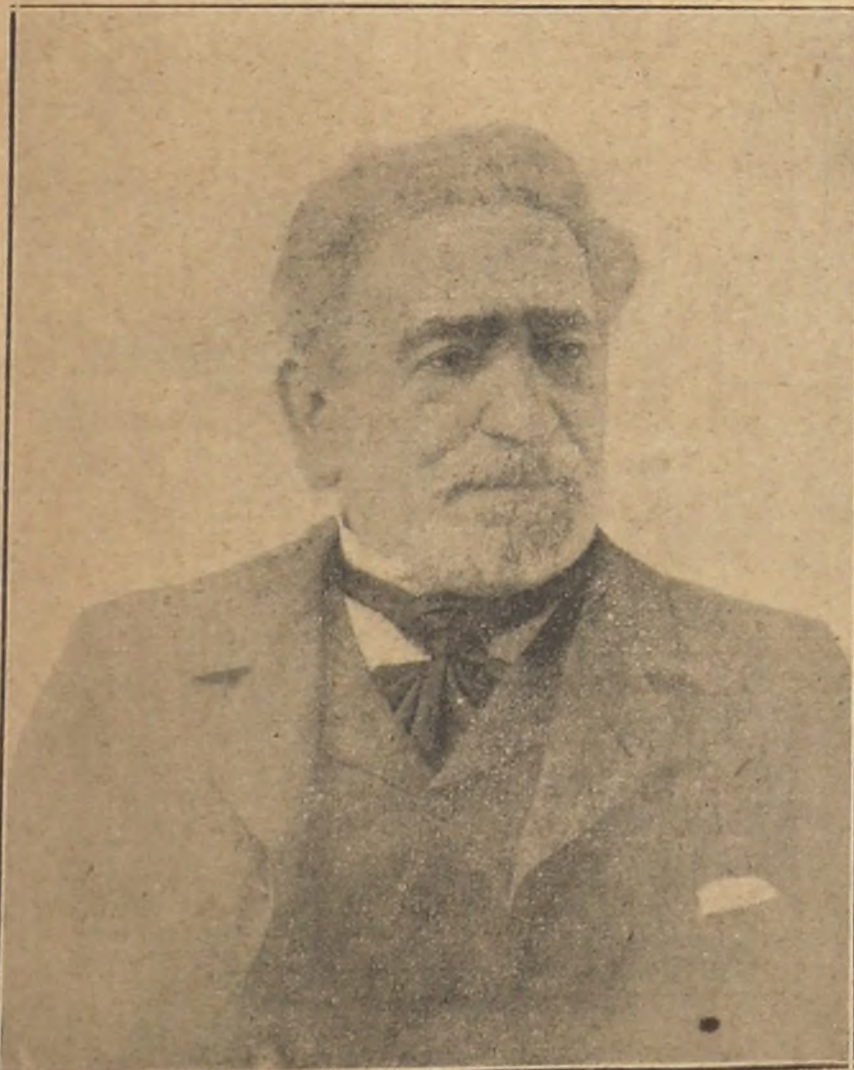
Una historia de amor

Ahora, que con motivo de la campaña iniciada por parte de la opinión española, contra el directorio militar, centenares de hombres de buena voluntad se devanan los sesos, en la península, procurando averiguar causas de causas de los sucesos pasados, en la esperanza de deducir de ellos reglas que permitan prever el porvenir, nos parece oportunísimo brindarles desde aquí nuestro grano de arena, como contribución para el castillo de deducciones que construyen para salvaguarda de su tranquilidad.



Angela Vidal

No se lo hemos de enviar en forma de consejo, porque el que les daríamos: Cherchez la femme", ya lo han gastado los franceses y no resulta tan convincente traducido al español, pero si nos permitiremos recordar que alguno ha dicho que si Cleopatra hubiera tenido otro tipo de nariz, la historia del mundo sería otra.



Praxédes Mateo Sagasta

También sería otra la historia de España, si una mujer que nunca pensó influir en ella, hubiera sido fea o le hubiera faltado corazón y carácter.

Pero, entremos en materia, — declarando, en primer lugar y no sin cierta satisfacción, que esa mujer fué una uruguaya de pura cepa, aunque nacida en España, y estaba estrechamente emparentada con las más antiguas familias de nuestra sociedad.

Allá por los años de 1810 a 1811, cuando en las proximidades de esta "Muy fiel y reconquistadora" ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, rioplatenses y peninsulares andaban a testarazo limpio por un "quítame allá esas cadenas" más o menos auténtico, mucha gente de estas tierras fué a parar a la península, emigrados algunos, y otros, los más, en calidad de prisioneros o de sospechosos de tibieza por la causa del Rey, a quienes se procuraba alejar de tentaciones.

Entre esos emigrados a la fuerza, llegó a España un primo hermano de don José Artigas, don Angel Vidal y Villagrán, que era uno de los jóvenes más distinguidos y de más ilustre abolengo de la sociedad montevideana de aquel tiempo. Este joven formó su hogar en la península — y tenemos entendido que su esposa también había nacido en nuestra ciudad — no regresando jamás al Río de la Plata, no obstante cartearse con frecuencia con los parientes y amigos que por aquí dejara, especialmente con su hermana Dolores, la esposa de don Gabriel Antonio Pereyra.

Se radicó en la ciudad de Zamora, en cuyas cercanías adquirió valiosas propiedades, y allí nacieron sus hijos y sus hijas, de los cuales solo la menor, Angelita, interesa a esta historia.

Era Angelita, según cuentan los viejos y si no mienten los retratos, una mujer de belleza extraordinaria al par que de ilustración y talento superiores, por cuyos encantos se volvían locos los dandys de Zamora, por más que ella jamás alentó a ninguno, indiferente a todos sus homenajes. Solo un modesto pasante de notariado, un X para la buena sociedad zamorana, parecía merecerle algún interés a la bella desdeñosa, pero como se trataba de un joven tan insignificante, tan sin porvenir y sin fortuna, ni la sociedad de Zamora ni los mismos padres de la niña podían considerarle un pretendiente serio.

El tiempo pasaba, y don Angel y su esposa, ya entrados en años, empezaron a alarmarse por la frialdad increíble de su nena, cuyo entretenimiento mejor era el de repartir calabazas, con admirable equidad, a cuantos admiradores se atrevían a aspirar a su mano y a su dote.

Por esas fechas, puso sitio a la plaza tenida por intomable, un gallardo capitán de la guarnición, militar distinguido, alto título de rancia nobleza y hombre ducho en lances de amor, que al notar resistencias a las que no estaba acostumbrado, se creyó en el caso de hacer cuestión de honra, la conquista de la "indianita" a toda costa y de cualquier manera. Para ello, contaba, sobre todas las cosas, con la influencia de los padres, que lo consideraban un marido ideal para la chica, pero como nunca lograra adelantar ni un paso en sus pretenciones, pese al refuerzo de tan gruesa artillería, resolvió jugarse el todo por el todo y ganar la plaza por sorpresa, mediante una conjura en que tomó parte lo más destacado de la sociedad local, incluso, claro está, los futuros suegros, los hermanos, el clero y la milicia.

Planeada la conjuración, se proyectó un paseo, participando de él, con la familia de Vidal y otras de buena sociedad zamorana, los oficiales de la guarnición, con el capitán enamorado en primer término, el coronel del regimiento y un respetabilísimo sacerdote, a cuyo cargo debía estar la parte principal del ataque, según se verá enseguida.

En los momentos de mayor animación de la fiesta, cuando la sucesión de bromas menos podía hacer esperar que alguien se tomara el trabajo de hablar dos palabras en serio, hábilmente fué llevada la conversación hasta culminar en un dialogado de apariencias inocentísimas:

El Coronel — Realmente, esta es una tarde hermosísima para celebrar una boda.

Un gomoso — Y note Vd. el grupo que formamos: familias, amigos, un, sacerdote, niñas casaderas... y sus pretendientes.

El cura — Ahora solo falta que los novios se den la mano, para consagrar su enlace.

El capitán (procediendo militarmente) — Pues yo tomo su mano, Angelita!

La víctima lo dejó hacer, tomando la escena a broma, y respondiendo después con su gracia habitual, a los parabienes de sus amigas. Terminada la fiesta, sin que ni la menor sombra turbase la alegría de todos, las familias se retiraron a sus casas, los militares a su cuartel...

Y al día siguiente, cuando Angelita quizá ya habría olvidado la escena de la víspera, el capitán se presentó reclamándola como a su legítima esposa, armado de una solemne acta matrimonial a la que nada faltaba, pues constaba en ella el consentimiento de los padres, que entonces y en España era de mayor valor para el caso que el de los contrayentes.

———

Puede ser imaginada pero no descrita, la escena que se produciría en aquel respetable hogar. Como ya habrá supuesto el lector, Angelita se negó terminantemente a seguir a su marido que en tal forma le era impuesto, y declaró al mismo tiempo, que solo podía amar al pobre pasante tan desdeñado por la alta sociedad.

Tras la consiguiente polémica, el capitán, que en realidad era todo un caballero, se dió cuenta de la situación, y arrepentido de la locura a que se arrojara ciego de amor por la bella, prometió solemnemente no molestarla jamás. Es fama que aunque vivió varios años más, murió sin haber faltado nunca a su palabra.

Por su parte, Angelita, casada, vírgen y mártir, puso en conocimiento de lo ocurrido, al oscuro pasante que sus padres desdeñaran no queriéndolo para yerno, y éste, tocado en su amor propio al par que estimulado por la seguridad del amor de la bella, abandonó de inmediato Zamora, dispuesto a hacerse un nombre y una posición en la Villa y Corte.

Ya en Madrid a fuerza de talento, de carácter y de audacia, pronto logró imponerse a sus contemporáneos, llegando tras ruda lucha, a ser jefe de un gran partido político, fuerza tan decisiva en la política española, que por su influencia volvieron los Borbones al trono de sus padres.

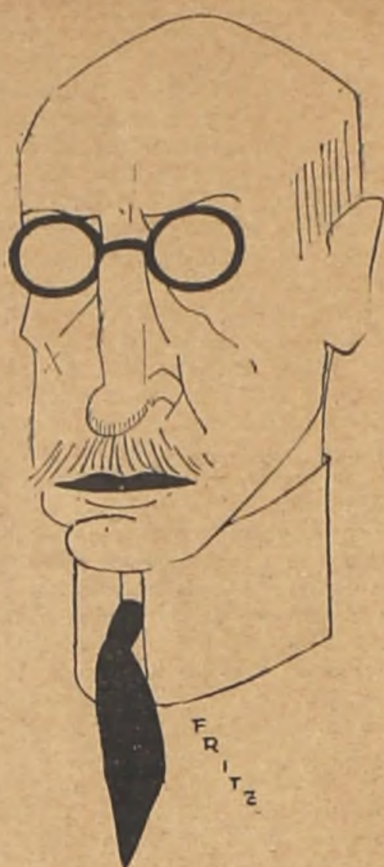
Triunfante ya, y habiendo fallecido el capitán que tan en mal hora se cruzara en su camino, el que fuera modesto pasante de notariado, yerno indeseable, volvió a Zamora a reclamar por premio a sus afanes, la blanca mano de nuestra compatriota Angelita Vidal, brindándole el sitial más alto de la corte, junto al trono de la reina.

Era don Práxedes Mateo Sagasta.



Sr. José Batlle y Ordóñez

Fritz presenta a la consideración de los lectores de **"Mundo Uruguayo"**



Ing. José Serrato

algunos de sus estilos de caricatura que tan altos valores artísticos le dan en nuestro ambiente.



Dr. Baltasar Brum





Julio M. Sosa



Atilio Narancio



Luis Angel Firpo





Alfredo Berta (Fritz) valientemente afronta la "responsabilidad" de esta página, exponiendo su autocaricatura





Fermín Carlos de Yeregui

LOS CERDOS FLACOS

Como la vieja se quejaba con un ronquido estridente en su jergón de paja, sobre el lecho de tierra endurecida, Asunción Quispe quiso probar el remedio heróico. Tomó, a dos manos, en un rincón, la inmensa vasija de barro cocido, rebosante de agardiente de caña, y empezó a verterlo con abundancia en los labios de la moribunda, que se agitaron relamiéndose. El cañazo lo cura todo en la sierra del Perú. Pero esta vez sólo sirvió para suavizar una agonía.

Asunción Quispe no lloró. Lloraría más tarde en unión de sus parientes, lloraría a compás de quenas y danzas, sollozando amargamente en el curso de la larga ceremonia del funeral, como sus padres y abuelos desde los tiempos sin memoria. Por el momento, era preciso buscar al cura, al *taita* cura, que dispusiera el entierro católico, pues sin hisopo latines la india se iba al infierno derechamente. El infierno es un país de nieve, desprovisto de alcohol y de llamas familiares, en donde se trabaja todo el santo día bajo el látigo de un alca'de negro.

Al taita cura era preciso hablarle con buenas razones. En el fondo del muñeco tejido con lanas de colores que sirve de alcancia a los indios, le quedaban a Asunción Quispe algunos soles de plata de diferentes cuños, empañados ya por la humedad de la sierra, casi negros. Calculó, contando con los dedos. Entonces se decidió a atar con un ronzal a sus dos cerdos rosas que estaban hozando la tierra junto a la cama de la muerta. Eran el único bien que le quedaba.

¿En dónde estaría el señor cura? Los vecinos dijeron que se marchara temprano a caballo para festejar un nacimiento en la cima de los Andes, junto a la cruz de hierro del Santo Cristo. Un nacimento puede durar dos días, tres, una semana, según la cantidad de alcohol y el lujo de los vecinos. Bien pensado era mejor salir al encuentro del cura llevando en hombros a la muerta. Dos compadres de la vecindad se prestaron a disponer, con troncos enlazados, la litera en que transportar a la finada. Iba detrás Asunción Quispe tirando los cerdos del ronzal. El camino tallado en la montaña suavizábase a ratos a causa de la nieve de la alta cima que se descuajó mullendo a su paso las piedras del cuarzo puntiagudo. Nadie, sino algún rebaño de llamas, interceptaba la ruta. Todas las cumbres blancas tenían una aureola de alas negras: los cóndores atentos a la presa posible en el fondo del valle desamparado. Cuando arreciaba el viento glacial, los tres amigos se detenían a cobrar ánimos con aquella calabaza de aguardiente instalada en los brazos de la muerta.

Diez horas de marcha a pie por senderos de serranía no son jornada extrema para los indios. A medio camino, en la *pascana* del Santo Cristo, hallaron al cura, que montaba a caballo, y comprendió sin palabras, acostumbrado ya a estos lances. Asunción se despojó del cónico sombrero de fieltro, desdobló prolijamente una tela de colores en cuyo centro estaban arropadas las monedas de plata y esperó la sentencia de don Felipe Muñoz, cura del valle. Era un hombre recio, de hinchada nariz violeta, brutal en su ademán, breve en palabras. Con agilidad insospechable, se apeó para examinar de cerca los cerdos rosas. La mano gruesa palpó el vientre y el lomo, entreabrió los hocicos lodosos. Encogiéndose de hombros con sardónico sonreir, volvió a montar. ¡Dos cerdos flacos! El entierro valía mucho más. Un entierro decente de misa baja, sacristán con sobrepelliz y todos los latines del libro mayor... ¡No podía ser! Asunción Quispe corrió tras el caballo del cura gimiendo que, por esta vez, se redujeran las tarifas. Pero el cura Muñoz conocía muy bien a estos indios avaros. Proponían hoy dos cerdos; mañana vendrían con la vaca.

Asunción y sus compadres se miraban con espanto de esclavos que no saben decidirse. ¿Qué hacer ahora? Era muy pesada la carga para



volver con ella al pueblo. La dejarían en esta choza arruinada, regresando mañana con más dinero que prestarían quizás otros compadres. Colocaron a la muerta bajo el alero, arropada en su poncho violeta.

Puesto que festejaban bautizo en el villorrio cercano, los indios iban allá a pasar la noche. Para los indios la alegría y el luto se parecen. Beberían, bailarían llorando ante la cuna como ante una tumba. Dos horas después llegaban a la pascana en fieta. Junto al fuego de estiércol de llama, bebiendo con cada concurrente, la madre llevaba a cuestas, en el poncho atado en los hombros, al chiquillo por bautizar. De cada vaso le daba a probar unas gotas de aguardiente para enseñarle pronto a ser enérgico. De las guitarras, bien templadas, se elevaba un acorde brusco. Las palmadas intermitentes acompañaron una danza rápida y contoneada, tradicional en el país, que el cura mismo seguía con un meneo de la cabeza. ¡Era quizás la danza de las vírgenes en los antiguos templos del Sol! Sentada en la puerta, con dos sombreros sobrepuestos y las trenzas colgantes sobre el pecho, una vieja antiquísima, tal vez abuela de todos, estaba adivinando la asunción de la luna con los ojos empañados por la gota serena. De tarde en tarde, sus manos vacilantes tanteaban en las trenzas el piojo que romper en los dientes con un estallido exacto y suave...

Infatigables, los tres compadres danzaron y bebieron la noche entera. Estaban ya consolados, casi felices; y como el dinero se acabó, dejaron en prenda del aguardiente los cerdos flacos. Cuando, a las cinco de la mañana, un sol moroso arrastraba por las punas bajas su lomo de vicuña herida, el cura mandó ensillar. Siguieron su caballo Asunción y sus amigos cantando en quichua las milenarias canciones al padre Sol, al padre benévolo que regresa cada mañana para visitar a sus hijos terrestres. Duraba la marcha algnas horas cuando un grito de espanto de Asunción Quispe les erizó la carne a todos. Quién se había llevado a la muerta? Estaba allí, bajo el rústico alero, la litera de troncos, el poncho en jirones, un *topo* de oro. Sólo faltaba el cadáver. Entonces, mirando el cielo lleno de alas, comprendieron que los cóndores lo habían devorado en la noche.

Pocas veces el cura viera en sus indios incertidumbre y terror semejantes. Jamás en el poblacho los cóndores devoraban otra cosa que las bestias de carga. ¡Artimañas del diablo debían ser!... El cura mismo se inmutó. Uno de los indios, furioso, se puso a perseguir a pedradas a un cóndor perezoso que no quería volar sino que se alejaba a grandes brincos sobre las peñas del abismo. El cura Muñoz sonrió entonces ferozmente, porque una idea genial le afloró las sienes.

En quichua, dulcemente, como en los sermones de cuaresma, explicó lo ocurrido: era venganza de los demonios, encarnados en aves de rapiña, porque nadie quiso pagar este año un diezmo conveniente a tu taita y señor. Para aplacar las sagradas iras, vendrían mañana, vestidos de fiesta, a exorcizar a los cóndores, rociando con agua bendita las agudas piedras, la cabaña, todo el paisaje embrujado. Sólo así tendría descanso eterno el alma de la india muerta; pero cada vecino del pueblo debería llevar al curato sus mejores rebaños.

Resonaron quenas en la altura; otra quena respondió más lejos. Los indios inclinaron la frente morena y sumisa. Todas las flautas del valle parecían cantar la endecha de la raza que nunca supo sublevarse.

Ventura García Calderón.

UN CASO CURIOSO

Galeno refiere el caso de un joven que soñó que tenia la pierna derecha de piedra, y poco tiempo después se vió atacado de una parálisis del mismo lado.

La explicación que los modernos psicólogos, como Myers, dan de este hecho, es que el subconsciente o conciencia subliminal durante el sueño percibe las perturbacones fisiológicas que aún no han hecho crisis o no han alcanzado el grado de desarrollo necesario para ser percibidas por la conciencia normal o subpraliminal.

***

El hombre piensa amenudo lo que dice, jamás dice la mujer lo que piensa.

***

La mujer que casa con un ciego ha encontrado el phénix de los maridos.

Del momento

Tout ca change tout c'est la meme chose

¿Cómo solemnizamos y como solemnizaremos las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes?

Pues lo mismo que hace cincuenta años, lo mismo que el año pasado, lo mismo que lo harán nuestros herederos allá por el 2.000, si la ley seca, como es de desear, no se incorpora a las siete mil y pico de leyes que ordenan y reglamentan la vida de los libérrimos y altivos ciudadanos uruguayos.

Digo libérrimos y altivos porque nuestro loable espíritu de independencia nos lleva a no respetar otras leyes que las que fijan un mínimo para las horas de trabajo, y un máximo para las cantidades que debemos percibir como compensación de tan gran desgaste físico y cerebral, así que, aunque se decrete el régimen seco, puesto que no nos es agradable, no lo acataremos y se acabó.

Pues bien, nacionales y extranjeros, gordos y flacos, chicos y grandes, una de esas gloriosas fechas, por lo menos, "nos la catamos de primera", ya sea en comilonas familiares, banquetes de sociedades recreativas, reuniones en "petit comité", etc. etc.

Don Liborio, mi amigo don Liborio, al que motejamos Padre Nuestro porque todo lo sabe y todo



lo vé, acostumbra pillársela sencillamente en familia.

A principios de Diciembre compra un pavo joven y bien parecido, instálalo en el desván donde guarda los cachivaches, lo atiborra de maíz, nueces y castañas — metiéndoselas en el buche con la ayuda de un palito, — lo degüella sin piedad — para el ave, — infausta noche del 24, y ayudado por su consorte y la prole, se lo manda a bodegas al 25,



asentándolo con varios litros del tinto nacional.

Después, como se trata de un hombre serio y juicioso, toma una almohada y se vá a la azotea, donde ronca y bufa tres horas, puestas en cruz las manos sobre la repleta fiambrera.

Don Jenaro, italiano nacionalizado, pero fanático fascista y fiel conservador del "uso nostro", reclama el concurso de doce o catorce compatriotas, y marchan "achá de Bertume" en Punta Carretas, para encontrarse cara a cara y frente a frente con "argún do mil raviole, corderite, pochiero, e chento litre de vin, de cul bon vin barbera ca ta porificano el sangüe e ti fai digerir anche le pietre".

El programa coral iníciase a fines del almuerzo, continúa en todo su esplendor durante el regreso al centro, a pie, sin cuello y con el saco al brazo, y asume caracteres de fu-



rioso aquellarre cuando ya en la cantina finaliza el último acto, y ruedan los protagonistas de la obra bajo las mesas, traicionados miserablemente por las dulzuras del nebiolo.

El macho Antúnez, farrista, tanguero y "gigolo de luxe", la procede de rigurosa cotelería, triplicando la diaria dosis de San Martín o Gin Fiz, y como no come nada, porque la principal virtud de los aperitivos es matar el apetito, enseguida se encuentra perfectamente adobado, y ya se sabe que fin lamentable tienen los adobes criollos: rotura de vasos, pequeño match de boxeo con el camarero, desacato a la autoridad, comisaría, multa, y regreso al hogar



paterno entre una nutrida tropilla de "chicos".

Fritzmuller, el alemán, radica en la "Bier Haus", hinchándose espantosamente con "sorizos y cerveza. Rafaelillo, andaluz de pura cepa, satúrase de manzanilla, baila boleros sobre la mesa del café, y concluye dando una conferencia práctica sobre el arte del toreo, traspasando de parte a parte las esteras de las sillas con un taco de billar, y míster



Charles Spikitiflon, "very englihs man", enciende temprano la pipa y le sacude al wisky hasta que se le sale por las narices y oídos.

Así, con leves modificaciones, solemnizamos Navidad, Año Nuevo y Reyes casi todos los hombres de toda la cristiandad, así los solemnizaban en la romántica edad media, y así los solemnizarán nuestros sabios tartaranietos, porque no hay fiesta en el espíritu sin el previo visto bueno de la panza.

Tout ça change, tout c'est la meme chose.

Martín Chico.

Para aumentar las ganancias

El hombre necesario

Rara vez es prudente que un solo individuo asuma de una manera exclusiva el conocimiento de una parte vital del negocio. La incapacidad o ausencia de esa persona por cualquier motivo, podría poner a la empresa toda en un conflicto serio, que fácilmente se evitaría si otros conocieran los principales pormenores del trabajo. Obrar de aquel modo vale tanto como desenvolver el negocio en un edificio combustible, sin asegurarlo de incendios.

Los conocimientos relativos a una parte esencial del trabajo son, en muchos casos, la base del negocio. Suprímase el hombre que los posee y no quedará en la casa persona capaz de substituirle, y aún podrá transcurrir mucho tiempo sin que se halle quien esté en condiciones de llevar adelante el trabajo.

A menudo se tropieza con el obstáculo de que tales individuos procuran ejercer una especie de monopolio, impidiendo que otros aprendan cosa alguna de lo concerniente a sus funciones. Esta pretensión maligna por sí sola, debería bastar para hacer que otro aprendiera el trabajo; porque de ordinario el monopolio sólo se ejerce en interés personal, aún en aquellos casos en que la aptitud se ha adquirido a expensas del mismo negocio. Es, además, una forma errónea del egoísmo; porque, por regla general, un hombre adelanta más enseñando a otros la manera de ejecutar una parte de su trabajo, con lo cual queda libre de muchas minucias y puede dedicarse a más altas empresas.

La mejor manera de hacer el bien, es la firme resolución de combatir el mal.

BROMA DE SALON

Todas las tardes iba a aquel saloncito del casino, sentándose ante el mismo velador para tomar café. Le precedían el soniquete de su pata de palo sobre el piso y el anuncio indefectible de Perico el mozo:

—Ahí está don Baldomero.

Entraba, y a la puerta se detenía un minuto, apoyando ambas manos en su grueso bastón:

—Hola, canalla.

La canalla estaba constituida por el total de circunstantes, cuatro o cinco jóvenes jugadores de billar y algún burgues borroso, que le respondían sonrientes:

—Hola, don Baldomero.

No bien se había acomodado, acusaba a Perico de remolón para servirle; renegaba del estrépito producido por los del billar, motejándolos de holgazanes y de inútiles; soltaba palabrotas tan injustificadas como pintorescas; mientras en torno suyo persistían las sonrisas. Era muy



viejo, y apenas si denotaba asomos de su antiguo porte militar aquella mutilada figura de obsoleta ropa y barba blanca, despojo humano en supervivencia triste. Tras de sorberse su café, bebida que le prohibiera el médico por perjudicial para cierta afección cardíaca, descabezaba un sueñecito de media hora; pero si alguien se permitía hacérselo presente, estimaba una ofensa tal observación, contestando que él no dormía jamás en público y que sólo se había mostrado por un momento absorto en sus recuerdos.

¡Sus recuerdos!... Malos debían de ser, pues la vida no le había mimado, lo que explicaba su acritud de carácter. En la guerra de Cuba se portó como un héroe, y le costó la pierna izquierda, substituyéndola por un sostén antiestético; veintitantos años hacía que vegetaba en aquella capital meridional, donde nació su esposa y adonde hubo de confinarse, para subsistir modestamente de su invalidez de coronel, con la familia; había soportado la pérdida de sus hijos, tres varones muertos en plena juventud, y la de su mujer, rendida al dolor, habitando entonces con un ama de llaves que casi le igualaba en lo gruñona y en lo vieja. Después de sufrir mucho, su única voluptuosidad se reducía a tomar café, y su único temor se doblegaba a la amenaza de quedarse ciego: le disminuía la vista de un modo alarmante, y entre las tinieblas de la tumba y las de la ceguera, optaba por las de la tumba un sopor más dulce que los sueñecitos descabezados en el casino, y del que acaso despertaría con sus hijos y con su mujer...

Las gentes de la localidad le respetaban, aun cuando todas se chanceasen de él un poco. Su hosco genio, sus desventuras y su pata de palo habían llegado a formar parte integrante de la monótona existencia conocida por sus conciudadanos, algo así como la misa del domingo, como el billar o el dominó. Y al verle adormecerse con digno disimulo, aplastada la blanca barba contra el puño de su bastón recio, Perico repetía a diario la misma relativa agudeza:

—Don Baldomero está pensando ya...

Se mantuvo un minuto parado en el umbral, como de costumbre:

—Hola, canalla.

Y en tanto que correspondía a su brusco saludo con una cordialidad zumbona la canalla en cuestión, el inválido fué a su sitio, ritmando sus andares el golpeteo de la pierna postiza. Regañó al mozo por su invariable premiosidad para atenderle, renegó del ruido, prodigó interjecciones enérgicas y comenzó a dar cabezadas luego de haberse tomado su café.

—Don Baldomero está pensando ya... — dijo Perico.

Hacía calor; era una clara tarde de primavera andaluza, con efluvios de jazmines y con polvillo de oro en el ambiente. Los jugadores de billar vociferaban más que de ordinario. El saloncito del casino parecía rejuvenecido: avivábase el papel de las paredes; las carambolas resonaban como carcajadas y no cual desperezo de esqueletos; desde la calle subía una copla picaresca... Abril.

Uno de los cuatro jóvenes alborotadores propuso a sus amigos:

—¿Queréis que gastemos una broma a don Baldomero?



—¿Una broma?

—Sí. Oid.

Y congregó en su derredor al grupo, hablando cauteloso. Se hallaban solos con Perico, que permanecía apartado unos pasos. El coronel dormitaba tranquilamente ante su velador, ajeno a los alegres cuchicheos y a las risas reprimidas.

—Así creerá que se ha quedado ciego al despabilarse — concluyó el autor de la trastada, que acababa de someter su proyecto a los demás.

—En cuanto nos descubra, nos va a poner de vuelta y media.

Intervino otro, compasivo:

—Dejemos en paz al pobre anciano.

—¡Pero si es guasa todo!

—¡Qué sensible nos ha salido éste —Bueno; haced lo que gustéis. Sin embargo, la cosa no tiene la menor gracia.

—¡Calla, pelmazo!

El camarero se regocijaba en silencio, practicando una neutralidad subalterna y favorable.

—Resultará un susto muy chistoso.

Cerraron las ventanas con sus persianas y maderas, a fin de que no penetrase en el recinto ni un resquicio de luz; lograda una absoluta obscuridad, chocaron entre sí las bolas de marfil para ofrecer una impresión acústica de que no habían interrumpido el juego, comentando a gritos las presuntas incidencias de la partida y apagando los cigarros con objeto de que no reluciera la lumbre.

—¡Ha sido!

—¡No, no ha sido!

—¡Menudo churro!

Don Baldomero despertó... El barullo de los jugadores de billar en la negrura de la pieza le hizo restregarse los párpados, operando sobre él un extraño efecto, aunque no tardó en reaccionar, propenso a presumir cualquier extravagancia de señoritos ociosos.

—¿Por qué jugáis a obscuras, majaderos? No escandalicéis de esa manera, y abrid las ventanas al instante.

El que dirigía la farsa se le encaró con una entonación naturalísima.

—¿De dónde saca usted que jugamos a obscuras? ¿No ve que las ventanas están de par en par?... Precisamente se ha llenado de moscas a causa del sol. Casi convendría que echara las persianas Perico.

—¿De veras está abierto?... — preguntó el coronel, trémulo de espanto.

—¡Y bien de veras! No hay quien pueda parar aquí con tanta claridad. ¿Se burla usted de nosotros?...

—No me burlo. Es que no veo ni gota, es que...

Se preparaban a huir los cuatro, sin preocuparse de la suerte que su cómplice el mozo correría a solas con la víctima, cuando un gran golpe seco los clavó en su actitud. Alguien acudió a una ventana, iluminándose de pronto el saloncito. De espaldas contra el suelo yacía don Baldomero lo mismo que un pelele abandonado. Perico se agachó a palparle.

—No respira.

Aquel cansino corazón había enmudecido para siempre, y no por culpa del café, en verdad. Los bromistas se miraron atónitos al advertir cómo habían asesinado con su estupidez a un hombre cuya entereza resistió mil reveses y que supo ser héroe en las batallas.

Germán Gómez de la Mata.

De Cesar Cantú

La generosidad sufre con las desgracias ajenas, como si ella fuera la responsable.

Cuantas menos necesidades tengáis, seréis más libres.

Cuando el hombre medita en sus condiciones físicas y sus facultades morales, comienza a sentirse enfermo.

La única mujer médico en Turquía, ha llegado recientemente a Londres. Hace sólo un año que el gobierno de la república otomana autorizó a las mujeres para el ejercicio de la medicina.

Un gran establecimiento de Londres tiene un sistema de alarma contra los ladrones, en el que hay empleadas setenta kilómetros de alambre conectado con 100 baterías eléctricas.

Las mujeres se abrazan por costumbre cuando se encuentran, y por el placer de desencontrarse cuando se despiden.

Entre el maldiciente y el bienhechor no hay más diferencia que la ocasión. — *Quintiliano.*



("Varios a varios")

Llueve...
Llueve...
Entre acera y acera se ha tendido una inquieta cortina de líquidos caireles, en la que pulsa el viento, bardo digno de tal lira.

Una tristeza húmeda y fría reina como absoluta soberana.

En la media luz de la tarde, los más vivos colores se diluyen en gris, y sus notas murientes aparecen como vistas a muy larga distancia tras muy viejos recuerdos.

Y suena la melopea de la lluvia, su chuts...s... inacabable.

Son horas de quietud forzosa, que invitan a la meditación.

En el fondo del comercio, lo gris parece negro, y lo negro es repulsa a cuanto guarde un átomo de color, que es vida.

Los dependientes dormitan resignados; el principal, harto de cuentas, ha dado en rememorar los días de su juventud.

¡Oh! tiempos aquellos! Tan lejanos en el correr de los años, y tan presentes, todavía, en su memoria.

Son inolvidables, para él, los días en que vivió la vida de lo irreal, en el país absurdo de las literaturas decadentes.

Tiene en su casa todo un relicario de la que fué su religión en otro tiempo: el mirador que erigiera en su torre de márfil imaginaria, donde acogió muchas veces a todos los raros y a todos los bohemios que halló al paso. Quiere verlo.

Deja el despacho, y asciende la escalera. Ya en ella imagina que el ascenso es un descenso, y como ha empezado a soñar, nota que en cada tramo van quedando, pieza por pieza, las triples corazas de positivismo que tres lustros de práctica comercial le vistieran sobre su Yo pretérito y tilingo.

Y llega, al fin, y ve, y medita.

Todo ha permanecido quieto en el mirador. Todo está igual que hace quince años, cuando, apremiados por la realidad, los suyos lo obligaron a cerrar la puerta de comunicación con el mundo de las quimeras, para vivir la vida normal de los mortales.

Y bendice la inspiración que lo moviera a guardar secreto su archivo de raras ilusiones, dejando que en él durmieran los fracasos en el silencio de las cosas que ya no tienen vida.

Nada ha cambiado allí. El tiempo, piadoso, puso tules de polvo sobre muebles y cuadros y papeles, y hasta la cerradura, Penélope del llavín, que lo ha esperado tejiendo y destejiendo durante varios lustros, resiste al beso primero de su oxidado Atrida.

Perfumes de extraño incienso llenan el santuario. El peregrino siente que lo ha arrojado allí el mundo, como el destino arroja un alma dentro del cuerpo que sin convicción abandonara, y se imagina en vías de reencarnación.

Y sólo allí, con sus memorias, con los ecos momificados de otras horas, con las sombras sin fibras que ve envueltas en clámides de olvido, vive con la imaginación un momento de lo absurdo.

Dormía el Ayer, y el Hoy quiso evocarlo. Ahora, sugestionado, lo siente despertar.

Tras los cristales de atenuada transparencia, la ventana frontera, ojo de la buhardilla de un inquilinato, apenas se insinúa como una invitación prudente a recordar la musa que antaño la animara, flor de miseria que hacía chalecos de sol a sol y de luna a luna, ganando tuberculosis a fuerza de exprimir su linfatismo.

¡Oh Bilitis estilizada, figulina de hospital, suspiro de Marcelo, que leía folletines de la Invernizio y comía — a veces — pescado frito de un "vintén" la posta, con salsa de ripios y postre de violetas!

¡Oh! esencia de las palideces, asociada con quien los ojerosos solían reunir ¡hasta veinte centésimos! para costear un viaje en el tranvía, complicado con un rato de honda meditación, al caer de la tarde, en el Jardín Japonés del Parque Urbano!

Musa en síntesis, inspiradora de aqellos finos y felices versos que decían... que decían... ¿Qué dirían, por Dios?

Y, poco a poco, van cobrando vida las cosas muertas que dormían en paz dentro del mirador.

Empiezazn a moverse las sombras de las sombras...

Llega la Madre Noche.

Bajo los ténues abrigos que les presta el tiempo, laten las memorias de las horas.

Darío se ha salido de su cuadro; la Vénus de Médice pugna por abandonar la oleografía; Apolo ha contraído sus músculos de yeso...

Se levantan, vivientes, los recuerdos.

En el diván, despierta aquel romántico de pega, bala perdida que, según es fama, encontró a la princesita de sus sueños, con dote y todo, y hace años vive los poemas de una estancia.

Frente al escritorio miran los ojos de ajenjo de aquel glauco que siempre guardó en secreto sus producciones, y está en el Manicomio.

Perfílase la sileta de aquel raro que imaginaba ninfas con cutis de duquesas, y enamoraba a una fregona de fondín.

Se agita allá el Demóstenes con talentos de Fresco y de Energúmeno, que gustábaba atribuirse discursos de otros, y lo mataron en una manifestación.

Bosteza un fiel amante del hada Morfina, su bostezo eterno de impotente.

Un cetrino cocainómano babea las desesperaciones de su vicio.

Un extraordinario Emir de Oriente, con sangre de inmigrantes italianos, piensa en maravillosos países retorcidos e impregnados de esencia de amapolas...

Y se asombra el aprendiz de Mecenas, frotándose las nalgas, donde siente impresa la bota de su padre, que lo sorprendiera protegiendo a los genios ignorados, por cuenta de la tienda.

Está completo el cónclave. Llamados por la fuerza evocadora de la imagnación, han vuelto a su santuario los selectos. Las sombras se precisan. Brotan del misterio otras musas y otros adeptos, pueblo de niñas histéricas y de jóvenes pálidos, que acude a reverenciar a sus maestros.

Todos están ya. Hasta aquel mago de las formas nuevas, que todo lo sabía, — menos que el destino aciago habría de condenarlo a lustrar botas, — y era el Sumo Sacerdote, siempre dispuesto a oficiar.

Mientras, la noche ha tomado posesión del mundo, se encienden las estrellas, y el viento alza la voz ahuyentando la majada grisácea de las nubes.

Se oyen pasos en la escalera, y vibra una voz:

—Señor... Señor!

Y despierta el soñador a la realidad del mundo:

—Uf! ¿Y ésto era "aquello"? Mire, farruco, ocúpese en limpiar el mirador. Cuando amanezca, abra puertas y ventanas, sacuda todo, quite esos cuadros, queme cuanto papel encuentre, y haga que me traigan aquí la correspondencia en clave y la máquina de calcular.

ESPIRITUS

Don Julio Collado de Blandín, viudo inconsolable después de un insípido matrimonio llevado sin pena ni gloria, comerciante al por menor con alma de judío renegado, creía rotundamente en los espíritus, considerándolos como seres de óptimas cualidades que velaban por los desgraciados mortales desde el otro lado de la vida.

Muy joven todavía, cuando su productivo negocio de compra-venta se esbozaba apenas en una apartada calleja de un barrio dudoso y miserable, su corazón precavido y calculador latió un día violentamente ante la mirada insinuante de una linda vecinita que soñaba con verse alguna vez dueña de aquel depósito de baratijas, y galante desde el primer momento, tuvo para ella una sonrisa que fué el comienzo de un seráfico idilio que terminó, dos años después, en una boda como muchas, sosa, fría, insubstancial y vulgar.

Doña María Magallanes, que tal era el nombre de la ambiciosa enamorada, realizadas al fin sus ilusiones burguesas, fué para su marido una hormiguita laboriosa que, grano a grano, iba llenando la despensa de su casa sin preocuparse de adornar su juventud con cintajos y perifollos que hiciesen más tentador y deseable su diminuto cuerpecito de muñequita de bazar: encargada durante el día de las entradas y salidas de la caja, regenteando el centésimo para hacer más grande el montoncito de los ahorros, al llegar la noche se dedicaba a ayudar a don Julio a la ingrata tarea de hacer números y cuentas para luego pasar a los libros las ganancias o las pérdidas habidas, haciendo de este modo una administración tan clara y completa, que poco a poco el negocio iba prosperando visiblemente con gran satisfacción de ambos cónyuges que ya soñaban en una colocación más productora de los bienes así adquiridos.

Pero la hacendosa señora, cuya imaginación axaltada buscaba siempre nuevos campos para fantasear a su sabor, poseía la absurda debilidad de querer descifrar el enigma encerrado en el obscuro misterio del más allá, y para llevar a cabo semejante ofuscación se pasaba de claro en claro la mayor parte de las noches conusltando veladores y buscando en la penumbra de los rincones de la casa el espíritu de algún difunto que le ayudase a despejar la incógnita tras de la cual iba corriendo insensatamente. Ella había leído, no sabía dónde, algo misterioso acerca de una segunda existencia, que puso un signo de interrogación en su cerebro todavía virgen de sana y provechosa lectura, y ahora, recordándolo, sus deseos iban creciendo como sombras, en su imposibilidad para descorrer el velo que ocultaba lo que con tanto afán debía saber.

En las altas horas de la noche, la voz de don Julio venía a sacarla muchas veces de sus meditaciones después de una larga e inútil espera, embutido en el cálido refugio de las sábanas blancas:

—¡María!

—¿Qué?

—A ver cuando vienes a acostarte.

—Enseguida... Esta noche parece que no quieren acudir los espíritus...

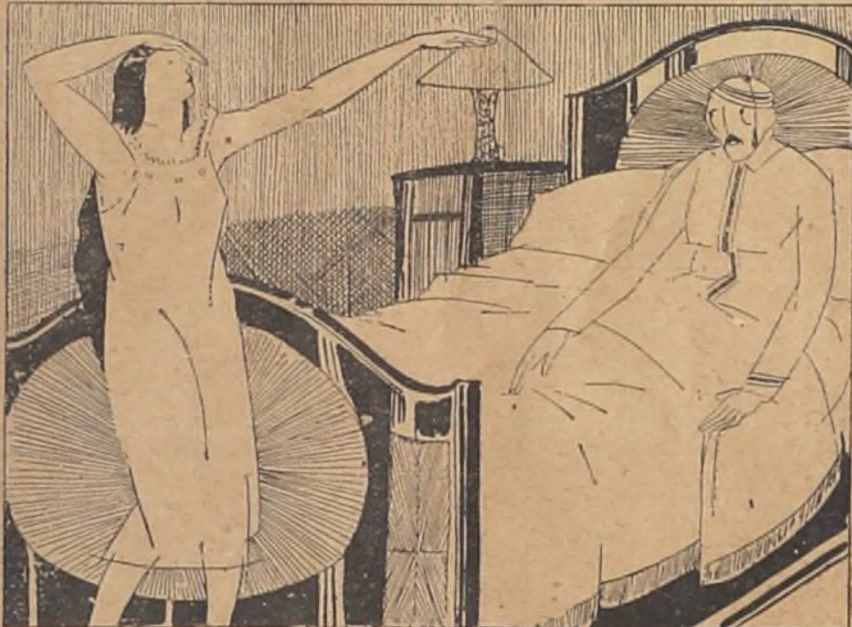
Lleno de un miedo supersticioso, don Julio sentía la tensión de sus nervios demasiado sensibles a las emociones fuertes, y huyendo con angustia del influjo de su mujer, como si algo fatídico se escondiese en ella, se ocultaba entre los esbozos de las sábanas como si de este modo tratase de alejar el hechizo algo extraño que le iba envolviendo.

—Cuando yo me muera, — le dijo una noche doña María — he de venir a hacerte una visita.

—¡Tú? — exclamó, aterrado, don Julio.

—Sí.. Los muertos vuelven, ¿sabes?... Cuando un muerto siente simpatía o cariño hacia alguna persona, su espíritu se hace muchas veces manifiesto para avisar los peligros y contratiempos a que puede estar expuesta...

El crédulo marido sentía que los cabellos se le erizaban al escuchar las conversaciones de su mujer, y su sensibilidad, poco habituada a tales conmociones, sufría la violencia de aquellas ideas que poco a poco se iban inculcando en él como pesadillas agoreras de algo maligno que algún día había de turbar la placidez de su vida.



Fueron pasando los años en una lenta monotonía, hasta que al fin, cansada de vegetar tontamente en esta tierra de pícaros y de locos, doña María Magallanes sintió la imperiosa necesidad de morirse, y una noche, después de una larga y crudísima enfermedad que obligó a don Julio a permanecer en vela más tiempo del que él quisiera, la buena señora dejó de pertenecer al mundo de los vivos.

Don Julio Collado de Blandín, después de aquel doloroso acontecimiento, fué para su difunta un viudo fidelísimo que no pensó más que en seguir levantando con sus esfuerzos la obra de ahorro y de trabajo que con su mujer había comenzado: tomó un nuevo empleado que le ayudase a salir adelante en su tarea cotidiana, y de este modo comenzó para él una nueva vida metódica y serena que, de haberla visto doña María, sentiría una infinita complacencia al saber respetada de aquel modo su memoria de esposa honrada y laboriosa. Pero desde entonces el negocio no marchó, nunca bien: don Julio se devanaba los sesos tratando de inquirir las causas que motivaban aquel cambio tan brusco y radical en sus asuntos, y por más vueltas que daba no conseguía dar con el germen capital de aquel desorden comercial: como obedeciendo a un conjuro mágico que se propusiese acabar con la hacienda del señor Collado, los ingresos efectivos iban menguando poco a poco, viéndose obligado a echar mano de aquellos ahorros tan honradamente acumulados para pagar las cuentas de los acreedores que llovían sobre él como mosquitos en bandadas.

Aturdido por el giro inesperado que tomaban las cosas comenzaba ya a pensar en una enérgica determinación que pusiera fin a tan extraño caso, aún a costa de los mayores sacrificios para salvar alguna parte de sus ya mermados haberes, cuando llegaron a su pensamiento aquellas palabras, casi olvidadas ya, que la muerta le había dicho en los ratos más culminantes de su exaltación espiritista:

—"Los muertos vuelven: si alguna vez llegases a encontrarte en algún aprieto y veas muy difícil su solución, no dudes en acudir a mí: mi espíritu te salvará..."

Hombre que no vacilaba en realizar las empresas más arriesgadas cuando se trataba de la integridad de sus intereses, tampoco dudó aquella vez en llevar a la práctica los consejos de su mujer, mas que por convicción, por ver si surtían el efecto apetecido, ya que hasta entonces todos sus esfuerzos habían sido vanos para volver a consolidar la posición de su casa de compra venta que lentamente se iba desmoronando.

Y una noche, después de una larga espera empleada en observar con ahinco si su mesilla de noche se movía impulsada por alguna fuerza de ultratumba, el viejo comerciante sintió que una voz interior hablaba en él tan quedamente, pero con tanta precisión, que fué como si alguien hubiera gritado en sus oídos la revelación de lo que nunca pudo sospechar:

—Julio, Julio: tu empleado te roba impunemente...

¿Fué un presentimiento? ¿Fué el espíritu de doña María? Don Julio Collado no se paró a desmenuzar la magnitud de aquel problema trascendental, y de un brinco se encontró en medio de la calle, corriendo como un desesperado en dirección al barrio donde estaba situado su negocio: llegó jadeante, cubierta su piel por menudísimas gotas de un frío sudor que le bañaba todo el cuerpo, y se lanzó precipitadamente a la caja de hierro donde guardaba sus economías acumuladas en el transcursos de aquellos años felices y metódicos: abrióla con mano trémula, y al registrar con avidez sus pequeños compartimentos, la halló vacía, completamente vacía.

Don Julio permaneció inmóvil unos momentos, no dando crédito a lo que veía: luego, haciendo una cabriola, rodó por el suelo como un guiñapo, y su cabeza, al rebotar en el pavimento, produjo un sonido lúgubre que sonó trágicamente en el profundo silencio de la tienda vacía... *Luis Cuevas Montalvo.*

DIVERSAS NOTAS DE ACTUALIDAD



Banquete realizado en la Parva Domus con motivo de la recepción oficial de Francisco I (San Román)



Alumnas y profesoras de la escuela nocturna para mujeres (Pocitos) que dirige la señorita Zelicka Chiarella



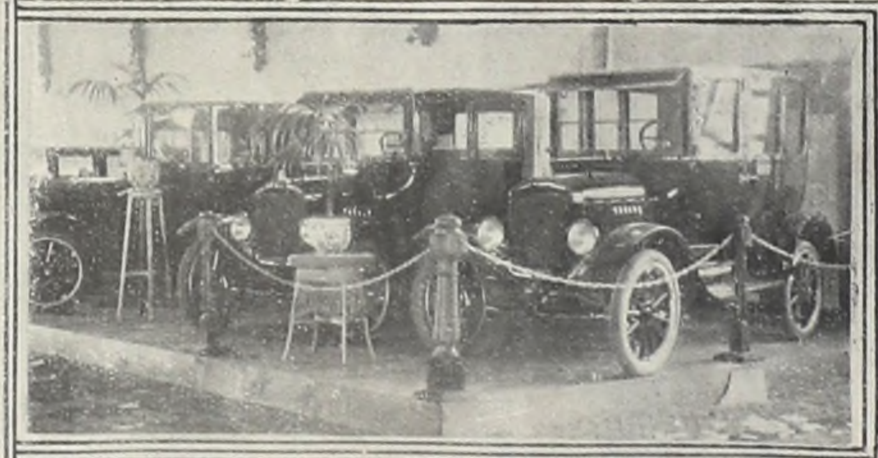
En la Parva Domus, durante la recepción del Rey Francisco I (San Román), ceremonia realizada con todo éxito



Una vista general del salón A en el II Salón del Automóvil organizado en los Pabellones del Prado por el Centro Automovilístico del Uruguay



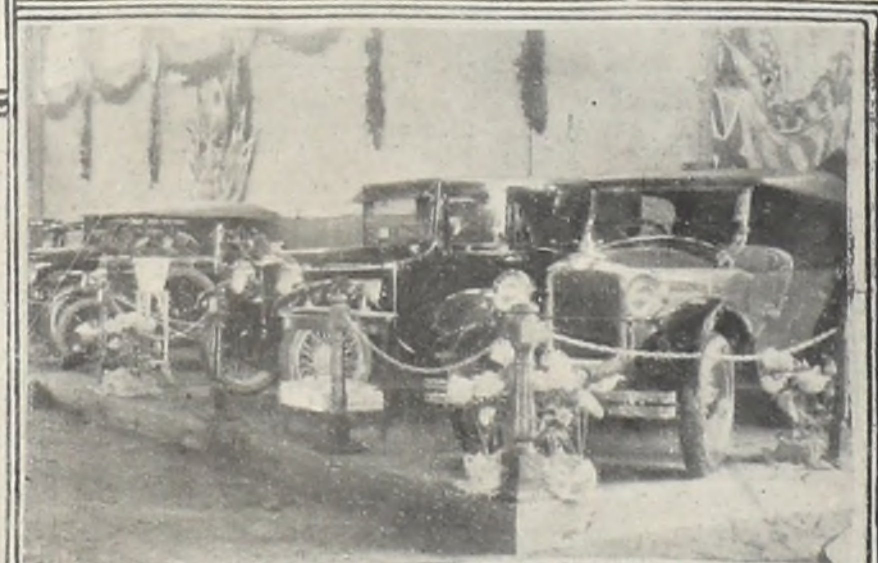
Parte del público que asistió a la inauguración del II Salón del Automóvil



Uno de los mejores stands de la Exposición



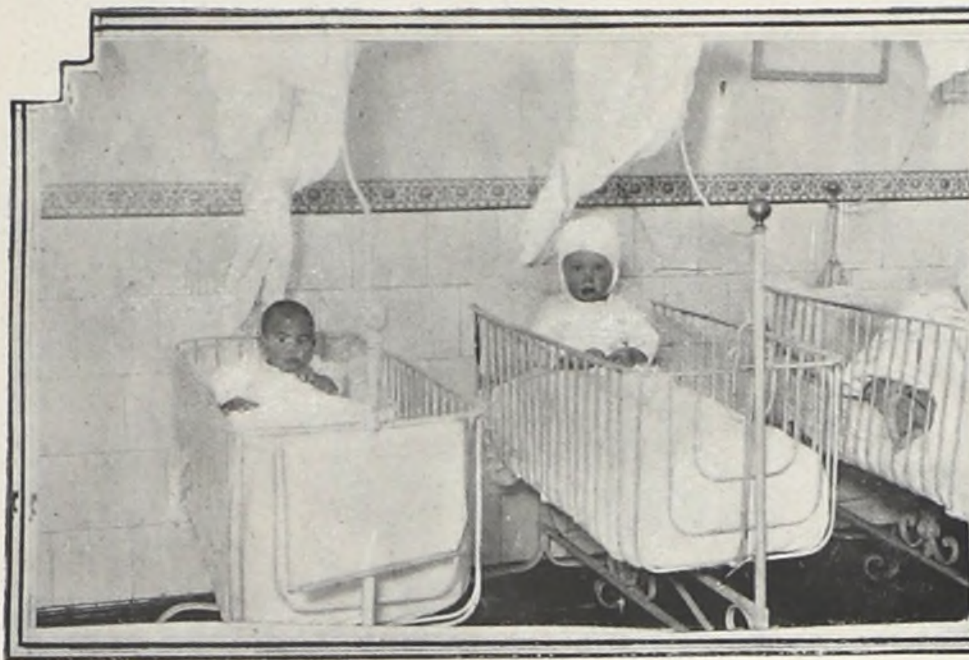
El Ministro de Industrias doctor Arias, el Presidente del Centro Automovilístico y otras personas visitando las instalaciones del Salón



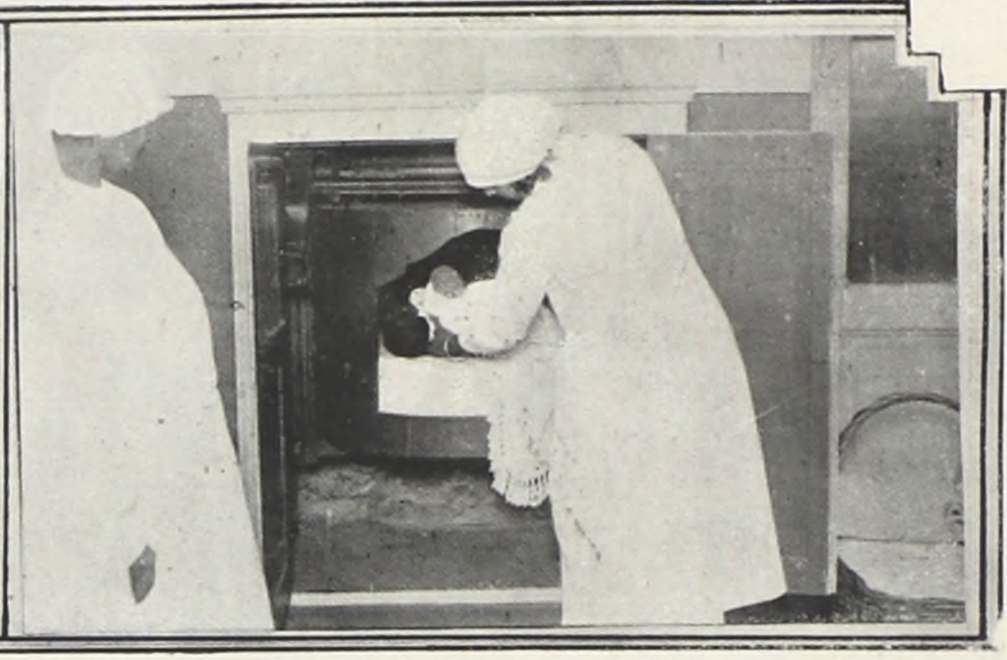
Otro de los buenos stands del Salón

EN EL ASILO DE HUERFANOS

DOS HORAS ENTRE LOS NIÑOS



Y estos enfermitos... Aprendan de ellos esos niños revoltosos y malos que son la tortura de su padres cuando están enfermos de puro mimosos



Por aquí, por este torno un poco rodeado de misterio y poesía, han entrado muchos... Ahora ya no entran tantos. El Uruguay no considera delito la sublime función de ser madre

—Sírvanse esperar un momento, —nos dijo el intendente del asilo "Dámaso A. Larrañaga" al introducirnos en la prosecretaría.

Aguardamos. Detrás de una cortina roja estallaba, convulso, el llanto de una muchacha.

Delante nuestro, revisando libros del archivo, se afanaban dos empleados.

—¿Por qué llora? — interrogó una voz de hombre detrás de la cortina.

Se hizo un silencio. Entrecortada la voz por los sollozos oímos decir:

—Porque me voy... ¡Son tan buenos aquí!...

Esta escena nos preparó para recibir impresiones amables.

Vamos a recorrer el asilo de huérfanos. El secretario nos acompaña un trecho. Enseguida nos dice que la tarea no le permite hacernos compañía y nos deja con el señor intendente, que es un buen "cicerone" y un ameno compañero.

En los patios enormes brillan los delantales azules; resuenan las risas; viajan con presteza de flecha, los gritos de los juegos. Los muchachos juegan, brincan y ríen. Los uniformes blancos de las guardianas destacan sobre la severidad gris del muro.

Juegos y risas, toda la infancia.

Marchamos ahora por un corredor bordeado por amplios ventanales. Afuera el patio abierto; adentro, la hilada pulcra de camitas blancas. Una mujer lava el piso, y la carraspera liviana del cepillo nos acompaña un trecho.

Sensación de higiene. Sensación de sanidad. Luz. Agua y jabón. Muchos baños.

Cruzamos todo el edificio viejo. Salimos a la calle. Cruzamos la calle. Entramos en el edificio nuevo. Un espléndido edificio. Aquí, a la luz, al aire, al color, se añade la nota grata del jardín.

Crepitan los guijos rojos bajo nuestras suelas. Ahora marchamos sobre una senda asfaltada. Entramos en la caballeriza. Aquí están las yeguas que dan la leche para la alimentación de los pequeñuelos. Seis yeguas de excelente aspecto atadas en sus "boxes" nos miran con ojos espantados.

Salimos. Echamos a andar nuevamente. Una nota triste: la morgue. Al entrar, tres ataúdes, después, las mesas blancas para los cadáveres pequeños. En vasos, conservados, cerebros, órganos, vísceras...

Idea de muerte adherida por todas partes. Más allá un museo comenzado con las preparaciones médicas más notables.

Salimos. El jardín nos da su sonrisa al salir de la morgue. Otra vez la alegría de la vida. Luz. Aire. Por la calle Juan D. Jackson, pasan los automóviles en rápida carrera.

Cruzamos el jardín. Subimos por una escalerilla de mármol. Hay un letrero: "Silencio". Nuestro amable acompañante nos explica:

—Esta es la sala de infecto-contagiosos.

Y nos va mostrando: la salita del médico, la de desinfección, la de baños. El local donde duerme el personal. Aquello está admirablemente ordenado. Allí no hay nada fuera de lugar. Flores. Cortinas de tul. Tres espejos. Ahí se condensa toda la coquetería de estas mujeres que acá duermen y allá arriba velan.

Dejamos constancia de que nuestra visita fué de sorpresa. Nada ha sido arreglado para mostrarse; sino que ésto aparece así siempre.

Las baldositas blancas trepan por los muros y se van recubriendo el techo. Higiene. Sanidad. Luz.

Vamos al lavadero. Todo allí es mecánico. Una máquina lava, otra tuerce y escurre, otra seca, otra plancha. La temperatura es elevada. Las operarias nos saludan cuando nos aproximamos para ver su labor.

Todo en buen estado, funciona a maravillas.

Trepamos las escaleras. Oímos llantos de chicos. Nos lanzamos por un corredor inundado de luz. Al fondo, la sala de operaciones. Varias salas de cura. Policlínicas. Salas de enfermitos.

El doctor del Campo nos saluda y continúa su labor allí, entre sus pequeños dolientes.

Hemos tenido un encuentro muy amable. Al salir de la sala del hospital nos encontramos con la doctora Ana María Gorli. La doctora Gorli ha sido durante mucho tiempo compañera nuestra de estudios. Nos saludamos cordialmente. El recuerdo de "aquellos tiempos" está a flor de labios. Nos habla de su carrera, — (brillantísima carrera ha sido la de nuestra ex-compañera,) — y nos habla también del edificio en que estamos. Coincidimos en el elogio.

Mientras el fotógrafo toma unas vistas, seguimos charlando con la señorita Gorli.

Cruzamos nuevamente el flamante edificio. Nos vamos al otro cuerpo. Allá están tendidas las mesas.

Las niñas comen en comedor aparte del de los varones. Son más silenciosas. Nos miran un poco absortas. Cuando revienta el fogonazo del magnesio, hay una pequeña algarabía de sobresalto. Después, todas se ríen del propio temor.

Los varones son más barullentos. Comen mirando hacia todas partes. Cuando llegamos, todos se levantan. El intendente les hace señas para que se sienten. Todos se vuelven a sentar diciendo a una: "Con permiso, señor".

Nos alejamos. Al borde de la mesa, vemos la hilada larga de delantales azules. Entramos a las cocinas. Todo está limpio. ¿Puede darse una nota más agradable que la de la limpieza en las cocinas?

Volvemos al otro edificio. Visitamos los salones de gimnasia para defectuosos. Vemos el torno que gira haciendo sonar un timbre. Y nos sorprenden las canastitas llenas de bebés que lloran o duermen. ¡Tan chiquititos!... Allí no hay chupete. Lloran o duermen.

Las amas velan en torno de los niñitos. ¡Tan chiquititos!... Lloran las boquitas desdentadas. Otros duermen con las manitas muy cerradas. Otros, con los ojitos muy abiertos nos miran fijamente. El cronista se ha detenido un poco a pensar sobre el destino de estos niños.

¡Ojalá la buena fortuna les sonría durante toda su vida!...

De vuelta, atravesamos los dormitorios.

Han sido recién lavados los pisos. Se huele a limpieza. Pulcras y rígidas las camas se alínean en simétrica línea blanca.

Hemos sido presentados al director del asilo. El doctor Ibarra es un hombre sencillo. Nosotros charlamos con el doctor Ibarra y tenemos qué interponer un ruego para que permita sacar su fotografía.

Consiente, si le acompañan el secretario y el intendente.

Así le hemos sacado en su despacho.

Lector: estos nerviosos apuntes podrán dar una ligera idea del funcionamiento del asilo de huérfanos.

Nosotros estamos gratamente sorprendidos por todo cuanto hemos visto. El mejor elogio que podemos hacer es invitar a todos a visitar el asilo.

Allí no se precisa aviso previo.

Todo está siempre como debe estar.

Puede estar orgulloso el Uruguay de esta institución de caridad que le honra.

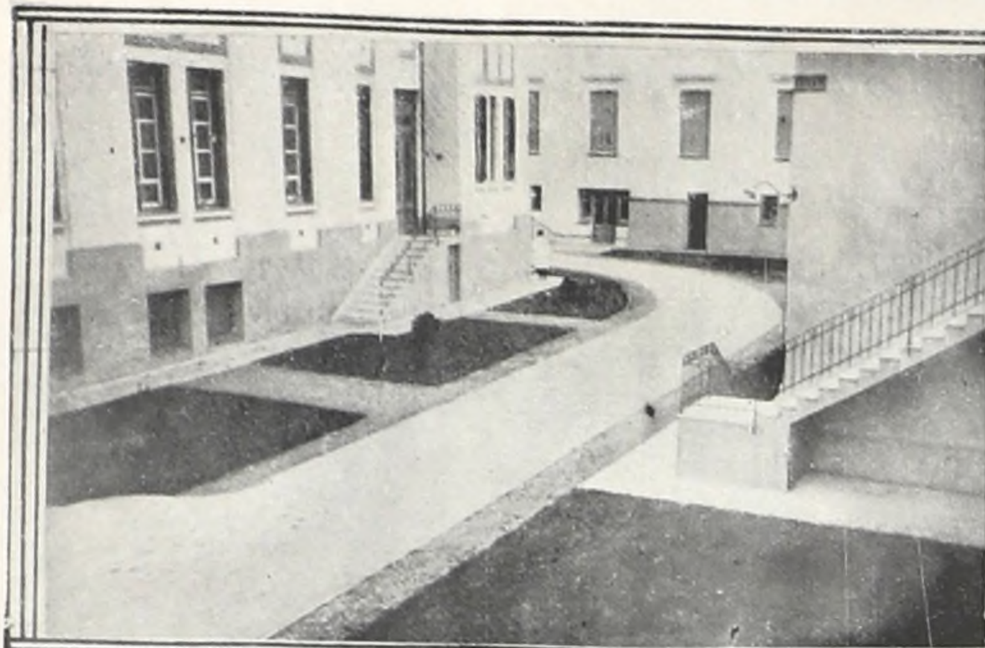
Amf.



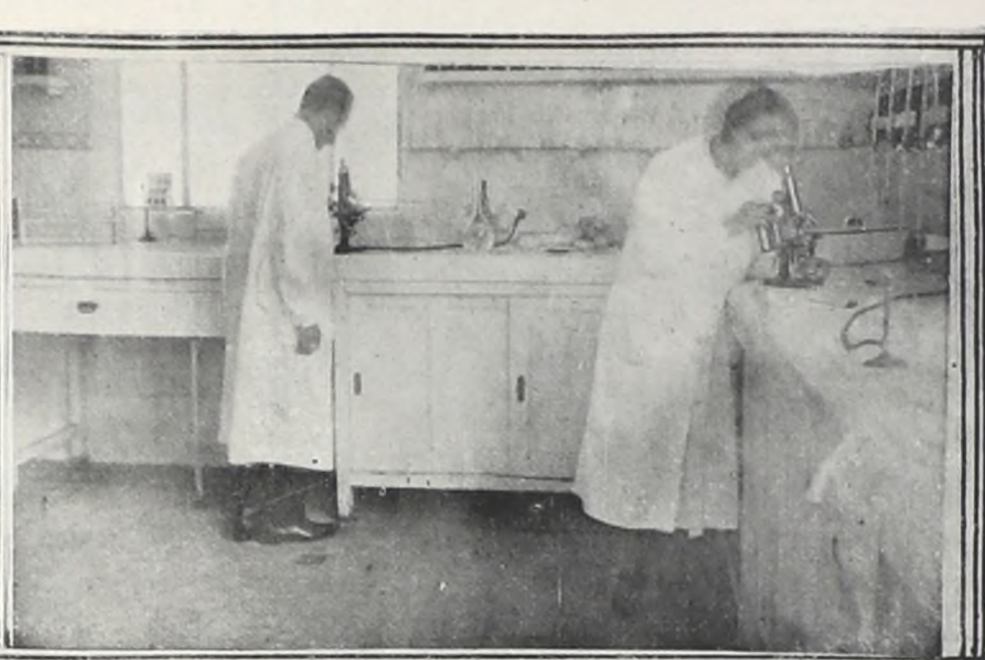


Amamantando a los pequeñuelos ¿quien les dirá a estos niñitos que no están con su mamita verdadera?

UNA VISITA AL ASILO DAMASO LARRAÑAGA



Desde una ventanilla sobre la calle Cebollatí se vé esta alegría de jardines



En el laboratorio, completamente equipado se practican los más minuciosos y exactos análisis



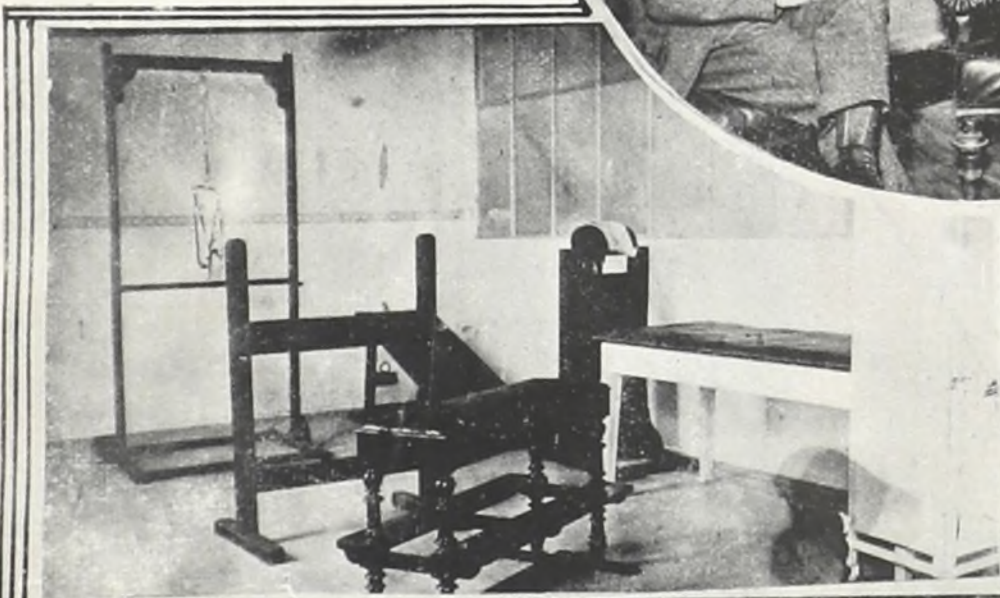
No ha podido entrar en la fotografía toda la mesa; tampoco hubiera sido posible hacer entrar todo el apetito...



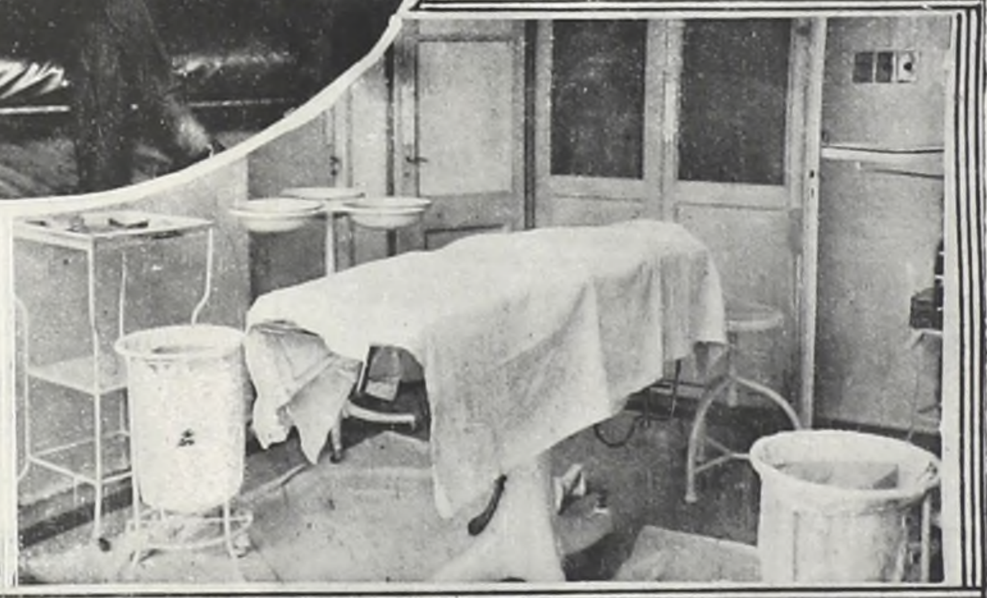
Un compañero de tareas y el intendente del Asilo, "sosteniendo" el apetito



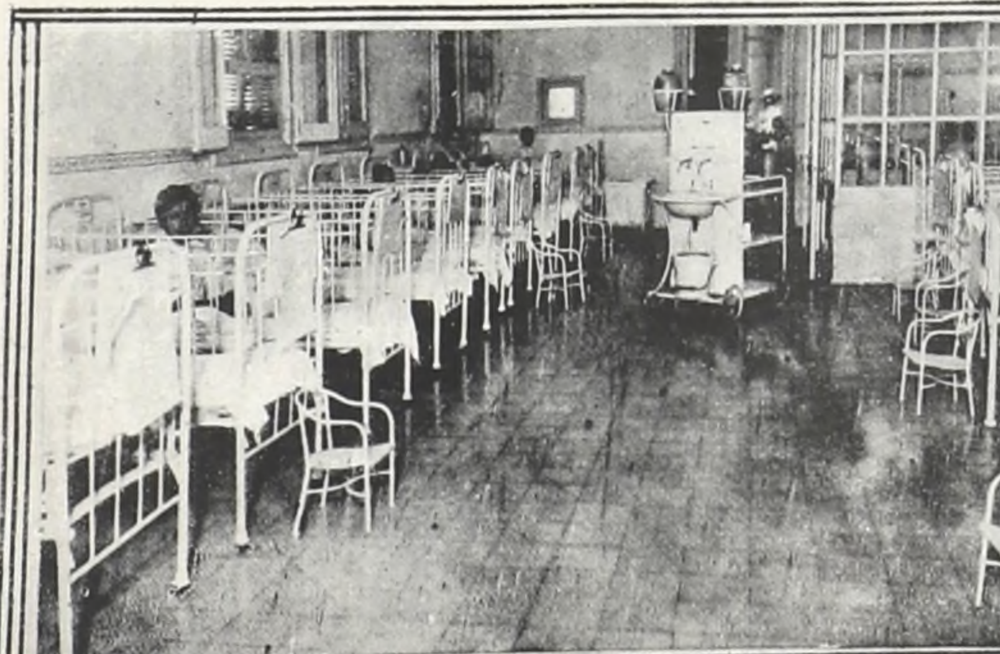
En ovalo; el personal superior del Asilo



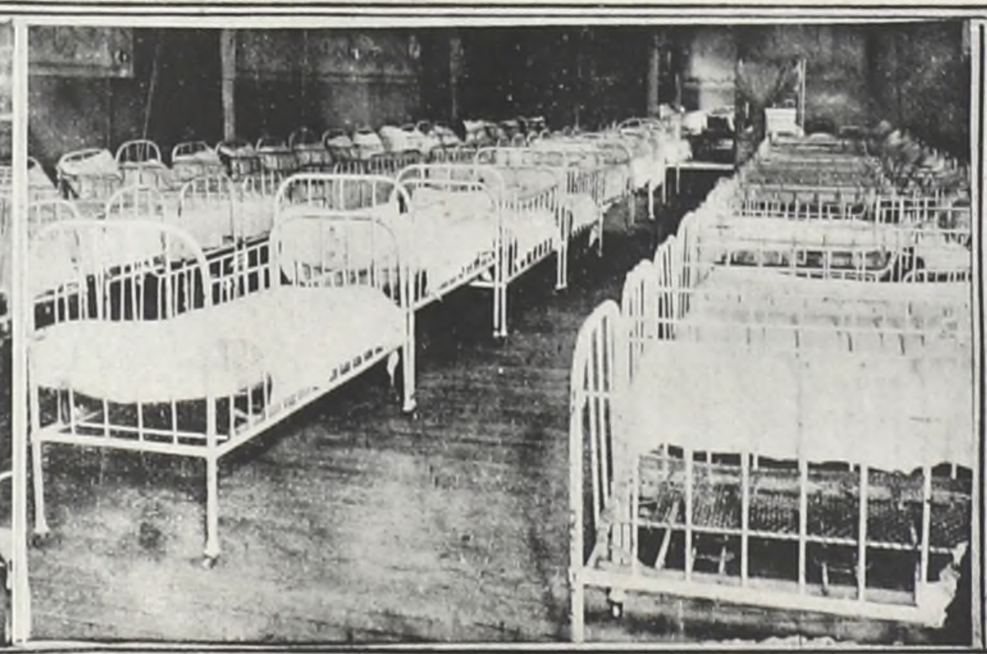
Aparatos de gimnasia para defectos físicos



La sala de operaciones

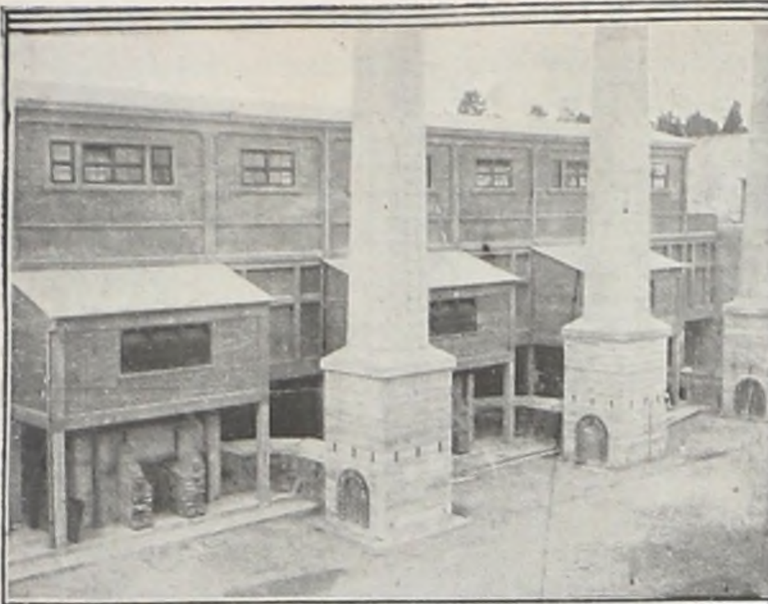


Estos enfermitos ven una madrecita para todos en la amorosa enfermera



Pulcritud y simetría, he ahí toda la ciencia de estos dormitorios

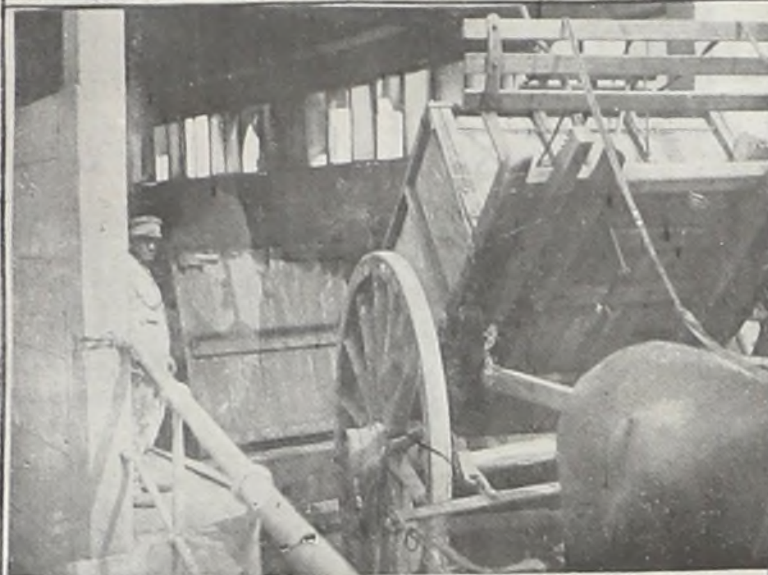
UNA VISITA A LOS HORNOS CREMATORIOS



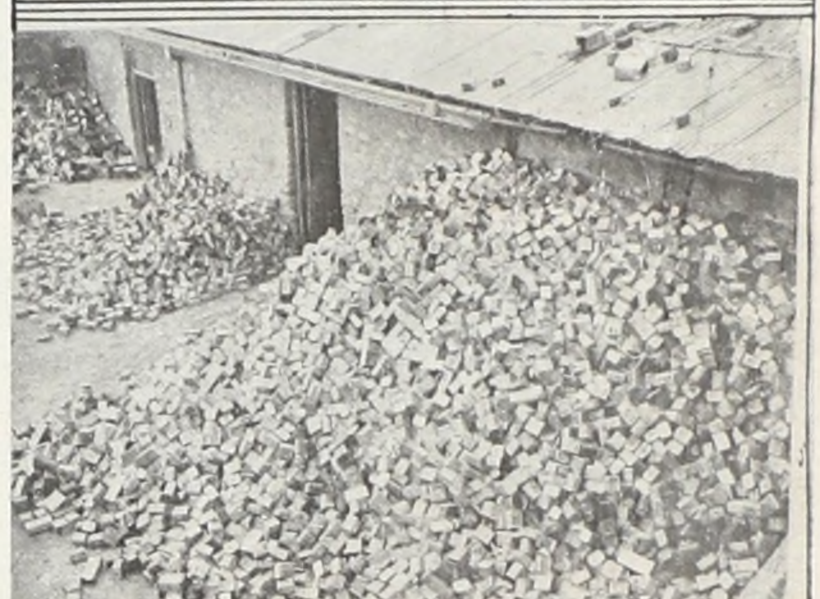
Vista de la nueva sección de la Usina incineradora que se encuentra ya funcionando y que será próximamente inaugurada



Aspecto del establecimiento visto desde la playa



En la plataforma de descarga. — Uno de los 220 carros que vuelcan, diariamente, los desperdicios de la ciudad en las bocas de los hornos



Latas separadas de la basura y que son adquiridas por un particular que paga al Municipio una crecida suma mensual



Piso de carga. — Los obreros distribuyen aquí los desperdicios para cada cámara de horno



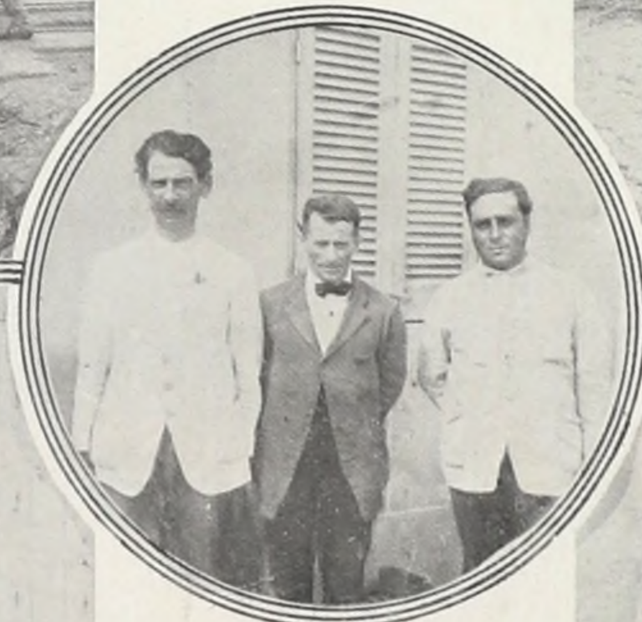
Sala de foguistas. — De aquí salen continuamente las vagonetas con la ceniza que es arrojada a la playa



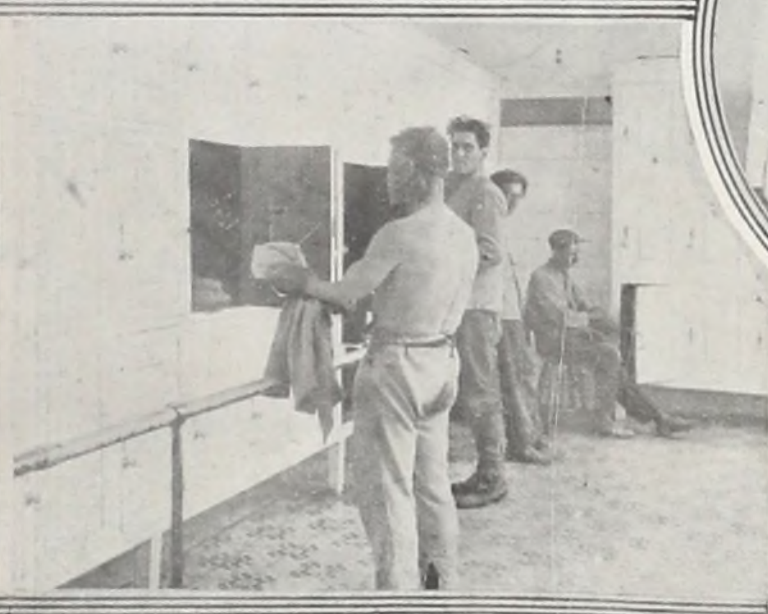
Vagoneta descargando escoria en otra que la conducirá a la playa



Los que buscan *"vintenes"* en la escoria. Estos hombres se queman los dedos disputándose *"las latitas"* que se escaparon de la quema



El capataz de construcciones: León González; el capataz de turno: Enrique Buzzetti y el capataz de Obras: Carlos Font.



En el Guardarropa. — Cambiándose el traje para entrar a la labor



Grupo de peones y foguistas durante la merienda

LA VIDA OBRERA EN EL PUERTO

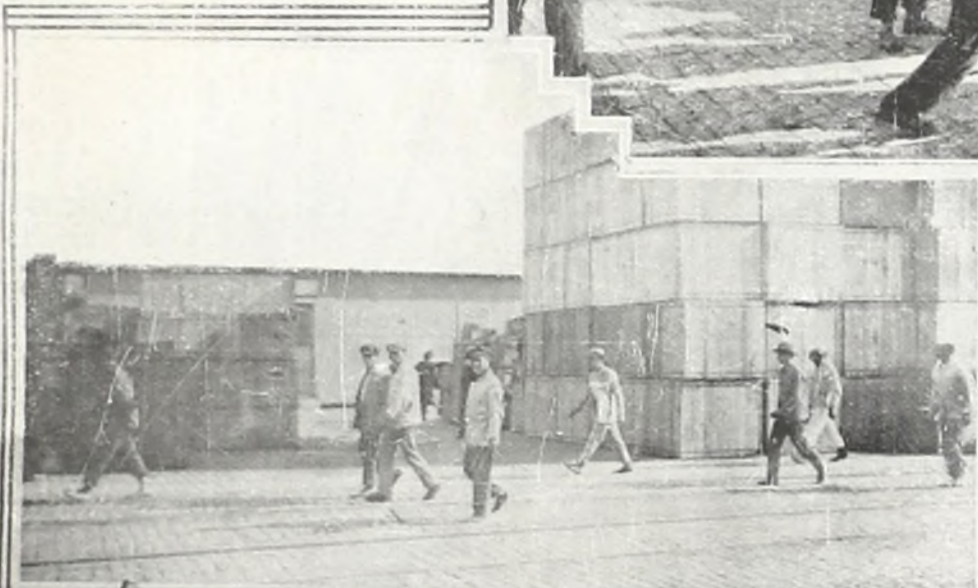


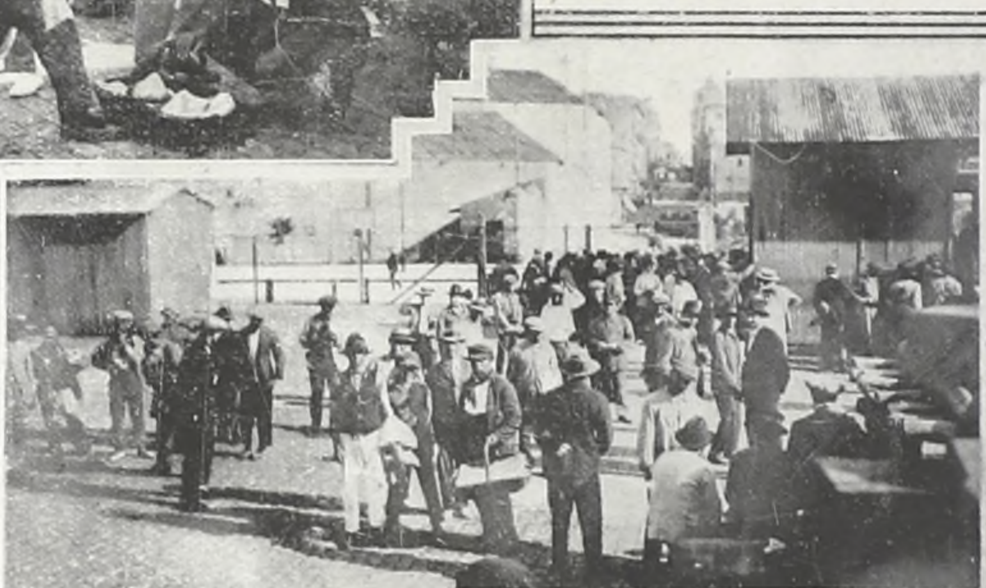
Todavía se siente el pito de las cinco. Estos ya estaban prontos para pegar el espiante



Han sonado las 5 y los obreros, antes de franquear los portones esperan órdenes









¿Trabajaremos mañana? Por las dudas... vamos a meterle a los bizcochos que hoy nos ganamos el día

Camino al hogar, después de la brega ¡Hasta mañana!

Hoy llegó un barco y hay trabajo fuera de hora. Esperan turno.

Descansando a la sombra de una vagoneta

Uno que quedó sin trabajo para el día siguiente, se lamenta ante los otros, indiferentes, porqué tienen asegurado el jornal



NOTAS DIVERSAS



Parte de la enorme concurrencia que presenció los exámenes de fin de curso de la Escuela del Manga



Fiesta infantil realizada en el hogar de la familia Scarrone, con motivo del cumpleaños de una de sus hijas

EN LA ISLA DE LOBOS. — LA CAZA DEL ANFIBIO



El faro de la Isla de Lobos, uno de los más potentes y de mayor alcance de la América del Sur.



Unos bellos ejemplares de lobos marinos descansando al sol



Los "cazadores" llegando a la isla para iniciar la matanza



La "pandilla" de faenadores, arreando tierra adentro a la manada



Vistiendo trajes característicos salen con sus palos para matar los lobos



En plena matanza. A garrote limpio con los lobos para no perjudicar su piel



Una manada de lobos rumbo a las rocas de la isla



Arreados van tranquilamente los lobos hacia el corral de matanza



Aspecto de uno de los islotes, en el que se guarecen los lobos



En plena corambre. A tanto por piel



Arreando una manada de lobos rumbo hacia el corral de matanza



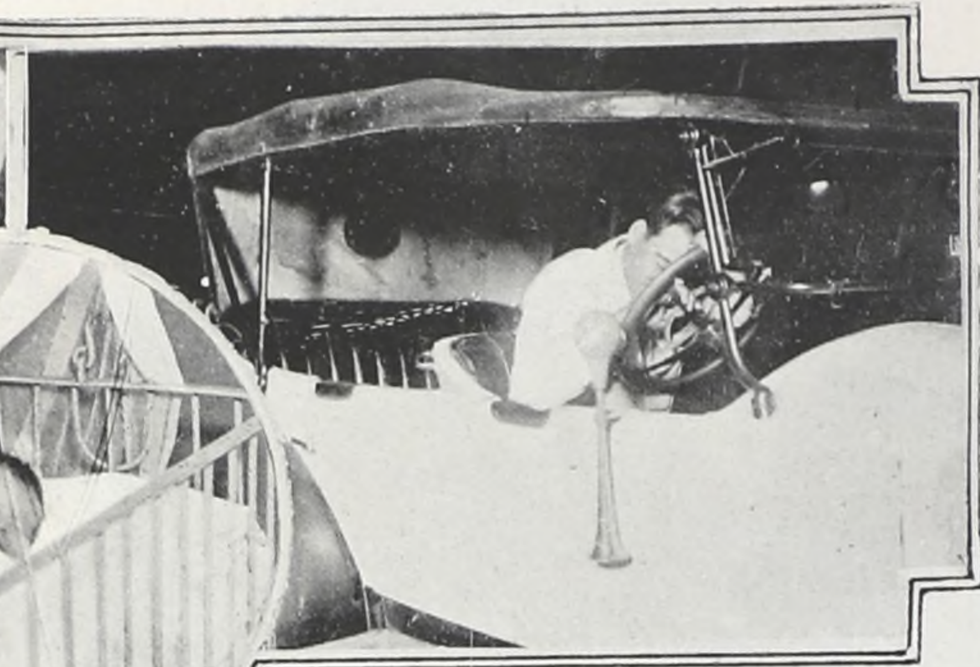
El tendal de víctimas. Los trabajadores poniendo término a su faena

COMO SE "APOLILLA" EN MONTEVIDEO



No es muy mullido el lecho, que digamos pero tiene hasta cabezal





Con la bandera levantada y la cabeza caída

En el círculo: "El sueño de un ángel







Tres enemigos irreconciliables del inventor del trabajo



El "atorra" que sabe soñar en cualquier lado



Los canillitas que creen tanto en la existencia de los colchones como en los cuentos de hadas







¡El último recurso! Me echaron de la pensión!

El niño feliz que duerme con su juguete predilecto

No hay lecho más fresco que el de la sábana de arena tendida junto al mar

José Luis Zorrilla de San

Una primic

Engalanamos las dos páginas ce
dibujos enviados desde París a una pe
Luis Zorrilla de San Martín que, como
cia ejecutando su obra escultórica
que concurrieron los más destacados
nuestro ambiente escultórico ocupa u
plena consagración exteriorizada en esc
por las manifestaciones de esta págin
lápiz con el que sabe trazar estas mar
nal. Zorrilla de San Martín, por otra
arte con las expresiones de nuestro a
su ánimo pudieran ejercer los círculo

EL INDIO

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero
Porque el zorro más matrero
Suele caer como un chorlito....

...Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.



EL VIEJ

Viejo lleno de camándulas
con un empaque a lo toro,

Si buscas vivir
dedicate a solter

...tín y su admirable obra de artista

...a "Mundo Uruguayo"

...es de **"Mundo Uruguayo"** con los tres admirables
...de su amistad, por el escultor compatriota José
...e se encuentra actualmente en la capital de Fran-
... el Gaucho, obtenida en un concurso público al
...as del Uruguay. Zorrilla de San Martín que en
...gar de preferencia y cuya obra de artista mereció
...as y monumentos magníficos de singular mérito,
...ela que domina con igual maestría el cincel que el
...sas figuras de carácter y alma netamente nacio-
...e, no ha desnaturalizado su tendencia de hacer
...nte autótono, eludiendo toda la influencia que en
...sticos de París.

EL NEGRO

Y la emprendí con un negro
que traiba una negra en ancas...

Había estao juntando rabia
El moreno desde ajuera
En lo e.curo le brillaban
Los ojo: como linterna,



...CACHA

No andés cambiando de cueva,
hacé las que hace el ratón....

EN LAS ESCUELAS PUBLICAS DEL DEPARTAMENTO DE ROCHA



Una escuela sub-urbana de Rocha en momentos en que los niños se disponen a tomar la merienda proporcionada por la Comisión de damas que preside la Sra. Teresa Barrios de Bentancour



Como se atiende a los niños pobres de las escuelas urbanas y rurales del departamento. Estas escuelas funcionan de tarde y a las horas debidas les es servida a los alumnos una sopa mixta





Dos clases superiores de la Escuela de 2.º grado N.º 2 del departamento de Rocha, en pose para MUNDO URUGUAYO

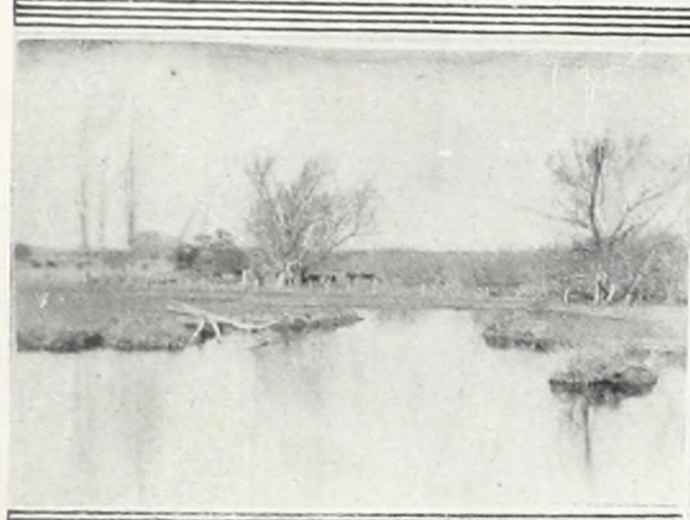


Un grupo de estudiantes rochenses reunidos para realizar una fiesta campestre en el local de la Asociación Rural de Rocha

NOTAS DEL INTERIOR



"Represa", arroyo de Rocha, donde se lava la ropa de la ciudad y de donde los aguateros sacan el cristalino elemento con que surten a la población en latas de kerosene que cobran a razón de 2 cts., la lata



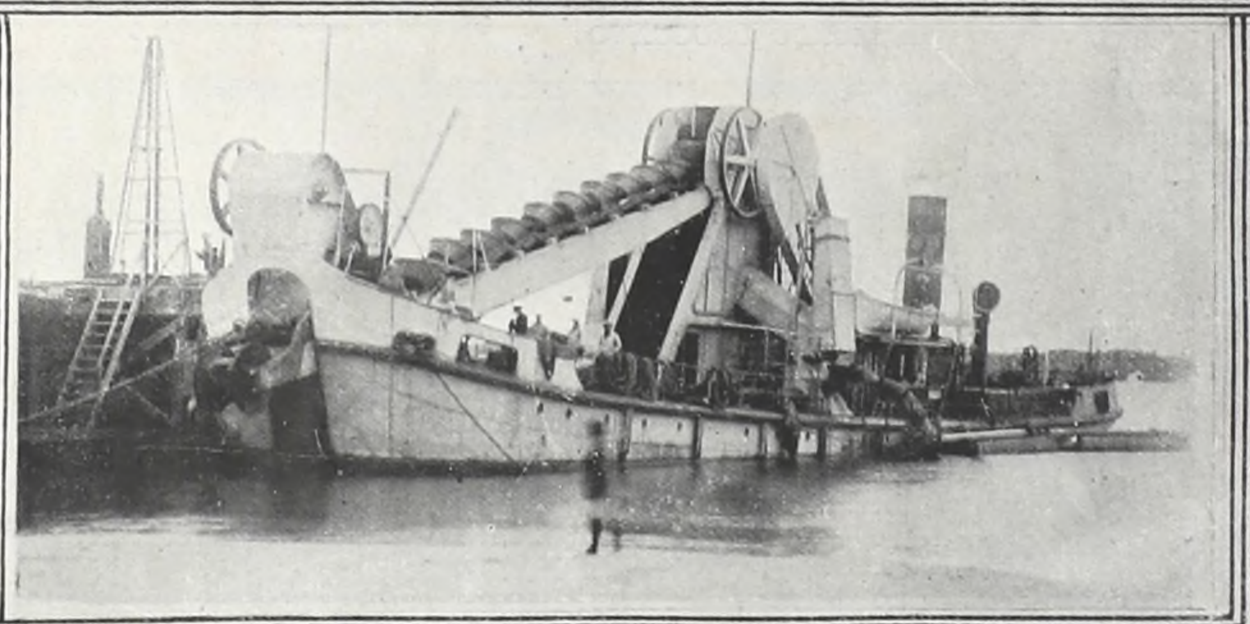
El arroyo *"Pantanoso"* — Camino de Fray Bentos



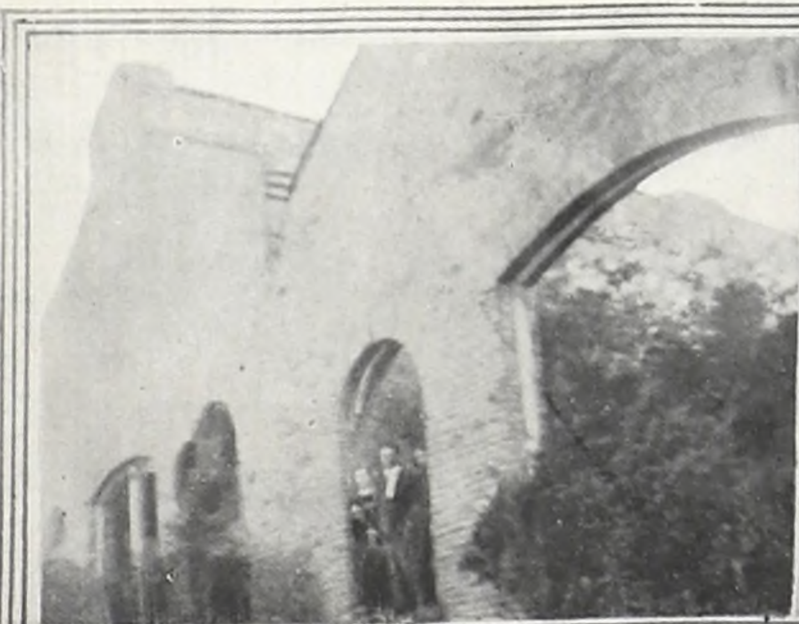
Los aguateros de Rocha



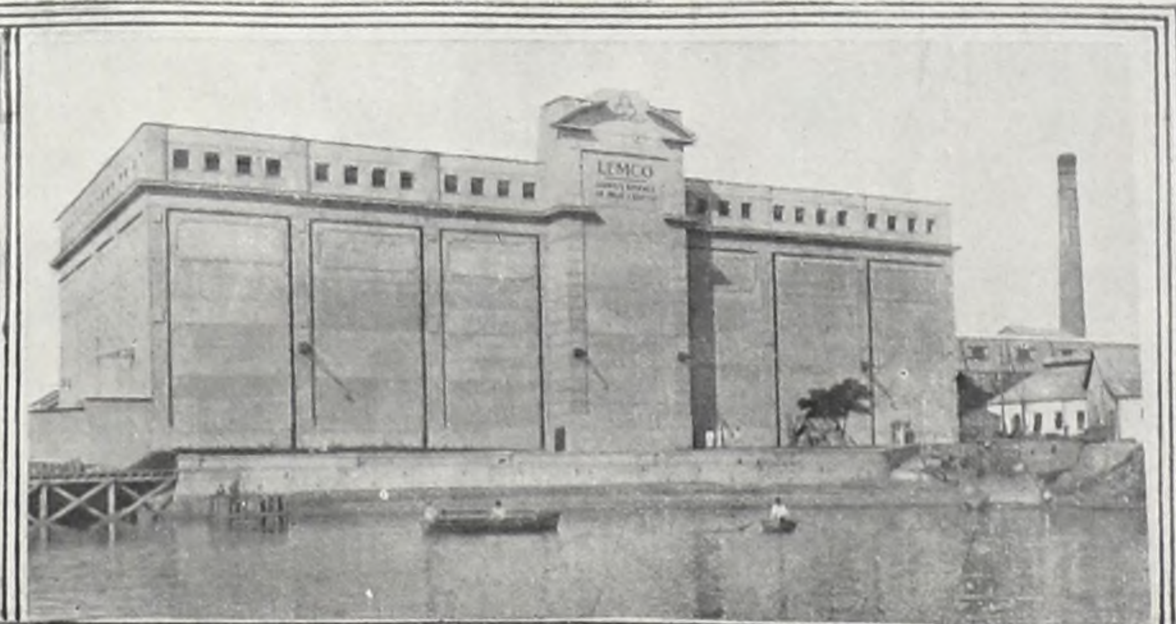
El cieguito Floro Benito Alanis, acompañado de su hijo Artigas, ambos son activos propagandistas de *"Mundo Uruguay"* en la ciudad de Florida



La draga que trabaja en las ampliaciones del puerto de la Paloma departamento de Rocha



Ruinas de la antigua fábrica de conservas *"Bojoicuá"*, y que actualmente pertenece a la fábrica *"Liebig's"*



Establecimiento *"Liebig's"*, ahora *"Compañía Anglo del Uruguay"*

POR LOS CAMPOS DEL DEPORTE MARAGATO



En el palco oficial del field maragato contemplando el partido de Football desarrollado entre un cuadro del Nacional de esta capital y los campeones de la Confederación del Sur



Interesante grupo de señoritas maragatas prestigiando con su presencia el partido de los campeones de la Confederación del Sur



Señoritas de la sociedad maragata, durante el partido, en pose para MUNDO URUGUAYO



Otra nota social interesante tomada durante el desarrollo del partido



Comentando las principales incidencias del interesante partido





El presidente de la Asociación Uruguaya de Football y dirigentes del Club Nacional, rodeados por los jugadores



El buen seleccionado maragato que empató con el team reserva de Nacional

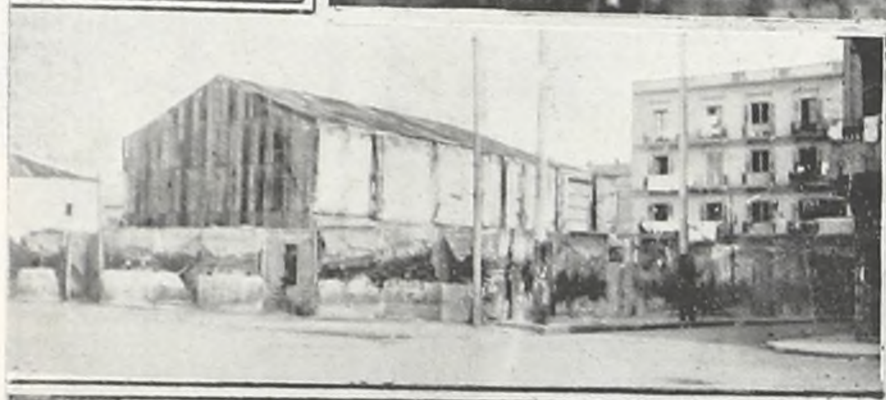
En el centro: Capitanes de ambos cuadros



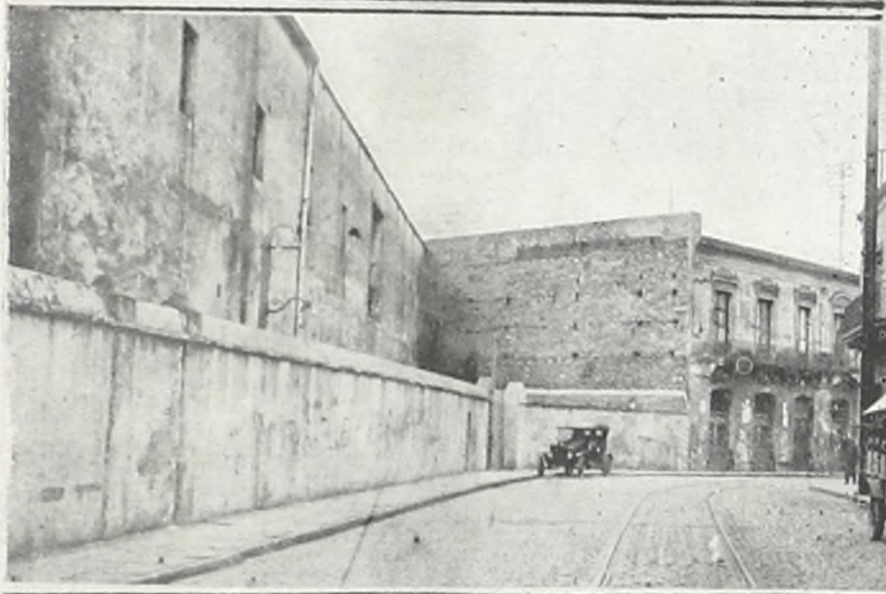
El team del Nacional que en San José tuvo una actuación poco brillante

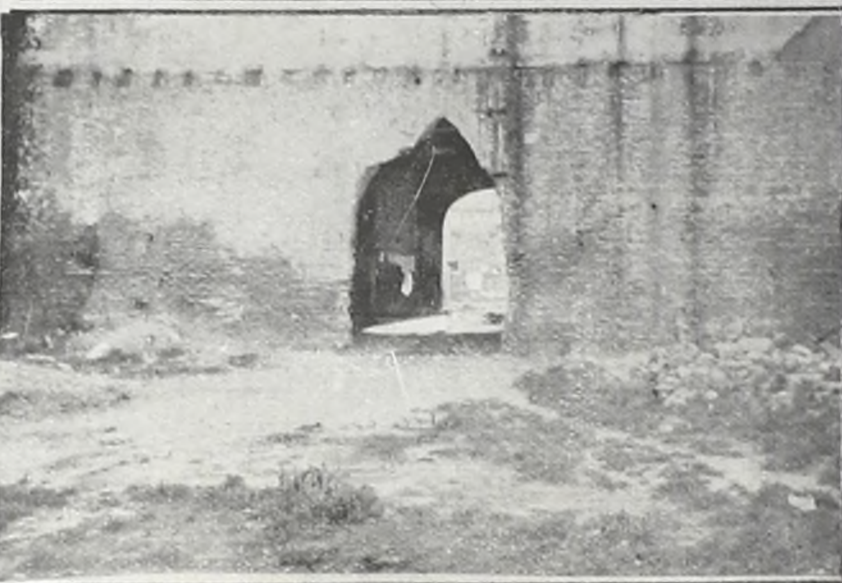
VESTIGIOS DEL MONTEVIDEO ANTIGUO





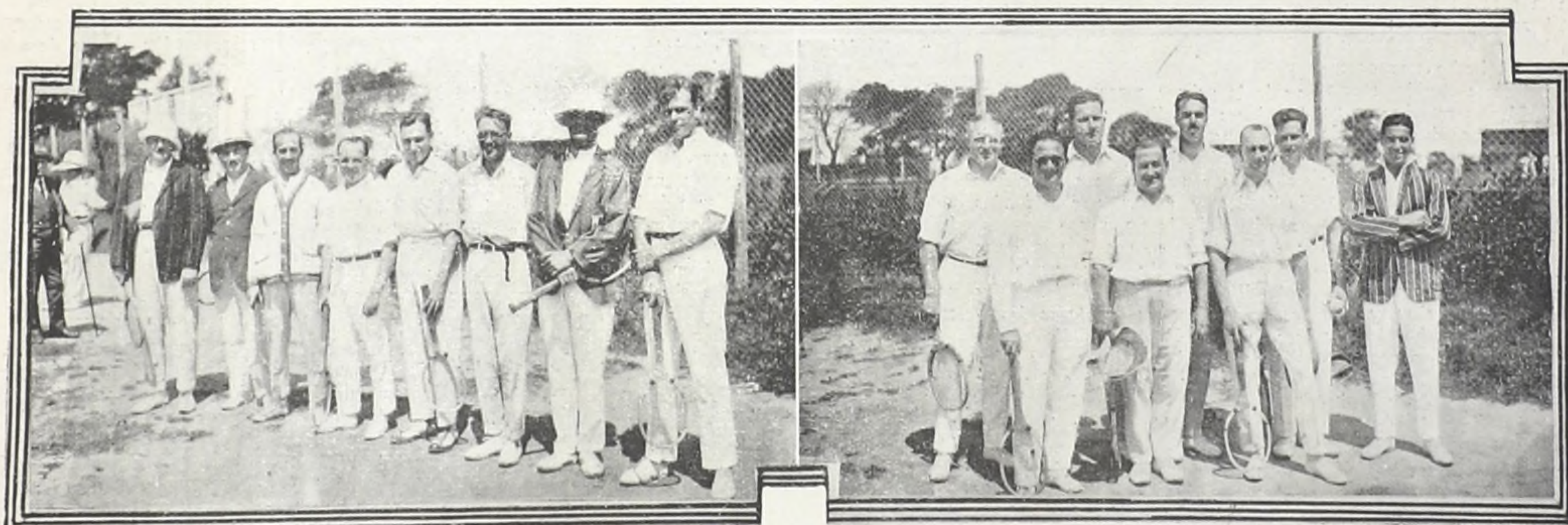






Arriba: Manzana de la calle 25 de Agosto, lado Norte, que ostenta todo su orgullo de cosa respetada, a pesar de inservible, en un barrio de gran actividad comercial. — *En el centro:* Ultimos restos de una antigua casa de la calle Marsellaise. — Edificio cimentado en piedra, en cuya planta baja se notan las caraterísticas de la edificación española. — *Abajo:* Una cuadra de aspecto anacrónico, en la calle 25 de Agosto, que por las noches, en el silencio y en la soledad de ese barrio, parece añorar su antigua grandeza. — Ruina cercana al puerto donde vive una señora que fué desalojada de una casa del barrio. La Municipalidad le autorizó la ocupación

PARTIDOS DE TENNIS



El cuadro argentino que se midió últimamente con un cuadro uruguayo en la magnífica cancha de Larrañaga

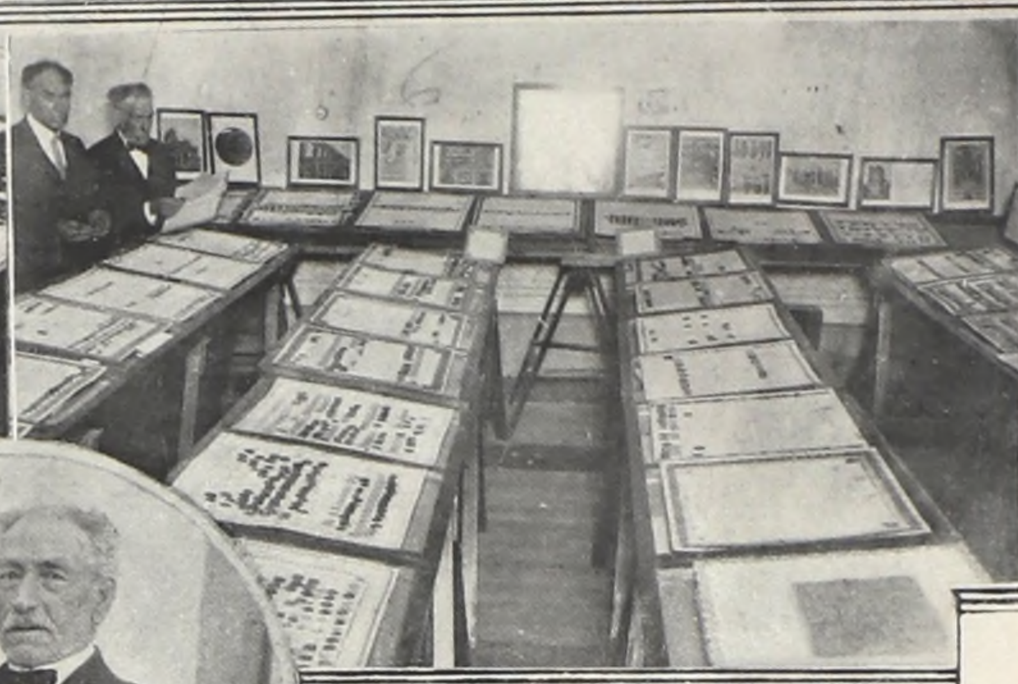
El team uruguayo que dirimió supremacias con el argentino

LA COLECCION DE MONEDAS MAS COMPLETA DE AMERICA



Vidrieras donde se guardan las monedas de la época moderna





Sala de la casa del Sr. Piñol, donde están clasificadas las monedas de los Iberos



Sala de las monedas romanas y griegas, donde puede verse además retratos, armas y escudos antiguos

El señor don Antonio Piñol. poseedor de este curioso monetario



El señor Piñol entre los cuadros y vidrieras de su *"museo"*

—Sí, el vive en el 1727, pero esta tarde salió. A la caída del sol puede que Vds. lo encuentren.

El zapatero del barrio al vernos golpear en la casa de don Antonio, nos advirtió así, agregando:

—Es un hombre que siempre está en casa, hoy ha hecho una excepción. No habíamos tenido suerte. Volveríamos. Y nos marchamos no sin antes recoger una impresión de aquella casa modesta tras de cuyas puertas nos figurábamos unas habitaciones llenas de polvo, de muestras en las paredes, habitaciones atestadas de vitrinas entre las que se movería habitualmente un viejito con un virrete, una lupa y una pipa. —*Es un hombre que siempre está en casa* — nos había dicho el zapatero. Lo sospechábamos ya nosotros. Se trata de un coleccionista... Y picados más que nunca por el interés de conocer a este hombre que ha pasado lo mejor de su vida clasificando monedas, tuvimos la visión de un espíritu idealista y desinteresado, de un poeta silencioso que ha sabido gustar la belleza de las piezas gastadas, oxidadas, del metal que corrió entre las manos egoístas de los hombres de hace muchos siglos, que llenó la bolsa de los romanos, de los iberos o de los fenicios y que sirvió cuando el poderío de los emperadores antiguos para comprar esclavos y vender conciencias. ¡Belleza triste ésta de las monedas que han sobrevivido a la ambición de las generaciones desaparecidas y que pasan a través de los siglos con mayor inmortalidad que las de los seres que las crearon en los tiempos oscuros del mundo para ser más fuertes con su posesión!

—

Cuando nos recibió su señora, una viejita menuda, expresiva, simpáticamente atenciosa, hubimos de





sentir la primer sorpresa. Tres habitaciones amplias, aseadas, llenas de aire y de luz, tenían en disposición ordenada, simétrica, grandes caballetes con vidrieras sobre planos inclinados y cubiertas con fundas especiales. Todo un museo.

—*Mi esposo* — nos dice la buena señora — *estaba descansando un rato. El pobre ya está viejo. Sufre mucho de la vista, le atacan jaquecas crueles Es que estudia mucho. Se pasa los días y las noches sobre los libros y sobre las monedas. Nadie imagina lo que significa para él esta consagración a sus investigaciones.*

Don Antonio Piñol estaba frente a nosotros. Es un hombre que demuestra bien sus 74 años. Habla desordenadamente. Se mueve sin armonía de ninguna especie, pero denuncia en todos sus gestos el dinamismo de su raza.

—*Soy catalán* — nos dice — En sus ojos cansados se conserva el brillo del hombre voluntarioso y soñador. Cuando le pedimos que nos muestre su colección y que nos informe sobre ella, adivinamos en él como un gesto de desgano.

Somos profanos en numismática y con nosotros, claro está, no sabía por donde empezar.

Su colección es como una gran montaña formada por granitos de arena, por terrones, por piedrecillas, por grandes blocks... Mirada de cerca deja la impresión, que producen, precisamente, las montañas vistas desde su falda.

Don Antonio Piñol y su admirable monetario

—

Un numismático de grandes méritos

Don Antonio Piñol, después de vacilar nos conduce por entre sus vitrinas, y empieza a levantar las fundas que ocultan su tesoro.

La primera impresión, es para nosotros, profanos, un adelanto de la última Antes que nada advertimos, un orden, un cuidado, una dedicación que pasman, que asombran, que nos convencen de la doble significación de esta obra.

No es ésta sólo una labor de coleccionista. Van apareciendo ante nuestros ojos cuadros que contienen curiosísimos ejemplares con referencias en que se historia su origen, la ley que las creó y hasta detalles de su acuñación Una hermosa obra de calígrafo, realizada por sus hijos, dan un aspecto artístico a la colección del señor Piñol.

Enamorado de la actividad que llenó su vida, don Antonio, tiene su casa puesta por completo al servicio de su monetario. Su señora, la compañera que le ha visto envejecer sobre los libros parece tener por su hombre una admiración y un respeto profundos. Ella que todas las mañanas, le sacará el polvo a las láminas que en las paredes lucen armas y escudos antiguos ve en don Antonio, un hombre excepcional. Y nosotros, vislumbrando apenas, el mérito de su trabajo, vamos justificando cada vez más la idolatría de la esposa.

—

—Aquí tienen Vds. la nota preliminar del *Monetario Ibérico*, y leemos:





" Catálogo del Monetario de Dn.
" Antonio Piñol. Adquirido de sus
" antecesores; bisabuelos. Doctor Dn.
" Francisco Pinoyl y D.a Francis-
" ca Gatell de sus abuelos paternos,
" Dn. Francisco E. Piñol, capitán
" de infantería lijera, primera le-
" gión catalana y Doña Teresa Tra-
" mulles; de sus abuelos maternos:
" Dn Miguel Riera, capitán de los
" Reales Ejércitos y Guardia Ala-
" bardero y Doña María de Perosi-
" ca, padres de Doña Dolores Rie-
" ra; esposa de Dn. Antonio Piñol
" y Tramulles, padres del que sus-
" cribe, propietario del Monetario
" cuyas monedas han sido recolecta-
" das por los antedichos en su ciudad
" natal, la antiquísima, heróica y
" monumental Tarragona y clasifi-
" cadas por el firmante y Antonio
" Piñol Golorons.

" República O. del Uruguay, de-
" partamento de Canelones, Paso
" de la Cadena, durante los años
" mil ochocientos ochenta al noven-
" ta. Antonio Piñol, Antonio Pi-
" ñol y Golorons".

Hojeamos el catálogo manuscrito, de artística caligrafía gótica e inglesa y que contiene en dibujos la reproducción de las monedas. Este catálogo solo, es una obra de paciencia y de dedicación que podemos casi asegurar que es único en nuestro país.

Cada uno de los cuadros que contienen las manedas clasificadas, reproducen las referencias de los catálogos.

—¿Cree Vd., señor Piñol, que su colección sea la más completa de las existentes en nuestro país?

—No sólo en este país, sino en la América española. Hace ya, unos años, propuse públicamente ceder mi colección al que demostrara poseer una de igual o mayor valor que la mía.

—

—¿Cuál la moneda más rara de todas las que posee?

—Sería difícil determinar cual es la moneda de más valor para el coleccionista. Vea Vd. el cuadro 23, sobre el valor de antigüedad de las monedas de los *iberos*: la *Emporla* de Tarragona, el *Turraco* o *Cose*; la *Ilerda de Lérida o la Osca de los Celtas*, apreciará Vd. en ese cuadro una de las verdaderas curiosidades de mi colección, por la clasificación que le he dado y la réplica que significa contra la afirmación de los eruditos. Y leemos:

" Las monedas aquí contenidas no
" llevan en sus inscripciones los
" nombres de Caracalla, Jeta, Ma-
" crino, Diadumeniano y de Elio-
" gábalo, por qué éstos adoptaron
" el nombre de Antonino, respetable
" nombre que Pertinax consignó a
" su hijo Caracalla, debido a que
" en un sueño vió que Antonino Pio
" debía de sucederle en el Imperio.
" Difícil es el interpretar con cer-
" teza la moneda que le correspon-
" de a cada uno de ellos, estando
" la mayor parte de sus leyendas
" confusas, excceptuando la de An-
" tonino, pero bueno es el hacer
" presente, que tanto la acuñación.
" el metal y módulo, son idénticos
" desde Pertinax a los Gordianos".

Comprendemos que en don Antonio Piñol, hay algo más que un frío coleccionista.

Sigue en la Pág. "A las preguntonas"











Distintas escenas de la estupenda producción dirigida por E. Mison Hooper y en las cuales se puede apreciar como saborean un beso impregnado en miel, los dos protagonistas de este poema del amor de la dulce época de la galantería. *Marión Davies,* fresca y de hechicera ingenuidad hace una damita deliciosa

BELLEZAS INFANTILES



Susena Morquió



Marujita Gomez



Chichi Villaronga



Anson May



Nelda Laugarou



Anson May



Alba Rodriguez



Maria C. Capandagui



Piñeyro Artagaveytia

Leonor Crosta





Nélida Susana Ruy Aldabalde



La prudencia de Minino

El hermoso Minino era un soberbio gato romano de grandes ojos verdes como la esmeralda y con más bigotes que un carabinero. Llevaba un collarín de terciopelo rojo con unos preciosos cascabeles dorados que eran la envidia y admiración de toda la turba gatuna.

Cierta mañana, nuestro gatito se asomó por la ventana: era la primera vez que intentaba una escapatoria. Miró por todas partes por si era expiado y convencido de que, estaba a salvo de miradas indiscretas, comenzó a emperijilarse con gran cuidado.

Empezó por lavarse la cara con verdadera fiebre de limpieza; se



atusó los bigotes, sacudio los cascabeles y, entornando los ojos, se lanzó al tejado.

Allí, el aire fresco, el sosiego y independencia con que recorría a su gusto los peligrosos senderos marcados por las tejas le encantaron y dió un maullido de alegría.

—¡Miau, miauuuuu!.

Apenas se había apagado el eco de su voz, otro maullido respondió al suyo:

—¡Marramiauuu! ¡Marramiauuu!

Que quiere decir en lenguaje vulgar

—¿Quién anda por ahí?

Minino se apresuró a contestar.

—¡Gente de paz!

Y a poco salió por detrás de la chimenea un gato flaco y sucio que daba compasión verle. Este, sin andar con cumplimientos restregó sus narices contra las de su colega y le dijo:

—¡Sed bien venido gallardo compañero! Se conoce que la prosperidad os sonríe y que nada os falta.

—No estoy mal del todo, querido amigo. Vivo en aquella casa y mis amos me tratan a cuerpo de rey.

—¡Ah! — contestó el gato feo. Con que eres un comodón que prefiere la esclavitud a la libertad, a cambio de unas migajas de comida? ¡Eres indigno de pertenecer a nuestra raza! Ten presente — añadió — que se prepara una gran revolución, y en cuanto triunfemos verás a los hombres, humillados ante nosotros, llevarnos a nuestra morada los bocados más ricos.

—¿Pero, ¿y mientras triunfa esa revolución?

—Entretanto andamos por los tejados a caza de gorriones, para ir tirando mientras llega el día feliz de la victoria.

—Pues el oficio — dijo con sorna Minino — no debe producir mucho.

—¿Lo dices por lo flaco que me encuentras? ¡Ay, amigo mío! Ignoras que me paso las noches en vela, estudiando libros curiosos y raros que han de ser la salvación de nuestra raza: entre otras cosas, tengo un tratado de heráldica que demuestra como dos y dos son cuatro, que el gato ha sido siempre el símbolo de la más preciada nobleza.

—¡Poco engordará usted así, — exclamó Minino, que ya no se atrevía a tutear a un gato tan científico.

—¿Quieres que te aconseje? Pues, mira, resuélvete a venir con nosotros. Deja que con las uñas te corra ese menguado collarín, signo de esclavitud y te ofrezco un buen puesto a mi lado.

—Bueno, aceptado. Pero explíqueme usted las ventajas de la nueva situación.

Te doy un puesto de acecho detrás de aquella chimenea, para que tomes lo que puedas y te pasearás por donde te de la gana.

—Oiga usted, amigo, ¿y si no caen gorriones?

—Entonces, se ayuna y en paz.

—Usted ayunará, que yo no — exclamó Minino indignado. ¿Con que todas sus ofertas se reducen a que abandone mi bienestar para meterme en aventuras? ¡Bueno fuera que yo dejara mi comodidad, mis comidas servidas por la mano de mi ama, mi camita caliente y mi hermoso collar, para pasarme los días rabiando de hambre y las noches aterido de frío, a la intemperie! ¡Vaya, amigo, buenos días y que usted engorde!

Y dando dos saltos se volvió apresuradamente a su casa, en donde saludó a sus amos con los más dulces maullidos de su repertorio.

El sabihondo gato quedóse un momento sin saber que hacer. Bramaba de ira al ver que se le había deshecho la combinación, porque el endiablado proyectaba ocupar el sitio de Minino en aquella casa tan aristocrática, donde se comía fuerte y había cama para dormir abrigado. ¡Todas sus alharacas de libertad eran el engaño con que pensaba seducir al lindo gato romano!

La prudencia de Minino merece ser imitada. ¡Cuántos incautos caen en las garras de los malvados, que disfrazan sus proyectos infames con las más brillantes promesas!....



Casimiro Fagundez. —

"Se vislumbra allí en la cima
Un cóncavo y arcano minarete,
Exhalando humo caleginoso
Desde una ánfora ardiente"

Casimiro Fagundez
¡Como exhalas idiotez!

Novicia. —

La rima libre es, a nuestro juicio, la rima de los incapaces.

Por lo tanto, no se extrañe que hallemos muy malo su soneto.

Perdone la brusquedad, pero como nos exigió que fuéramos sinceros...

Juveniano. —

"Ya no sumban gososas a sus lados...
Las cristalinas gotas del rocío,
Que sus pétalos lucían nacarados
Cual segundos se han muerto en el [vacío"

¡Feliz de usted! No puede suicidarse
Plantándose un balazo en la sesera
¿Porque? — porque, señor, no tiene [sesos
Ni humo, ni aire siquiera.
En su mate falluto,
Querido Juveniano,
Impera soberano
El vacío absoluto.

Purpurino. —

¿Es fervoroso admirador de Darío, Nervo y Díaz Mirón?

Perfectamente, pero entonces ¿porque se mete a hacer versos?

Sobre todo aquello de:

"La nave cruza el Atlande
con su velería orguida..."

Es la macana más grande
Que se haya oído en la vida.

Rebelión. —

¿Pero usted nos ha tomado por comunistas?

Vaya, vaya a cortarse el pelo.

Duraznense. —

"Yo soy como el torćo negro,
Pongo el huevo en cualquier nido".

¡Nos gustaría con locura
Verlo hacer esa postura!

Oscanol. —

"Loco de deseo la contemplaba
despeinar su blonda y roja cabellera"

¿Blonda y roja? — ¡La pistola!
¡Que testa a la pumarola!

A. A. D. — M. T. M. — Balmaceda. — No pueden publicarse.

Ketil. —

"Yo paso a tu lado, todo lo siento,
todo lo oigo con dolor profundo,
Ese canto nostalgioso que perfuma el [mundo
De ese tu pecho retumbante y cruento"

¿Se enojará este Ketil,
Si le llamamos jumento?
¿O se enojará el jumento
Si le llamamos Ketil?

Nena. —

Esos versos no son suyos.
Vaya usted a arrancar yuyos.

Como conseguir un cutis que los hombres admiren.

(*De la Revista "Happy Hours".*)

"Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza", escribe una mujer profundamente observadora, "pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales". Las mujeres, que saben tener en cuenta ésto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por ésto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), en venta en todas las farmacias del Uruguay. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues, la cera nada agrega al cutis viejo, sinó que, por lo contrario procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

E. L. M. —

"¡Despierta si estás dormida!
¿No oyes que el amor llama a tu [puerta?"

¿El amor? No despierto ni me al- [tero.
¡Todavía si fuera el carnicero!

Era Miguel Angel muy frugal y atribuía a esto el poder dedicar al trabajo más tiempo que los demás artistas. Generalmente sólo tomaba un poco de pan y vino mientras estaba en su tarea. Ocurríale muchas veces levantarse por la noche para trabajar, y después, sólo cuando el cansancio le rendía, echábase un rato vestido para estar más pronto listo al despertar.





Frederic Arnold Kummer presenta una pregunta que ha sido hecha por más de una mujer y es contestada por una.

¿Y POR QUE NO?

Traducido al castellano por nuestro joven compatriota, el Sr. Dajalma Pérez.

¿Y por qué no? — Las palabras aparecían inquisidoras, en vigorosos carácteres y a mitad de camino, a través de la estrecha blancura de la página. ¿Y por qué no?, ciertamente, se preguntó a sí misma la joven que estaba en el escritorio, sus labios recojidos en una delgada línea escarlata.

Era ésta una pregunta que muchas mujeres se habían hecho antes que ella, sin que pudieran contestarla. Apoyó la punta de su pluma sobre el secante, que aprisionaba la carpeta del escritorio y permaneció en éxtasis contemplativo mirando el pequeño punto de tinta que crecía en círculos, que se agrandaban hásta formar un negro y siniestro borrón. Se maravilló. Acaso, ¿sucedería lo mismo toda vez que la límpida frescura de un alma inmaculada fuera tocada por la más mínima mota de ignominia?... ¿Una mancha que se agranda constantemente?...

Por un momento se estremeció y sus ojos se tornaron expresivos y melancólicos, entonces, levantando la vista,, sonrió. El alma de la famosa artista que la miraba tan serenamente desde el dorado marco de su cuadro sobre el escritorio con el fruto de su amor entre sus brazos, ¿habría sido también corrompida? Si así era, el mundo se había preocupado muy poco de ello, porque los más grandes de la tierra se habían disputado el privilegio de brindarle honores y coronarla con laureles, como había coronado a otras tantas como ella.

Apesar de las emociones que la envolvían, la joven que estaba en el escritorio , conservaba una serena hermosura que atraía. Más allá del encanto de la juventud, del color y de la línea, de un cálido cabello castaño, y unos ojos como ambar viejo, poseía algo más una suave hermosura de refinamiento muy por encima de simple pulimento superficial, un algo que hablaba de innata delicadeza de temperamento y de alma, era exquisitamente tierna, infinitamente deseable.

El cuarto donde se hallaba, apesar de sus muchas limitaciones, se esforzaba debilmente por dar su expresión. No es fácil expresar mucho de uno mismo dentro de los límites de un pequeño salón dormitorio, y de igualmente reducidos recursos. Con espacio y dinero ilimitados, Paulina Grey, habría hallado expresión, probablemente, en jardines italianos, en libros raros, en porcelanas exquisitas, en pinturas brillantes y llenas de colorido. Tal como era el cuarto, contenía algunos geranios en una artística jardinera verde sobre la ventana, varios tapetes de dudoso valor pero bien seleccionados, una pequeña alfombra japonesa y una estatuita de bronce del buen Dios Pan. Era todo lo que ella podía costearse con sus recursos de 25 dollares por semana; al menos, un paso en la línea recta de su orientación.

Dos cartas aparecían sobre el escritorio delante de ella. Una, en una confusa y garabateada letra varonil, escrita algunos días antes en la semana; la otra, estaba fechada aquella misma mañana y junto a ella se veía una llavecita chata. La joven tomó la primera carta y comenzó a leerla con marcada indiferencia.

"Adorada Paulina" — decía — "He estado esperando tu contestación toda la semana". ¿No puedes resolverte y darme un "Sí"? Yo comprendo que no es nada tentador el casarse con un muchacho como yo, pero si bien es cierto que no puedo proporcionarte todo lo que deseo, al menos tú sabes que mi amor es honesto, amor mío, y sincero. Ambos somos jóvenes, ¿por qué no vencer juntos todas las dificultades? Otras gentes lo han hecho y han sido felices.

Presumo que no será fácil al principio, porque las cosas que valen la pena en este mundo nunca se consiguen fácilmente, pero, con todo, disfrutaremos más y mejor cuando lo hayamos logrado.

No te pediré que abandones tu empleo. Es mi parecer que una esposa debe ser algo más que simple cocinera o una ama de llaves. Además, con mi sueldo y el tuyo podríamos ocupar un lindo apartamento — he visto unos muy elegantes en Brooklyn el otro día, cuatro piezas y cuarto de baño. Lo arreglaríamos a nuestro gusto sobre el plan de nuestras economías y nos retirarfamos a disfrutar la vida.

Me deleitaría poder decirle adiós a mi casa de pensión, y me imagino que también a tí, te ocurrirá lo mismo.

Tendríamos nuestros almuerzos juntos en el apartamento, lo que sería delicioso, ¿no te parece?, con una linda cocinita y todo lo demás.

Merienda en el centro, en la forma que lo hacemos ahora, y hacer la cena fuera o en casa, según lo deseemos. Y, en cuanto al porvenir, el "viejo zorro" me ha prometido promoverme al departamento de ventas, con una remuneración de setenta y cinco dollares por semana, sin decir nada de las comisiones que tendré si me porto bien, y con eso ya tendríamos para fastidiarnos.

Conozco cuales son tus sentimientos con respecto a los libros y cuadros y todas esas raras fantasías que te interesan, y juntos las compartiríamos.

No soy tan insensible, como podría parecerte, tratándose de esas cosas; ya he obtenido los libros que me elogiaste tan calurosamente.

Y bien, tú ya lo sabes. Permaneceré aquí, con motivo de este trabajo de reparación, un par de días más, pero, el sábado de noche, debo encontrarme en esa vieja villa, y si antes no me has escrito diciéndome que es "Sí", iré derechito tan pronto como llegue, a conquistarme tu decisión.

Todo mi amor, diosa mía, y un millón de besos.

Enrique.

Los ojos de Paulina Grey, reposaron por un instante sobre la carta, luego que hubo terminado de leerla, pero ya no veían la escritura de las líneas. La figura de un hombre alto y bien formado, en Khaki, irguiose ante ella; un hombre vigoroso, lleno de vitalidad y pleno de salud y juventud.

Le había simpatizado la primera vez que se encontraron a su regreso de Francia, y durante los años intermedios cierta grata amistad había nacido entre ellos. Así, al menos, ella lo había creído, hasta hacía pocos meses, pero, Enrique Adams, parecía pensar de otra manera desde que ahora le pedía que se casara con él.

Y bien,—¿Y por qué nó?—¿Ella lo amaba? Sí; a veces, cuando la pujante juventud que había en él llamaba imperiosa a la juventud que había en ella, pensaba que lo amaba. En otras, cuando su imaginación deliraba con las quimeras más bellas de la vida, y sentía crecer el deseo de expresar por medio de ellas la ardiente vivacidad de su naturaleza, entonces, le veía muy lejos detrás de ella, y decidía que no lo amaba.

Muchas veces, la asaltaba la duda, no pudiendo comprender por qué su padre, un soñador, le hubiese juiciosamente abierto los ojos a tan halagadoras perspectivas; hubiera sido mucho mejor haber permanecido en las tinieblas, puesto que tales realidades le estaban vedadas para siempre. Pero, ¿era cierto eso? Sus ojos buscaron la otra carta y la llave por un breve instante, y una expresión de angustia se reflejó en su rostro. Entonces, con un gesto de reprimido enojo, volvió su atención nuevamente a la carta que había estado leyendo.

¡Qué optimista era! ¡Qué agradable el cuadro que pintaba! El confortable aposento en Brooklyn, los almuerzos tan gratamente preparados en la "cocinita", las cenas íntimas, las noches en casa o en el Cine...

Demasiado optimismo. Ella bien lo sabía. Los hombres eran así siempre insistiendo sobre los placeres de la comida — olvidándolo todo; la inevitable vajilla que limpiar, los niños, las cuentas, las horrendas realidades...

Vió largos y tristes días, prolongarse delante de ella. Años de embotadora y cruel esclavitud, de odiosa economía, y finalmente, de amarga desilución. O si sucedía que fueran más afortunados, habrían de conformarse con un nimio confort de segunda clase, envejeciendo en el cuidado de los hijos, que no sentirían ninguna gratitud por sus esfuerzos, sus sacrificios, y cuyo inevitable porvenir sería el llegar a hombres para repetir el mismo estúpido proceso, sin proyecciones, en otra generación. ¿Era eso todo lo que la vida tenía para ofrecerle? Con irritación arrojó la carta sobre el escritorio y tomó la otra junto a la llave.

"Querida e incomparable criatura" —decía—"He tenido paciencia, pero ahora debe darme su contestación. En la seguridad de que no defraudará mis esperanzas, lo he arreglado todo de un modo que la agradará— ¡un perfecto engarce para una perfecta joya! La llave inclusa, abrirá las puertas de una nueva vida para Vd.,—una vida que encierra todas las cosas bellas que Vd. ha soñado.

"Cuando haya cerrado esa puerta detrás de Vd., la tristeza y el pesar, y todas las cosas sórdidas de la vida, quedarán del otro lado. Es la llave de la felicidad querida.

"La dirección está en la tarjeta. Yo estaré allí, esperándola, esta noche.

C. J.

Paulina Grey, clavó su mirada fijamente, sobre el chato y pulido fragmento de acero. Otra vez, la figura de un hombre alzose delante de ella. Un hombre de unos cincuenta años, con cabellos plateados, aristocrático, de refinados modales, con ojos que denotaban comprensión pero no amor, a menos que no fuera el amor por las cosas bellas.

Sin duda, ella era una cosa bella y hermosa, como los raros tapetes y las invalorables porcelanas que él coleccionaba, y con tal, así la deseaba. Cierto era, que él ponía mucho cuidado en sus tapetes y porcelanas, proveyéndolas de guarniciones y guardándolas celosamente y con orgullo. El mundo, ella sabía, lo llamaba invariablemnte, un libertino, un financista, un patrón de las artes. Pero, no era bajo ninguno de estos tres aspectos que a ella se le aparecía ahora. ¿Cuál era entonces ese nuevo aspecto?

Dobló las páginas del diario en el cual había estado escribiendo aquellas últimas palabras que la aturrullaron, ¿Y por qué no? Las entrevistas prodigadas a! Sr. Charls Jarrold no eran muchas, apenas hacía un mes que lo había conocido.

Lunes.

Hoy el Sr. Atkinson me llamó a su despacho particular para que tomara taquigráficamente algunas cartas. El prominente Sr. Jarrold se encontraba allí. Es un hombre admirable, apesar de que peina canas y tiene cincuenta años. Nella Mc. Cornick dice que es el dueño de nuestra compañía y muchas otras más. Fué para mí un inmenso placer tener que tomarle un dictado, — ¡habla tan claramente! Su voz me pareció argentina — si es que uno puede describir así una voz — comparada con la de la mayoría de los hombres que hablan como si tuvieran la boca llena de patatas.

Cuando volví con la carta me cumplimentó por mi rapidez y la ausencia de errores. Estuvo mirándome las manos y finalmente me preguntó de que punto había venido. Cuando le dijo que de Massachusetts y que mi padre había sido profesor en Amberat, pareció interesarse, y tuvimos toda una conversación.

Dijo que él siempre podría distinguir una mujer de linaje por sus manos, y me preguntó si amaba la música. ¡Qué extraña coincidencia!, pensé, al recordar que mi padre quizo hacer de mí una cultora de la música.

Cuando se lo conté a Enrique, se sonrió, sorbió un silbido, y me dijo que eso no dejaba de ser más que una mera conjetura mía.

Debe ser admirable tener tanto dinero como el Sr. Jarrold.

Dicen que posee, ¡treinta millones! Me perturba pensarlo.

Miércoles

Esta mañana recibí una invitación suya para ir a oir la audición de Paderewsky. Nunca tuve mayor sorpresa en mi vida, — me incluía una entrada. Por supuesto que fuí. Me puse mi charmeuse gris, el único vestido decente que tengo para esas ocasiones. El Sr. Jarrold estaba en el próximo asiento. Debí haberlo presentido. Estaba irresistible. Me dijo que me había mandado la invitación porque tenía la seguridad de que yo pertenecía a la clase de muchachas, que preferirían Paderewsky al Cine.

Me sentí intimamente halagada al oir esa galantería de un hombre como él. Tuvimos una deliciosa plática y después me llevó a casa en su auto, un monstruo gris alhajado como un Yatch. En el camino le referí lo aficionado que mi padre había sido por los libros y los cuadros, y todas esas cosas, y su esperanza de que yo llegara a ser algo con mi propio esfuerzo. El Sr. Jarrold dijo que no había razón alguna para que yo no pudiese llegar a serlo, y me preguntó si no me agradaría ir alguna vez a ver su coleoción. Dicen que es la más valiosa que se conoce, en Nueva York. Le manifesté que iría, por supuesto, y estaba por sugerirle el llevar a mi amiga Nella conmigo, cuando me hizo saber que tres o cuatro personas irían el Sábado por la tarde y que si me interesaba podría ir a eso de las cuatro. Vacilé, naturalmente, — el es soltero, — y me puse a pensar... bueno, lo que pensaría cualquier muchacha en las mismas circunstancias

El Sr. Jarrold es un hombre magnífico. Me imagino que él se ha hecho una idea del intenso entusiasmo que tengo por todas las cosas hermosas.

Cuando Enrique vino esta noche para llevarme al Cine, y le dije que iba a oir a Pederewsky, se mostró desconforme diciéndome que esas cosas de la gente de rango eran puro bulto, y que no le merecían más importancia que los bigotes del gato.

¡Pobre Enrique!, es que no comprende.

Sábado de noche.

He visto los cuadros del Sr. Jarrold esta tarde. No me dispensó mucha atención. Había allí una artista francesa, y dos hombres, — uno de ellos era un oficial de la armada.

Después tomamos el té. En mis disparatados sueños jamás pude llegar a concebir semejante magnificencia: tapetes primorosos, embroderies de la China, literalmente, acribilladas de puntadas, telas riquísimas de Oriente, estatuas de bronce, libros, en una palabra, una realidad que superaba mis más forzadas concepciones, y sentí como si fuera a quedarme allí durante el resto de mi vida, en muda contemplación.

Como demostrara mi admiración por una estatuita del buen Pan, el Sr. Jarrold insistió en enviarmela para que la conservara como un recuerdo de esa ocasión, y me pidió mi dirección. No quise aceptarla, pero bromeo tanto por ello, que no supe rehusarme.

Cuando Enrique llegó esta noche deseaba saber donde había estado, pero eso es claro que no se lo diré.

Noto como si celara de todo hombre que me mira.

Martes.

La pequeña figura estaba esperándome cuando volví a casa esta noche. Se la mostré a Enrique, y le conté como había venido a mi poder. Declaró que nunca había oido nada acerca de Pan, y expresó que todo hombre de edad que admirara estatuas desnudas debería ser suprimido.

La figura vino acompañada de una pequeña esquela, pero no se la he mostrado a Enrique. En ella el Sr. Jarrold me pedía que el Sábado fuera a dar un paseo con él en su auto.

Domingo.

Fuí al paseo. Salimos a las cuatro y ya había obscurecido cuando regresamos. El Sr. Jarrold me hizo un sinnúmero de preguntas acerca de mi vida, mi trabajo, y mi familia. Cuando supo que yo era huérfana, se interesó especialmente, y me dijo que admiraba el coraje que demostraba al hacer frente a la existencia con mi solo esfuerzo. Creo que le agrado mucho. En verdad, se que es así, porque él lo ha dicho. Me llamó "exquisita criatura", y acarició mi mano con cariño.

No soy tonta, y es lógico que una no llegue a los veinticuatro sin aprender algo del mundo, lo que me autoriza a creer que fué sincero al decirme eso.

De regreso se tomó grandes penas, para explicarme por qué nunca se había casado. "Mi libertad es todo para mí", — me dijo, — "no la sacrificaría para casarme con la mejor mujer de este mundo, no importa cuales fueran sus muchos encantos".

Se me ocurrió, que tal vez, tuviese la idea de casarse conmigo. ¡Qué absurdo, siendo un hombre como ese que podría tener cualquier mujer que deseara, y todo porque supo ser generoso y explendido con una pobre como yo!.

Me repitió, una y otra vez, que le deleitaba estar a mi lado, que yo era para él algo así, como la esencia de la juventud, que se sentía más felíz hablándome, que lo que había sido durante mucho tiempo. No estoy, sin embargo, plenamente convencida de su sinceridad. Apesar del efecto del viaje, era consciente de que me estudiaba detenida y profundamente, para un propósito que no puedo imaginarme.

Nada me resta que decir.

Domingo.

Esta tarde el Sr. Jarrold y yo tuvimos otro paseo en auto a la Lakewood. Tomamos el té en una pequeña hostería junto a la carretera, entre los pinos. Es la bondad personificada Siento por él, el mismo afecto que sentiría por un viejo amigo, pero no ceso de abismarme en un íntimo presentimiento de que su poderosa mentalidad me sondea intensamente como si buscara algo en mí, que no me imagino que puede ser.

Miércoles.

Enrique sostuvo conmigo una larga conversación esta noche. Conoce al Sr. Jarrold y dice que es un pillo. "Hombres como ese" — me dijo — "no pierden el tiempo inutilmente detrás de una muchacha. Siempre tienen una acha que afilar".

Yo me enfurecí y le dije que el Sr. Jarrold me había tratado siempre con todo respecto, lo que es cierto. Enrique dice que eso es parte de su sistema.

¿Qué puede pretender de mí un hombre así?

¿Cuáles son sus vedados propósitos?

Domingo.

He llegado a saber el propósito del Sr. Jarrold, pero en cierto modo no ha variado en lo más mínimo mi manera de pensar hacia él. Me manifestó lo que se proponía esta noche, en la biblioteca de su casa en Madison Avenue. Yo no tenía la menor idea de verle ni de saber de él, desde nuestro último paseo a Lakewood.

Me telefoneó poco después de cenar, diciéndome que enviaría su auto por mí, pués deseaba que fuera a su casa por algo de importancia que necesitaba conversar conmigo. Me asombré mucho, y vacilé antes de ir. Sabía que Enrique vendría a buscarme para salir juntos, pero en mi interior había algo que me seguía diciendo "escucha lo que él tenga que decirte", de modo que le dejé una nota a Enrique, y me fuí.

Lo encontré sentado en su vasta y suntuosa biblioteca, fumando un Habano. Sentí un vago temor al encontrarme allí, sola con él, pero traté de no demostrarlo. El Sr. Jarrold me ha infundido el convencimiento de poseer una gran delicadeza, a la vez que ser capaz de otros sentimientos subalternos.





Esta es una de las cualidades que más estimo en él; la de conquistarse la confianza de los demás.

Cuando entré dejó su Habano, y nos dimos la mano y sin soltármela me condujo a un ancho diván, y nos sentamos. Lo que en primer término me dijo a poco de estar sentados fué lo siguiente:

"Querida, ¿Sabe que me estoy enamorando de Vd.?" Hablaba tranquilamente, con reposo, como si estuviera determinando un hecho cualquiera. Aquello me causó extrañeza, pero antes de que pudiera modular palabra alguna, prosiguió en aquel tono cálido y suave de su voz. "Supongo que después de lo que le he dicho acerca del matrimonio el otro día, encontrará muy sorprendente que diga ahora que la quiero, pero es cierto. Y, por si lo que voy a decirle, llegara a ofenderla, quiero que me escuche y después vuelva a su casa a meditarlo bien antes de darme su respuesta".

"La moral, querida, fué ideada para las masas. La gente superior en este mundo presta poca atención a esas cosas. Grandes tenores, actores, escritores,—artistas de todo género, —ponen a un lado esos convencionalismos como cosa que no tiene importancia. Las amistades entre los grandes hombres y mujeres han existido a través de la historia. Creo, que sin jactancia, puedo decir que soy un hombre superior.

"La he estudiado, y creo que es Vd., una mujer poco común. La deseo en mi vida porque para mí es juventud, hermosura, amor. Estoy dispuesto a darle todo lo que daría a mi esposa, excepto mi nombre, que he determinado no darlo a mujer alguna. Pero el no darle mi nombre, no significa que tenga que perder el suyo. Todo lo que le pido es que me deje ofrecerle la clase de hogar que merece — la clase de hogar que mi dinero puede comprar — y que cuando yo me encuentre vencido, triste, melancólico, sintiendo la necesidad de una dulce compañera, me reciba cariñosa en ese hogar como a uno que la ama, como a uno a quién con el tiempo llegará a amar en retribución. No tiene Vd., familia a quién deber explicaciones. Para el mundo será mi estimada amiga, en cuyos asuntos estoy profundamente interesado. El futuro estará enteramente en sus manos y durará inalterable tanto como Vd., pueda retenerme cautivo de sus encantos, y no tendrán que preocuparla estudios o carrera alguna, ni nada que merezca su interés.

"Los moralistas podrán decir que el ofrecimiento que le hago es indigno. Personalmente, yo no veo por qué. Aún el casamiento es un cambio de valores — tanto por cuanto. — Lo que yo puedo ofrecerle quizá sea tanto, desde su punto de vista, como lo que tiene para ofrecerme, desde el mío. Yo no haré nada por persuadirla. Es necesario que decida Vd. misma. Me habeis sugerido en distintas ocasiones, que hay un hombre joven que desea hacerla su esposa. Pués bien, si lo que yo puedo ofrecerle, sin el casamiento, le parece menos que lo que él puede ofrecerle, con él, acéptelo en cualquier forma. No siendo así, vuelva a mí, y creo que no tendrá porque arrepentirse".

Yo estuve sentada, inmovil, mientras que el Sr. Jarrold hablaba, y cada palabra que pronunciaba ardía en mi cerebro como una llama. Nunca pude imaginarme una situación tan embarazosa. Si hubiera sido cualquier otro hombre, hasta el mismo Enrique, que me hubiese hecho tales proposiciones estoy segura que me hubiera enrojecido de ira, y retirado inmediatamente, pero, con el Sr. Jarrold era distinto.

No sólo me agrada muchísimo, sino que me planteó su caso con tanta franqueza y tan desapasionadamente, que toda idea de sublevarme, de demostrar mi indignación o de simular un ataque de histerismo, me pareció ridícula.

Después de todo me hizo un leal ofrecimiento, y yo conozco de este mundo lo suficiente para comprender la verdad de lo que me dijo, para comprender que hay mujeres que se han envanecido por cosas que el término medio de la humanidad condenaría como inmorales e indignas.

Le miré fijamente, en la misma forma en que el lo había estado haciendo, y le dí las gracias por su ofrecimiento, y por el amor que decía sentir por mí. Me levanté entonces y le signifiqué que lo mejor que podía yo hacer era irme. El no hizo ningún esfuerzo por detenerme.

"Piénselo bien", — me dijo — después contésteme, y no suponga que porque le he hablado tan... bueno, tan friamente, que no lo siento deveras".

Su voz estaba emocionada y sus dedos temblaban cuando me tomó del brazo para acompañarme hasta la puerta.

He estado sentada aquí, en mi cuarto, desde entonces, tratando de resolver lo que está bien y lo que está mal.

Todo está muy bien cuando hablamos de la santidad del matrimonio, pero...! qué difícil resulta a veces discernir sobre lo que esta bien y lo que está mal!

¡Cuántos que se han casado son muchísimo peores de lo que yo sería aceptando la oferta del Sr. Jarrold!

Viernes.

Cinco días han transcurrido y todavía no he dado mi contestación al Sr. Jarrold. ¡Qué seguro debe estar de si mismo! Esta noche he encontrado una esquela esperándome cuando regrese a casa, e incluso una llave. Todo parece haber sido arreglado. Solo tengo que abrir la puerta y entrar.

Y bien, ¿Por qué nó?

La joven en el escritorio permaneció sentada un largo rato todavía, contemplando las palabras que acababa de escribir. — ¿por qué no?, podía ir ahora, en seguida, si deseaba Solo quedaban los detalles de hacer las maletas y ordenar un taxí. ¿Porqué nó? Eso significaba ¡libertad!, ¡felicidad!, ¡Vida!.

Mecánicamente tomó una valija de ropa de entre el armario y le limpió el polvo con una tohalla. Sería menester hablar con la Sra. Fenton, la patrona, y comunicarle su resolución de abandonar la pieza.

Salió afuera y tomando la pequeña escalinata bajó al primer piso. ¡Qué lúgubre se le antojó la gastada y descolorida alfombra que cubría la escalera! ¡Qué nauseabundo el olor a pescado hervido, a escape de gas, y a mobiliario viejo y mohoso!

Gracias a Dios, que podría salir de allí y dejarlo todo detrás en el término de una hora.

La Sra. Fenton, — la enteró la rosagante criada, — estaba ocupada, en la cocina, pero la atendería dentro de unos momentos.

Para esperarla, la joven, sentóse en una silla del hall tapizada en terciopelo. Alguién había traído un periódico de la noche, y lo dejó sobre el perchero. Lo tomó, y se puso a hojear perezosamente fijándose en los relucientes encabezamientos. De pronto vió algo que la dejó muda de espanto.

"Un mujer" — se veía allí escrito" — se había suicidado. Una excelente y hermosa mujer. La amante, se decía, de un prominente financista". No era un caso insólito en la tragedia diaria de la vida de una gran ciudad. Pero, la significación que tenía sobre la crisis por que ella atravesaba, era aterradora". La muerta, había dejado una carta que aparecía ahora impresa en gruesas letras de molde, en el centro de una de las páginas.

"A la que ocupará mi puesto" — se leía — "No sé su nombre, pero si sé que existe, porque simplemente la semana pasada nuestro común amigo, en la exitación de nuestra última y más amarga disputa, me lo confesó así. Trataba de dshacerse de mí, a fin de hacerle lugar. Asi es que escribo esta carta no con el ánimo de hacerle daño, sino para demostrarle la realidad que le aguarda. Dentro de pocos momentos me quitaré la vida. Es una idea bastante condenable ¿verdad-. Y sin embargo, todos nosotros permanecemos en la sombra de la muerte toda nuestra vida, sin detenernos a pensar, que la hora final pueda estar al alcance de la mano. Y bien, está ahora al alcance de mi mano, y solo estoy prolongando el instante de hacer mutis de este estúpido valle de lágrimas, para escribir este mensaje, a una mujer que no conozco.

"Nuestro amigo" sin embargo, sí, le conozco, y muy bien después de haberme pasado con él más de nueve años. Es una sierpe, con figura de hombre.

"He tenido la intuición desde hace más o menos un mes de que nuestro romance había terminado para simpre; lo había sospechado desde hace un año. Las mujeres somos más sensibles que los hombres a esos detalles inequívocos que demuestran q' la Primavera y el Verano del amor se han ido, antes de que los árboles del Otoño empiecen a quedar desnudos con la llegada del Invirno. Asi es que, conociéndolo como lo conozco, no me equivoqué al comprender que su amor tal como es, se lo había dado a otra.

"Y no es que él me haya sido fiel, nó, en ninguna forma, querida. Yo nunca pretendí tanto. Pero, durante nueve años el buscó a mi lado la simpatía y el amor que nosotras todas impetramos. Y ahora cuando mi juventud y todos mis encantos se han desvanecido, cuando el hábito de amarlo ha llenado toda mi existencia de tal modo que esperaba inquieta el ruido de su llave en la puerta tan amorosamente como cualquier esposa se me dice que ya no se me necesita.

"Una mujer en nuestra situación, querida, y digo "nuestra" porque sé que él intenta colocarla en mi lugar, es menos que el polvo.

"Muy distinta a una esposa que puede conservar a "su hombre", con el poder de sus hijos, nosotras, solo podemos confiar en nosotras mismas, durante nuestra juventud que vemos escurrírsenos día a día como una puesta de sol que se apaga, sabiéndonos importantes para impedir la llegada de la noche. Y para mí la noche ha llegado ya. Tenía veinte años

(Continúa a la vuelta).

(Continuación de la pág. anterior)

cuando le conocí. Le he dado lo mejor de mi ser, y ahora tengo treinta y cinco años, y soy ya vieja comparada con vos. Digo esto, querida, no porque sepa su edad, sinó porque le conozco a él, que tiene el alma de un pagano. Idolatra la juventud porque la suya, apesar de los cuidados de que se rodea, muere, se le vá...

"Hablamos de amor, él y yo, como vos, sin duda habeis hablado también. Podreis quizá imaginaros que os ama, pero, querida, es un error. Es a sí mismo que él ama, enteramente, perfectamente. Vos no sois más que un espejo que refleja su vanidad. El verdadero amor s una cosa tierna y bella. Yo le conocí una vez... pero, no hay porque hablar de eso ahora.

"Vos querida, quién quiera que seais, estais destinada a ocupar mi lugar. No podeis sospechar todo el pesar que os espera.

"¿Conoceis realmente algo de la vida? Os suponeis por ventura, que podrás encontrar la felicidad con cualquier hombre?, aún siendo rico. Yo he pasado por todo eso. Creí las mentiras que me dijo y ahora... estoy a punto de quitarme la vida.

"Piense en esto, cuando vaya hacia él, si es que lo hace.

Se que no debo quitarme la vida, pero, después de todo, para qué debo vivir.

"Mi familia, mis amigos, a todos, los he abandonado. Todo lo sacrifiqué en el altar de su ilimitado egoismo.

"¿Qué es lo que me queda? ¿Casarme? ¿Cómo podría yo ir ahora a un hombre decente, si amara alguno, cosa que no me sucede? ¿Los hijos? He sacrificado todo derecho a ellos, cuando me entregué a él. El me dijo que nuestro amor sería eterno, siempre que yo conservara el poder de retenerle. Sin duda le ha dicho a Vd., lo mismo. Nosotras las mujeres tenemos la debilidad de engañarnos cuando los hombres nos hablan de nuestro poder de cautivarlos. Pensamos que lo podemos hacer. Todas nosotras, apesar de la experiencia de las demás.

"Mi querida, nunca ha habido amante alguna en el mundo que pudiera compararse con la más modesta y humilde esposa, y esto, todos los hombres lo saben.

"Las drogas que he tomado para que me den ánimo en este último trance, están socabando mis quebrantados nervios. Pero, créame cuando le digo: los hombres aman a mujeres como yo y Vd., por la ternura que poseemos, y la miel de nuestros labios, nó por otra cosa.

"Ellos podrán decir que los inspiramos, pero eso es una mentira. Sólo es por nuestra ternura, se lo repito. Ese hombre la dejará, cuando esté cansado de Vd., como me dejó a mí, pensando no en lo que deja sinó en lo que conquista.

"Ahora, en lo que obtendrá de Vd. Lo único que él da es dinero. Con sus millones no le cuesta nada hacerlo. Todo lo que su dinero me ha comprado lo daría ahora por una hora de felicidad. Los dulces se amargan en mi boca, y las telas cuelgan de mis hombros como de una percha. Espere hasta que llegue el día cuando pueda pesar el valor de su dinero contra un corazón limpio y un alma que pueda arrostrar cantando el nuevo día.

"Dentro de un rato tomaré la dósis final que ha de cerrar mis ojos para siempre. Pronto habré pagado el precio de las cosas que atormentaron mi cabeza durante esos años de locura de mi vida, pudiendo haber sido felíz con el hombre que desprecié por un puñado de dinero.

"¡Dios mío! Piense en esto. Vender el amor de un hombre honesto por unos pocos miserables dollares, para tratar de hallar con ellos la felicidad. Tal vez, Vd. no leerá nunca estas líneas, pero yo abrigo la esperanza de que llegue a leerlas No sé su nombre y aún cuando lo supiese no haría uso de él, créame, no soy celosa ni vengativa.

"Encontrándome como me encuentro cara a cara con la muerte, tales cosas no me son de importancia. Deseo su bien su felicidad. Deseo evitar que Vd. y muchas otras como Vd vendan el derecho supremo del amor y de los hijos, como lo hice, por un plato de potaje amarillo. Deseo impedir que Vd., cometa el error que yo he cometido antes que sea demasiado tarde. No la odio a Vd., pero sí lo odio a él, tanto por lo que a Vd., como a lo que a mí respecta. Odio sus delicados y cínicos medios su estudiada indiferencia por las opiniones del mundo, su cruel y frío egoismo, y el ilimitado dinero que le permite comprar a mujeres como yo y Vd.

"Pero aún odiándolo, no trataré de herirlo dando al mundo su nombre. Su hora de castigo llegará como ha llegado la mía, Adios, mi querida. He meditado bien lo que voy a hacer durante mas de una semana. Sólo espero que no sea demasiado tarde.

M. T.

Paulina Grey, con el periódico estrujado en una mano, anduvo a tientas el camino de su cuarto y hundióse en una silla junto al escritorio. Su cara había perdido el color, y asemejaba la máscara de la muerte. Esta criatura desconocida, esta mujer de misterio, que escribía tan desesperadamente un mensaje al borde de la tumba, bien podía estar escribiéndole a ella.

Tales coincidencias, ella sabía, rara vez ocurren en la vida real. Sin embargo, un temblor recorrió todo su cuerpo y la fué helando.

¿Era Jarrold así? ¿Era Jarrold, ciertamnte, a quién la mujer describía? ¿Era ella, Paulina Grey, la predestinada a ocupar el lugar de la muerta?

¿Por qué no?, ¿Por qué nó? La pregunta repercutió en sus oídos como el sonido de una campaña. ¿Por qué no? Sus dedos vagaron inconscientes sobre el escritorio y tropezaron con la llave de metal. Instintivamente los retiró como si la llave estuviese calentada al rojo, luego, cojiendo un sobre le puso la dirección y dejó caer la llave dentro de él. El sello lo conseguiría en la tienda próxima. Aún la impregnada atmósfera de la casa de pensión le pareció agradable cuando se dirigió a la calle, por la estrecha escalera cubierta con la vieja y descolorida alfombra.

Ilustraciones por Carlos M. Perelló.

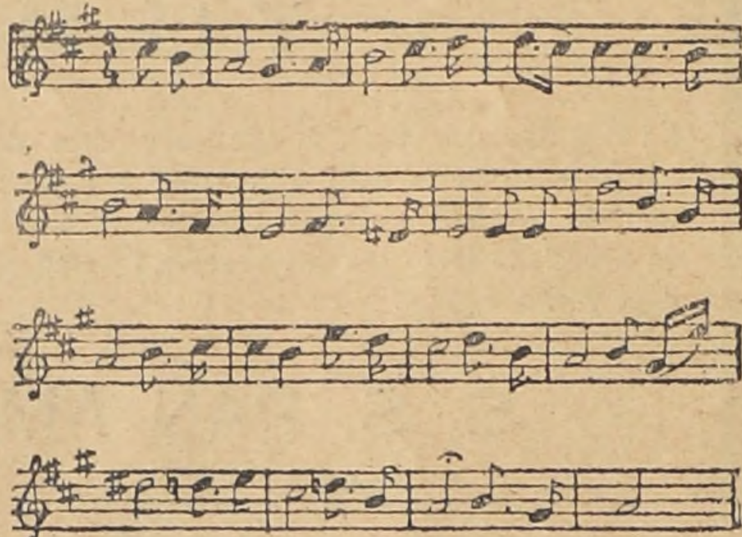
AMENIDADES MUSICALES

LOS LAMENTOS

Esta romanza de los lamentos, escrita en 1796, narra el dolor de una enamorada que cree haber perdido la esperanza. Abandonada de aquel a quien ama, nos expresará sus quejas. Ya que ha perdido la esperanza, quiere olvidar que fué dichosa; pero al mismo tiempo oye admirada las palabras que ella misma acaba de pronunciar; no quiere aceptar ese olvido que reclama, sino conservar su amor: "Jamás de esos lazos, un esfuerzo podráme librar"; quiere guardar de sus penas un amado recuerdo. Pero ¿se contentará con ese recuerdo dulce? No; no bastaría para una enamorada; esa esperanza perdida no lo fué ni olvidarle, porque esto último fuera peor todavía. Así, de la desesperación vuelve a la esperanza, pues no cesó en su enamoramiento.

Esa amante abandonada parécese a todos los enamorados: no quiere creer que no la amen ya porque ama todavía, y espera aún cuando debería ya renunciar a la esperanza.

La música de esta canción es dulce y agradable. Escrita por un cantor, atiende exclusivamente a la voz. La alternancia de las duraciones largas y cortas produce cierta variedad y permite que la voz se extienda fácilmente sobre algunas notas. Sencilla y dulce, sin dificultades, esta melodía producirá siem-



por mucho tiempo: con la misma sinceridad que comenzó su queja, con una afirmación que parecía consagrar definitivamente su desdicha, "Te perdí, fugitiva esperanza", llamará de nuevo a esa esperanza perdida, para decirle con ardor confiado: "Vuelve ya, seductora esperanza". No obstante, no ha olvidado que sufría de aquel amor; a pesar de su deseo de olvidar, la martiriza todavía su pena; pero elige, más bien que la ausencia, el sufrimiento que le ocasiona su pasión: "Del amor sufriré los dolores". Y para consolarse de antemano de cualquier infausta noticia que pueda recibir, añade: "Mientras ama, el amante es feliz". Dirígese después al infiel que se alejó de ella, y le dice que no quiere odiarle pre hermoso efecto por modesta que sea la voz que la cante.

I

Te perdí, fugitiva esperanza;
el infiel alejóse de mí;
para darle a mi pena un alivio,
olvidemos que fuí muy feliz. (*bis.*)

II

Más ¿qué digo? Jamás de esos lazos
un esfuerzo podráme librar.
Así, pues, guardaré de mis penas
un amado recuerdo fugaz.

III

Vuelve ya, seductora esperanza;
reanima ni pecho, gentil;
del amor sufriré los dolores;
mientras ama, el amante es feliz.

IV

Al perder una amante sensible,
aún tendrás su leal corazón:
odiarte, sería penoso;
olvidarte, sería peor.

Ejecución. — Al cantar esta romanza ha de buscarse la homogeneidad del timbre en las notas graves o altas. Como la voz no se sostiene siempre a la misma altura, la ejecución de este trozo es bastante fácil. El movimiento es moderado una seminima por segundo.

Ana de Loubriac.

EL INTERIOR DE LA TIERRA

No solamentte el vulgo, pero sabios célebres como Leopoldo von Buch y Alejandro Humboldt, están de acuerdo en afirmar que el interior de la Tierra es una hornalla inmensa de fuego, gas y rocas en fusión, cubierta solamente por una capa de tierra sólida y delgada que forma la superficie terrestre.

Por observaciones hechas en Inglaterra, en un foso de 700 yardas de profundidad, el ingeniero Fairbairn y el sabio Hopkins dedujeron que la capa de la tierra cuyo espesor creían de 30 hasta 100 millas inglesas, tenía por lo menos 800 millas de profundidad. En cambio, el profesor Thomson afirma que el espesor de la capa terrestre es de 2.000 a 2.500 millas inglesas. El mismo profesor Thomson luego declara que la creencia general de la fluidez ígnea del interior de la Tierra es errónea, y afirma que dicho interior por el contrario, es de una solidez como el acero, y lo demuestra observando que un fluido interior de la Tierra bajo la atracción de la Luna y del Sol, éstos ejercieron tal influencia sobre los fenómenos de flujo y reflujo al par que en los de precesión y nutación, que dichos planetas seguirían un orden todo lo contrario de lo que comunmente se observa. Todos los cálculos y todas las suposiciones sobre el espesor de la capa sólida de la Tierra, pertenecen al dominio de la hipótesis, tanto más que ni en la forma de la esferoide rotatoria ni los pretendidos vestigios de un calor mayor precedente, ofrecen un punto de apoyo.

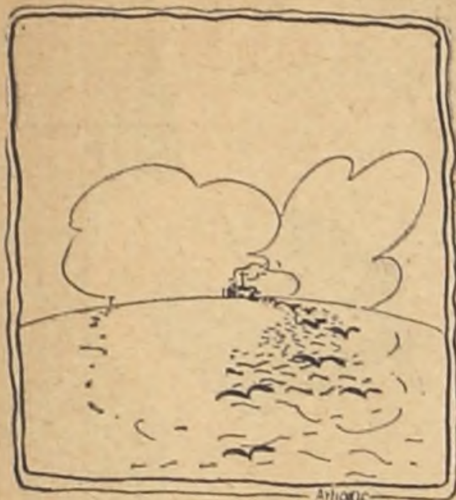
Por otra parte es innegable que la opinión vulgar de que los volcanes son, como diríamos, válvulas de la masa igneo-flúida central de la Tierra y que los fenómenos volcánicos en general débanse considerar, como dice Humboldt, cual reacciones del igneo-flúido interior contra la capa sólida de la Tierra relativamente delgada, son opiniones cada día más inadmisibles a consecuencia de los crecientes progresos de la ciencia.

Por tal motivo la hipótesis de la solidificación de la capa terrestre de una masa central fluida no está demostrada geológicamente, por cuanto pueda serlo cosmológicamente; necesario es confesar que del calor en el interior de la Tierra, hasta hoy efectivamente observado, no se puede deducir ninguna consecuencia aún existiendo un igneo-fluido interior terrestre.

JORNADAS DE AMOR POR ALFREDO M. FERREIRO

Poema breve de tu partidas

Ilustración Artigas Milans







Poema breve de tu partida

En el medio de la línea del horizonte redondo,
Era el barco una manchita que se incrustaba en el cielo...

Lentamente fuése yendo por sobre el agua azulada.
Lentamente fuése yendo...
Y la distancia agrandada
por la falsa perspectiva de las aguas y los cielos
parecía más inmensa, más terrible y desolada.
Lentamente, lentamente por sobre el agua azulada
iba el barco caminando,
cabeceando, caminando, caminando...

Unas nubes desflecadas sobre el oriente ponían
los grandes picos nevados de montañas ignoradas.
Y la estela que dejaba tras de sí la embarcación
era la cinta que unía el mío a tu corazón.

Poco a poco, lentamente,
casi imperceptiblemente,
fuése yendo por las aguas el vapor...
Como se va una esperanza, como se aleja el cansancio,
así también te ibas yendo,
te ibas yendo, te ibas yendo...

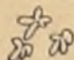
Cuando volví la cabeza a la salida del puerto,
parecía que en mi pecho un no sé qué se había muerto.
¡Eras un punto!... ¡Un humito por encima de las aguas!..
(Y después, el agua, el cielo...
Y después, el cielo, el agua...)

En el medio de la línea del horizonte redondo,
era el barco una manchita que se incrustaba en el cielo...



Complicidad

La naturaleza es cómplice nuestra, amada mía
Ella me dió las flores que aspiraste;
todas
las dulces horas de la tarde;
y el espejo de mi felicidad en la aurora.
Nos dió estos corazones ardientes
que llevamos como un triunfo sincero.
Nos dió:
el sol,
las brisas, las estrellas...
Y retrató de un golpe en tus dos ojos
el panorama inmenso de los cielos.
La naturaleza es cómplice nuestra, amada mía.
Porque nos dió el joyel de su poesía.
Cuando florezca el rezo entre tus labios
háblale por los dos
Dile de todo el agradecimiento
nuestro.
Ella te oirá, amada;
confía tus palabras al viento.



Alfr. M. Ferreiro

Ilustró Milans

Deseo

Haremos todo un nido de sol, amada mía.
Y en esas tardes llenas de rojo
nos iremos,
los dos,
a cantar bien alto el canto del amor
en nuestro nido todo hecho de sol.
Y nuestro tibio nido
será un punto de infinito
engarzado en la vida.
Y serémos felices, muy felices.
en nuestro nido de sol,
de amor,
y de poesía,
amada mía.

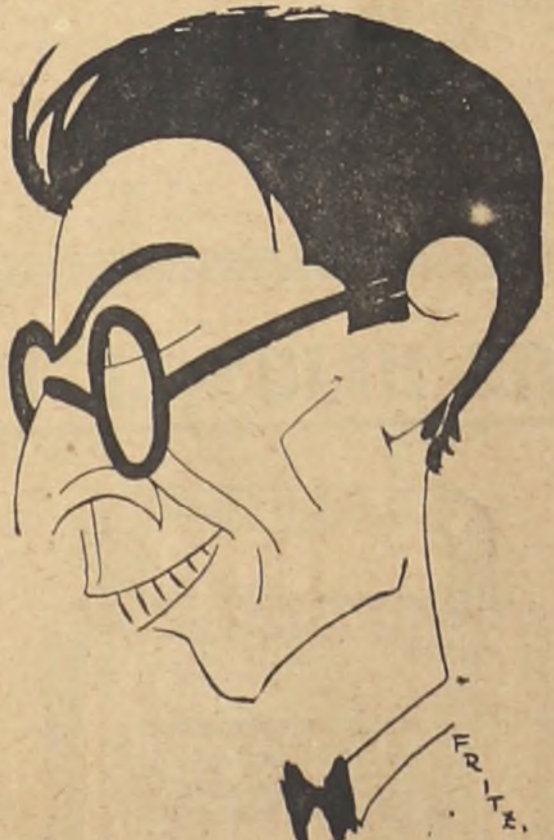


La cosecha

Amada mía, el árbol
de amor comienza a dar sus frutos.
(Estamos en verano)
Debemos hacer dos cestas grandes
e ir a recoger esa cosecha
de ilusiones, que a raudales se brinda.
Iremos por la mañana,
inundados de sol;
cosecharemos todo el día
Y, cuando la primera estrella sea
un brillante audaz en el inmenso
anillo de los cielos,
regresaremos.
Tendremos
un cuidado sublime para con aquellas
ilusiones
hechas ya realidad en nuestras cestas llenas.

La lucha

Amada mía: haremos
con todas nuestras dulces ilusiones
un nudo milagroso y lo pondremos
en medio del camino de la vida.
Y veremos
las manos de la envidia
adelantarse para deshacerle.
Nosotros estaremos,
al borde del camino de la vida,
Asistiendo al combate.
Y en nuestros corazones
retumbará sin tregua
el triunfo milagroso
de nuestras ilusiones.
Resistirán gloriosas, porque de amor son hechas,
todos los imprevistos y pérfidos ataques;
todas las acechanzas,
todas las emboscadas.
Y cuando nos mirémos para gustar del triunfo
habrá en nuestras miradas un himno de esperanza.



Caro lector: antes, cuando era más muchacho, hice muchos versos. ¿Eran versos aquellos rengloncitos que llenaron mis cuadernos de entonces?... Ahora, más crecido, alterno los versos con la prosa. Veo que al final me quedaré con la prosa; la pagan mejor que la poesía. ¡Dios te libre y guarde, lector, de la poesía!...

Yo no sé si estas composiciones que rodean mi caricatura son versos. Pero si no es verso es sinceridad. Y de sinceridad he hecho mi pequeña carrera de escritor público.

Alfredo M. Ferreiro.

Diciembre 30|924.

A mitad de jornada

Estamos a mitad del camino, amada mía;
a mitad de esta marcha, —
(Jornada milagrosa), —
a mitad de camino
y ya entrevemos los reflejos de la ensoñada meta.
Como dos ruiseñores,
nuestros corazones
dieron, al viento de la esperanza,
los sones
de su milagro alado.
Estamos a mitad de camino,
y ya estamos viviendo
la realidad hecha verano
de este dulce destino.

La voluntad

La voluntad es un filo de acero y el destino es un árbol;
probemos derribarlo.
El filo ¿se mellará?... ¡Quién sabe!...
Cuando se melle habremos
recorrido una etapa,
y allí nos quedaremos
vencidos, agobiados por el destino.
Cuando en la recia lucha el filo se hace filo,
cuando al caer destelle, y muerda, y abra un surco,
cuando penetre hondo y haga dolerle al árbol;
cuando todas las ramas, espantadas, se agiten
y desprendan sus frutos en pródiga cosecha, —
(tantas como las piedras de odio del camino), —
habremos recorrido por la empinada cuesta
la senda milagrosa venciendo nuestro sino.

ECOS DEL TURF

Compendio histórico del año hípico

ENERO

En los primeros días de este mes
Ya la gente se muestra alborotada,
Y comenta y discute acalorada
Llegando hasta liarse a puntapies,
Las chances de Sisley y Mameluke,
De Stayer, de Juventas y Pincel,
Aspirantes toditos al pastel.....
¡Qué entusiasmo! ¡Qué apuestas! ¡Qué batuque!
Llega el momento, y Sisley valeroso
Los arregla las cuentas,
Y Stayer, el Pincel y la Juventas
Penetran de cabeza al calabozo.
Luego viene el Revancha, y Don Naciano
Que se ha traído a Brown,
Me los agarra a todos en montón
Y los pela a conciencia, muy ufano.
La otra prueba, gordita y bien sabrosa,
Va a manos de Formosa
Y Ontal cierra la lista
Paseándose triunfante por la pista.
Entretando debutan los potrillos
Y aparece como astro soberano
El bravo Puritano,
P' ajustarles a todos los tornillos.

FEBRERO

Con la misma serena displicencia
Que un botija deglute su confite,
Así se chupa el Pellegrini Envite
Sumiendo a los demás en la indigencia
También, como quien pela una banana
Solitaria, veloz, se pela el Diana,
Y en medio de una bárbara apretura
Mari Pepa devora el Apertura.
Venga la fuerza joven y vibrante:
Ahí Puritano talla nuevamente,
Mariula y Patte en l'Air cenan caliente
Y Zumbido ¡anche lui! sale triunfante
De entre los viejos mandan la parada
El Nikel, Miseltoe y Gran Pillete
¡Cómo ganan carreras! ¡La gran siete!
¿Todo para "vosés"? ¿No dejan nada?
¡Reparen que la gente está alarmada
Y hora es ya de que larguen el rosquete!

MARZO

Afirma su reinado Puritano,
Y bajan a la arena
Luciendo su silueta seductora,
Dos gladiadores y una gladiadora:
Salsipuedes, Carolus y Almudena.
Nikel sigue tragando,
Taylor y Limestone brillan fuerte,
Y a Gran Pashá y Rondeau, la loca suerte
Con constancia tenaz va acariciando
(Importante otra cosa no la advierte
El que está estos sucesos comentando)

ABRIL

Se topan Puritano y Salsipuedes,
Y el campeón del Raynal
Pulveriza con furia sin igual
Al pescado que cae entre sus redes.
Almudena dos clásicos se embucha
Y vencen en la lucha
Airosos destacándose del plano
Mari Pepa, Luxor y Feliciano
Y se llenan de plata, hasta los codos
Con Kempis los berrodos.

MAYO

Salsipuedes a Kempis lo hace harina,
Vale a Lutín le quita la sardina;
Taylor derrota a ¡Bigre en el Zabala
Y este a El Cubano me le quiebra un ala
Salsipuedes el Sánchez corre solo,
Y La Nena se impone... sin el bolo;
Moján, Brasa, Farol y Flamarión
Y Espajizo se porta como un león.

JUNIO

¡Otra vez Salsipuedes! Sin calores
Se lleva a casa el clásico Criadores,
Y metiendo gran púa
Kempis le echa la garra al Pineyrúa.
¿Oís de los aplausos el gran eco?
Es que vence Lutín en el Pacheco.
Sostenedme la vela...
¡Formosa lo hunde a ¡Bigre! en el Quintela!
Mariula, inapetente,
Al Premio Libertad le clava diente,
Y con Maxixa, gordos, y portugos
Se rellenan la panzza, cual besugos

JULIO

Es el mes de las Pollas; Puritano
Atrapa la ofrecida al sexo feo,
Y Almudena se impone en un meneo...
¡Gloria de Don Ramiro, el castellano!
Se clasifica a la hija de Asturiano
Como algo sin igual
Y se juzga al potrillo del Raynal
Lo mejor que haya visto el ojo humano....
¡Ilusión! ¡Fantasía!
¡Música vagarosa! ¡Flor de un día!
Vale arrea en montón,
Con el Martínez y el Constitución;
Después exclama: "ya no quiero más"
Estira las de andar, y muere en paz.
El Cubano se apropia el Victorica
Y ¡Bigre! el Sarandí;
Una a tí y otra a mí,
Ya que de todo hay, como en botica.

AGOSTO

Por tener su salud desmejorada
Puritano se queda en el stud;
Aprovecha Eduviges la bolada
Y con su crack se pesca el Jockey Club.
Galien mete la pata
Y campea en el Río de la Plata,
Entre tanto que ¡Bigre! en el Artigas,
Se acomoda las botas... y las ligas
(Las bestias no usan ligas, pero ¡avante!,
A tal cosa me obliga el consonante).
Feliciano, con paso muy gentil
Hace suyo el Brasil,
Y el Reyles pasa, al fin,
A poder de Lutín.

SETIEMBRE

Ved que a cada momento
Salsipuedes nos llena el pensamiento.
Nuevamente hablaremos del campeón
Que galopó a su gusto el Producción,
Para ponerse así en condiciones
De romperle a su hermano los calzones.
En el Shaw se destaca del plantel
La yegua Moscatel,
Y el petizo Formosa, el muy valiente
Le arranca a la Pantera el Presidente.
Don Juan Carrara gana un "bataglia"
Con Brasa, en el Italia,
Y se entretienen Kempis y Galien
Acaparando pruebas de a vintén.

OCTUBRE

Llegó la hora del feroz combate
Que enfrentará al de Melo y Puritano;
Aquel toma la porra con la mano
Y a su "fratello le deshace el mate.
Arden en entusiasmo los melenses,
El público discute enardecido,
Y al fragor pavoroso de aquel ruido
Se estremecen los pagos maroñenses.
—Que Puritano es puro camelo.
Eso será su abuelo.
—Yo le apuesto una estancia
Cuando se encuentren en segunda instancia.
—Apostado, ya está, sin alharacas;
Y le agrego los toros y las vacas.

. . . .

Figúrense si correrá el dinero,
Lo que se trenzen al venir Enero!

NOVIEMBRE

Apasionó este mes al respetable
El encuentro de Taylor — Salsipuedes.
Hasta tomaron basa las paredes
En aquel zipizape formidable!
—Que el tordillo es un crack indiscutido
—¡Cállese, si se impuso por chiripa!
—Merece que lo manden a la tipa...
Yo digo que el potrillo es un podrido.
¿Repítame la frase, si se atreve?
—No me voy a atrever...
—Deje de.... moler
Panete, que ni sabe cuando llueve.

. . . .

. . . .

¿Qué opinamos nosotros?
Pues que no valen mucho
Ni los caballos hechos ni los potros.

DICIEMBRE

Aquí ninguna "novedá" anotamos
Que sea digna de especial mención;
La gente tiene puesta su atención
En las justas de Enero. Apago y vamos.

M. Ch.

REFRANES Y ANECDOTAS

"Conservemos la limpieza de nuestro cuerpo y de nuestra alma. No intentemos rivalizar con los pueblos de Occidente en un doloroso asunto en que se han revelado maestros. Sería un contrasentido darnos a conocer por la brutalidad y el crimen". — *Tagore.*

Tiberio Nerón estaba tan dominado por la gula que, siendo emperador, se pasó dos días y una noche comiendo y bebiendo con Pomponio Flaco y L. Pisón. Dió asimismo doscientos mil sextercios a Aselio Sabino por la composición de un diálogo en el que la seta, el becafigo, la ostra y el zorzal, personificados, se disputaban la preeminencia. En fin, creó un nuevo cargo: "La intendencia de los placeres", y con él revistió al caballero romano T. Cesonio Prisco.

Párrafo tomado de la carta dirigida por Camilo Desmoulins a su mujer, antes de ser guillotinado:

"¡Oh, mi querida Lucila! Yo he nacido para hacer versos, para defender a los desgraciados y para hacerte dichosa. Yo había soñado una república en la que todos eran felices. Nunca creí que los hombres fuesen tan injustos y tan feroces. Muero víctima, lo sé, de mi amistad con Danton, y doy gracias a mis asesinos porque me hacen morir con él y con Phillipeaux".

En una ocasión en que se hallaba ausente Filipo, tuvo Alejandro Magno que recibir a unos embajadores que venían de parte del rey de Persia. Estos quedaron admirados al oir al joven príncipe, el cual, en vez de hacer preguntas frívolas, propias de su edad, trataba de informarse minuciosamente de la distancia de unos lugares a otros, del modo de viajar en Persia, de las costumbres del rey, de su modo de guerrear y de otras muchas cosas que denotaban su sagacidad y previsión.

Hogar

Parquedad en la decoracion de las habitaciones

Completamente en desuso están ya aquellos gabinetes cuajados de muebles, en que se necesitaba tener la flexibilidad del gato, para poder atravesar entre ellos sin que el desagradable ruido de un "bibelot" roto hiriera en nuestros oidos y nos llenará de confusión al ver que la punta de nuestra "echarpe", o el casa, y luego una exagerada colección de abanicos, panderetas pintadas, postales, retratos, lamparitas repisas llenas de minúsculos juguetitos y en fin una cantidad tal de cosas que las paredes tomaban el aspecto de un escaparate de bazar.

Hoy todo al contrario; lo más elegante es la sobriedad, y un sofá,



extremo de nuestro abrigo, había sido el importuno causante del desastre. Las paredes asi mismo aterrorizaban por lo recargadas de adornos, y en ellas alternaban el cuadro central al óleo, a veces de un asunto sagrado, un Santo Cristo o una Virgen de Concepción, con los dos grandes retratos colocados a los lados, de los dueños de la una mesa de luz, una repisa con libros, una silla o un sillón, es todo lo que se necesita para adornar elegantemente una sala, un gabinete, o una esquina del comedor, lográndose además todo el "confort" que brinda el hogar, y que invita al verdadero reposo: el físico y el moral.

Suspensión para lámparas eléctricas

Como demuestra el grabado, constituye el sencillo mecanismo de ésta suspensión un carrete dividido en dos partes de distinto diámetro.

Al bajar la lámpara, se desarro-



1

lla el hilo del lado del carrete mayor, arrollándose en el menor, resultado que se alarga proporcionalmente a la diferencia que existe entre sus perimetros respectivos, ocurriendo lo contrario al elevar aquella.

La caja del carrete hace las veces de contrapeso, al propio tiempo que da estabilidad al aparato.

Elegancia y comodidad en el jardin

Se puede conseguir a bien poca costa, como puede observarse, con elementos prácticos y decorativos que llenan perfectamente su destino de proporcionar comodidad, y estar por su elemental sencillez, al alcance de todos los bolsillos, o cualquier persona un poco diestra puede arbitrárselos, tal como los que pasamos a describir:

Se trata de esos muebles de madera blanca, de la más banal y simple forma, que en cualquier carpintería se consiguen a bajo precio.

Esos son, como se verá, suficientes para prestar gran comodidad en el recreo del jardín, y son los más indicados por lo sufridos y por su fácil movilidad para el "confort" al aire libre.

Su adquisición es fácil, y sólo se trata ahora de darles un aspecto menos vulgar, una apariencia más llamativa y elegante que la que tienen al salir de la mano del carpintero.

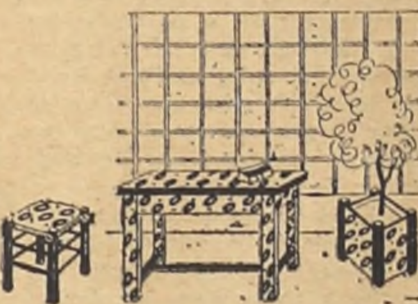
Es bien sencillo: Se les cubre, previamente, de una capa de ripolín blanco que, sirviendo de fondo, les da, desde luego, un aspecto atrayente y alegre. Después de que la capa de ripolín esté seca, se dibujan sobre el mueble motivos rústicos, toscos, en formas geométricas o caprichosas, cuyos motivos se cubren después con pinturas de colores vivos, para que estén a tono con el marco pintoresco del jardín.

De esta sencilla manera puede conseguirse que un taburete construido con simples tablas lisas, dis-



puestas en ángulo como se ve en el grabado, decoradas exteriormente en la forma que dejamos explicado, improvisan una linda mesita rústica que prestará durante el verano excelentes servicios.

Si se procura que los cojines lisos que cubren los sillones de mimbre destinados al jardín tengan los mismos motivos decorativos que la mesita rústica, se habrá conseguido un conjunto primoroso muy caracte-



rístico y muy propio para los esparcimientos estivales bajo la fronda de un parque.

En otro grabado puede verse cómo de muebles tan vulgares como una simple mesa común, de pino, de las que se usan para cocina, un tosco taburete de paja y un improvisado cajón macetero, son más que suficientes para decorar lindamente el ángulo de una galeria de esas que dan frente a los rosales floridos o están engalanadas con las primeras lilas de la primavera, si a aquellos se les dá, exteriormente, una capa de pintura clara, uniforme, y se busca en ellos un ameno juego de motivos decorativos que, cuanto más raro y caprichoso resultará más interesante, más elegante y original.

TORREJAS CON CREMA

Se rebanan cinco o seis pechugas grandes de huevos (bizcochos), se pasan por huevos batido, se fríen en mantequilla y se ponen en un platón extendido.

En un cazo puesto al fuego con tres cuartos de litro de leche hervida, se ponen 400 gramos de azúcar muy blanca, un trocito de vainilla o de canela al gusto, y dos hojas de naranjo y cuando el líquido hierva se incorpora una clara de huevo que se retira de la superficie con la espumadera cuando cuaje; se quita del fuego, se deja enfriar, se le mezclan cinco yemas de huevo y una taza grande de crema, se bate todo un poco y se vuelve a poner al fuego hasta que tome consistencia, agitándola sin cesar.

Después se vuelve a retirar y se vacía sobre las rebanadas de pechuga, adornando el platón con piñones pelados, pasas y medias almendras tostadas y peladas.

Merluza almendrada

Se envuelven en harina y se fríen en aceite los trozos de merluza que se deseen preparar. Se machaca en el mortero una cebolla, un par de dientes de ajos, una rama de perejil y doce almendras. Cuando forman una pasta estas materias se mezclan con caldo y se ponen a cocer por espacio de media hora, a fuego lento. Luego se pasa la salsa por un tamiz, incorporándole zumo de limón. Se le añade la merluza y se hace cocer todo por espacio de cinco minutos, dándole el punto conveniente de sal.

COINCIDENCIAS CURIOSAS

Al comenzar el siglo pasado hubo en Europa una famosa Mademoiselle Lenormand a quien Guillermo I de Prusia consultó en 1829.

—Cuando mandaré — preguntó el monarca — por primera vez en un campo de batalla?

—Añada su Majestad — respondió Madamoiselle Lenormand al presente año 1829 las cifras que lo componen y sume:

1829 + 1 + 8 + 2 + 9 = 1849

En efecto, en 1849 Guillermo I mandó las tropas que ahogaron la sublevación del ducado de Baden.

—Cuando será — continuó Guillermo — el acontecimiento más importante de mi carrera?

—Repita la operación — respondió la maga.

1849 + 1 + 8 + 4 + 9 = 1871

En esta fecha fué nombrado el rey de Prusia, Emperador de Alemania.

—Y cuándo moriré — dijo el rey?

—Escribid la cifra última y repetid la suma.

1871 + 1 + 8 + 7 + 1 = 1888

Guillermo I murió en Marzo del año 1888.

—Cuando jugará Alemania la Ul·

—Cuando jugará Alemania la últ-
otros hemos conquistado por ella?

Madamoiselle Lenormand titubeó un momento ante la visión de algo formidablemente apocaliptico. Luego replicó:

—¡Sea! Añadid a la suma, idéntica a las anteriores, el número ordinal de vuestra dinastía:

1888 + 1 + 8 + 8 + 8 = 1914

Nota: Esta leyenda se ha sabido después de sucedida.



Modas

De niños

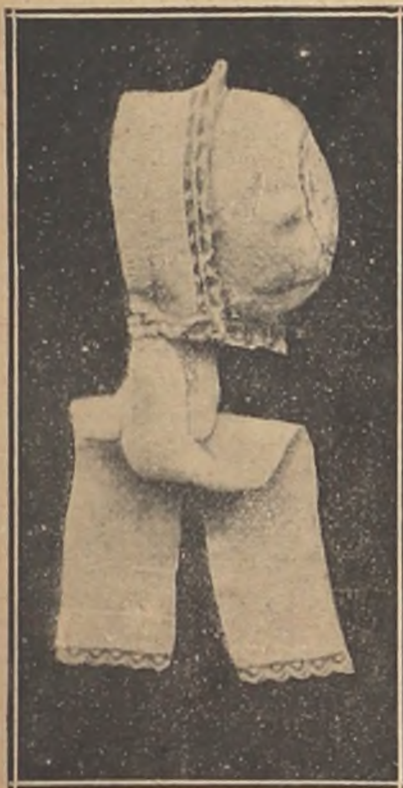
Para que no siempre sean las mujeres las que llenan las páginas de modas, y podamos en nuestro buen deseo de solidaridad con el sexo contrario, darle alguna cabida en ella, abriremos hoy un hueco chiquitito a unos hombrecitos pequeñitos también, de tres a ocho años jugar sobre la arena de la playa y de los alegres jardines del verano. Son trajes de lienzo lavables y fuertes; son holgados, fáciles de poner y conservando el aroma infantil hasta en los mayorcitos, que tan ridículos están cuando se les anticipan las modas demasiado hom-



por ejemplo, que llenen su puesto de honor, sin darnos guerra, como nos darían si de mayores se tratase.

Los modelos que hoy dibujamos guardado de nuestro carnet de las playas de Dauville en Octubre, nos parecen lindísimos y cómodos para brunas, haciéndolos parecer liliputienses, más que niños. Los trajecitos que dibujamos no dejan lugar a duda de que son trajes masculinos, pero sin rigideces, ni monotonias en las hechuras.

Los "Babys"





Lindos y veraniegos, son estos dos modelos de gorritas inglesas para nuestros encantadores muñecos de carne, y con la ventaja sobre otros tocados pesados y antihigiénicos, de que son factibles de ser ejecutados por las manos de la mamá dichosa, con rapidez y gran economía.

De linón o fina batista deben ser confeccionados para que puedan lavarse y plancharse fácilmente.

Un metro de tela bastará para la primera, haciendo dobles las bandas a las que se adornará con unos bordados al "plumetis" y un fino encaje al borde, repitiendo el adorno al contorno de la cabeza y un motivo en el fondo de la gorrita que se unirá a la parte lateral con unos entredós de igual punto de encaje.

La segunda gorrita no lleva banda, sino una cinta de seda rosa pálido alrededor de la cabeza, por debajo de la cual asoma un volantito de tul blanco. De tul también puede hacerse el fondo de la gorra, y del mismo tul con bordados a mano, los cuadriláteros que lo adornan dispuestos en forma que trae el dibujo, terminando todo el adorno con una moña de la cinta rosa en el lado derecho.

Las dos gorritas se sujetan debajo de la barbilla con unas cintitas estrechísimas de seda blanca.

La uniformidad en la figura

Contra nuestras personales ideas sobre el traje femenino, iníciase en el mundo elegante una tendencia a uniformar la figura, de modo que sea difícil diferenciar la esbelta de la deforme, la figura fina, delicada y sutil, de la marimacho o de la vulgar anodina. De una revista parisiense copiamos estos renglones: "Como nota dominante en la moda, obsérvase en las carreras de Octubre una tendencia grandísima hacia la "silueta blusa" obtenida con vestidos y abrigos sin cintura. La elegancia comprendida así nos recuerda esa indumentaria china bajo la cual es tan difícil distinguir a un hombre de una mujer y a una mujer de un hombre..."

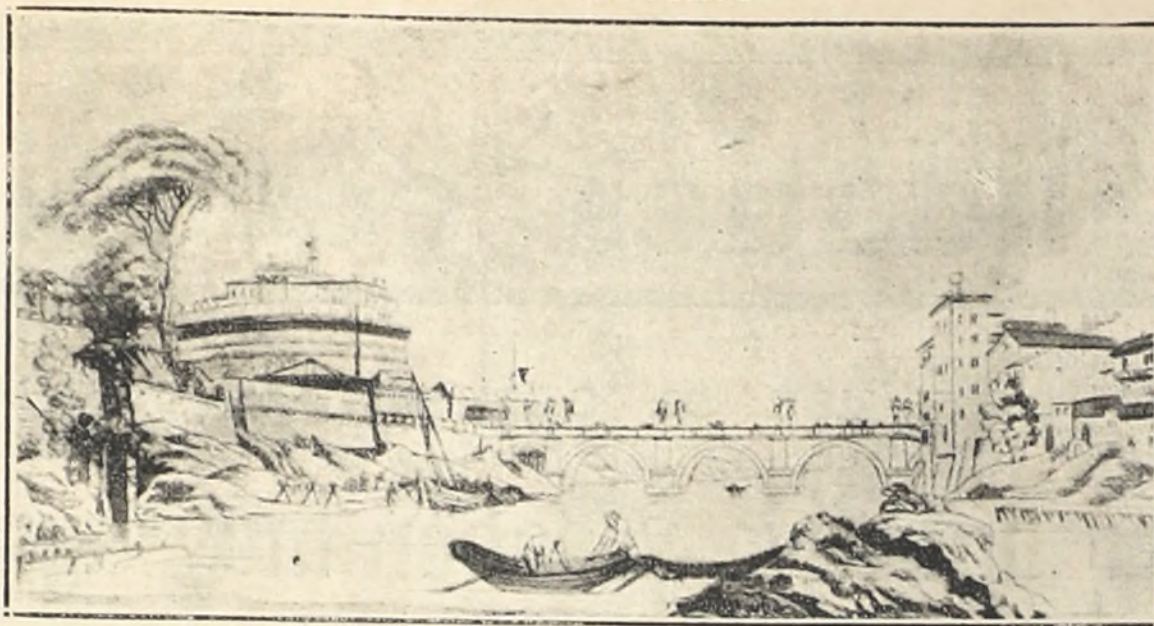
Por suerte, la moda masculina guarda todavía en Occidente características lo bastante particulares para mantener clara la diferencia, pero esto hay que agradecérselo a los sastres, ya que los modistos hacen todo lo posible para neutralizar la silueta de sus clientes, borrando en ella todo indicio exterior de feminidad...

Se habló mucho de una resurrección en este fin de año de las modas "primer imperio" y "directorio", pero hasta ahora no se percibe ni por asomo la realización de tan halagüeña esperanza y la moda de transación es tan perfectamente amorfa que a todas la mujeres delgadas o gruesas, esculturales o mal formadas, les presta el mismo aspecto cilíndrico de muñecas de palo. Además añade la crónica: "Lo que se vé: muchos vestidos negros y bototones y cinturón rojos. Lo que no se vé: melenas cortas y faldas largas". Y como lo de las melenas es cuestión de gusto, y lo de las faldas, de higiene, nos encogeremos de hombros ante la noticia del pelo corto, y nos alegraremos de la estabilidad de la falda medianamente corta, no solo porque hace agil la figura y rejuvenece a quien la lleva, sino porque no se traen a casa plegados a su borde, microbios mil, que siembran la enfermedad y la muerte al ser sacudidas y limpias de polvo.

Un Zar falsificado

Durante el reinado de Catalina de Rusia, un cosaco, Pugatchef, se hizo pasar por el zar asesinado y consiguió rodearse de una corte y de numerosos secuaces, aprovechando la credulidad popular para cometer no pocos abusos, cobrar tributos y llevar a cabo toda clase de atropellos, como si fuera un zar de veras, hasta que fué vencido y desenmascarado.





"Vista del puente de Sant'Angelo", cuadro del famoso pintor francés J. Vernet, grabado por Daudet. (Del Museo del Louvre.) El castillo de Sant'Angelo recibió este nombre porque es fama que, cuando Gregorio, el Grande, hacía públicas rogativas para que cesase la peste en el año 597, se vió en lo alto del castillo, que había sido llamado mausoleo de Adriano, un ángel, que le anunció el fin de la peste

¡ATCHIS!... ¡JESUS!...

Atchis!

—¡Jesús!

—Oye, ¿por qué se le dice "¡Jesús!" a quien estornuda? ¿De dónde viene esa fórmula de urbanidad?

La salutación está justificada por los muchísimos casos que se ha conocido de defunciones acaecidas a continuación del estornudo. Godefroy Schubart nos ha trasmitido el caso de una muchacha de diez y siete años, que, durante muchas noches, estornudó hasta trescientas veces seguidas, accesos que acabaron por ocasionarle la muerte. Estornudos ha habido que provocaron una ceguera un cambio de dirección en el globo del ojo o una violenta epistaxis o hemorragia de la membrana pituitaria. Un estornudo en una persona atacada de arterioesclerosis puede producirle la muerte repentina por ruptura vascular. La mayor parte de los autores de memorias de epidemias dicen que el estornudo era un síntoma mortal en los enfermos de tifus exantemático.

Una de las más antiguas de estas epidemias invadía la ciudad de Roma en el siglo VI. Los enfermos eran numerosísimos; morían en seguida que estornudaban. La imaginación popular quedó para mucho tiempo impresionada por aquel suceso. De entonces creen algunos que data la costumbre de decir Jesús al que estornuda para alejarle la mala suerte que le amenaza.

¿Cuál es el primer estornudo de que guarda recuerdo la historia- Para responder hay que remontarse a los tiempos mitológicos.

Al ser animada la maravillosa es-



"Odalisca persa, después de conjurar a los espíritus del estornudo"

tatua de barro modelada por Prometeo, la primera señal de vida que dió, según la Mitología, fué un estrepitoso estornudo, ni más ni menos que hacen todos los recién nacidos. Otros poetas, fantaseando alrededor de ese mito, dicen que Prometeo, en seguida que oyó estornudar al hombre hechura suya, se puso a orar e hizo votos por la conservación de su obra. Y el hombre, cuya inteligencia había alcanzado súbitamente todo su desarrollo, acordándose de aquellos votos de su creador, trasmitió la tradición y la costumbre a sus descendientes, y les enseñó la fórmula de su saludo.



Estatuilla de la expresada colección Campana, y en la que se muestra una naríz griega de tipo opuesto al que la tradición nos enseña

En Grecia y en Roma se hubiesen guardado muy bien todos de no saludar en voz alta a quien estornudase. La fórmula de la urbanidad griega consistía en estas palabras: *¡Vivid!* o *¡Júpiter os conserve!*

La invocación a Júpiter se encuentra en este epigrama antiguo que reproduzco traducido literalmente y que es digno hermano de aquel famoso soneto de Quevedo que empieza: *"Erase un hombre a una nariz pegado."*

"Para sonarse Próculo no usa de sus dedos, porque son demasiado pequeños para una nariz tan grande. Y cuando estornuda no se le oye su voz invocar a Júpiter, lo cual tiene su explicación: la distancia de su nariz a su oído es tan inmensa, que el ruido alejado no logra siempre recorrerla."

Y véase cómo el satírico no se burla de que le sirvan sus dedos de moquero, sino de la longitud de la nariz, lo cual quiere decir que el pañuelo no tenía entonces en Grecia esta aplicación que se le da hoy. Sabido es que en Roma tampoco la tenía. A lo sumo, servía para limpiarse el sudor de la cara, o como a Nerón, que con ésto inventó la corbata, para ceñírselo alrededor del cuello. Pañuelo de lana, corbata o como quiera llamársele, pero qúe tenía el nombre de *focalia*.

Otra observación respecto del epígrama griego antes citado: ¿Será también una fábula la belleza que se atribuyó siempre a la nariz griega? Por de pronto, véase las figuras que ilustran estas líneas y que están copiadas de la colección Campana, del Museo del Louvre; obsérvese sus narices y confiésese que la escultura tradicional y clásica no hubiese permitido sospechar esos adefesios en los griegos.

Lo más corriente, cuando se oye estornudar, es decir galantemente: ¡Jesús! o ¡Salud!, en España. En Francia se dice: *A vous souhaits*, o *Dieu vous benisse*. Esta fórmula, en todos los tiempos, y en los distintos países, es bastante variada y diferente.

En Argel, los árabes de la aristocracia, exclaman: *¡Rahmouk-el-lah!*, o sea: Dios os dé una buena salud; a lo que se contesta: *¡Rahmek-el-lah!*, Dios os lo pague.

Los hebreos, entre los cuales, según los exegetas bíblicos, el primer estornudo salió de las narices de Jacob, dicen: *¡Toubim!*, es decir: Dios os de una buena salud; que debe obtener la siguiente respuesta: *¡Toub lakh!*; que Dios os lo pague.

Los judíos y los árabes del vulgo, dicen: *¡Traichr!* Dios os preste vida. Y replican: *¡Sahah!*, gracias.

¡Vida!, se le dice al indio que estornuda, y el cual dice a su vez: *¡Con voso ros!*

Cuando un zulú estornuda, dice: *¡Ahora estoy bendecido. El Idlozi* (el espíritu de sus antepasados) *ha venido a mí! ¡Glorifíquele pronto, porque es él quien causa mi estornudo!* E invocando los manes de su familia pídeles ganado, mujeres y prosperidad.

En la historia de la conquista de la Florida, se cuenta que, los indios, habiendo oído estornudar a un cacique ante un jefe español, se inclinaron y rezaron al sol que estuviese siempre con él.



"Hero y Leandro", cuadro de Delorme (Grabado de Langler)

En Monomotapa, región del Africa, cuando el monarca estornuda, se informa, por medio de señales convenidas, a todos los que están en su residencia, y todos gritan: *¡Viva el Rey!*

En Nubia, cuando el rey estornuda, vuélvenle todos la espalda y se dan una palmada en la nalga derecha.

En Guinea, durante el siglo XVIII, cuenta un viajero que, cuando le oyeron estornudar, todos los indígenas presentes cayeron de rodillas, besaron el suelo, batieron palmas y le desearon toda suerte de bienandanzas y prosperidades. En cambio los negros del antiguo Calabar, atribuyen al estornudo cualidades, perniciosas, porque cuando se lo oyen a un niño, exclaman: *¡Lejos de tí!* Y hacen ademán de expulsar a alguien de su lado.

Entre los persas, cuando se estornuda, la ley manda que se recurra a la plegaria, porque entonces los malos espíritus realizan todos sus esfuerzos para seducir al estornudante.

En la India se concede al estornudo extraordinaria importancia. Cuando una mujer no puede estornudar, no obstante haber sentido el cosquilleo en la pituitaria, es señal de que su marido ha sentido la tentación de serle infiel y la ha resistido.

En Zanzíbar, negros y mestizos dicen *¡Afta!*, esto es: salud, y contesta el saludado: *¡Bark Alah!*, o sea: Bendito sea Dios.

Por el contrario, en las islas de Tonga, el estornudo es considerado como un presagio siniestro, sobre todo si ocurre durante una deliberación de importancia

En el Dahomey, los negros dicen al estornudar: *¡Que eso te haga bien al vientre!*, porque para ellos, los placeres de las vísceras abdominales, son las suprema felicidad terrenal.

El modo de acoger el estornudo es un indicio de la mentalidad de los pueblos. Los italianos, que suelen pasarse de cumplidos, dicen: *¡Salud, prosperidad, cien años de vida, un hijo varón!*

Normanda es esta salutación que estuvo en boga en París y que dejaré en francés: *Au cül le nez pour la froidure*, y la urbanidad manda contestar: *Ainsi soit le votre.*

En tiempo de Moliere, se decía *¡Dios te ayude!*

El código de la buena educación inglesa mandaba decir: *¡Saludo vuestras gracias!*, y contestar *¡Las vuestras las aventajan!*

El estornudo era considerado en la antigüedad como un presagio, como una advertencia de origen divino.

Aristóteles, investigando por qué se ha atribuído propiedades y origen divinos al estornudo, da la razón de que es porque se produce en la cabeza, y la cabeza es la parte más noble del cuerpo. Según él, cuando se produce entre media noche y el medio día, es de feliz augurio, y desgraciado en las demás horas del día. El estornudo por la mañana era adverso, y por la tarde favorable; era pernicioso al levantarse del lecho o de la mesa, para evitar lo cual había que volver a dormir o volver a beber y comer algo.

Estornudar a la diestra de alguien era favorable. Cátulo hace estornudar a Cupido hacia la derecha.

Si se estornudaba durante la adoración de Venus, era señal visible de la diosa para el estornudante, el cual volvía la cara a la derecha para satisfacer su necesidad. Esta era menos buena en las mujeres que en los hombres.

Se atribuía siempre al estornudo causas sobrenaturales: era un genio que había atravesado el cerebro del estornudador.

La mitología siempre ingeniosa, en sus fábulas alegóricas dice que Venus no estornudó jamás por miedo a que ello le produjese arrugas y la afease.

Ovidio hace estornudar a la lámpara bajo cuya luz Hero componía sus dulces mensajes para Leandro, como avisándole del triste fin que aguardaba a sus amores y a su vida.

Homero cuenta que Penélope no consintió en recibir a Ulises de vuelta de Itaca cuando se le presentó bajo los harapos de un mendigo hasta que lo reconoció por el estornudo — que estuvo a punto de derribar su casa — lanzado por Telémaco, estampido que a la reina le pareció de buen agüero.

La causa de por qué al estornudo han atribuido los pueblos primitives origen divino, la explican algunos autores, diciendo que el fenómeno por su brusquedad, por su intensidad particular, escapa a la voluntad. Manda en la atención, tiene algo irresistible; parece una orden emanada de lo alto.

Este estado indefinible al principio, ¿no es el dios que se anuncia como en el trípode de la pitonisa? El ruido, esta especie de palabra, ¿no es la voz de un dios? Hay que darle gracias o conjurar al oráculo familiar que así se manifiesta.

De ahí es la invocación, en un principio supersticiosa, que se ha convertido en una regla de urbanidad.

Cuéntase que Melingue, el célebre actor francés, representando *Catilina*, el drama de Alejandro Dumas, habiéndose visto obligado a estornudar, tiró del pañuelo y se sonó tranquilamente.



Modelo de nariz persa. (Dibujo de Verner, grabado de Chaillot

Horrorizado de aquel anacronismo Dumas, le increpó desde bastidores:

—Desdichado, ¿qué has hecho? ¿Has olvidado que estás vestido de romano del tiempo de Cicerón?

—¿Y qué? ¿Es que usted cree posible que los romanos no usaran pañuelo para limpiarse las narices?

Dumas no supo qué contestar.



Estatuilla griega, de la colección Campana del Museo del Louvre, de París, y por la que se ve un modelo extravagante de nariz helénica

A reir tocan

OBSERVACION

Un sacerdote, muy serio, dice a su sobrinito:

—Nunca debemos decir: "nadie me ha visto", porque siempre hay alguien que nos ve, que lo sabe todo, que todo lo oye...

—¡Ah, sí! Esa es la vecina de enfrente, que siempre está mirando por la persiana.

EXAMEN

—Usted, Navarrete, dígame una palabra que tenga... "n".

—En seguida; botella.

—¿Cómo? ¿botella tiene "n"?

—Ya lo creo, señor maestro, en el tapón.

LOS DIENTES POSTIZOS



—¿Qué ha perdido señor?

—Uu pedazo de torta.

—Pero eso no tiene importancia.

—Es que quedaron clavados mis dientes en ese pedazo.

BUEN CONSEJO

—No sé lo que me pasa: tengo un apetito de avestruz, duermo como una marmota, mi fuerza es como la de un cabalo, mi voz, por lo potente, se parece al mugido de un toro, y sin embargo, me siento cansado como un perro. Voy a consultar a un médico.

—Yo, en tu caso, vería a un veterinario.

CONTADORES QUE DUERMEN

En casa de un contador de Banco golpean, y la sirvienta pregunta que desea. Se trata del empleado de la Luz Eléctrica.

—¿El contador? — dice.

—No puede atenderlo porque está durmiendo.

El empleado. — ¡Vamos, chica, no se gaste esos chistecitos déjeme tomarle lo que marca que sé muy bien que estos relojes no duermen nunca.

UN NIÑO SABIO

Un padre, que como todos los padres, creía tener en su heredero al propio Salomón, quiso demostrar a un amigo el grado de inteligencia del niño, y seguro del éxito, le preguntó:—Dime, Robertito, ¿cuáles son los últimos dientes que vienen a completar la dentadura humana?

—Los dientes... postizos — respondió inmediatamente el chico.

EL AGENTE AL CICLISTA

—Queda detenido; usted comete una contravención por no llevar la linterna encendida.

—¿Pero no ve que llevo dentro del farol, cuatro bichitos de luz?

—Y bien. Queda usted detenido doblemente, pues comete otra contravención queriendo hacer pasar bichitos de luz por faroles.

PECTORAL



—¿Qué ha sido de Santiago? No le veo hace tiempo.

—¿No sabes? Le cayó una piedra de dos toneladas de peso en el pecho y le mató.

—¡Pobre! Tenía que terminar así. Desde que estuvo resfriado el año diez, quedó siempre muy débil del pecho.

EN CASA DEL DENTISTA

—¿Dónde siente el dolor, mi estimado señor?

—¡Hombre, es curioso! Ahora lo siento en el pie.

UN PRESTAMO

—Le advierto a Vd. señor, que no me ha devuelto aún el paraguas que le presté hace una semana.

—¡Pero considere, amigo, que no ha cesado de llover en todo ese tiempo!

RESPUESTA

Una persona cuya fama de charlatán era proverbial, le dice a un amigo suyo:

—¿Sabes que estos dientes que me han extraído, me ocasionan cierta dificultad para hablar?

—No te inquietes — contesta el amigo; — no los necesitas para nada; tu hablas por los codos.

EL PELIGRO DE LOS CHICOS

Un chico, a un señor amigo de la casa:

—Dígame, don Luis, ¿usted es un pescado?

—No. ¿Por qué?

—Porque como mi mamá y mi hermana dicen siempre que usted mordió el anzuelo, por eso...

EN LA ESCUELA

—Vamos a ver, Leoncito, si te has estudiado bien la lección. ¿Dónde está América?

—En la página 43, señor maestro.

LECCION DE FRANCES

—Usted, Pepito, responda: ¿Qué quiere decir *"pas encore"*?

—Pasa un cura.

—¡Animal! *"Todavía no"*.

—Bueno, pues pasará dentro de un rato.

PERPLEJIDAD

—¿Quiere decirme cómo vende ese queso, señor?

—Eso mismo me pregunto yo de vez en cuando, señora. ¿Cómo lo vendo?

SERVICIO DOMESTICO PEDIDO

El patrón. — Lo que yo necesito es un peón que sepa cocinar, manejar caballos, limpiar vidrios, cuidar a las gallinas, ordeñar una vaca, algo de carpintería, pintar y empapelar.

El peón. — ¿Qué clase de tierra hay en el fondo de la casa?

El patrón. — ¿Para qué quiere saberlo?

El peón. — Porque si la tierra fuera buena, podría fabricar ladrillos en los ratos desocupados.

GALANTERIA CONYUGAL

—¿Y por que me llevas siempre al cine?

—Porque allí no te veo, querida.

POR REIR

—¿Por qué lloras?

—Porque papá estaba colocando un clavo en la pared y se dió un martillazo en el dedo.

—¡Bah! ¿Por eso? ¡Debías reirte!

—¡Es precisamente lo que hice!

GENEROS DE PINTURA

—Me han dicho que pinta usted una "madonna". Se dedica al arte religioso?

—No; pinto a una "prima donna".

INCLINACION

—Quisiera, hijo mío, que escogieses la carrera de médico.

—No, papá; eso no.

—Pero, ¿por qué?

—¡Yo médico! ¡Jamás! Ya sabe usted que no soy capaz de matar una mosca.

EN CLASE DE MORAL

—Vamos a ver niña — pregunta la maestra: — ¿qué es lo que nos estrecha y nos hace mejor, haciéndonos ir derechas?

—El corsé, señora maestra — contesta la niña.

EN LA EPOCA DE LA CAZA

—¿Cuánto valen esas liebres puestero?

—Dos pesos, cincuenta, cada una.

—Es barato, voy a comprar dos y economizó así diez pesos de cartuchos.

RECIPROCA

La mamá — No creas hijo que porque te pego no te quiero, sinó al contrario, por quererte mucho es que te castigo...

El hijo — ¡Bueno mamá — cuando yo sea grande te demostraré mi cariño del mismo modo!!

CONSECUENCIAS DE UN DUELO

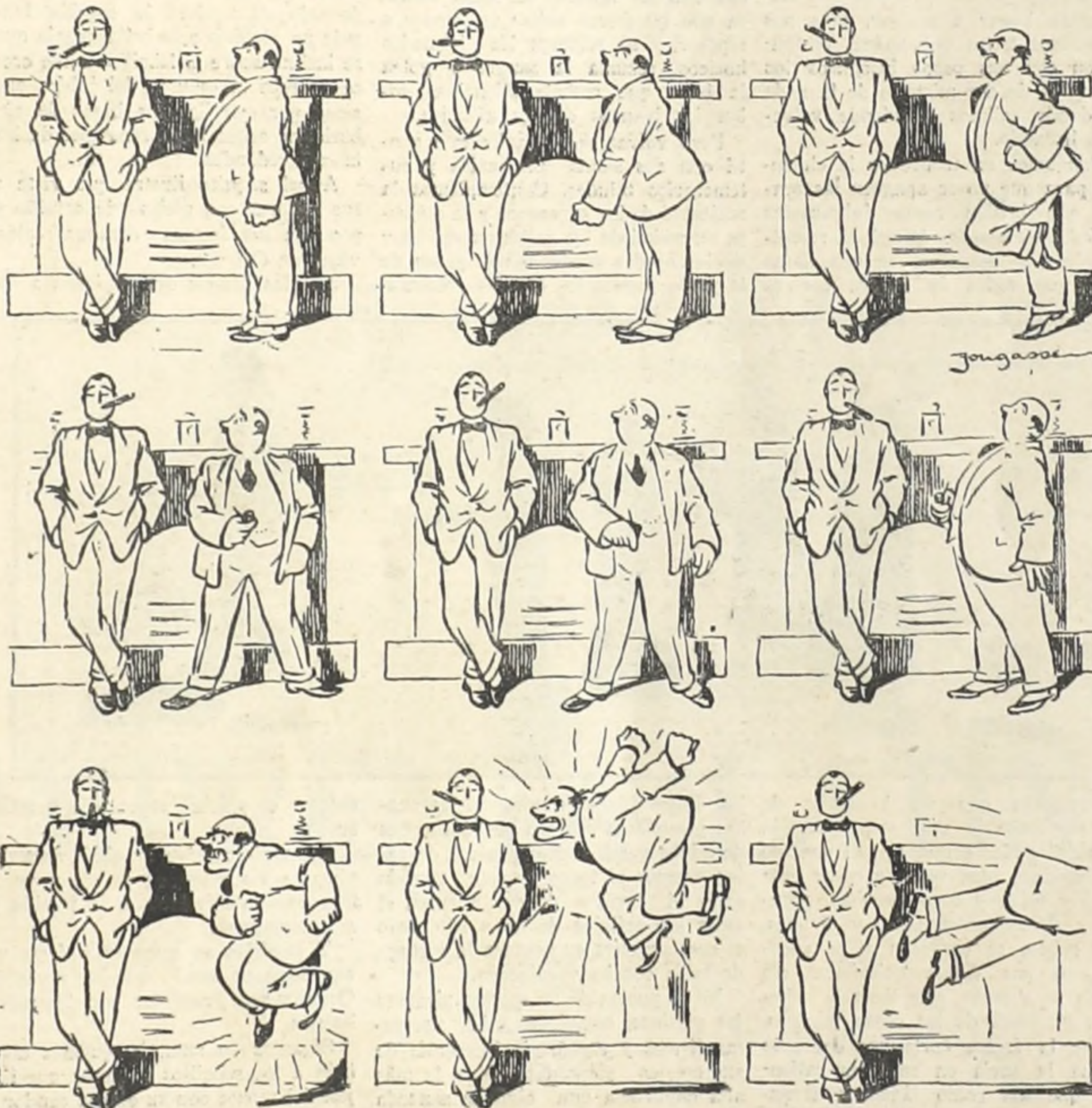


—Hace poco, presencié un duelo.

—¿Hubo algún herido?

—Uno de ellos resultó con una costilla rota, a consecuencia del abrazo que se dieron después del duelo.

LA ELOCUENCIA DEL PURO.



Con sólo interjecciones puntualizadas con su trabuco, el fumador de habanos, bate en retirada al parlachín fumador de pito

"PIERNA"

—Ves el cojo aquel que llevan preso, ché?

—Sí, es un muchacho "pierna".

—¡Pierna! Pierna de palo, querrás decir.

BUENA IDEA

—Hombre, estoy preocupado estos días. Llega el cumpleaños de mi madre política y no sé qué regalarla.

—Yo no la regalaría nada a una suegra.

—Me has dado una idea!

PARA PERDER LA MEMORIA

—¿Cuál es la causa principal de la pérdida de la memoria?

—El tabaco.

—No señor.

—La morfina... el alcoholismo.

—No se canse ¡el recibir un favor!

PARA QUEDAR CONTENTO

Deffaud, le dijo al cura de San Sulpicio:

—Padre cura: usted va a quedar contentísimo de mí, yo se lo prometo; ahora, si usted quiere que yo quede contento de usted... le pido tres cosas: que no me venga con oraciones, ni con razones, ni con sermones...

MEDIDAS DE HIGIENE

—¡Mozo!, De tres huevos al plato no hay ninguno fresco!

—Es que... como el señor llegó tan acalorado, temí dárselos en tal condición.

UNA SEÑORA ECONOMICA

El. — No me explico, la verdad, esta obstinación, tuya de ir a veranear al mismo sitio que el año pasado.

Ella. — Pero, hombre, ¿no te acuerdas que nos sobraron seis docenas de tarjetas postales con vistas del país?

GRAVE ASUNTO

La esposa. — ¡Esto es horrible, horrible!... Me dicen en este anónimo que mi marido me engaña desde hace dos meses con la cocinera..

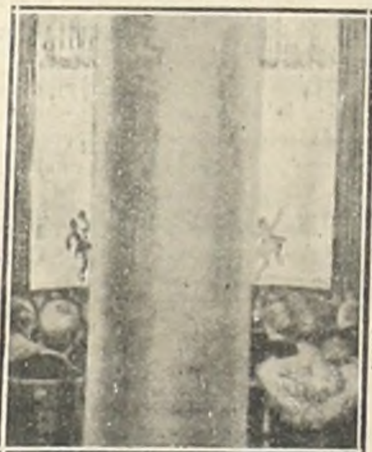
La madre. — Vamos, mujer. Un mal pensamiento cualquiera lo tiene...

La esposa. — ¡Pero si es que en dos meses hemos tenido diez y seis cocineras distintas!

NUCA PLUS ULTRA

—Evidentemente, mi mujer no es muy hermosa, ¿pero no es verdad que tiene una nuca encantadora?

UN BUEN ESPECTACULO



Lo que vimos una noche en un salón de cine con columnas

CAUSA

El pedicuro. — Tiene usted los dedos del pie derecho completamente amarillos.

El cliente. — Es que fumo mucho.

VACILANDO FRENTE AL CALOTE

Rata 1.o — ¿Qué te pasa, hombre?

Rata 2.o — Que no me acuerdo si cerré la puerta de casa al salir, y me haría poca gracia que entrase un sinvergüenza a robarme.

DESENCONTRADOS

El marido. — ¿Pero cuántas veces te voy a decir que cuando yo salgo de noche no debes esperar para acostarte a que yo vuelva?

Ella. — Pero si no me acuesto... ¡Si es que me levanto!

IDILIO

Ella. — Y si nos encontrásemos de pronto los dos solos en un barquito de vela, ¿qué es lo primero que harías?

El. — Marearme.

LA RAZON POR QUE



—¿Por qué aquel hombre que estaba sentado más alto que los otros —pregunta Juancito que ha estado en el concierto—amenazaba con un palito a la señora que salió?

—Aquel hombre era el director de orquesta y marcaba el compás, no amenazaba a la señora.

—Y si no la amenazaba, ¿por qué gritaba tanto ella?



Muñecos de nacimiento.

DETRÁS de los cristales empañados de las tiendas, han aparecido los muñecos de los nacimientos. Gordos, desproporcionados, chillones, de una tosquedad primitiva, vienen a anunciarnos el término de un año.

Viéndolos con sus caras redondas y rústicas, por las que asoma la bondad en sonrisas de alegría, cualquiera los supondría mensajeros de felicidad. Y sin embargo, llegan siempre mudos y candorosos, con la generosidad de sus ofrendas y sus actitudes de resignación, a recordarnos sin palabras que nos alejamos de ellos, que cada vez vamos poniendo entre las preferencias que nos inspiraban y nuestro indiferente sentir actual, la distancia infranqueable del gozo al sufrimiento, del placer al dolor, de la vida a la muerte.

Vienen a decirnos que somos hombres, y nosotros que tristemente lo sabemos, no podemos explicarnos por qué frente a ellos nos sentimos eternamente niños.

Quizás por esto los amables muñecos tradicionales no nos inspiran horror y odio.

Desde el nacer nos siguen. Acompañan nuestros primeros pasos en los días dorados de la dichosa infancia. Son amigos buenos, sumisos a nuestros mandatos y esclavos perpetuos de los dictados de nuestra voluntad. Su aparición se señala siempre con clamores de alegría y gritos jubilosos, en fechas memorables por que la felicidad anda en todas las bocas, como un alarde, como un pregón, con el que pretendemos engañarnos sin conseguirlo, porque la felicidad pasa con ellos, se va con los muñecos, para retornar con la carga de otro año más, que siempre es uno menos en los señalados a nuestro vivir.

Y por el eterno contrasentido que nos acompaña desde la cuna y que rige al mundo a perpetuidad, estos muñecos sencillos que acuden infaliblemente a presenciar las agonías del año, son los espectadores del nacimiento de un Dios.

Adoran al Hombre-Cristo que se moldeó en el claustro materno con calores de santidad, y que desde el misterio del vientre virgen sufrió las persecuciones de los hombres que habían de redimirse con su sangre mártir de la culpa de todos sus pecados.

Pero ellos quedan. A través de los días, de los años y de los siglos, seguirán viniendo envueltos en los resplandores de Diciembre a ofrendar sus adoraciones al niño que nace cuando el año muere, mientras las generaciones van pasando fatalmente por el áspero sendero de la vida, hasta llegar al borde del abismo siniestro, insaciable de la eternidad, donde la noche no se acaba nunca...

Vamos a ver un nacimiento. Venid, mis pequeños amigos, los de los ojos abiertos en una interrogación constante y las carne de rosa. venid, que vuestro mirar es sereno, vuestras cabezas se cubren de oro y en los dichosos labios encendidos juega siempre la alegría de una sonrisa.

Vamos a la sala grande, a la antigua estancia suntuosa que se adorna con armas de otras épocas y telas de damasco y tiene en el viejo muro un escudo de piedra. Vamos. El castillo está en calma y sus paredes seculares y sus históricos retratos que nos miran con gravedad desde la talla de sus marcos dorados, sienten el estremecimiento de vuestra alegría.

Venid, yo os hablaré de todo; yo os contaré mil consejas medrosas de brujas y de demonios y muchos cuentos bonitos de princesas pálidas y de troveros enamorados. Evocaremos a los reyes de Oriente, a los Magos que con sus camellos cargados de oro, de incienso y de mirra llegaron al mísero Portal guiados por el luminoso fulgor de una estrella diamantina.

El abuelito nos espera en el ancho sillón de cuero que tiene cabezas de leones y garras aguileñas.

Allí le veréis contemplando el nacimiento donde mueven los molinos sus aspas gigantescas y las fontanas cantan la perpetua salmodia de sus aguas de cristal.

Ríe como vosotros, como vosotros goza, que por un ignorado mandato del destino, mientras menos nos falta para llegar a no ser, más nos acercamos a los que apenas traspusieron con sus pasos inseguros los umbrales de ese misterio de la nada de donde salimos y adonde volvemos llorando.

Pongamos un tronco en la chimenea para que no se apaguen las brasas que brillan como fulgurantes rubíes gigantescos. Mirad el rescoldo cómo se despereza en una llama azul que rodea la áspera corteza enjoyándola con un brazalete de zafiro. Después sale otra alargada y puntiaguda como una lanza de oro y luego otra verde y otras opalinas y rojas y otras muchas, grandes y chicas, anaranjadas y violetas, que suben, se enroscan y se encogen en una danza quimérica, sin ritmo ni compás, que tiene la soberana grandeza de las cosas trágicas.



Por la fresca cortadura del leño asoma la savia en raudales calientes, que son como lágrimas arrancadas a un tormento cruel. Porque el mutilado madero cruje y se retuerce presa del fuego como un alma en pena, y mientras la candelada triunfa, salta y estalla su miserable corteza, que al romperse suena como si el dolor le arrancase quejidos lastimeros. El poder de las llamas vence al fin y el pobre tronco que resistió en la soledad del bosque los más recios vendabales, moviendo sus brazos en la dirección del viento como si le indicara el camino que debía seguir, yace sobre las ascuas brillantes que semejan un lecho de brocado y se cubre con el sudario gris de la ceniza. Mientras, por el negro camino de la chimenea, una nubecilla de humo, blanca y sutil como el alma de un niño, sube presurosa buscando el camino de los cielos y las llamas, rendidas del festín, se esconden entre los plácidos rescoldos, alargando a veces sus lenguas ígneas, de igual manera que las fieras ahitas se tienden a reposar y se relamen los húmedos hocicos, rezuma la sangre y gotea la baba que resbala silenciosa sobre los blancos dientes afilados.

Pero volvamos al nacimiento gentil con sus simas profundas y sus temerarios taludes. Contemplemos la majestad de los barrancos y la augusta serenidad de los valles tranquilos y de los prados verdes donde pasan de la yerba jugosa los blancos recentales. Regocijémonos mirando las chozas pequeñitas con sus paredes grises de adobe y sus techos cónicos de paja; veamos el tosco puente tendido sobre el arroyo donde mienten el agua los reflejos de un vidrio, bajo el cual arrastra su pesadez la tortuga de recia concha verdinegra.



En la puerta de un molino picotean las gallinas, orgullosas sobre sus patas firmes y enseñando la ufanía de sus crestas coloradas; sobre la más alta eminencia una cigüeña zancuda duerme su hartazgo, abriendo en ancho bostezo el largo compás del pico, y a la orilla de una laguna sacude con fuertes aletazos su pereza un grave pelícano de fina pluma como un ampo de nieve y ojos encendidos y rojizos como dos pulidos granates. Una serpiente sestea al sol...

El ambiente de paz y de ventura que rodea la idealidad de este mundo envidiado se nos mete en el alma. La luz es quebrada, suave, como la caricia de un sol crepuscular. El aire es ledo, blando, como el alentar perfumado de un pecho femenino. Cantan las aguas en sus veneros y las espinas de los zarzales se visten de flores.

De todos los pechos desborda la alegría. Toda la gente es buena. Mirad cómo bajan gozosos y humildes por la curva vereda, saltando quebraduras y atravesando el frágil pasadizo que salva los barrancos en cuyo fondo palpita la atracción del vértigo.

El viejo pastor de la blanca zamarra y los burdos zahones, cuya noble frente se aureola con la albura de un nimbo que parece un halo de luna; el zagal niño que transporta en los hombros la tímida oveja; la buena mujer con la pobreza de un ajuar infantil, el queso fresco de cabra y el moreno pan de trigo; el rústico noble, portador de la leche que humea en el verde jarrillo, y del tarro de miel destilada del rico panal... Todos son conocidos de siempre, con ellos nos une un fuerte parentesco espiritual.

Fijaos en aquél a quien sorprende la buena noticia, sentado al amparo de una tupida chumbera, frente a la mesa donde humea en el campesino dornajo de madera la comida frugal; no olvidéis a la bella zagala que se inclina sobre el lebrillo donde crece y crece la espuma del jabón, ansiosa por estrellar los besos de sus burbujas sobre la morena piel de los brazos redondos.

Aquel séquito ilustre que viste a sus señores con pieles de armiño y pone en sus frentes coronas reales, viene de Oriente.

Son los Magos que empiezan a inquietar el plácido reposo de vuestro sueño.

Su magia consiste en abrir vuestras almas a los primeros deseos y vuestros pecsos dormidos, a la ilusión y a la esperanza.

Y aquéllos se cumplen y éstas no aguardan en vano, que los reyes de Oriente son generosos con los niños buenos.

Sigamos su ruta, busquemos también a los sencillos pastores que bajan del monte con su eterno candor a cuestas.

Unámosnos a la alegre caravana que pone sobre la parda corteza del campo la nota alegre de sus vestidos, como briosas pinceladas de un cuadro de color.



¡Vamos juntos a adorar al niño, ejemplo perdurable del sacrificio, el amor y la abnegación!

¡Ya lo véis! ¡Dormido! ¡Contened vuestras respiraciones, refrenad la curiosidad que asoma retozando a la franqueza de vuestros ojos. Callad que duerme el Niño de Dios!

¡Dormid también vosotros! ¡Es ya muy tarde! A la superficie del lago suben los misteriosos genios que durante el día viven en los verdes abismos del fondo. Es medrosa la noche. Sobre aquellas apartadas ruinas canta la lechuza y sus ojos fosforecen en la obscuridad como dos fuegos fatuos. Alrededor de la muralla hiere las negruras de la noche el destemplado aullar de un perro, como un agüero malo... ¡Dormid!

En el silencio claustral de la estancia un viejo reloj de caoba abandona doce campanadas sonoras y graves.

Extinguida la última vibración sigue lento e isócrono el sonar del péndulo. En la soledad que me rodea me parece la monotonía del *tic-tac* el rumor de los pasos del tiempo que se diluye en el aire.

Miro a le esfera redonda y blanca Se me figura un ojo ciclópeo abierto eternamente sobre el enigma del porvenir.

Las cifras que se persiguen en círculo son un misterio impenetrable sobre el que pasan y repasan las negras saetas. En su cerrado arcano se guarda el secreto de las últimas horas.

¿Sobre cuál de aquellas cifras pasarán las finas agujas, indiferentes al dolor, sin detenerse un punto, cuando el espíritu vuele libre a las regiones de lo inmaterial?

¿Cuál de aquellos números martirizantes, imcomprensibles como garabatos cabalísticos, le enseñará a las sombras de mi ignorancia, la paz eterna de mi epitafio?

Duermen tranquilos los buenos amiguitos de cabellos de oro y rientes boquitas encarnadas.

¡Reposan en la paz absoluta de su inconsciencia., soñando con los muñecos del nacimiento a quienes mañana festejarán nuestros villancicos!

¡Dejadlos que duerman felices, y que lo ignoren todo para que no lleguen a sufrir las torturas con que nos amarga la vida a los que, pretendiendo enterarnos de mucho, nunca llegamos a saber nada!

Rogelio Pérez Olivares.

PROVERBIOS INDIOS

En algunos pueblos de la India la ley conyugal se compone de las siguientes disposiciones.

"No habrá más dios en la tierra para la mujer que su dueño y señor: el marido".

"Si el marido ríe, la mujer reirá; si el mardo llora, la mujer llorará."

"Si el marido se ausenta, la mujer ayunará, dormirá en el suelo y descuidará su tocado".

"Si el marido pega a su mujer, ésta le besará respetuosamente la mano y le pedirá perdón por haber excitado su cólera."

"Si la mujer es infiel, su marido podrá crucificarla, quemarla o hacerla pedazos, a elección."

Como veis, lectoras, los procedimientos son *suaves* para la que falte a su deber en ese país.

LA VEJEZ

Dulcemente, vas llegando a eso, ya llegas. Se secará tu piel. Tus ojos, que hasta en sueños sonríen, llorarán solos... Se ajarán tus senos y tu vientre, como los pingajos de tu esqueleto. El cansancio de vivir apartará tus quijadas, que bostezarán continuamente, y sin cesar tiritarás, a causa del gran frío. Tu cara se volverá color de tierra. Tus palabras, que antes parecían seductoras, luego serán odiosas cuando se quiebren. La ropa que te ocultaba demasiado a los ojos del tropel masculino, no ocultará luego bastante tu monstruosa desnudez, y apartarán de ti los ojos, y ni siquiera se atreverán a pensar en ti.

Henry Barbuse.

LOS APUROS DE UN DUENDE

LEYENDA VÁLACA

CUANDO por primera vez, Georgi y su esposa, la astuta Maritza, se sentaron a cenar ante la chimenea de piedra de la cabaña que habían alquilado a unos vecinos, no hubieran envidiado ni al mismo Hospodar de Va'aquia, que, como todos debéis de saber, es el rey del país donde se desarrolla la acción de este cuento.

Sin embargo, la choza no podía ser más miserable, con una so'a ventana de cristales turbios, techo bajo y ahumado, y muebles pintarrajeados de azul y de amarillo, de un modo primitivo. En cuanto a la comida se componía de un poco de leche agria, unas castañas cocidas con hinojo y un trozo de queso de cabras, tan duro como el pan de cebada que amasaban cada quince días.

Pero como a todo hay quien gane, de entre las piedras ennegrecidas del hogar surgió un duende, un pequeño duende famélico y tiznado, que fué a sentarse cerca de la mesa y dirigió a Maritza una mirada suplicante, que la mujer comprendió en seguida.

María Georgi, un duende — exclamó sin inmutarse, pues era una mujer de valor. El pobrecillo me pide de comer.



—No te he pedido nada — dijo el duende un poco amoscado, — porque mi dignidad no lo permite. A pesar de ésto, vería sin disgusto que me ofrecieses unas castañas y un trago de vino, puesto qe no tenéis nada mejor.

Es un deber de cortesía, porque yo soy el duende de la casa. A menos que seáis tan groseros como Yanna y su marido, que os han alquilado esta choza sin hablarles de mi para nada.

Maritza, que, como casi todas las mujeres — y no pocos hombres — gustaba de criticar al prójimo, se apresuró a servir al duende y a preguntarle:

—¿De modo que se portaron mal con vos? No me asombra, porque son gente de poco más o menos.

El duende, mientras pelaba una castaña con sus deditos negros y peludos y Georgi encendía su pipa de cerezo silvestre, continuó con aire filosófico:

—Cosas de la vida. Antes, cuando los duendes éramos poderosos y recompensábamos las buenas acciones de los mortales con sartas de rubíes y bolsas de dineros de oro, nos reverenciaban y acogían en los hogares con muestras de cariño y de veneración. No se encendía lumbre en el hogar sin arrojar antes en las brasas un puñado de resina de ambar para que el humo no nos molestase. Por la noche, dejaban un caldero de leche para que comiésemos la nata, y en cambio nosotros vigilábamos para que no entrasen en la casa la lechuza, el murciélago o el viento que silba por la chimenea. En Año Nuevo, se nos guardaba un trozo de torta de maíz, adornado con velitas amarillas, una por cada letra de nuestro nombre. A mí me encendían siete luces porque me llamo Bichito.

—¿Y por lo visto, caballero Bichito, mi comadre Yanna no guardaba con vos esas costumbres tan agradables? — dijo, Georgi.

El duende levantó al techo sus ojillos redondos y amarillos como dos ruedas de zanahoria, y su nariz, que era verde y peluda como una oruga, se arrugó con aire de tristeza.

—No me hables de esa mujercita. Lejos de agasajarme, se reía de mí, y me llamaba hambrón, y sapo neurasténico, porque has de saber que desde la muerte de mis hermanos la soledad me hace prorrumpir en aullidos lamentables y me produce ataque nerviosos. Y una vez me dió un golpe tan grande con el cazo, que me pasé toda la noche estornudando y con un ojo lacrimoso. El día de los Santos Jorge y Alejo no me dejó probar el pastel tradicional; pero, en venganza, le escondí entre la crema un ratoncillo y, de resultas, todas sus amigas le retiraron el saludo, y cuando la veían en la iglesia, escupían tres veces, llamándola bruja.

Maritza, mientras le ofrecía una taza de vino caliente con miel y orégano, le dijo:

—Tenéis sobrada razón para ofenderos, caballero Duende. ¿Pero no pensáis que tal vez Yanna no crea en vuestro poder, porque no le habéis dado muestras de él?

La astuta mujer, con aquel'o, se proponía picar el amor propio de Bichito y pedirle toda clase de prodigios

En efecto, el duende, un poco irritado, exclamó:

—Creo que no hace fa'ta más que verme para saber quien soy. Si Yanna hubiese sido amable, le habría regalado verdaderas maravillas, aunque hubiera sido una cama como la de la reina de Bohemia, de marfil, incrustada de plata y de ópalos, cuyas colgaduras de tisú, representan la vida de Ciro, rey de Persia.

Pero como dudaba de mi poder, me dediqué a asustarla con procedimientos infalibles. No sé si sabréis que yo, en una noche, hice encanecer la peluca de la alcadesa, sólo con asomarme al oscurecer por la ventana de su a'coba, envuelto en una colcha y despidiendo luz verde de un ojo. Otra vez, disfrazado de perro de cartón sin cabeza perseguí durante tres noches al tendero de la plaza, que acabó tirándose a un pozo sin agua.

El duende tomó un sorbo de vino, y, animado por el recuerdo de sus éxitos, continuó:

—Y no digo nada de mis triunfos en el papel de "Manfredo o el Mago prodigioso", cuando jugaba a los bolos con bolas de oro (falso naturalmente) a la luz de la luna, acompañado de doce enanos verdes; o en el de "Merlín, el sabio", volando montado en un aguilucho de fuego — lo hago pocas veces porque exige muchos gastos; — en el de "el niño raptado por las ranas", en el que he hecho llorar a los corazones más empedernidos.

Así hubiese continuado largo tiempo como esos actores viejos que no se divierten más que hablando de sus propios méritos, — si Maritza, que iba derecha a su asunto, no dijese:

—Todo eso es admirable, y creo que muy pocos duendes tendrán tantas facu'tades como vos. Pero, puesto que sois tan generoso, debiérais corresponder a mis atenciones con algún presente que me sirviese de recuerdo vuestro. Aunque no fuese más que un collar para ir a misa los domingos y que rabie la mujer del carbonero que tiene uno de per'as falsas.

El duende, sin pensarlo más, desapareció entre las dos piedras del hogar. Georgi dijo a su esposa:

—¿Ves? Has obrado demasiado ligero. Como le has pedido un regalo, se ha marchado furioso de tu atrevimiento, y no volverá.

—Pues si no vuelve, es un desvergonzado, y cuando le vea, no le daré con un cazo, sino que le pincharé con un tenedor en la cabeza como si fuese una patata cocida.

Pero no había acabado de hablar, cuando volvió Bichito con un collar de perlas gruesas como avellanas; que arrastraba tras él como si fuese una cosa sin importancia.

—Aquí tienes el collar que me pides — exclamó — Creo que no podrás quejarte.

La bella Maritza no volvía de su asombro, y se apresuró a rodear su cuello con la espléndida joya, mirándose en el trozo de espejo que poseía. Georgi, creía soñar, y empezaba a mirar con respeto a Bichito, que aprovechó el éxito para devorar un trozo de queso, mientras pensaba.

—Es una suerte para esta buena gente que la condesa de Rosenkranz salga esta noche para Viena. Así no notará la falta del collar hasta que esté muy lejos de la aldea, y nos quitamos de complicaciones enojosas.

II

Después de poseer el collar, Maritza pensó que aquel traje remendado no estaba en armonía con él, y pidió un vestido de seda verde y plata, con pieles grises. El pobre Bichito, para que su honor de duende no padeciese, se dispuso a buscarlo y, después de tardar bastante, volvió con un traje, en mediano uso, de peluche corinto con azabaches y lazos de raso canario.

—Pero ésto no es lo que yo he pedido — dijo la bella aldeana.

—Es la última moda en París — contestó el duende — Además como eres morena te sentará muy bien.

Maritza, con aquel elogio, quedó muy convencida, mientras el duende pensaba:

—Yo no tengo la culpa de que a la señora del médico de Praga le gusten los colores chillones. El que hace lo que puede, no está obligado a más... Poco a poco, el mobiliario de la choza se fué enriqueciendo. Maritza tuvo un sillón de terciopelo granate, una cama con colcha de encajes, un espejo con marco dorado; y Georgi salía los domingos con casaca y sombrero de tres picos, causando la estupefacción del vecindario.

Todo aquello era traído por el duende de la guardarropía del teatro, que se había declarado en quiebra.

Una noche, Georgi propuso a su esposa:

—Es necesario pedirle al duende dinero, en vez de regalos. Con él podremos comprar de todo a nuestro gusto (porque el de Bichito es detestable' y llevar una vida maravillosa.

—Me parece muy bien — dijo la mujer. — ¿Y cuánto le pediremos?

—Pídele un millón de florines — exclamó el marido; — luego veremos.

Y cuando Bichito volvió, a la hora de la cena trayendo los encargos — un quinqué con pantalla rosa, unos guantes de seda lila y una falda bajera escocesa, — Maritza le dijo, con su mas amable sonrisa:



—Querido Bichito, he pensado que, para evitaros tantos paseos, que acabarían por dar al traste con vuestra preciosa salud, nos traigais una bolsa con un millón de florines. Así no necesitaréis molestaros tan amenudo, y ya podré tomar una cocinera que os haga platos finos y os cuide como merecéis.

Al pobre duede se le arrugó la nariz, y casi estuvo por negarse en redondo, pero la muy ladina añadió, viéndole vacilante.

—Ya se que es una insignificancia para vos, pero por lo mismo os será más fácil complacerme. Aquella noche no volvió. Bichito, y Maritza dijo a su marido:

—¿ya ves? Ahora sí que se ha ofendido de veras, y no volverá. Tú tienes la culpa, por abusar de su amabilidad.

Pero al amanecer llegó el duende muy cansado, y llevando un saco en el que se amontonaban monedas de oro, de plata, billetes de todas clases, y hasta alfileres de corbata, sortijas y brazaletes.

Aquí tenéis el millón pedido — dijo el duende, muy satisfecho.

Y unos días después, mientras los esposos estaban en la ciudad, escogiendo muebles para alhajar uno de sus pisos que habían tomado en una especie de palacio cerca al río, el duende, sentado bajo los rosales del jardín, leía en el periódico:

"Una banda de malhechores desconocidos se dedica a desvalijar al vecindario. Es incalculable el número de robos que se registran desde hace unos días. Hora es ya de que las autoridades tomen cartas en el asunto..."

III

Nadie que hubiese conocido en su pobreza a la astuta Maritza y a su marido Georgi, las hubiera adivinado al verlos convertidos en los más elegantes de la ciudad, mirando por encima del hombro a los que, antes más ricos que ellos, no acertaban a explicarse aquella súbita fortuna.

Maritza no podía contar los trajes que se agolpaban en sus armarios de ébano con cerradura de oro, ni las joyas encerradas en lujosos cofrecillos y cuando se vestía para ir a la Opera o al baile, su esplendorosa belleza hacía palidecer las cien lámparas de su tocador. En cuanto a Georgi, tenía caballos árabes y ukranianos, veloces como galgos, más hermosos que los del Hospodar, y sus cacerías, eran famosas en toda la comarca.

Lo único que les mortificaba — ¡quién diría! — era la inofensiva presencia del amable Bichito, cuyo solo defecto era tener una figura estrafalaria.

No es que no la esté agradecida — pensaba Maritza, para disculparse ante ella misma. — Pero como la gente es tan mala, no dejan de hacerme preguntas irónicas que me mo'estan.

La otra tarde me preguntó la

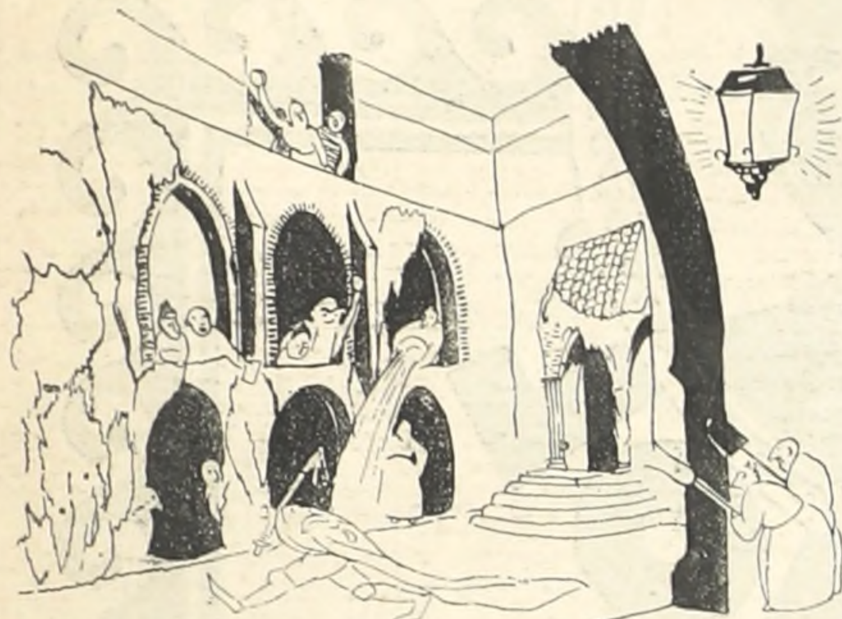
Continuación de la pág. de enfrente
señora del general si era mi hijo, y en cuanto a las niñas del boticario, estoy segura de que nos han sacado un mote. ¡Si pudiésemos convencerle de que se marchara de viaje...!

Pero la dichosa ambición no la permitió proponérselo, porque, después de todo, el pobre Bichito era muy útil y no dejaba de hacer todos los servicios que se le pedían. Su mismo marido temeroso de perder el bienestar que le era tan querido, se opuso terminantemente a que se le molestase de ninguna manera.

A la noche, el duende, muy vejado en su amor propio por el poco éxito obtenido, se decidió a emplear todos los medios.

Se puso una armadura muy vieja — la misma con que, cuando vivía fué a un torneo en tiempos de la reina Ana, consiguiendo sus felicitaciones. Se envolvió en un largo manto blanco, y, cogiendo una espada mohosa, se decidió a presentarse en el papel de "Waldefredo el invencible," que era siempre su triunfo definitivo.

Es imposible contar el escándalo que hubo aquella noche entre los



moradores del palacio. Como ya estaban todos prevenidos, cayó sobre el desventurado fantasma una lluvia de hortalizas, de agua sucia y de objetos en desuso, y una col le arrancó la careta, de modo que se volvió todo mohino y golpeado a sus habitaciones.

Pero el duende tampoco era feliz. Como llevaba tantos años de ayunos y de soledad, no tenía fuerzas para aprovecharse del lujo que le rodeaba. Los manjares más exquisitos y los vinos más raros le dejaban indiferente, y en su lecho, con seis colchones de pluma y sus cobertores de seda china, no podía conciliar el sueño. La fuerza de la costumbre le obligó por fin, una noche de luna, a salir por los corredores, arrastrando una pesada cadena y envuelto en una sábana blanca, mientras cantaba el romance de los hijos de Artús. Pero sólo consiguió que, al subir las escaleras, se abriese la puerta del segundo piso y surgiese la señora del boticario, con una taza de tisana en la mano, diciéndole:

—Caballero, si está usted enfermo, tome esta taza de tisana del doctor Samuel, no hay nada mejor para los dolores del vientre.

Al día siguiente, Maritza y su marido recibieron una amonestación del alcalde del barrio, y decidieron tomar una determinación.

No podemos, sin embargo, ofender a Bichito — dijo prudentemente Georgi. — Sería capaz de tomar represalias. Lo mejor es mudarnos de casa sin decirle nada. Avisaré a los carros que vengan mientras él se dedica a sus fechorías, y cuando vuelva a la casa estaría vacía y nosotros muy lejos. El pobre, con la edad, se vuelve ridículo e insoportable, y la gente acabará por criticarnos.

Y en efecto, así lo hicieron. Por la noche, mientras Bichito, con uno de sus disfraces se paseaba por los tejados a la luz de la luna, se efectuó la mudanza sigilosamente, y los esposos respiraron satisfechos.



El duende, al ver tan mal interpretados sus deseos, lanzó un suspiro estentóreo y se marchó a su habitación a continuar las tradiciones de los duendes, y aunque, en la mesa, Maritza hizo una delicada alusión a los que bebían demasiado y luego tenían pesadillas, por la noche, Bichito se puso un capuchón negro y una careta verde y se dedicó a desempeñar el difícil papel de "Fierabrás Tragabuches", una de sus mejores creaciones.

Sólo consiguió asustar a la cocinera del piso principal, que dejó quemarse el asado, y al día siguiente, Maritza miró al duende con malos ojos.

—Ya estamos libres de él — dijo Maritza. — Pero al abrir un armario para buscar sus guantes, salió de él, Bichito, fresco y reposado, que les dijo con algo de sorna:

—¡Conque nos hemos mudado de casa?

Marido y mujer se miraron consternados, comprendiendo que era inútil y ruín quererse deshacer en la fortuna del que les había ayudado en la desgracia, y que, aunque no queramos, el remordimiento y el agradecimiento nos siguen siempre como duendes familiares.

Y hasta el fin de su vida, tolerando sus manías, vivieron felices en compañía de Bichito.

"JAZZ-BAND".

Todos los rumores de la selva, todas las estridencias de las fiestas bárbaras, los más broncos rugidos, los más agrios metales, la discorde, desenfrenada sinfonía de un huracán empujando la lluvia sobre tejados de cinc; los alaridos de los perros que alcanza un *auto;* los gritos histéricos de las viejas características de teatro cuando fingen un ataque nervioso; el chillido del mono, y el croar de las ranas en las charcas, y los estridores de las rotas campanas, y las detonaciones de las *browings,* y el chasquido de los látigos carreteros, y el bombardeo de las tormentas...

Y aun más... Todavía más es el *jazz-band,* la música de moda en todos los restaurantes, en todos los casinos, en todos los salones.

Y a ese compás, salvaje y escandaloso, a esa algarabía grotesca de pieles rojas ebrios, las más bellas damas, orladas por los trajes suntuosos de la civilización, luciendo sobre sus hombros las más raras, exquisitas perlas, las creaciones más sutiles y magníficas, tortura de la imaginación de artistas y modistos, danzan, como se danza hoy, lánguidamente, complicadamente.

Cuando vemos los ademanes violentos, la desarticulación simiesca de los músicos del *jazz-band,* miramos alrededor buscando las telas chillonas, las cabelleras crespas, los labios abultados y los ojos bovinos de las negras hotentotas, sus bailes epilépticos, sus gritos de pajarracos tropicales...

Pero no... El escenario parece trazado por el pintor de cámara de una corte galante y suntuosa... Y bellas mujeres blancas, gráciles, cultas, reviven los mitos clásicos de las encarnaciones de Venus madre.

¿Cómo evitar ese contraste, ese choque entre la música bárbara y el ambiente y las personas supercivilizadas?



Es posible que el *jazz-band* rime en nosotros con un fondo atávico, de rudeza, de instintos fieros, de sensaciones primitivas, que el barniz de los siglos no ha cubierto por completo...

Y entonces nos es forzoso pensar que así como en la Naturaleza se operan esos prodigiosos "saltos atrás" que los fisiólogos estudian, en el arte y en la cultura ocurre lo mismo.

Y que el *jazz-band* es el "salto atrás" que en la música y en el baile da el mundo civilizado recordando a sus primeros progenitores...

El Hada de la Espuma

Cuento para niños

Por Delia Molinari de Acuña Friedrich

Hace muchos años vivía en una choza situada a orillas de un dilatado mar, un joven pescador llamado Mario.

Era éste, un hermoso muchacho honesto y trabajador que ganaba rudamente su sustento saliendo mar afuera, todos los días con su vieja barca "La Esperanza" en busca de pesca que después vendía a buen precio.

Una noche, antes de recogerse, recordó que había dejado, tendidas a secar, sus redes, en la playa y se encaminó a buscarlas.

Hacía una noche hermosísima... La luna, envolvía en un leve velo de plata todas las rocas. La playa parecía alfombrada con granitos de plata y las redes brillaban también, como si estuvieran tejidas con cordeles de idéntico metal. Maravillado ante la soberana hermosura de la noche, Mario se detuvo, recorriendo con la mirada la extensa playa. Pasmado de asombro creyó soñar, cuando sus ojos advirtieron una fantástica ronda de siete bellísimas criaturas que danzaban graciosamente sobre sus redes. Largos ropajes de mil colores envolvían sus cuerpos airosos y sus largas cabelleras rubias flotaban al viento.

Deseoso de gozar más de cerca de tan peregrino espectáculo, Mario siguió avanzando, más, al llegar a un centenar de pasos de las redes, las danzarinas abandonaron precipitadamente el improvisado salón de baile hundiéndose en el mar.

Decepcionado, el pescador recogió sus redes y se encaminó cabizbajo a su choza. No durmió en toda esa noche discurriendo de que medios podría valerse para volver a contemplar tan sorprendente aparición.

Al alba una ingeniosa idea hizo explosión en su cerebro. ¡Había encontrado como atraparlas! Y enseguida puso manos a la obra. De un tarro, que contenía una espesa y pegajosa sustancia, empleada por los marinos para calafatear las barcas, sacó varias pinceladas que fué depositando en distintas partes de las redes. Luego las tendió a secar, en el mismo lugar de la noche anterior. Con impaciencia esperó que asomara la luna encondido tras un enorme peñasco. Apareció al fin la pálida viajera, vertiendo su lluvia de diáfana luz obre la playa. Sobre las redes no se veía nada. El reloj de una torre lejana dió doce campanadas. Con la última surguió del agua envuelta en una capa de cristal una de las criaturas de la noche anterior, luego otra y otra hasta siete saltaron sobre la playa. Sin perder tiempo sacudieron sus sedosas cabelleras y largos collares de perlas se deslizaron hasta el suelo. Luego tomándose de las manos, con gran algazara, comenzaron sus danzas sobre las redes. Sus ropajes multicolores, ondeando a impulsos del aire semejaban pétalos de extrañas flores. Extraviado, Mario abría bien sus ojos para ver. Pero ninguna caía en la trampa. Saltaban sobre ella con despreocupado donaire siguiendo el ritmo de una invisible orquesta que esparcía dulcísimas melodías.

Próxima la luna a terminar su carrera, se dispusieron las encantadoras danzarinas a recoger sus carpas de cristal tendidas en la arena. Mario, contrariadísimo con este nuevo fracaso, salió de su escondite. Al verlo las fantásticas criaturas abandonaron las redes hundiéndose en el mar, menos la última, que al querer escapar, dando un gran traspiés fué a caer sobre la parte embreada de la red. Quiso arrancar sus piececitos del cepo pero no pudo.

Entonces Mario avanzó rápidamente hacia ella. Más antes de alcanzarla llegó a sus oídos una irritada vocecita que decía: "¿Cómo te atreves, osado mortal, a retenerme fuera de mis dominios, contra mi voluntad"?

—Perdón, exclamó Mario, cayendo de rodillas. No pensé jamás haceros daño, prosiguió. Quería convencerme de que no había soñado, nada más.

—¿Nada más? preguntó el hada con coquetería.

—Y volveros a ver contestó humildemente el joven y hermoso pescador.

Penetrada por el homenaje de admiración que le ofrecía el que la había raptado, el hada sonrió. Su malhumor y su disgusto se disiparon por encanto. Envolviéndose en su capa que fulgurba como si estuviese tejida con polvo de diamantes, se tendió en la arena, junto al asombrado joven

Y empezaron a charlar como dos viejos amigos. Supo así, que se llamaba el Hada de la Espuma" y que hacía pocos años que vivía en el mar.... ¿Te gustaría conocer mi historia? preguntó de repente el hada. Y sin esperar respuesta agregó: "sígueme y te la referiré en mi palacio submarino".

Sin pensar más, Mario se arrojó al agua en pos del hada, deslizándose por una especie de túnel bastante espacioso y de paredes de sorprendente transparencia, a través de las cuales, extraños seres lo miraban pasar...

Delante suyo iba el hada y asombrado observó que sus piernas se unían formando una aleta y que por sobre los brazos otras dos aletas apuntaban. Es una ondina, pensó.

Se deslizaron por el túnel, largo rato, hasta llegar a una plazoleta en la que vió alineados un centenar de extraños seres provistos de largos brazos que extendían y contraían rítmicamente.

Son hidras de mar, mis fieles guardias submarinos, dijo el hada. Custodian mis dominios. Sus tentáculos vigilantes, rastrean, incansables, atrapando cuanto intruso se acerca.

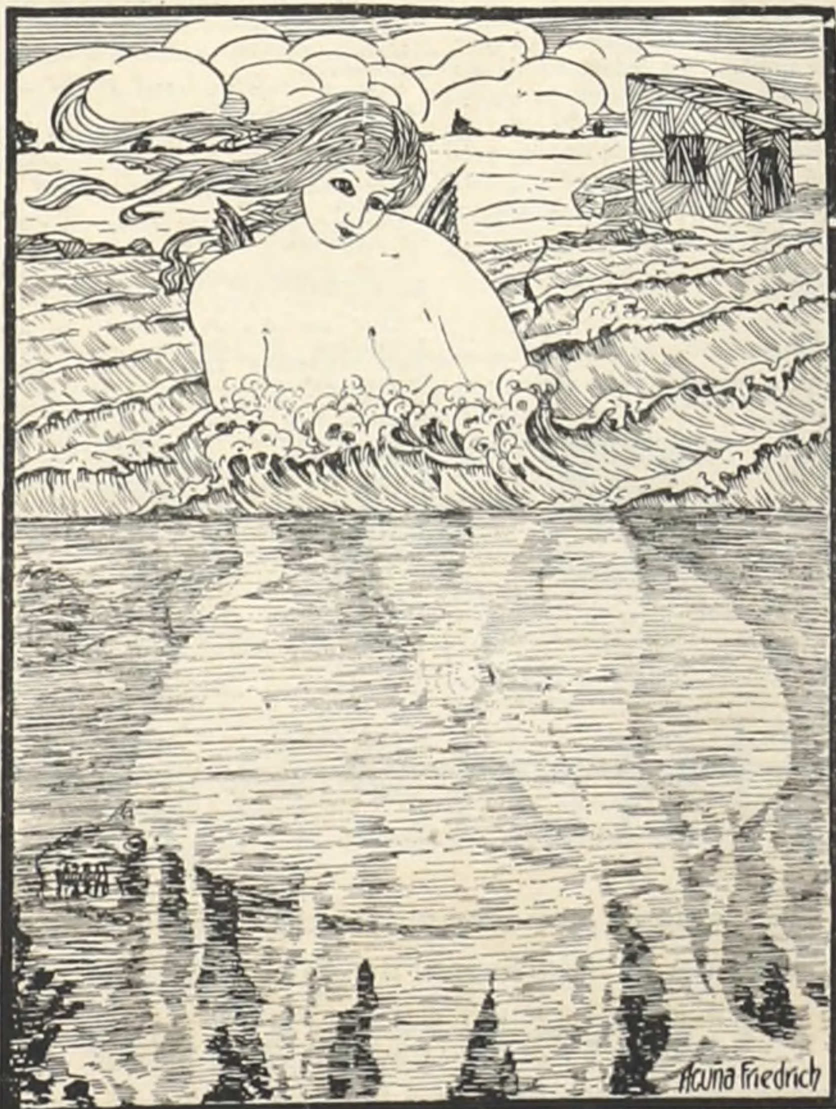
Ahora ven, dijo el hada tomando a Mario de la mano. Entraron en una maravillosa estancia tapizada de perlas cuyo techo sostenían gruesas columnas empedradas de aguasmarinas del tamaño de huevos de paloma, que despedían un suave y lechoso resplandor. En los rincones se veían divanes tapizados con algas de delicados colores.

Absorto, se dejó conducir a otra habitación que afectaba la forma de una ostra y presentaba sus dos paredes en forma de valvas, enteramente forradas de nácar con reflejos de oro y piedras preciosas.

¡Qué maravilla! exclamó Mario sin poderse contener. Aquí pasaría mi vida.

Calla, interrumpió el hada. No hables así. Desear lo que no se posee es muchas veces, buscar la desgracia. Cuando oigas mi historia sabrás la razón de estas palabras.

Y pasaron a otro aposento. No tenía techo; afectaba la forma de un mirador.



Sus paredes eran caladas y hechas de una primorosa materia de un vivísimo color escarlata, fabricada por unos minúsculos obreros llamados corales.. Son mis arquitectos preferidos, siguió diciendo el hada. ¡Qué artistas y que incansables trabajadores son! Reunidos en familias numerosas edifican, sin cesar, palacios de caprichosa arquitectura y tan sólidos como una roca

Veamos ahora mi jardín.

Descendieron por una escalinata de pórfido azúl hasta el agua. Junto al último peldaño aguardaban como si fueran embarcaciones varios graciosos seres marinos llamados medusas o más comunmente aguasvivas.

Me sirvo de ellas como navecillas explicó el hada, porque son ligeras y se deslizan como plumas en el agua. Esta, la medusa velera, es rapidísima y la utilizo con frecuencia. Subamos. Tomaron asiento y empezó la travesía más fantástica, a través del mágico silencio del jardín submarino, iluminado por una penumbra tornasolada.

Mira mis rosas de mar, dijo el hada. Han abierto dos más. Y Mario vió en efecto una extraña rosa adherida a una roca. ¿Son flores? preguntó al hada. Flores de carne, que aman la quietud y parecen, por esa cualidad, plantas. Mira, mira aquel clavel marino ¡cómo se balancea! Seguramente presciente la proximidad de alguna presa.

Entonces estas flores comen? inquirió estupefacto Mario.

¡Claro! repuso el hada. Comen cuanta alimaña se les aproxima; higienizan mis dominios y son con las hidras de mar agentes de la Salubridad Marina. Pero observa ese manojo de claveles marinos. ¡Qué matices tan variados ostentan desde el blanco de nieve al carmesí vivísimo!

En verdad no se sacian mis ojos de contemplar tanta maravilla, expresó Mario.

En ese momento dijo el hada: — se acerca ya el término del viaje y no te he referido aún mi historia. Escucha pues: no he sido siempre como me ves ahora. Hija del aire vivía en una invisible y etérea gruta y sobre mis hombros aleteaban, ágiles, dos alas irisadas. Y no era feliz. Desde las invisibles profundidades del cielo suspiraba por las insondables profundidades del mar. Todas las noches pedía a la luna una de sus escalas de plata y descendía en compañía de mis hermanos hasta la orilla del mar.

Tanto era mi amor al agua que mientras mis hermanas jugaban sobre la arena, yo, echada de bruces sobre la orilla, pasaba largas horas conversando con náyades, delfines, tritones y cuantos seres marinos pasaban.

Mi nombre "Copo de Luz" fué conocido en el mar. La hora del regreso sonaba siempre demasiado pronto para mí.

Una noche, en que mis hermanas me apremiaban a volver, gritándome ¡Copo de Luz, ven, que ya se va el último rayo de luna y te quedarás sobre la tierra! exclamé; ojalá me quedara para siempre.

Fué decir eso y el rayo de luna desapareció viéndome sola sobre la playa. Mis alas habían desaparecido. Loca de alegría y de insensatez pedí al Rey de las Aguas hospitalidad.

El rey de las aguas me recibió afablemente, dándome con el título de Hada de la Espuma el palacio que acabas de visitar. Los primeros tiempos fueron para mí muy felices, pero la felicidad también cansa, amigo mio y empecé, desde las insondables profundidades del mar a desear volver a ver las luminosas lontananzas del cielo.

Cuando vivía en el cielo, amaba el mar; ahora, desde el mar, donde vivo, suspiro por el cielo, lloro sin esperanza de que vuelvan mis alas irizadas, mi nombre de luz y mi eterea gruta. Ya ves que las hadas solemos también perder el juicio. Más he aquí el término de tu viaje, agregó.

No quiero volver a la tierra, exclamó resueltamente Mario. Déjame a tu lado. Conduciré tus embarciones; seré tu esclavo.

El hada, tristemente, le respondió: ¡cuán pronto olvidaste mi historia! La verdadera felicidad consiste en conformarse con lo que tenemos. Lo que podría ser, echa a perder, lo que es. Recuerda siempre este consejo y... adiós.

Cuando Mario abrió los ojos se encontró sobre la playa. El Hada de la Espuma había desaparecido. Una aplastadora tristeza le estrujaba el corazón. Pensó echarse de cabeza al mar; pero recordando las últimas palabras del hada, recogió sus redes, y cargando con ellas se dirigió a su barca, repitiendo en alta voz el consejo del hada. *La verdadera felicidad consiste en conformarnos con lo que tenemos. Lo que podría ser, echa a perder lo que es.*

Pequeñas causas de divorcio

Un repórter londinense ha tenido la humorada de anotar en su carnet las razones que algunas señoras han aducido ante el juez justificando su demanda de divorcio.

He aquí algunas:

—"No me hizo un regalo el día de mi cumpleaños".

—"Dice que no sé cocinar".

—"Está siempre cantando lo mismo: "tumth-tumth-tum" y me tiene loca con la canción".

—"Tiene la costumbre de fumar en la cama".

—"Me llevó a pasear y no me dirigió la palabra mientras fuimos en tranvía".

—"Tiene los pies fríos como el hielo y quiere hacerlos entrar en calor poniéndolos junto a los míos".

—"No me permite que fume".

—"Me ha comprado dos vestidos tan sólo en tres años".

—"Ronca de una manera estrepitosa".

La generalidad, no obstante, de las mujeres que piden el divorcio, lo hacen fundándose en otras razones de más importancia que las citadas; en la mayoría de los casos los malos tratamientos por parte del esposo y en no pocos la tacañería de éste.

Respecto de este último punto el libro de notas del repórter suministra datos que no dejan de ser curiosos.

Durante la escasez de azúcar que la pasada guerra determinó en Inglaterra, en uno de los casos de divorcio probó la esposa el espíritu avaro del marido, citando este hecho: Ambos tenían separadas sus respectivas raciones de azúcar y el, para darse cuenta de si le quitaban el suyo, encerraba una mosca en el tarro donde la tenía; si al abrirlo no estaba el animalito era señal de que su esposa le había hurtado algún terrón y entonces el bochinche era inevitable.

DE JOSE MARTI

No ha de temerse la sinceridad; sólo es tremendo lo oculto.

La vida tiene horas de oro en que parece que el sol sale en el alma y con ejército que asalta escala y bulle la gloria por las venas.

En la justicia no cabe demora; y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí.



El estornudo en las grandes ciudades

Lo que todos deben saber

En Norte América se ha iniciado una campaña contra lo que se ha dado en llamar "la enfermedad universal", y que no es otra cosa — ¡no hay que asustarse por aquel nombre sonoro! — que el sencillo y molesto resfrío o catarro o coriza. Mas, lo cierto es que el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos nórdicos va a realizar un estudio de tres años, en la esperanza de hallar los medios de evitar la propagación del catarro.

No hay poca gente que llama "fuerte resfriado" al achaque en cuestión, que causa tantos desasociegos y tanta pérdida de tiempo y de dinero, pues todos caemos, de cuando en cuando, víctimas de la molesta afección, que en las familias no deja a nadie indemne. Si alguien en una casa la contrae, el resto de sus habitantes caerá también en las redes de esta epidemia que, particularmente en invierno, suele afectar a comunidades enteras. Las casas cerradas por todas partes y calentadas sin ventilación adecuada, son muy propicias a la propagación del mal.

Hay varias especies de gérmenes comprometidos en este diabólico negocio. Uno de ellos, generalmente el principal, que provoca los "resfríos de cabeza" es el bacilo "coryzac". Otro es el "micrococus catarrhalis" esto es el infinitesimal microbio del catarro.

La faz es una máscara. Detrás hay un espacio que está dividido en dos compartimentos o almacenes. El almacén inferior es la boca cuyo techo es el piso del otro almacén, constituído por las cavidades nasales. Una capa de membranas une los dos almacenes o compartimentos, extendiéndose luego hasta la garganta.

Esa membrana, cuando está atacada por gérmenes invasores, secreta una cantidad de líquido que trata de neutralizar la irritación causada por los microbios venenosos. De modo que una persona que sufre de "resfrío en la cabeza", a fin de conservar libres las entradas del aire respirable, está obligada a soplar fuerte y continuamente su nariz, y la acumulación de materias mucosas es muy incómoda.

Casi todas las personas sordas deben su aflicción a los gérmenes del "resfrío" que encuentran la vía libre desde los pasos nasales hasta los tubos que llevan al interior de los oídos.

Los resfríos se contraen fácilmente porque son una de las enfermedades contagiosas que existen. El nene tiene un fuerte resfrío, aunque no tan grave que lo obligue a quedarse en casa. En la escuela estornuda y, como resultado, todo el aire del aula se llena de invisibles gérmenes provenientes del resfrío del nene. Pocos días después se declara una epidemia de resfríos entre los chicos de la dicha escuela.

En su casa, el nene tose y estornuda. Entonces, la hermanita menor agarra un resfrío, y luego no hay miembro de la familia que se escape, los criados inclusive, naturalmente.... Porque nadie hace caso a la indicación del médico, que indica el aislamiento para la persona atacada de resfrío, que es, realmente, una afección perjudicial.

Agrégase que las reuniones públicas son muy propicias a las infecciones que nos ocupan. Los espectadores resfriados estornudan en los teatros y tosen y emiten una verdadera lluvia de microbios que esparcen el mal entre toda la concurrencia, y sucede lo mismo que hemos apuntado en la escuela.

Porque no nos acostumbramos a darnos cuenta de lo que significa estornudar en público. Con ocasión de las varias epidemias gripales que han azotado a los diferentes países civilizados se ha comprobado que los estornudos son el principal vehículo de contagio y el más rápido.

De modo que una persona que sufre de resfrío debe, por decencia y por amor al prójimo tener precauciones, la primera de las cuales es sumamente sencilla: tomar el pañuelo del bolsillo y colocárselo en la nariz cada vez que se estornuda, cubriendo al mismo tiempo la boca. Esta fácil precaución no es muy habitual, desgraciadamente, por una gran cantidad de acatarrados que no tienen una educación suficiente ni una noción del mal que causan voluntariamente o no.

Un médico especialista ha dicho que un fuerte estornudo puede también lanzar gérmenes que cubran casi el espacio de una habitación regular.

Debe tenerse en cuenta que las personas que gozan de salud perfecta son casi inmunes al resfrío. De modo que cuando ese mal nos ataca es bueno que comprendamos que nuestro organismo está un poco bajo el nivel de la salud perfecta, y es preciso poner atención y saber cuidarse, poniendo en práctica las indicaciones sencillas que hacen las autoridades competentes en la materia y que en ciudades como Montevideo y Nueva York trabajan eficazmente por el bien público. Mas, entre todas las indicaciones, hay una que es bueno mencionar especialmente, de acuerdo con la insistencia profesional, y es la de dormir con la habitación dispuesta de modo que el aire circule y cambie. El aire de una habitación cerrada durante toda la noche, particularmente si se trata de más de una persona que duerma allí se vicia y es causa seria de resfríos y otras afecciones nasales, guturales, bronquiales o pulmonares, que deben prevenir los habitantes de las ciudades civilizadas, donde el amontonamiento enrarece el aire, que es el elemento esencial con que los pulmones fabrican la sangre que circula por el organismo dándole y conservándole la vida.

LA LISTA DE CARNEGIE

Algunos años antes de su muerte y en ocasión de ofrecer a la "Sociedad de investigaciones científicas de Nueva York", la suma de diez millones, Carnegie pronunció un discurso en el cual enumeró los diez y ocho inventores que, según su opinión, habían revolucionado al mundo.

Helos aquí:

Volta, el físico italiano, a quien se debe la construcción de la primera pila eléctrica y el descubrimiento de la electricidad dinámica.

Papin, el físico francés, cuya célebre marmita fué el origen del descubrimiento de la elasticidad del vapor y sus posteriores utilizaciones.

Los hermanos Montgolfier, fabricantes de papel en Annonay, Francia, a los que se debe la invención de los globos.

James Watt, escocés, hábil mecánico, que consiguió hacer completamente automática la máquina a vapor.

Richard Arturight, inglés, inventor de la máquina para hilar que reemplazó al huso y la rueca.

Jacquard, un mecánico de Lyon, que construyó el primer telar. Este se emplea aún en nuestros días con ligeras modificaciones.

Lamarck, naturalista francés, precursor de Darwin, que concibió la teoría del transformismo universal.

De Jouffroy, el verdadero inventor de la navegación a vapor, atribuída erróneamente al norteamericano Fulton.

Jenner, naturalista inglés, a quien se debe la vacuna contra la viruela.

Lavoisier, francés, padre de la química moderna, guillotinado durante la Revolución de 1793.

Morse, norteamericano, que inventó el primer telégrafo eléctrico.

Lebon, francés, el inventor del alumbrado a gas, que fué perfeccionado más tarde por el inglés Murdock

Stephenson, inglés, que construyó la primera locomotora.

Bessemer, ingeniero inglés, cuyos sabios descubrimientos revolucionaron la metalurgia.

Morton, médico inglés, creador de la anestesia.

Pasteur, francés, célebre por su vacuna antirrábica.

Edison, norteamericano, a quien debemos el fonógrafo, el cinematógrafo la lámpara incandescente y notables perfeccionamientos en electricidad y mecánica.

Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos.

EL HOMBRE DE DOS CORAZONES

Este ser tan excepcional es un carpintero del Estado de Nueva York, llamado Tom Harvey, que cuenta actualmente veintiocho años de edad. Tom no por tener dos corazones deja de llevar una vida activa y laboriosa y de disfrutar de una excelente salud. Además, no es artista, ni siquiera más sentimental que otro mortal cualquiera, cuestión que deja mal parada la tradicional idea que asigna como sitio del sentimiento el músculo cordial.

Cuando fué descubierta su anomalía, recientemente, y comprobada con experimentos radioscópicos, un especialista ofreció al carpintero quince mil dólares a cambio de la autorización para extraerle uno de los corazones, asegurándole no haber peligro en ello, ya que con el otro podía vivir. Nuestro hombre tuvo la prudencia de no aceptar, pero no ha renunciado a sacar partido de su curiosidad anatómica sin peligro de su vida y sin molestia alguna; ha puesto anuncios en los diarios ofreciendo en venta sus corazones para después de muerto.

UN GRAN HONOR

El gran escritor belga Mauricio Maeterlinchk fué invitado a almorzar por los reyes, para otorgarle la Orden de Leopoldo.

Al terminar el almuerzo, Alberto de Bélgica, dirigiéndose a sus hijos, exclamó:

—Mirad bien al señor Maeterlinck, hijos míos, para que os acordeís más tarde de que habéis tenido el honor de sentaros con él a la mesa

---

Para toda alma elevada, la felicidad se compone de ciencia, filosofía y conformidad. — *Mery.*

Sólo las grandes almas pueden juzgar las grandes cosas.—*Houssaye.*

La excentricidad es la caricatura de la originalidad. — *Guinot.*

La política virtuosa es la única útil y durable.

Mirando jugar al tennis

Por la mañana, bajo la fronda amorosa de los eucaliptus enormes del Parque Rodó, yo he visto jugar al "tennis".

Iban y venian, desflecando al sol la movediza liviandad de sus trajes, las muchachas ágiles.

Piernas de bronce, muslos de fibra, brazos de acero.

Bajo la caricia ardiente del sol, — la cara contraída, los ojos chiquitos, la melena refulgente, yo he visto jugar al tennis.

Juego de danza inverosimil e inesperada. Danza sin música para el oído. Música de sol y música de mordiscos dados en la fina arena por los nerviosos zapatitos blancos.



Música de brisa caliente; de suspiros tibios.

Bajo la fronda amorosa de los eucalíptus prodigiosos, yo he visto jugar al "tennis".

Impetu de viva audacia llevaba los cuerpos al aire; impetu incontenible lanzaba hacia arriba los dos brazos desnudos y tersos.

Brazos de bronce requemado.

Allá, en lo más alto, las pequeñas manitas salpicando la gracia alargada de los dedos.

Danza inexplicable con música "game".

* * *

Bajo el cielo ardiente, danzan las muchachas dentro de la cancha blanca.

Agiles, las macizas pelotas rebotan en el suelo caldeado.

Cuando se sienten desfallecer de cansancio, van a dormirse en el regazo amable de la fresca red.

Danza del "tennis"...

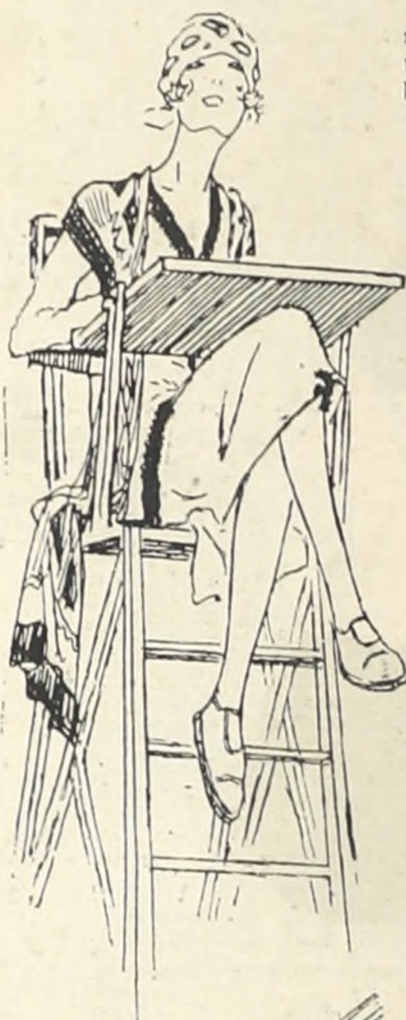
Inexplicable "ballet" bajo la estupenda armonía del cielo y de la tierra encendida.

Copos de nieve, desborde de bordados, sútiles encajes envuelven los cuerpos de las jugadoras.

Cintas rojas, verdes, azules sobre el sueño de los ojos, bajo la melena arisca.

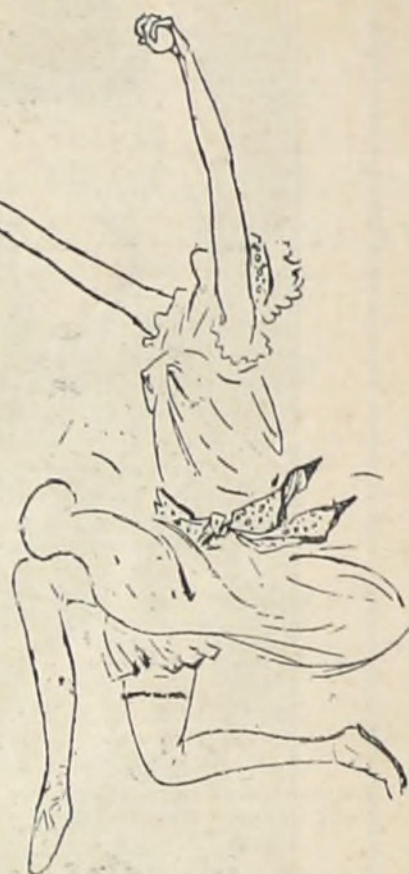
* * *

Divinas muchachas a las que he visto ejecutar la danza del "tennis"; yo os deseo dicha en la vida a cambio de este minuto de belleza que me habéis dado.









Gráciles muchachas, atornillándose, de un salto, en el aire.

Esbeltez de figuritas blancas; senos rotundos bajo la tiranía de una tela sútil; piernas tostadas vibrando bajo la media blanca; manos inquietas; ojos inolvidables; bocas de guinda...

* * *

Bajo la armonía de la naturaleza, al compás de música secreta, danzan la danza del "tennis" las muchachas.

Amf.







Una actriz china

Antes de venir al mundo, los padres bautizaron a su futuro vástago con el nombre de Song, Palabra que en la lengua china quiere decir Dos, y rogaron al cielo que les mandase un varón, pues en su hogar tenian ya una hembrita. Más el cielo no hizo caso a los ruegos del joven matrimonio, y les mandó otra hija, lo cual en toda familia china es considerado como una verdadera calamidad. Para demostrar su desengaño, el padre puso a la niña el nombre de Wong Lew, nombres que equivalen, en español más o menos castizo, a Sauce Helado.

Han pasado diecisiete primaveras y el "Sauce Helado ha reverdecido y se ha convertido en el encanto y el orgullo de sus padres. Ana May Wong es hoy una de las actrices del cinema más renombradas. Entre las películas en que últimamente ha tomado parte, merece especial mención "The Alaskan" en la cual el popular Thomas Meighan interpreta el papel de protagonista.

LOS DEPORTES EN LAS PLAYAS



Jurisprudencia

Las costumbres y las leyes de la República de Cunegunda descansaban en el respeto a la mujer. Toda falta en este sentido estaba castigada por el Código. El doctor Flamidor pudo hacer un día la prueba por sí mismo.

Flamidor era uno de los personajes principales de Cunegunda, la capital de la República. No había solemnidad nacional en la que no se reclamase su presencia.

Asistía un día en el hipódromo a la carrera clásica. Una inmensa multitud seguía con gran interés su desarrollo. El doctor Flamidor hacía lo posible por ver algo; pues tenía una señora delante, cuyo sombrero descomunal le tapaba la vista, y cuyos pies, al ponerse aquélla de puntillas para ver mejor, destrozaban los suyos.

Al principio, con una fatuidad muy disculpable, creyó en una insinuación de la señora: pero el dolor que llegó a sentir en los pies le hizo que se desvaneciesen las esperanzas que abrigara al comienzo. Cambiar de sitio era imposible; la enorme muchedumbre lo impedía. En vano trató de apartarse: la señora volvía a pisarlos con una obstinación, que le causaba cada vez mayores dolores. Cuando los caballos pasaron como una exhalación, un pisotón más fuerte que los anteriores lo hizo exclamar:

—¡Camello!

La señora se volvió furiosa y gritó:

—¡Este hombre me ha insultado! ¡Me ha llamado camello!

Antes de que el doctor Flamidor tuviera tiempo de excusarse, la señora había llamado a un agente de policía y conseguido testigos. Aún siendo tan conocido, tuvo que dar su nombre y su dirección. Pocos días después comparecía ante el tribunal correccional.

La dama ultrajada pedía una indemnización.

No hay que decir que el día del juicio la sala de la audiencia estaba de bote a bote. Había señoras hasta detrás del sillón del presidente. Entre los asistentes figuraban los más ilustres representantes del foro, la política, las letras y las artes.

Circulaba de mano en mano el diario "El Rumor", que consagraba al asunto del día un brillante artículo y varias fotografías: Flamidor, de niño; Flamidor, soldado; Flamidor, estudiante: Flamidor, alumno de boxeo y, por último, Flamidor, mártir! Recibía constantes muestras de simpatía. En el banco de la justicia civil, la dama ultrajada lanzaba una mirada de desafío al público, que no disimulaba su hostilidad hacia la acusadora.

Entraron los jueces y se hizo un profundo silencio. El presidente invitó al doctor Flamidor a levantarse y a prestar el juramento. Se dió lectura a la parte del expediente, en lo que respecta a la acusación y dijo el primero:

—¿Son exactos estos hechos?

—Sí, señor.

—¿Es verdad que llamó usted camello a la señora?

—Sí, señor.

—¿Qué tiene que alegar en su defensa?

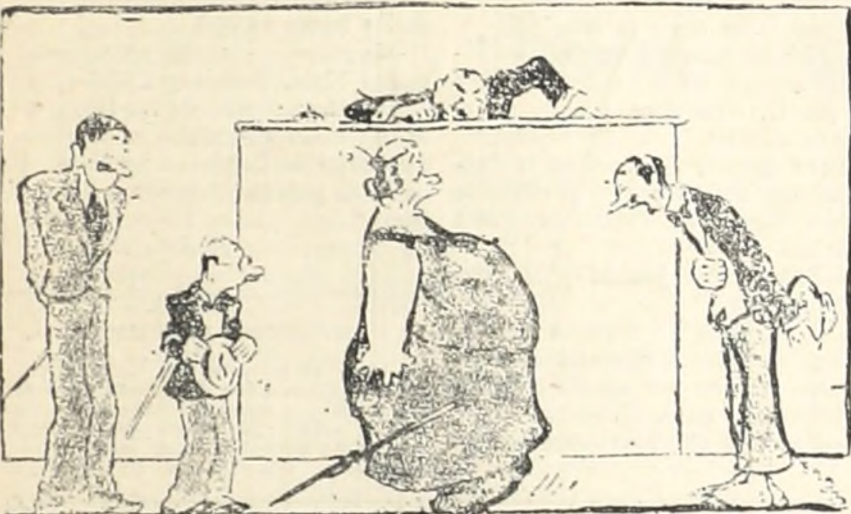
—Nada.

—¿Desea usted que le señale un defensor de oficio?

—¿Para qué, señor presidente? No podría impedir que haya llamado camello a la señora.

—Entonces, tiene la palabra el abogado de la parte acusadora.

Este como se esperaba, cubrió de lodo la persona del doctor Flamidor, ¿Qué iba a ser de las tradiciones de galantería de la República de Cunegunda si los personajes más distinguidos se encargaban de desdeñarlas? Terminó su discurso entre grandes murmullos de desaprobación.



El presidente consultó con el resto del tribunal, y la condena fué benigna: dieciséis pesos el mínimo de multa. La partte acusadora recibiría un peso de indemnización, que reclamaba.

El doctor Flamidor se levantó entonces y preguntó:

—Señor presidente, ¿puedo dirigir algunas preguntas al tribunal?

—Antes le he concedido la palabra y no ha querido decir nada. ¿Qué puede usted añadir ahora?

—Señor presidente: no quiero protestar contra la pena que acaba de imponérseme. Sólo quisiera pedir al tribunal algunas aclaraciones, algunos consejos para el futuro.

—Si es así...

—Señor presidente: ya sé que no se puede llamar camello a una señora, puesto que hacerlo me cuesta dieciséis pesos: mejor dicho, diecisiete. Pero yo pregunto al tribunal si se puede llamar señora a un camello.

—¡Hombre, no creo haya inconveniente — agregó el presidente con movimiento como de consulta a sus compañeros que asintieron.

Entonces el doctor Flamidor se volvió hacia la dama ultrajada, e inclinándose con respectuosa ceremonia ante ella, le dijo:

—"Señora", tengo el honor de saludarla.

Julieta Cabrera.

De Roosevelt

El hombre debe ser honrado en primer lugar, y además de ser honrado debe ser valiente. Pero estas dos cualidades no bastan; por honrado y valiente que sea el hombre, si es insensato de nacimiento, es poco lo que se puede realizar por medio de él.

Procuremos mejorar las condiciones de la vida y hacer que el mundo sea mejor, aunque sea solamente un poco mejor, por haber nosotros vivido en él.

La alegria de vencer

Como lobos habrientos hacia la carne venteada caminaban los cuatro mozos, rápidos, inquietos, centelleantes de ansiedad los ojos.

Juanón de Blás iba delante, andando a grandes zancadas; al aire las enmarañadas melenas, que, agitadas por el violento andar, semejaban las de un león sacudidas en fiero reto; flotante como monstruosas alas, la sencilla blusa minera; en la mano izquierda la garra diminuta y en la diestra la fuerte vara de roble que era fiel compañera del mozo en el peligroso caminar por las intrincadas sendas monteses y en las recias peleas lugareñas.

Detrás iban Pachin, Nolo de la Braña y Colás de Juana corriendo



trabajosamente, sudorosos, jadeantes sobre el hombro derecho la chaqueta de grueso paño y en las manos la gorra y las pesadas almadreñas.

Habían abandonado la estrecha "calella" y caminaban por un prado, en cuya superficie, brillante, con lucir de esmeralda, la Luna, grande y luminosa, marcaba, deformándolas, las siluetas de los cuatro caminantes, como si, celosa de tanta belleza, quisiera estropear con tales manchas, grotescas e intensamente negras, aquel hermoso manto verde de la Madre Tierra.

Tras del prado atravesaron los mozos un extenso maizal, llenando el aire de ruidos lúgubres, como de crujir de huesos — los chasquidos de las cañas tronzadas, — y se detuvieron junto al tosco muro de piedra que cerca aquel labrantío y le impide, menos en los grandes temporales, precipitarse sobre la "calella" para disputarla, con imponentes "argayus", el terreno que le arrebatara.

Los cuatro mozos, de pie sobre el muro, escucharon ávidamente.

En el silencio de la campiña calmada, durmiente, resonaban, ora alegres, ya melancólicas, las tonadas de las rondas mozas. Oiase también el melodioso cantar de una gaita. El eje de un carro, atormentado por la sed, quejábase con penetrantes chirridos. La Hoya, el monstruo que sorbe las aguas del rio, abierta siempre su espantosa bocaza, rugía sordamente.

De la torre de la cercana iglesia parroquial partieron once campanadas, que a lomos del Eco recorrieron todo el valle cantando en los huecos de los edificios y en las hendiduras de las montañas su himno triunfal a su padre el Tiempo.

—Es prontu — dijo Juanón.

—Sí; es trempanu — confirmaron a una voz Pachín, Nolo y Colás.

Y los cuatro se sentaron pausadamente en el tosco muro, cerca del puente que cruza el rio junto a La Hoya.

Media hora antes de que llegaran junto al río, Juanón, Colás, Pachin y Nolo se hallaban en uno de los chigres de su aldea jugando su cotidiana partida de tute.

Sobre la mesa mugrienta que rodeaban los jugadores sentados en desvencijadas banquetas se erguía airosa una alta botella llena de sidra, junto a ella, como rapaz pegado a las faldas de la madre, se hallaba el vaso sucio, pringoso, que utilizaban los cuatro mozos para sus libaciones.

En el suelo junto a la mesa, estaban amontonadas hasta una docena de botellas, cuyo contenido habian saboreado ya los paladares, siempre ansiosos de sidra, de los cuatro mozos.

Tras de una reñida baza suspendieron los mozos el jugar para reanudar el beber.

Juanón tomó en su ancha diestra la botella y la elevó por encima de su cabeza, mientras en la mano izquierda bajaba el vaso a la altura de sus rodillas; luego tendió botella y vaso y sobre este cayó, como áurea y espumeante cascada, el dulce zumo que aquella contenía.

Nolo de la Braña, que bajara aquel día a la capital del Concejo, contaba las novedades que habia encontrado en aquella aldea.

Un momento, tras otros muchos de charla, se encaró Nolo con Juanón para decirle:

—Por ciertu que ¿sabis lo que dixeronme que dicen de ti. Pues que dende que punsistete a la mina ya non eres el mesmu mozu valienti y duro qu'endinantes; que dixástete quitar la fía de la Roxa y ya non baxas por La Vega porque ties mieo a Pepón.

—¡Mientin! — rugió Juanón, dejando violentamente sobre la mesa la frágil botella, que se hizo pedazos. — ¡Mientin! — gritó otra vez descargando un furioso puñetazo sobre la mesa. — Y pa probarbus que non teñu mieo a ese xigantón — siguió Juanón de Blas, — esta nochi tirareli al riu.

Luego añadió siniestramente:

—Esta noche Pepón, como non sepa nadar bien, dormirá en La Hoya.

Y rápidamente salió del establecimiento y se encaminó al río.

Colás, Pachín y Nolo le siguieron, deseosos de presenciar la bárbara lucha.

El reloj de la iglesia tornó a sonar anunciando el paso de otra hora.

Casi al mismo tiempo se esparció



por el aire la voz clara, sonora, que cantaba, enamorado y fanfarrón:

"Santa María.
En todu este conceyu
no hay moza como la mia."

Los cuatro amigos se pusieron rápidamente en pie y avanzaron hasta el puente, situándose Juanón en el centro de éste.

Poco después apareció en la "calella" que une al pueblo y el rio la airosa figura de Pepón de Santa Marina.

—Buás nochis Juanón y la compaña saludó.

Los aludidos no contestaron.

Pepón empezó a atravesar el puente algo inquieto por aquella acogida. Juanón le atajó, diciéndole:

—Por aqui non pasas esta nochi.

Pepón requirió, conciliador:

—Vamos. Xuanón, déxame de pasar, que non tenuo ganas de pelearme contigo.

Juanón insistió, desafiante:

—Teñu dichu a estus qu'esta nochi tírote al ríu.

Pepón, en vista de que no podía rehuir la pelea, se aprestó a la lucha y retó:

—Veremos quién va l'agua.

Los dos mozos se precipitaron el uno sobre el otro y comenzó una lucha ruda, brutal. Las fuerzas estaban equilibradas; la habilidad del uno ibase a la zaga con la del otro y los dos luchaban denodadamente; como que en ello los iba su prestancia en el Concejo, su fama de mozos valientes y fuertes.

Unos segundos, después de largo rato de rudo forcejeo, se balancearon los dos cuerpos, estrechamente enlazados, sobre la barandilla del puente. Luego, a un supremo esfuerzo de Juanón, el balancín humano cayó sobre el pavimento.

Pepón, que soportó el golpe contra el puntiagudo empedrado, quedó inmóvil, desvanecido.

Juanón se desprendió rápidamente de los brazos de su rival, cogió el desmayado cuerpo de Pepón y, tras de balancearlo fuertemente para darle impulso, lo arrojó al río.

La alegría de vencer inundó entonces su espíritu y de su garganta salió fuerte, vibrante, el grito triunfal de los mozos astures.

—Ixuxium — repitieron entusiasmados Nolo, Pachín y Colás.

Al mismo tiempo de La Hoya salió un ruido espantoso: el inanimado cuerpo de Pepón de Santa Marina había pasado al vientre del monstruo.

J. Soto Barrera.

INVENTOR ALTRUISTA

—Con el invento que aquí le presento se acabaron los accidentes ferroviarios..., pues los trenes no correrán más. ¡De ahora en adelante serán las estaciones las que anden!

Hace 100 años los automóviles a vapor eran la maravilla del día

¿Automóviles hace cien años? ¿Coches a motor que transportaban miles de pasajeros por las rutas de Inglaterra diariamente y con toda regularidad? "Imposible", estamos tentados de exclamar, y sin embargo, la gran epopeya de los automóviles a vapor, a pesar de haber caído ya en olvido, era un hecho muy real en los años 1821 al 1840.

Máquinas sobrecargadas de acero con ruedas más altas que la estatura de un hombre, surcaban cien años hace con un ruido infernal los caminos casi intransitables de la Gran Bretaña, debiendo vencer dificultades que hubieran desanimado a más de uno de nuestros automovilistas modernos. A pesar de lo extraño y poco prácticos que aparecen aquellos vehículos en los grabados de esos tiempos, prestaban empero servicios muy apreciables si se toma en cuenta el estado de los caminos que debían recorrer. La máquina y la caldera de esos monstruos se encontraban casi siempre en su parte trasera, donde el chauffeur o el ingeniero estaban de pie sobre una pequeña plataforma alimentando la caldera y regulando al mismo tiempo la velocidad del vehículo de acuerdo con las señales que le hacía el conductor. Si bien esos tempranos "automóviles" eran de una construcción bastante primitiva, revelaban, sin embargo, un verdadero arte de ingeniería, el que se debe considerar precursor de muchos importantes perfeccionamientos que encontramos en los autotómiles modernos. En los vehículos a vapor de Gurney, la "toma directa", el ideal del verdadero arte de contrucción, se encontraba en forma rudimentaria pero positivamente realizada, mientras que el 'diferencial' fué aplicado sólo en modelos ulteriores de aquella época. En efecto, el genio inventor de hace cien años corre parejo con los grandes nombres de nuestros días y en el sitio de los nombres Duryea, Apperson, Ford y Winton, encontramos aquellos de Watt, Trevenick, Goldworthy Gurney, Sir Charles Dance y Walter Hancock, como pioneers en la historia de los vehículos a motor 100 años atrás.

La personalidad más prominente de aquellos días era Goldworthy Gurney, quien comenzó sus experimentos en el año 1823. Construyó varios modelos de vehículos a vapor, uno de los cuales fué vendido a Cramshaw, el gran rey de ferrocarriles de Gales del Sud. La máquina fué puesta sobre rieles de tranvía, "para arrastrar 20 toneladas", y levantaba vapor en menos de 5 minutos, descontando una distancia de 5 kilómetros en 39 minutos. Dos años más tarde la máquina fué retirada del servicio en vista de algunas reparaciones necesarias. El movimiento de las máquinas a vapor tomó gran incremento y se formaron grandes empresas que tenían por objeto la construcción de aquellos vehículos allá por el año 1830. El interés que despertaba esa forma de transporte mecánico fué tan grande, que en el año 1833 un escritor, Alejandro Gordon, propuso en el primer diario automovilístico "The Journal of Steam Transport", hacer ingresar en las cajas del Estado todas las ganancias producidas por los vehículos a vapor, presintiendo la tendencia moderna de la propiedad del estado.

Considerando las enormes dificultades que tuvieron los pioneers del automovilismo en cuanto a caminos y mecánica, el servicio que prestaba el coche a vapor era verdaderamente extraordinario. Entre Londres y Bath los vehículos corrían a una velocidad media de 20 kilómetros por hora, y en los cuatro primeros meses del año 1831 Sir Charles Dance instaló un servicio entre Cheltenham y Gloucester, con coches a vapor modelo "Gurney". Se hicieron tres viajes dobles por día, total 396 viajes con un recorrido total de 6.000 kilómetros y transportando 2.666 pasajeros.

Cuando fué inaugurada la primera línea de ferrocarril en Inglaterra, la de Londres a Manchester, en el año 1826, se veía a las claras que el desarrollo del coche a vapor marchaba a la par con esta competencia. La lucha comercial entre los dos rivales fué tan ardua, que los manejos del "Turnpike Trust," que consultaba los intereses de los industriales del acero y fundadores de los ferrocarriles, consiguieron por medio de dificultades aduaneras y propaganda desalmada, que los dueños de los automóviles no se pudieran procurar caminos en buen estado, indispensables para alcanzar rendimientos comerciales para sus empresas.

En muchas comunas la opinión pública se mostraba hostil a los vehículos a vapor. En las rutas que aquellos frecuentaban, se acumulaban grandes cantidades de piedras y otros obstáculos, a fin de poner trabas "a aquella forma de transporte contraria al sentido común". Era la época de oposición contra cualquier clase de máquinas y de ello se hizo una cuestión nacional, dirigida especialmente contra aquella maquinaria que empezaba a reemplazar en todas partes del reino los antiguos telares y tornos a mano. Un día, cuando uno de los coches a vapor pasaba por Melksham Fair, una muchedumbre atacó el vehículo y a sus pasajeros. El inventor, Mr. Gurney y su ingeniero, Mr. Bailey, fueron gravemente heridos. El coche no sufrió mayores desperfectos, porque estaba sólidamente construído y los atacantes no disponían de herramientas adecuadas para su destrucción. Los obstáculos puestos en los caminos provocaban muchas roturas de ejes y múltiples accidentes, los que aumentaban con la mayor velocidad que adquirían con el tiempo los "automóviles" y con el crecimiento de su número. En Escocia hizo explosión una caldera, y un coche "Gurney" volcó, matándose varios pasajeros. Después de estos accidentes el Parlamento prohibió el uso de vehículos a vapor sobre rutas generales en Escocia.

Una autoridad de aquellos tiempos resumía todo el problema de los coches a vapor en la siguiente sentencia: "Es del todo imposible construir una máquina que tenga suficiente poder de recorrer, también sin carga, en caminos comunes, año tras año 25 o 35 kilómetros por hora. El fierro frío no puede resistir, a esta velocidad, el continuo traqueteo que ocasionan las piedras y otros obstáculos de la ruta'. Es seguro, sin embargo, que el automóvil a vapor fué el padre del ferrocarril y que existía prácticamente antes de que los ferrocarriles alcanzaran verdadera importancia para el transporte. Ya en el año 1831, Walter Hancock, célebre por sus coches a vapor que surcaban varias rutas del país, dijo en una crítica a los ferrocarriles, que aquellos no podrían perfeccionarse mientras no imitasen las locomotoras de los caminos, o sean los automóviles a vapor.

Como en todos los grandes movimientos tendientes a beneficiar la humanidad, múltiples circunstancias intervenían en contra del desarrollo del coche a vapor. La hora del verdadero transporte automóvil no había llegado aún, los caminos eran deficientes y el neumático no se había todavía inventado. Los impuestos para el uso de las rutas, la oposición avivada por los múltiples accidentes, y muchas otras circunstancias empujaron los vehículos 'automovilistas' poco a poco sobre los rieles del capitalismo.

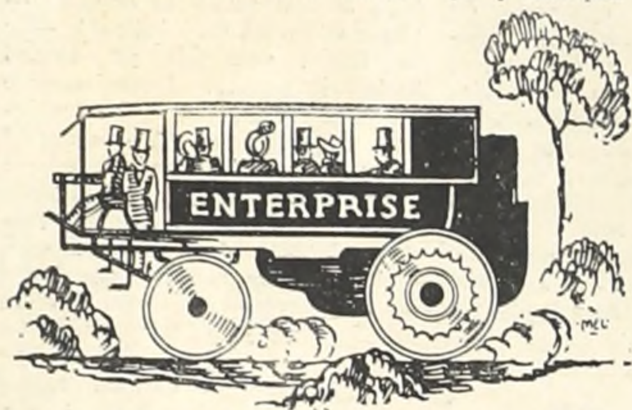
El mundo gira, se dice, y si comparamos los 20 años de la era del automóvil a vapor entre los años 1821 y 1840 con la del automóvil moderno entre 1903 y 1923, la diferencia es sencillamente asombrosa. Veinte extraños vehículos, lentos, inseguros, peligrosos e incómodos, contra más de 14 millones de automóviles, modernos, rápidos, seguros, silenciosos y confortables... no es de extrañar que estos últimos empiecen a dar vuelta al estado de cosas y que su uso en muchas regiones haya llegado a un punto tal que los ferrocarriles se han visto obligados a abandonar la lucha y a desistir del transporte de pasajeros. Hoy día, en muchas partes, la gente prefiere al ferrocarril, para viajes cortos, los lujosos y cómodos automóviles.

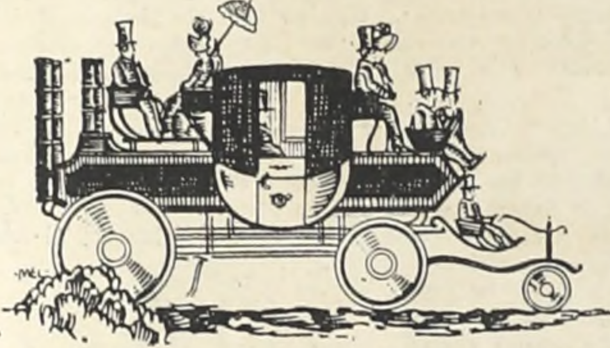
Y sin embargo, el bisabuelo también estaba convencido de que se había alcanzado el colmo de las maravillas, cuando, hace un siglo, se movían pesadamente sobre los caminos de Inglaterra, los vehículos "Enterprise", "Era" y "Antropsy".

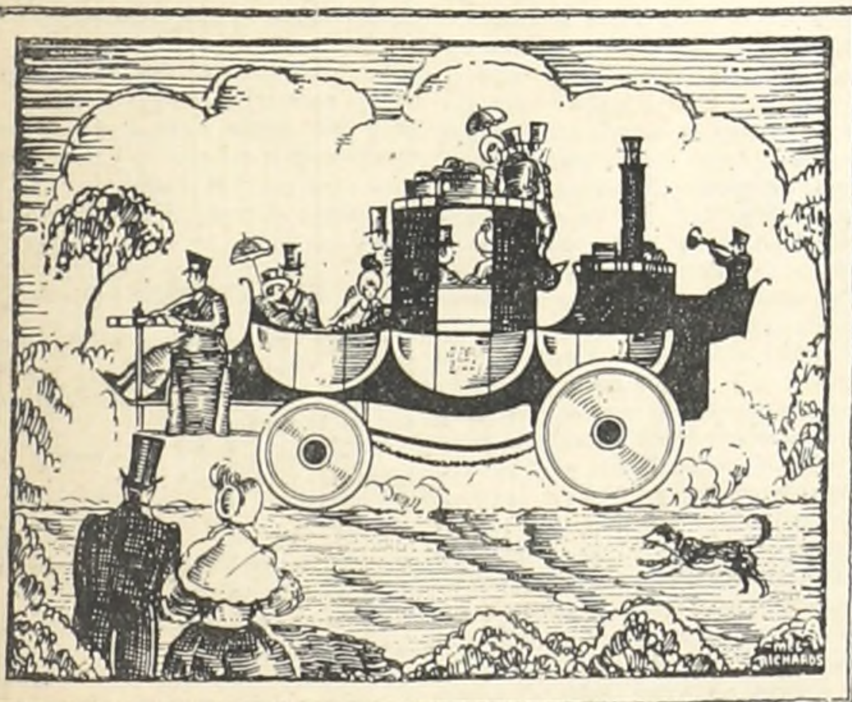
¿Qué más se podría hacer?

El progreso es, en efecto, la ley de la civilización, mientras ésta viva. No nos podemos estacionar, hay que avanzar, a toda costa.

Aunque parezca imposible que los automóviles puedan llegar a un perfeccionamiento aún mayor, debemos creer que así será.







ESTAN HECHAS CON LOS PIES

He aquí una frase despectiva, porque con ella queremos hablar de las cosas mal hechas. Sin embargo, la señorita Marta Hale echa por tierra la frase. Se trata de una muchacha estudiante de la Universidad de California, que siendo niña tuvo la desgracia de perder ambos brazos. No se abatió por pérdida tan sensible, sino que comenzó a adiestrar los pies. Por medio de ejercicios graduales, la muchacha logró hacer con los pies verdaderas acrobacias, pues logró dislocar las piernas hasta llevarse los a la altura del rostro. Después educó los dedos de los pies para que pudiesen manejar los diversos objetos; comenzó con objetos gruesos, y concluyó con mover un lápiz y escribir y bordar. Con ellos maneja los cubiertos de que se vale para llevar el alimento a la boca. El periodista que fué a entrevistarla, vió que la Hale se quedaba sobre el pie izquierdo y levantaba el derecho para ofrecerlo en un... "Shake feet". Con el ejercicio, los dedos de los pies han sufrido modificaciones, se han alargado y además están preciosamente cuidados. Un guante los cubre y sólo deja visibles los hábiles dedos. Prodigios verdaderos realiza el hombre por medio de la tenacidad y la paciencia.

Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten a ser pícaros.

LOBOS...

NUNCA podré yo olvidar a aquella pobre muchacha. Su imágen quedó para siempre grabada en mi retina, y los años transcurridos, antes que esfumarla, fijáronla más y más, cual reactivo enérgico, tanto más vivo cuanto más actúan sobre su labor las aguas puras de los lavados. Insensible a la acción del tiempo, inalterable, inmutable, fija, la figura de aquella infeliz doncella perdura en mi mente tal cual en ella grabáronla las violentas impresiones recibidas en mi niñez... Continúo viéndola joven, humilde, hacendosa, incansable... y fea; fea, si; fea en grado tal, que llegaría a la repulsión si el afecto piadoso que todos la profesabamos no acudiera con sus cendales caritativos a velar la fealdad extrema de aquella cara, en la que no fueron las lágrimas las que menos arañaron y royeron, contribuyendo a desfigurarla... Voraz, la viruela había arrugado, mordido, corcusido ferinamente su carita de niña, sin piedad para las rosas de las mejillas ni para las fresas de los labios, borrando los delicados arcos de las cejas, podando las negras pestañas, profanando el puro lirio de la frente, la recta nariz marfileña, la armónica serenidad de todo el rostro, convertido en carátula grotesca... Sí, era fea; fea, fea de remate; pero era buena como el pan de flor, dulce como el panal de la colmena y cariñosa como el corderillo con que jugábamos...

No he dicho su nombre. Petra. *Petruca* para nosotros, y ahora caigo en que también he omitido decir que Petruca era la costurera de mi casa.

La teníamos con nosotros sólo un día por semana: los miércoles invariablemente; ¡oh, cómo le recuerdo! — costumbres rígidas de mi madre: lunes, la colada; martes, el secado; miércoles, repasado y costura... — y el miércoles, cuando nos desayunábamos para ir a la escuela, ya estaba Petruca en casa, tirando de la aguja, y a mediodía, cuando del colegio regresábamos, ya nos esperaba cosiendo, cosiendo siempre, y cosiendo, cosiendo, nos regalaba con uno de sus cuentos adorables, cuentos ingenuos, sencillos, cuentos de aldea, en los que las tres hijas de un rey çeloso disputábanse el amor de su padre.... Aquel de "como la sal en el agua", ¿podré yo olvidarlo nunca...?

Comía con nosotros, en nuestra mesa, y cuando nosotros nos relamíamos aún con las golosinas de los postres, ya Petruca había desertado los manteles y ya estaba engolfada de nuevo en sus tareas...

—¡Petra, por Dios! — decíale mi madre. — Que no es puñalada de pícaro que no admite espera.. Descanse, repose la comida... Hay día para todo...

—¡Ay, ay! — contestaba ella riendo, con aquella su risa graciosa, que nos dejaba ver sus hermosos dientecitos blancos. — ¡Ya reposará ella si quiere...! Es mi costumbre; no sabría estar con los brazos cruzados...

Y comía poco; un pajarito comería más que ella, y en la mesa, lejos de su campo de operaciones, callaba, enmudecía, privándonos de su charla dulce y agradable de muchacha ingenua, satisfecha, *contenta* de la vida...

Vestía con los regalitos que de las señoras recibía, reformados, recosidos, pulcros, y comía en las casas en que trabajaba, con lo cual quedábale intacto su jornalito, jornal exiguo, mísero, con el que iba lentamente amasando su pellita para cuando llegasen los malos tiempos, tiempos de ceguera, tiempos de vejez....

—Se los robarán un día, Petruca — decíale mi madre. — Le robarán esos cuartitos...

—Sí, sí; que los busquen, a ver si dan con ellos... ¡Trabajo les mando...!

Petruca no vivía en el pueblo, en nuestro pueblo, sino en una aldea cercana, próxima, a un tiro de fusil... de un fusil que presintiera el Maüsser, y esto por el camino real, que por el atajo, trepando por los vericuetos que la carretera había asqueado *por estar verdes*, la distancia de un poblado a otro era mucho menor aún.

Con el alba salía Petruca de su casa diariamente de su casita humilde, heredada de sus padres, muertos, y al anochecer, *de noche ciego* ya algunas veces, regresaba a su hogar, sin temor alguno, conocedora palmo a palmo del terreno y convencida de la seguridad absoluta de los caminos... ¿Ladrones...? Las patatas el maíz... no digo yo que no debieran temerlos: pero ¿las personas *¡En jamás á la vida!*

Llegó el invierno, invierno montañés, invierno de aquellas verdes tierras en que, según fama, entra el día de Santa Ana y sale el de Santiago huraño y fosco, rezongador, enfadado con el verano, que le ha robado todo un día y los campos y los montes y los pueblos cubriéronse de nieve, del blanco sudario en que se envuelven lo más del año, abrigándose con él como el esquimal en su choza de hielo. Llegó el invierno, al cual "nunca se lo come el lobo...." y comenzóse a hablar de ellos, como yo de ellos comiezo a hablar ahora.... Rondaban ya, bajaban del puerto, oíaseles ulular por las noches, ya se habían atrevido con algún cercado, algún aprisco había recibido ya su cruenta visita.... ¡Sus huellas quedaban ya marcadas en la nieve...!



Tasio, el mozo de casa, contaba de los lobos cosas estupendas.

Si el hombre ve al lobo, nada no pasa nada. Basta para ahuyentarlo un recio garrote, unas chispas arrancadas por el pedernal al eslabón de encender la yesca, el choque violento y repetido de los clavos de las *albarcas*, golpeadas una contra otra... El lobo huye, huye siempre... Como huye del carro si el carretero deja arrastrar por la nieve un largo cabo de cuerda... Pero si el lobo ve al hombre, si lo mira con sus ojos de fuego antes de que el hombre lo haya visto a él, entonces, oh, entonces, el hombre es hombre perdido... El terror paralizará sus miembros, ahogará la voz en su garganta, apagará la luz de sus ojos... y el pelo se le pondrá de punta, como púas de acero, tan reciamente, tan violentamente, que a su impulso la vieja gorra de zalea, la mugrienta boina de estambre, se desprenderá de la cabeza y rodará sobre la nieve... El lobo no tendrá más que acercarse y saltar sobre el hombre para hacer presa en su cuello y refocilarse con el caliente caño de sangre que manará de la desgarrada gorja...

Tasio había visto muchos lobos, ¡muchos...! Gracias al *Morito*, al recio mastín, el manso, el fiero, el de la oreja inquieta y el ojo encarnizado, el del carnoso pescuezo armado de erizadas carlancas, podía contarlo.. Más de una vez a él debióle la vida...

Una noche venía Tasio de una aldea cercana de cortejar con su novia y regresaba a su pueblo Era noche de luna, clara, despejada, serena. El campo parecía de cristal, de plata, nevado todo con nieve dura, apretada por la helada... A un lado de la carretera, en la cuneta, a lo lejos Tasio divisó un bulto negro algo inmóvil, obscuro, entre lo cual relucían dos ascuas ardientes... Era el lobo... ¡Bien lo sabía él, que entendía de ello! El lobo era, sí, que se plantó en medio del camino, acechando esperando, no muy seguro de su poder por hallarse solo... Retroceder era morir; no tardaría el lobo en alcanzarlo; había que avanzar, avanzar temerariamente, fingiendo un valor y una serenidad sin limites... Y Tasio avanzó, y el lobo, enderezándose, comenzó a caminar ante él, torcido ladeado, con la cabeza vuelta hacia el hombre... Subió Tasio a la alto del talud, y el lobo trepó también a lo alto, sin cesar de andar, sin dejar de volver la cabeza, aquella mancha en la que relucían los ojos, de los cuales la luna arrancaba dos haces de fuego, dos llamaradas verdosas... Descendió Tasio a la carretera, y a la carretera saltó el lobo... Vuelta el hombre a intentar alejarse por lo alto del camino, y vuelta el lobo a cortarle el camino por lo alto... y siempre caminando ante él, y siempre mirando hacia atrás... ¡y siempre acortando el paso el lobo para achicar la distancia que lo separaba del hombre! Tasio comenzó a tener miedo, a espantarse, y el lobo, conociéndolo quizá, empezó a arrufar, entrechocando los dientes, aumentando el terror del mozo.

De pronto, el lobo paróse en seco... El pueblo estaba cercano ya, la presa podría escapársele... Clavando su grupa en la nieve, sentóse de cara al hombre, azotando el suelo con el peludo hopo, aullando apagadamente, mostrando los afilados dientes de su enorme boca... Echóse Tasio rápido a la carretera, y a ella descendió también el lobo, y volviendo al mozo la espalda, comenzó a escarbar en la nieve, arrojándola con fuerza, con sus patas traseras, cual si con ella quisiera cegar al muchacho. Tasio se vió perdido: conocía lo inmediato de la acometida. Oxeó al lobo amenezándolo con su recio garrote herrado con tachuelas, voceó, se agachó, fingiendo buscar algún canto, como si de asustar a un perro se tratase, y el lobo, por todo hacer, apartóse a un lado cauteloso y empezó a caminar hacia el hombre sesgadamente, rastreramente, rodeándolo con intención de ganarle la espalda.... Tasio vió la muerte encima. No era él cobarde, por fortuna, y decidió defenderse hasta no poder más. Requirió su cachiporra, y sin dejar de mirar al lobo, cambió con él los terrenos y caminó hacia atrás, de espalda, con dirección al pueblo, que ya se tocaba con las manos... Bien lo comprendió su enemigo — ¡latín saben los muy ladinos!, — y en franca acometida ya, avanzó hacia el mozo... Instintivamente ocurriósele a éste lanzar un prolongado y agudo silbido, bien conocido de su perro, y la fiera respondió a él con un aullido epantoso, saltando ante el muchacho rápidamente, desordenadamente, de un lado a otro, cual si quisiera aturdirlo mareándolo, sin atreverse a lanzarse sobre él, sobre el pobre mozo espantado, cuyo garrote, sujeto a su muñeca por una correa, agitábase amenazador en el aire... Y se abalanzó sobre él el lobo, se arrojó al fin sobre él, arrancándole una manga de la dentellada primera, que llegó a las carnes que ensangrentó las ropas... Sobre la cabeza de la fiera cayó el garrote, sonando a hueco, y la bestia, herida, retrocedió, disponiéndose a embestir de nuevo... Saltó y ya en el aire, en contorsión violenta, rectificó el lobo su camino, cayó de lado y huyó a campo atraviesa.. Tras él, como una exhalación, ladrando enardecido, partió heroíco el *Morito*, obediente al silbido de su amo... A Dios y a él debió Tasio la vida...!

Algo parecido a esto habiale sucedido en la montaña a todo el mundo y de ello se hablaba en todas las casas, en el seguro asilo de las cocinas, cabe el fuego generoso, para lucimiento de héroes y espanto de chiquillos... y de ello se habló también en la nuestra, a propósito de Petra, de la costurera Petruca, por aquello de regresar sola a su casa todas las tardes.

Nunca permitió mi madre que lo hiciese sin la compañía de Tasio cuando de entre nosotros salía, y por lo menos hasta la entrada de su pueblo de ella, Tasio y el *Morito* dábanle escolta, no sin que la chica protestase agradecida por lo innecesario del cortejo... Pero en otras casas no eran tan considerados, no eran tan previsores... ¡Qué horror si a Petruca le saliera el lobo una noche en las vueltas del camino...!

—Pero no tenga cuidado, señora — decía ella a mi madre. — ¿No ve que por acá no bajan...? ¡Si es sólo un paso...!

—Petra, me da miedo... La rinconada del cementerio, con tanta arboleda, me da temor. ¡Dios mio! ¡Por nada del mundo me aventuraba yo a cruzarla sola!

—No tema, señora, no tema. Yo haré como Froilán: si me sale el lobo, le haré que me acompañe hasta mi casa.

—¡Usted sí que lo acompañará a él a su cubil dentro de su barriga!

—¡Qué cosas tiene la señora!

—¡Dios nos libre de una hora menguada!

Y Tasio acompañaba a Petra, y al salir de casa, decía la costurerilla a mi madre:

—Diga la señora a Tasio que antes de salir me mire bien a la cara, no caiga en la tentación de cortejarme por el camino...

Reíanse todos, reíamos todos la agudeza, que rezumaba lágrimas, de la moza, y mi madre, tranquila ya por el día aquél, murmuraba viéndola partir:

—No sé... no sé... ¡Quiera Dios que no nos dé que sentir esta chica el día menos pensado...!

Y llegó — ¡Dios mio de mi vida! Llegó aquel día "menos pensado" en el que mi madre pensaba siempre....

Petruca había cosido el día anterior en casa de la *jueza*, y de allí salió sola hacia la suya.

A la mañana siguiente, en la arboleda del cementerio, la hallaron muerta las lecheras que iban al mercado.

Tendida la hallaron sobre la nieve ensangrentada, agarrotada por el frío, en desorden las destrozadas ropas, suelto el cabello... Violentísima debió de haber sido la defensa de la moza, en cuya garganta la fiera había dejado huellas de las zarpadas de sus uñas, quizá de sus dientes... La nieve, pisoteada en torno del cadáver, pregonaba lo épico de la lucha, lucha desigual, horrenda, desesperada... que acabó cuando las fuerzas de la moza se agotaron, ¡acaso cuando se extinguió su vida...!

¡Oh, pobre y dulce Petruca, tan hacendosa, tan humilde, tan buena! ¡Petruca inolvidable...!

No; los lobos no la devoraron Robáronla tan sólo... ¡Robáronle la bolsa, la bolsita de cuero que ella ocultaba en su seno virgen, la bolsita en que guardaba los centenes para tiempos de vejez, para tiempos de ceguera...!

Vicente Diez de Tejada.

PARA ADELGAZAR

Si una persona gruesa dedica algunos minutos diariamente a levantar las manos en alto y bajarlas juntas lentamente y sin doblar las rodillas hasta tocar al suelo, o, por lo menos acercarlas a él todo lo posible, sin llegar a producir fatiga excesiva en cada sesión, notará que poco a poco van acercándose más las manos al suelo y va perdiendo abdomen.

EL EXTRANJERO

—¿Por quién sientes más amor, hombre enigmático: por tu padre, por tu madre, por tu hermana o por tu hermano?

—No tengo padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

—¿Por tus amigos?

—Te sirves de una palabra cuyo sentido desconozco hasta la fecha.

—¿Por tu patria?

—Ignoro en qué latitud está situada.

—¿Por la belleza?

—Con mucho gusto la amara, diosa o inmortal.

—¿Por el oro?

—Lo aborrezco, cual vosotros odiáis a Dios.

—Entonces, ¿por quién sientes tú amor, extraordinario extranjero?

—Amor me inspiran las nubes... las nubes que pasan por allá abajo.. ¡las maravillosas nubes!

Trapos y Chismes

De Tiendas..

Hemos salide ayer de tiendas, a comprar mil cosas que se precisan en los cambios de estación, y hemos recorrido mis amiguitas Margarita y Nené y yo, medio Montevideo, comprando cosas para el verano...

Las calles alegres, soleadas, arboladas profusamente, *colocándose* el sol y el aire por entre el ramaje y jugando juntos, pintando arabescos sobre el piso. A nuestro paso, los amigos saludan, y Nené y Margarita contestan complacidas, pero con una sonrisa estereotipada en las fisonomías, sonrisa falsa sin expresión, de muñeca de escaparate, que me impulsa a hablarles de lo que es la sonrisa con el interés que merece esta arma, este recurso este amparo, esta solución para tantos y tantos momentos difíciles, para tantos casos interesantes de la vida de la mujer.

Sonreir y sonreir acertando, es una verdadera ciencia, algo difícil de aprender sin alguna ilustración y grandes sentimientos de adaptación. Una mujer distinguida, debe conocer las diferentes formas de la sonrisa y aplicarlas con oportunidad.

No puede confundirse la risa con la sonrisa, puesto que la risa, es y debe ser expontánea y la sonrisa por el contrario casi siempre es pensada y *colocada* por decirlo así, en el rostro, cuando conviene. Desde luego se comprende que la risa por su espontaneidad, debe asomar a los labios tal cual brota, y para esa no hay aprendisaje; para la que trato de dar algunas lecciones utilísimas, no solo para Nené y Margarita, sino para todas las mujeres, — mis amigas. *todas* ellas, — es para la sonrisa *conveniente*, que esa es como un amuleto, a veces como una arma y en muchas ocasiones como un inteligentísimo "anzuelo de corazones"...

Hablaremos primero de la sonrisa ingénua Esta sonrisa sirve en muchas ocasiones. Una de ellas, cuando es preciso decir o hacer algo que deseamos vaya envuelto en un aspecto de infantilidad y que no hiera o moleste a aquellas personas a quienes nos dirigimos, o cuando se desea no entender claramente la intención de lo que se nos dice; o cuando nos conviene leer en los ojos de nuestro interlocutor la idea que trae al hablarnos y no queremos que se retralga de hablar por nuestro exceso de suspicacia. entonces debemos *colocarnos* nuestra sonrisa ingenua y mirar con rostro de "niño en el Limbo" a aquel de quien deseamos "saber mucho"...

¿Cómo es la sonrisa ingénua? Está bien en ella que se muestren un poquito los dientes — si son lindos — pero no debe darse a la boca una extensión que pueda presentarla como precursor de la risa. La barba se colocará ligeramente echada hacia adelante Los ojos deben tener una expresión infantil, para lo cual las cejas se estirarán para que en vez de arqueadas, queden lo más planas posibles y bajo la frente lisa y las cejas sin arquear, los ojos deben abrirse algo, para darle así a todo el rostro la expresión de inocencia momentánea que requiere la sonrisa ingénua. Tras esta sonrisa pueden venir frases como estas: — "¿De veras...?" -- "Yo no lo he dicho con la intención que usted supone..." "No comprendo porqué me dice usted eso..." etc., etc.

La sonrisa irónica es una daga florentina dificilísima de esgrimir, siendo su uso acertado un sello de aristocracia espiritual muy grande. La sonrisa irónica, puede usarse en muchos casos, uno de ellos aquel en que una persona de poco nivel intelectual, quiere juzgar una obra superior, en que sin decirle que es un majadero, puede mirársele sonriente en una forma tal que comprenda su tonta vanidad. Otra ocasión es, cuando se desea un cauterio eficaz para cicatrizar una pasión que comienza y que nos desagrada...

¿Cómo es la sonrisa irónica? Sin enseñar los dientes, la boca dilatada y levemente inclinada de modo que sea una sonrisa que pudiéramos llamar "de media cara". Las cejas altas y la mirada fria, lo más fija posible, mirada sin susto, mirada sin atolondramiento, en que el ánimo esté dispuesto a pesar como el plano de una espada de Toledo, que como dice la frase castellana "ni se dobla ni se tuerce" Esta mirada sirve en muchas ocasiones: para el necio; para el atrevido; para todo aquel que sobrepasa el límite de la educación y la prudencia en todos los órdenes. A esta mirada pueden servir de ayuda frases así: "¿Y *todo eso* se le ocurrió a usted *solo*...?" "Y hasta cuando, va usted a seguir así...?" "¡Pobrecillo, qué lástima que usted se haya equivocado!..." etc. etc

Otra sonrisa es la de aliento, la que va decidida a provocar una confidencia, a decidir a un ser tímido a una anhelada confesión de amor... Es una sonrisa "pensativa", larga, perdida, acompañada de una mirada ensoñadora, con las cejas levemente levantadas hacia el centro y la barba algo inclinada sobre el pecho; una sonrisa entre triste y amorosa, mezcla de languidez y de emoción que tiene que traer una irremediable "confesión" detrás ¿Palabras para esta sonrisa? Desde luego las menos posibles pero las que resuenan en nuestros oídos al pensar en ella, así poco más o menos: "¡Si pudiera tener fé, creer en todo eso que usted me dice...!" "No sé que contestarle... dudo tanto...! "Espere usted..." "Veremos..." etc. etc.

Y por último y para terminar, dejando aun muchas clases de sonrisas por explicar, que me llevarían largas horas, queda la sonrisa de amor, la sonrisa de gratitud al notar una delicadeza de nuestro ideal, una atención, un recuerdo, una llegada inesperada esta sonrisa divina de alegría, de esperanza, de dicha inenarrable, como es una sonrisa expontánea, verdadera, que sale del alma, no hay para que definirla, como no se puede enseñar la manera de sentir, de querer, de ser feliz...

Otras muchas sonrisas santas hay amor, que como salen del alma es a las que ocurre lo mismo que al ocioso explicarlas. Son la sonrisa de la madre a sus hijos y las que suscitan los afectos grandes y sinceros de la vida, que no caben en esta charla, creada además para hablar de la sonrisa como arma de combate, y ¿con quien lucha la mujer, sino con su eterno compañero.... *de pelea*, que es el hombre...?

Hablando de sonrisas, llegamos mis amigas y yo a hablar de la sonrisa dulce de la conformidad, y era oportuna, porque Nené y Margarita son modestas y los trajes que pensaban hacerse y que hoy les presento a mis lectoras, son trajes *compuestos* trajes cuyas hechuras pasadas de moda, necesitan "refrescarse" con nueva forma, o vestidos que conviene al presupuesto materno ejecutar, aprovechando telas en buen estado, de dos vestidos ya usados

El traje central es de vestir y puede hacerse aprovechando dos volantes de raso, túnica de otra tela, chalequito estrecho y mangas de gasa o crespón, de modo que es un traje hecho con pedazos de tela, que unidos con gusto, forman un vestido de teatro o comida, muy aceptable. El otro tiene también dos volantes y cuello de una misma tela y unos motivos del mismo color en las puntas de la túnica, y hasta la hermanita de Nené, que "ha crecido mucho" puede alargarse el traje en la forma elegante que trae el figurín.

Retama Blanca.

Para ser bonita

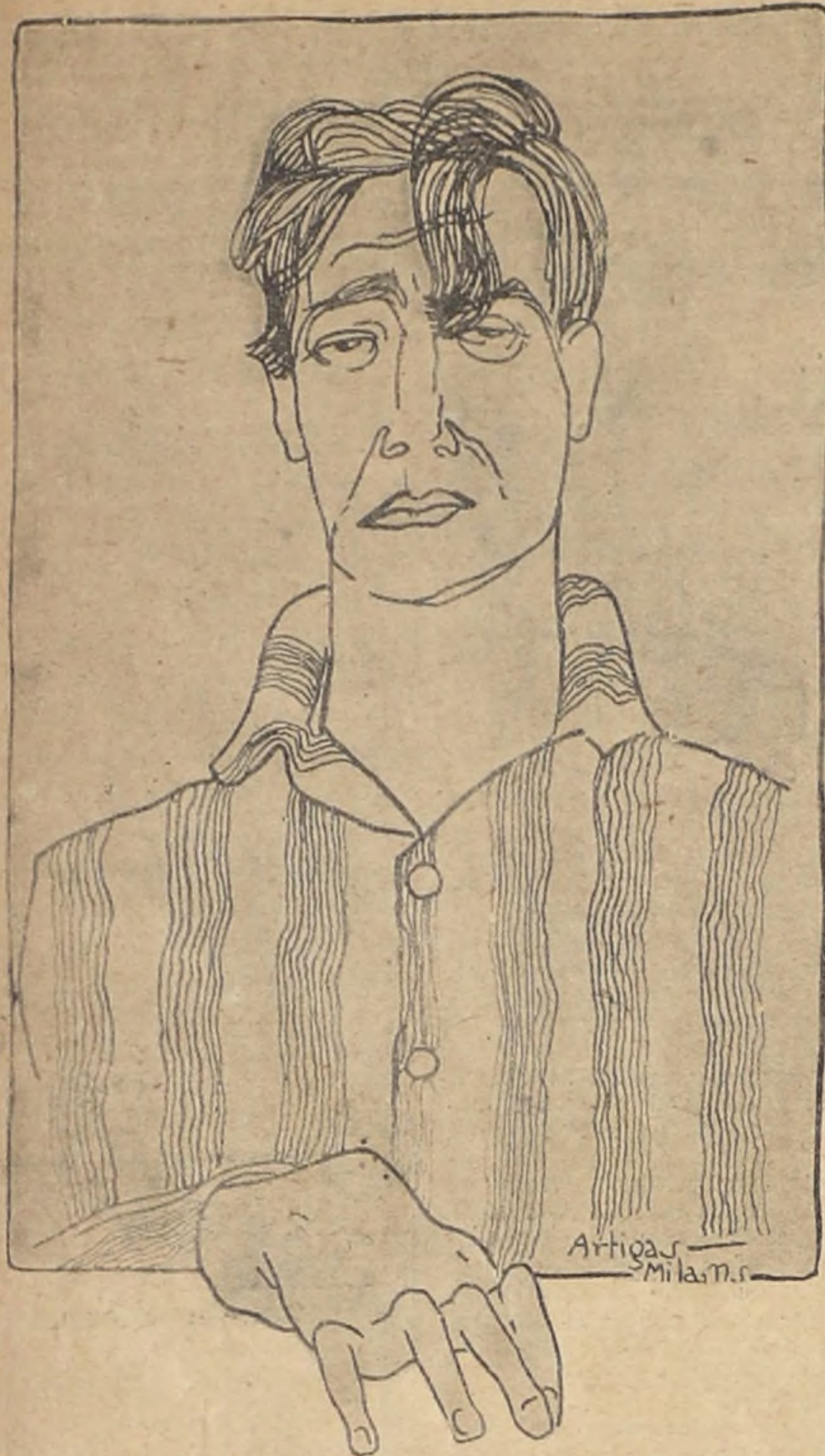
CONSEJOS UTILES

Por Margot

Recomiendo a las damas que deseen obtener un cutis aterciopelado y fresco que usen diariamente la Leche de Belleza Cœr de Fleurs, esmerada preparación francesa para quitar manchas, pecas y puntos negros. Esta leche por estar hecha con productos vegetales no ataca el cutis y además, tiene la incomparable ventaja de ser muy adherente, por lo cual su empleo pasa desapercibido, como asimismo evita el uso de los polvos que con tanta facilidad se desprenden del rostro, dejándolo lleno de manchas.

Para embellecer las uñas, lo único que me ha dado un excelente resultado es el Esmalte de China: con él se consigue un color y un brillo encantadores.

La manera de poseer una cabellera abundante y ondulada, es friccionándose el cuero cabelludo con el Extracto de Kurmant, mezclado con 200 gramos de agua Colonia y 30 de glicerina. Esta loción sirve también para combatir la caspa, la seborrea y la caída del cabello. No terminaré estos consejos sin antes manifestar a mis amables lectoras que deben combatir constantemente la fetidez de la traspiración, porque ella revela una falta absoluta de aseo personal en la persona que la posea. Yo he empleado con mucho éxito el antisudoral Coeur de Fleurs.



EL PRESIDARIO

I

Después de que los administradores de la prisión, reunidos en comité en la prisión misma, despacharon las reclamaciones y peticiones de algunos condenados, el director declaró que se había oído a todos los que lo habían solicitado. Entonces, el sentimiento de fastidio y molestia que había dominado durante toda la sesión, se acentuó.

El presidente del comité, hombre nervioso, enérgico, resuelto, echó una mirada a un pedazo de papel que tenía en la mano y le dijo al director:

—Mande buscar al condenado número 14.208.

El director se estremeció y palideció ligeramente. Luego, a las claras confuso, balbuceó:

—Pero si no ha manifestado deseo alguno de comparecer ante ustedes.

—No importa; mándelo buscar inmediatamente, — replicó el presidente.

El director se inclinó, resignado, y ordenó a uno de los guardianes que trajera al condenado. Enseguida, volviéndose hacia el presidente, le dijo:

—Ignoro cual es su propósito al hacer venir a ese hombre, y, naturalmente, no tengo objeción alguna que hacer; sin embargo, antes de que esté presente, deseo formular una declaración a su respecto.

—Cuando le pidamos una declaración — contestó el presidente con tono glacial — la hará usted.

El director se dejó caer sobre una silla.

Era un hombre de alta talla, de facciones finas; un hombre bien educado e inteligente, de fisonomía benévola. Frío, valeroso y dueño siempre de sí mismo, no podía, en esos momentos, dominar cierta emoción que se parecía mucho al temor.

En la sala reinaba un silencio pesado, sólo turbado por el estenógafo oficial que sacaba punta a sus lápices.

Los rayos del sol poniente penetraron por entre la persiana y el marco de la ventana y fueron a caer sobre el asiento reservado al presidario. Las inquietas miradas del director cayeron, por fin, sobre esa rayo de luz y se fijaron en ella.

Aparentando no dirigirse a nadie personalmente, dijo el presidente:

—Hay maneras de saber lo que pasa en una prisión sin necesidad de recurrir al director ni a los presos.

En ese instante apareció el guardián seguido del condenado.

Este caminaba con dificultad, llevando en las manos la cuerda con que levantaba los grillos que le oprimían los tobillos. Hombre de unos cuarenta y cinco años, debía haber sido de una fuerza física extraordinaria; su piel pálida se extendía sobre una osamenta poderosa. Tenía cierta palidez repugnante, que no podía expliirarse únicamente por la enfermedad. No se había preparado a comparecer: por sus zapatos rotos asomaban los dedos; su traje de presidario no era sino un montón de harapos; la barba y el pelo entrecanos no habían sido tocados desde hacía varias semanas, y su fisonomía casi nada tenía de humano. Pero se podía discernir en ella una mezcla singular de ferocidad contenida y de voluntad inflexible. Los ojos, ávidos, le brillaban; la frente era maciza, bien proporcionada, la mandíbula cuadrada y fuerte, la nariz larga y delgada denunciaba una raza dominadora; profundas arrugas y las canas le hacían aparecer más viejo de lo que era.

Después de arrastrarse penosamente por la sala, miró en torno suyo, ardiente el ojo, como el oso derribado por la jauría. Su mirada circuló tan rápida y tan vacía, de una cara a la otra, que no había tenido tiempo de formarse una idea de las personas presentes, cuando sus ojos encontraron la cara del director; en el acto se tonaron centellantes. Alargó el pescuezo; sus labios se abrieron, se azularon, las arrugas se hicieron más profundas en torno de los ojos y de la boca; su cuerpo se reconcentró; su respiracón se detuvo. Y mantúvose en esa actitud, tanto más siniestra cuanto que era inconsciente, hasta que la voz cortante del presidente mandó:

—Siéntese usted.

El presidario tembló como si alguien le hubiera dado un golpe y miró al presidente. Respiró con un silbido ronco; y una expresión de atroz dolor pasó por su semblante. Dejó caer los grillos que resonaron en el piso, y sus largos dedos huesosos, crispados, arrugaron sobre el pecho los retazos miserables de su camiseta a rayas.

Eso no duró sino un instante. Después agotadas las fuerzas, se dejó caer en el asiento, y ahí quedó, consciente, pero confundido, desesperanzado, indiferente.

El presidente se dirigió al guardián:

—¿Por qué ha puesto grillos a ese hombre — le preguntó — cuando se encuentra en tal estado de debilidad y cuando ninguno de los demás reos los tiene?

—Pero señor — balbuceó el guardián, — seguramente usted no conoce a este hombre; es el más peligroso y el más resuelto...

—Todo eso lo sabemos. Quítele los grillos.

El guardián obedeció.

El presidente se volvió hacia el condenado, y con voz benévola le dijo:

—¿Sabe usted quienes somos nosotros? Somos los administradores de las prisiones. Hemos oído hablar de su caso y deseamos que nos diga toda la verdad.

La inteligencia del presidario trabajaba pesadamente, y transcurrieron unos instantes antes de que comprendiera. Entonces, muy lentamente, dijo:

—Supongo que quieren que les haga algún reclamo.

—Sí, si tiene usted alguno que hacer.

El condenado reunió toda su energía. Se irguió y miró al presidente con una fijeza extraña; luego, firme y claramente, respondió:

—No tengo reclamo alguno que hacer.

Los dos hombres, sentados uno frente al otro, se miraban en silencio, y, poco a poco un puente de simpatía humana se tendía entre ellos.

El presidente se levantó, dió la vuelta a la mesa que los separaba, se acercó al condenado, posó una mano en su hombro descarnado, y, dando a su voz acento de ternura:

—Yo sé — le dijo — que es usted paciente y no se queja; sin lo cual hace ya mucho tiempo que habríamos oído hablar de usted. Al pedir que haga algún reclamo, le pido simplemente que me ayude a reparar una injusticia, si la ha habido. En esta prisión hay mil quinientos seres humanos bajo el dominio absoluto de un sólo hombre. Si uno de ellos es víctima de algún abuso serio, otros pueden serlo también. Le pido, en nombre de la humanidad, sencillamente, que nos ponga en situación de hacer justicia en esta prisión. Hable como un hombre a otro hombre y nada tema.

El presidario se conmovió y se sintió herido en su amor propio. Levantanto con firmeza la vista hacia el presidente, le dijo:

—Yo no temo nada en el mundo.

Luego bajó la cabeza; pero alzándola inmediatamente, agregó:

—Voy a decírselo todo.

Cambió de postura; la raya vertical de luz le pasó a la cara y al pecho, de suerte que parecía cortado en dos. Parecía, también, regalar los ojos en ese juego de luz. Enseguida habló con lentitud con voz extrañamente monótona.

—He sido condenado a veinte años de prisión por haber muerto a un hombre. Yo no era un criminal; lo maté sin reflexionar porque me había robado y me había perjudicado. Hace trece años que estoy aquí. Al principio, sufrí mucho: me irritaba ser presidario. Pero me sobrepuse a eso porque el director me comprendió y se manifestó bueno; hizo de mí uno de los mejores hombres de la prisión. No digo esto para que ustedes crean que me quejo del actual director, o que no me ha tratado bien. No hago reclamo alguno. No solicito el favor ni temo el poder de nadie.

—Está bien. Siga usted.

—Cuando el director hubo hecho de mí un hombre bueno, me dediqué sinceramente al trabajo, señor. Me hacía bien trabajar. Jamás he faltado a uno sólo de los reglamentos. Después fué votada la ley que concede a los presos la disminución de la pena cuando observan buena conducta. Estaba condenado a veinte años; pero me portaba tan bien que, al cabo de diez años, empecé a tener esperanza en mi libertad. No me faltaban sino tres años de buena conducta para salir, y me esforzaba porque esos tres años fueran buenos. Sabía que a la menor falta perdería todo lo ganado y tendría que estar preso otros diez años. Eso no lo olvidaba nunca, señor. Quería volver a estar libre, irme a alguna parte y recomenzar la lucha... para ser hombre otra vez en el mundo.

—Sabemos todo lo que contiene su expediente en la prisión. Siga usted.

—Y bien; la cosa pasó así. Ustedes saben que se habían emprendido grandes trabajos en las canteras; se necesitaban los hombres más vigorosos de la prisión. No había muchos; jamás hay muchos hombres vigorosos en las prisiones. Yo fuí uno de los que se destinaron a esos penosos trabajos y cumplí concienzudamente mi tarea. Los trabajos suplementarios se nos pagaban en velas, tabaco, ropa; me gustaban los trabajos suplementarios; trabajé por otros. Todos los sábados nos llevaban en fila a la oficina del jefe de los guardianes a recibir lo que nos correspondía.

"Un sábado formé con los demás; delante de mí había una larga fila. Me había olvidado de decirles que después de haber recibido lo que nos tocaba, íbamos a formar otra fila, a poca distancia, para volver a las celdas. Llegado mi turno, me acerqué al jefe y le pedí el valor de mi suplemento en tabaco. Me miró fijamente y me dijo:

"—¿Qué hace usted ahí?

"Le contesté que era mi turno y que iba a reclamar lo que me correspondía. Miró su registro y me dijo.

"—Ya lo ha recibido usted; le he dado tabaco.

"Y me ordenó que formara en la fila de los hombres ya pagados. Le dije que no había recibido tabaco porque todavía no me habían llamado. Me contestó:

"—No eche a perder su expediente queriendo robarse un poco de tabaco; vaya....

"Eso me ofendió profundamente, señor. No me habían llamado; no había recibido mi suplemento, no había robado jamás y nadie en el mundo tenía derecho para llamarme ladrón. Repliqué terminantemente:

"—No me iré sin que me dé lo que me corresponde, porque yo no soy ladrón; nadie puede llamarme así, y nadie tiene derecho a robarme lo mío.

"El jefe se puso pálido y dijo:

—"Retírese de ahí.

"Yo contesté:

—"No me iré hasta que me paguen.

"Entonces levantó una mano; era una señal. Los dos centinelas apostados detrás de él me apuntaron con sus fusiles; y el centinela de la muralla del oeste y el de la puerta del arsenal me apuntaron también.

"El jefe se volvió hacia uno de sus subordinados y le ordenó que avisará al director. Este llegó; el jefe le dijo que yo había intentado cobrar indebidamente dos veces mi suplemento, y que me había mostrado insolente e insubordinado, negándome a ir a la fila. El director me dijo:

"—Basta ya; retírese.

"Me negué. Declaré que no había intentado absolutamente cobrar dos veces, que no me habían pagado mi suplemento y que me haría matar antes que dejarme robar. El director le preguntó al jefe si no se había equivocado; éste consultó su registro y dijo que no. Agregó que se acordaba de haberme visto tomar el tabaco y volver a mi puesto en la fila. El director no averiguó más y sencillamente me ordenó que tomara mi puesto. Repetí que antes me dejaría matar, que quería lo que se me debía y nada más; y le pedí al director que interrogara a los demás.

"Insistió:

—"Basta ya.

"Hizo llevar a mis compañeros a las celdas y después ordenó a los guardianes que me llevaran. Se acercaron para apoderarse de mí; y me libré de ellos como si hubieran sido niños. Acudieron otros y uno de ellos me dió un golpe en la cabeza; caí. Y entonces, señor — y en este punto la voz del condenado

izo casi un murmullo — entonces
dijo el director que me llevaran al
pozo."

orillo duro, contínuo de los ojos
presidario se extinguió. Inclinó la ca-
y clavó desesperadamente la mira-
n el suelo.

Siga usted — dijo el presidente.

Me llevaron al calabozo, señor. ¿Ha
usted el calabozo?

Tal vez; pero puede usted hablar
l.

brillo frío y persistente renació en
ojos del condenado, que miraba al
dente:

Hay varios pequeños reductos en el
pozo. Me metieron en uno que te-
más o menos cinco pies por ocho.
murallas y el techo eran de hie-
el suelo de granito. La única luz
el suelo de granito. La única luz que
de la puerta. Estaba vacío; pero
dieron una frazada y me pusieron a
seco y agua, que me llevaban cada
ticuatro horas y de noche, para que
tera la luz del día.

"La segunda noche — un domingo —
director acompañó al guardián y
e preguntó como estaba. Le contes-
que estaba bien. Me dijo:

"¿Quiere usted portarse bien y vol-
mañana al trabajo?

Contesté:

No, señor; no volveré al trabajo has-
que se me pague lo que se me debe.

—Se encogió de hombros.

Muy bien — me dijo, — quizá cam-
de idea después de pasar una sema-
aquí.

Me tuvieron una semana en el ca-
zo.

La noche del domingo siguiente, el
ctor volvió y me dijo:

—"¿Está usted dispuesto a volver ma-
a al trabajo:

Y yo contesté:

—"No; hasta que me den lo que me
esponde.

Me injurió. Le repliqué que el de-
del hombre era exigir sus derechos,
que el que se dejaba tratar como un
ro no era un hombre.

l presidente interrumpió:

—¿No pensó usted — preguntó al pre-
rio — que los empleados no podían
ajarse hasta robarle, que quizá ha-
algún error, y que en el último caso,
ía elegir entre dos males: perder, de
parte, un paquete de tabaco, y de
a, siete años de libertad?

—Pero me habían irritado y ofendi-
señor, tratándome de ladrón, y me
ían arrojado al calabozo como una
tia... Defendía mis derechos, y mis
echos eran mi dignidad de hombre:
lo único que un hombre puede llevar
acto a la tumba, así esté preso o li-
, así sea débil o poderoso, rico o
bre.

—Y bien: después de su negativa
volver al trabajo, que hizo el direc-
?

El condenado, a pesar de que una ho-
ble agitación debía hervir en él e
itarle, se levantó lentamente, delibe-
damente, con algún esfuerzo. Puso el
derecho en la silla y descansó el co-
en la rodilla. Sólo turbaba la rígida
novilidad de todo su ser el índice de
mano derecha, que apuntaba al pre-
lente y que ligeramente agitaba para
r mayor fuerza a su relato.

Sin cambio en la voz, con la lenta mo-
tonía del principio, continuó.

—Después que le dije eso, me amena-
con ponerme en la escala, y que allí
ría si no cambiaba de opinión... Sí,
ñor, me dijo que me pondría en la es-
la.

Aquí hizo una larga pausa.

—A mí — continuó — a un ser hu-
ano que tiene carne y huesos y un
razón de hombre en el cuerpo. El
ro director no había pretendido doble-
r mi carácter en la escala. Sin em-
rgo, había conseguido doblegarlo: me
bía cambiado, completamente, pero con
nas palabras, sin el calabozo ni la
cala. Yo no le creí al director cuando
e dijo que iba a ponerme en la esca-
, y no podía imaginar que un ser hu-
ano tuviera coraje suficiente para ha-
rlo. Si lo hubiera creído, lo habría ex-
angulado en el acto, y me habría de-
do acribillar a balazos. No, señor, no
ude creerlo.

"Me ordenó que saliera. Le seguí, es-
ltado por los guardianes. Me lleva-
n a la escala. Todavía nunca la ha-
a visto. Era una pesada mole de
adera, apoyada en la muralla. En el
elo había un látigo."

Nueva larga pausa.

—El director me dijo que me quitara la ropa y me desnudé... Y todavía no podía imaginarme que iba a azotarme. Creí que quería asustarme.

"... Y me amarraron a la escala, de brazos y piernas... Y el director tomó el látigo.

"Por última vez, — me dijo, ¿quiere usted volver mañana al trabajo?

"Contesté:

—"No, no iré hasta que tenga lo que me corresponde.

"Muy bien — dijo — ahora va a tener usted lo que le corresponde.

"Y retrocedió un paso y levantó el látigo. Volví la cabeza y lo miré: leí en sus ojos la intención de golpear... Y cuando vi eso, sentí que algo estaba por estallar dentro de mí".

El condenado se detuvo en este punto de su relato para reparar sus fuerzas; pero no cambió de posición; la ligera agitación de índice continuó; los ojos le brillaban con un brillo inmóvil; nada había turbado la lenta monotonía del relato.

¡Cuán pobres y presuntuosos parecen los más grandes actores en las más trágicas situaciones ante uno de esos espectáculos!

El lápiz del estenógrafo se detuvo sobre el papel.

—Y entonces el látigo me cruzó la espalda. El algo que había en mí, a punto de estallar, se retorció violentamente y, abriéndome bruscamente paso, se derramó por todo mi ser como acero en fusión. Y entonces le dije al director: "Me ha herido usted con el látigo a sangre fría. Me ha atado usted de pies y manos para azotarme como a un perro. Es usted un cobarde. Es usted más abyecto, más vil y más cobarde que el más vil y más abyecto de los perros que lamen el zapato del amo que los patea. Ha nacido usted cobarde. Los cobardes mienten y roban, y usted no vale más que un mentiroso o un ladrón. Ningún perro querría tenerlo como amigo. Máteme, azóteme mucho, pedazo de cobarde... Azóteme... Sienta como un cobarde goza con amarrar a un hombre y azotarlo como a un perro. Azóteme hasta matarme; porque si me deja usted vivo lo he de matar." El director se puso pálido. Me preguntó si pensaba en lo que decía. "Sí, claro, ante Dios, sí". Entonces, empuñó el látigo con ambas manos y golpeó con todas sus fuerzas.

—Eso pasó hace dos años — dijo el presidente. Ahora no lo mataría usted, verdad?

—Sí, lo mataré en cuanto se presente la ocasión, y el corazón me dice que se presentará.

—Bueno, siga usted.

—Continuó azotándome. Golpeaba con todas sus fuerzas, a dos manos. Yo sentía que la piel arrancada por el látigo, se me rizaba en la espalda: y, cuando bajé la vista, ví que la sangre me corría por las piernas y formaba un charco en el suelo. Y siempre, dentro de mí, eso algo que luchaba y se retorcía, y que era lo que me hacía más daño. Contaba los golpes; a los veintiocho, la angustia fué tan violenta, que me ahogó y me cegó... Desperté en el calabozo; el doctor me había cubierto la espalda con un emplasto, y, de rodillas cerca de mí, me tomaba el pulso".

El presidario había concluído. Paseó en torno suyo una mirada vaga, como si hubiera querido irse.

—¿Y después, siempre ha continuado usted en el calabozo?

—Sí, señor; pero me es igual.

—¿Cuánto tiempo?

—Veintitrés meses.

—¿A pan seco y agua?

—Sí; pero es todo lo que necesito.

—Ha pensado usted que mientras continúe resuelto a matar al director habrá de continuar en el calabozo? Ahí adentro no podrá usted vivir mucho más, y si se muere no encontrará nunca la ocasión que busca. Si dice que no ha de matar al director, pueden volverlo a la celda.

—Pero eso sería mentir, señor; tendría ocasión de matarlo al volviera a la celda. Prefiero morir en el calabozo a ser mentiroso e hipócrita. Si me vuelven a la celda lo mataré. Pero también sin eso lo mataré. Lo mataré, señor... y él lo sabe.

Franchmente, deliberadamente, implacablemente, en el cuerpo arruinado de ese hombre se erguía el matador, — no fanfarrón, — sino inexorable como la muerte misma.

—Salvo su estado de debilidad, ¿su salud es buena? — preguntó el presidente.

—¡Oh! Es bastante buena, — contestó con laxitud el condenado; — el retorcimiento viene, a veces, pero después todo va bien.

El médico de la prisión aplicó el oído al pecho del preso, y dijo algunas palabras, en voz baja al presidente.

—Ya me lo imaginaba — repuso éste. Lleven este hombre al hospital. Que lo pongan en una cama en donde el sol pueda reconfortarlo, y que le den buen alimento.

El condenado, sin prestar atención a eso, salió con paso vacilante, seguido de un guardián y del médico.

II

El director de la prisión estaba sentado en su oficina, sólo con el 14.208.

Que se encontrara, por su propia voluntad, frente frente y solo con el hombre que había resuelto matarlo, asombraba al presidario. Estaba sin grillos. La puerta estaba cerrada con llave y la llave ahí, encima de la mesa, entre los dos. Las tres semanas que el 14.208 había pasado en el hospital le habían sido muy provechosas; pero tenía en el semblante una palidez mortal.

—La conducta de los administradores, hace tres semanas — decía el director, ha hecho necesario que renuncie. He esperado el nombramiento de mi sucesor, que ya ha tomado posesión de mi puesto. Hoy saldré de aquí. Pero, por el momento, tengo algo que decirle y que le interesará. Hace algunos días me ha escrito un condenado que, habiendo salido de la prisión por haber cumplido su condena, ha leído lo que los diarios han dicho de usted. Confiesa que fué él quien, tomando su número, pidió el tabaco al jefe de los guardianes. Se llama Salter y se parece mucho a usted. Había recibido su parte, y cuando fué a reclamar la de usted, el jefe, tomándolo por usted mismo, se la dió. El jefe de los guardianes no tuvo la menor intención de robarlo.

El condenado respiró con fuerza y se inclinó ávidamente hacia su interlocutor.

—Hasta que recibí esa carta, — continuó diciendo el director, — me había mostrado hostil a la corriente de opinión que se formó en favor de su indulto; pero en cuanto leí la carta me apresuré a pedir gracia para usted, y acaba de ser acordada. Además, usted sufre una grave enfermedad al corazón. Ahora, pues, está usted en libertad.

La mirada del condenado se hizo fija, y se irguió sin decir una palabra. Pasó por sus ojos una expresión extraña, y sus dientes blancos brillaron, amenazantes, entre los labios entreabiertos. Sin embargo, cierta dulzura triste templaba la dureza de su fisonomía.

—Dentro de cuatro horas, el ómnibus saldrá para la estación, — siguió diciendo el director? — Había preferido usted ciertas amenazas contra mi vida..

El director se detuvo; luego, con voz ligeramente temblorosa por la emoción, continuó:

—Sus intenciones a ese respecto, — no quiero preocuparme de ellas — no me impedirán, de ninguna manera, pagar lo que considero, de hombre a hombre, una deuda para con usted. Le he tratado con un rigor cuya enormidad comprendo ahora. Creía tener razón. Mi error fatal fué no comprender su carácter. Desde el principio interpreté mal su conducta, y, haciendo eso, he cargado mi conciencia con un peso que envenenará el resto de mis días. Si no fuese demasiado tarde, haría todo lo posible para reparar el mal que le he hecho. Si, antes de meterlo en el calabozo, hubiera podido prever el daño y adivinar sus consecuencias, habría dado con placer mi vida antes que levantar la mano sobre usted. Nuestras dos existencias se han perdido; pero sus sufrimientos están en el pasado; los míos en el presente y no cesarán sino con mi vida. Por eso mi vida es una maldición y prefiero no conservarla.

Después de decir esto, el director, muy pálido, pero con toda resolución, sacó de un cajón un revólver y lo colocó delante del presidario.

Ya encontró usted la ocasión, — le dijo tranquilamente, — nadie puede impedirle...

El condenado respiró largamente; y después, se alejó del arma como de una víbora.

—Todavía no... todavía no, — murmuró, angustiado.

Los dos hombres se encontraban frente a frente. Ni una sola contracción en sus músculos.

—¿Tiene usted miedo? — preguntó el director.

Un rápido relámpago pasó por los ojos del condenado.

—¡Por fin lo consiguió usted! ¡Me ha domado usted! ¡Una palabra humanitaria ha hecho lo que no pudieron ni el calabozo ni el látigo... Ya siento por dentro el retorcimiento... Por esa palabra, yo podría ser su esclavo.

Corrían lágrimas de sus ojos.

—No puedo dejar de llorar. Después de todo no soy sino un niño, y creía ser un hombre.

Vaciló.

El director lo tomó en sus brazos y le sentó en una silla. Tomó entre las suyas la mano del presidario y sintió un firme, leal apretón. Los ojos del desgraciado vagaban sin mirar. Un espasmo doloroso le hizo llevar al pecho la mano que tenía libre; sus dedos descarnados arrugaron la camisa. Una débil sonrisa cruzó su rostro pálido, descubriendo más sus dientes relucientes.

—Esa palabra humanitaria.... si la hubiera dicho usted hace tiempo... si... pero esto va... va bien ahora. Volveré... volveré al trabajo mañana.

La mano que oprimía la del director, oprimió un poco más; luego se abrió. Los dedos crispados soltaron la camisa y la mano cayó. La cabeza, fatigada, se echó hacia atrás y se apayó en el respaldo de la silla; la sonrisa se inmovilizó en el rostro de mármol, y fueron los ojos vidriosos, los dientes relucientes de un muerto, los que quedaron vueltos hacia el techo.

W. C. Morrow.

Del inglés, tradujo: Amf.

PREFERENCIA

—Y usted, ¿que prefiere, la guerra o la paz?

—Yo estoy por la guerra.

—Claro, es usted militar y querrá ascensos.

—No es por eso: tengo el carácter muy pacífico.

—¿Y prefiere usted la guerra?

—¡Ya lo creo! En ella no todos los días hay combate; en mi casa todos los días me dá mi suegra una batalla.

EN EL CUARTEL

El sargento:

—¿Usted sabe leer y escribir?

—Diré a usted, mi primero; escribir, si señor; ahora en punto a leer, no entiendo jota.

—¡Es extraño!... A ver, escriba usted algo.

El soldado escribe unos garabatos.

El sargento.

—¡So animal! ¿Que ha escrito Vd. allí? A ver, lea usted lo que acaba de escribir.

El soldado:

—Perdone usted, mi primero: ya le he dicho que en punto a leer no entiendo

Continuación de Don Antonio Piñol, etc.

—*Todas estas monedas* — Prosigue — se conocen con el nombre de Antoninas pero eso no corresponde. Es necesario poder deslindar las épocas, cosa imposible, mientras no aparezcan algunos de los escasos ejemplares que puedan aclarar las dudas.

Vamos pasando por entre las vidrieras y vamos oyendo las explicaciones del señor Piñol: primero, vemos un mapa etnográfico del antiguo continente; copia y relación de las armas y embarcaciones primitivas; enseguida: mapa del mundo conocido en los años 2340 y 1650 antes de Jesucristo, con la relación de la procedencia de las razas y pasamos a la relación preliminar sobre la raza ibérica que contiene las monedas siguientes: *Emporhae* (*Ampurias* 2) *de Ansa* (*Vich* 4), *Bea'ulo*, (*Badalona* 4). *Ilvro* (*Lloret* 4). *Kissa* (*Cisona* 8.) Monedas de plata y cobre.

En el cuadro N.o 3 el *Tarraco o Cose* (74 ejemplares), con una relación sobre las murallas ciclópeas y el alfabeto turdetano y así, de cuadro en cuadro, cronológicamente ordenado, clasificados por razas, y por diferentes características numismáticas, vamos viendo la enorme colección que contiene monedas de Tarragona, de Ilérida, las *belingües* del tiempo en que los griegos arribaron a la península, las de España bajo el Imperio Romano; las de casi todos los emperadores desde *Octavio* hasta *Valeriano*, desde la de los "*Treinta tiranos* hasta *Arcadio* y *Honorio*. Vienen de inmediato las primeras monedas con la imágen de *Cristo* y continuando el monetario ibérico, vamos pasando por las de "*España Goda*" (*Edad media*) y *España Musulmana* (aquí apreciamos curiosísimos ejemplares de monedas acuñadas por los árabes). Trás ésto viene las de la época de la reconquista, las de *Alfonso* I y *Alfonso II*; las de *España Cristiana* desde *Jaime I* hasta Alfonso XII.

Nos conduce don Antonio a otra Sala, sin interrumpir su conversación pintoresca y nerviosa, contándonos anécdotas de reyes y emperadores, detallando las características de las armas de cada época y haciendo comentarios siempre oportunos y guiándonos por entre nuevas vidrieras, nos va informando sobre las monedas de Portugal desde *Joanus V*, hasta *María II*, de la *Francia* de los *luises*, las de la *República* y las de *Napoleón*; las de *Italia* de *Victor Amadeo* a *Victor Manuel*; las *Pontificales* de Urbanus VIII al *Consilio* de *Pío IX*, de *Suiza* de *Alemania*, de *Noruega* y de *Bélgica*, de *Inglaterra* y luego las de América.

Hemos dado una vuelta por sus tres salas y hemos realizado un gran viaje por el mundo geográfico, por el mundo de la Historia y por el mundo del Arte. El espíritu ordenado y perseverante de don Antonio Piñol que convirtió su domicilio en un museo, ha formado en esas habitaciones, un ámplio panorama de recreo y de estudio con esos tres aspectos de los conocimientos humanos.

Reiteradas veces — nos dice — he ofrecido mis salones a las escuelas y a las Universidad para que fueran visitados por los alumnos y los he puesto siempre al servicio de todos los estudiosos que deseaban ilustrarse con mi colección. Que mi labor y que este verdadero tesoro heredado de mis mayores sirvieran para la ciencia ha sido siempre mi mayor aspiración. — Eso bastaba para sentirme compensado en mis esfuerzos.

—*Queremos creer que en nuestro ambiente hay personas capaces de apreciar esta riqueza y queremos creer también que no han podido permanecer indiferentes frente a ella.*

—*No, señor; lejos de eso, hace ya muchos años, cuando la presidencia del señor Cuestas, se hicieron gestiones para que el Estado me adquiriera la colección, pero la compra fué postergándose por las dificultades económicas de la época. También mi dedicación a esta materia ha sido tenido en cuenta por los entendidos. El doctor Arechavaleta, antiguo director del Museo, quiso que yo fuera el clasificador oficial y al efecto inicié yo la tarea de ordenar la existencia numismática del Museo Nacional. El doctor Oliveres, una de las autoridades más reconocidas de nuestros medio, me ha visitado muchas veces y ha elogiado con entusiasmo mi trabajo. El doctor Gustavo Gallinal se ha detenido a apreciar el alto valor de esta colección y el doctor Daniel Castellanos, espíritu enamorado de la investigación histórica, hizo un cálculo aproximado del valor material del monetario.*

Don Antonio, nos ha mostrado los documentos de sus abuelos que en otra época fueron poseedores de la colección.

El, que ha invitado para que en estos días visite su "*museo*", al señor Ministro de Instrucción Pública doctor Raúl Jude, y que espera tengan buen audamiento las gestiones iniciadas el año pasado para que el Estado adquiera el monetario, revela en sus ojos cansados una tristeza pasajera. Con los documentos de sus abuelos en la mano, piensa quizás que ellos no hubieran cambiado aquel tesoro por todo el oro del mundo. ¡Oh, sí; para él tampoco significan gran cosa frente a aquellas piezas viejas y oxidadas las monedas relucientes con que se trafica en nuestros días!

Ya hace algunos años, pudo haber convertido en un montón muy grande de monedas circulantes y de valor efectivo, todo esa colección de placas comidas por la acción del tiempo. No quiso que su tesoro saliera del país. Hoy, ya está viejo y enfermo, le va resultando cada día más fatigoso el cuidado y la ordenación — que aún no está concluída — de todas sus monedas.

Sentimos que sería obra de justicia el hacer que el monetario de don Antonio Piñol quede en la patria de su hijos y que él pueda — por el reconocimiento de sus contemporáneos — concluir sus días compensado de una labor tan tesonera y desinteresada.

A LAS PREGUNTONAS

Margarita. — Para la hinchazón de las articulaciones en los reumáticos, es probado remedio el colocar todo el tiempo que se pueda, una bolsa de goma con agua muy caliente, alrededor de la parte inflamada, abrigándola además con telas de lana.

Desmemoriada. — Desde luego la verdadera distinción, se demuestra en sociedad, tratando con la misma amabilidad, a la persona de alta posición, que a la modesta, sin hacer notar jamás a la humilde frialdad de ninguna clase. Quedando después en libertad, de escoger las amistades íntimas, entre las personas que sean de su agrado, como es natural.

Solita. — Creo señorita, que yendo por la calle juiciosa y seria a sus estudios, no le ocurrirá nada desagradable, pues que le digan piropos no creo que lo sea, antes al contrario, un piropo decente, halaga a toda mujer.

A los insistentes y molestos, lo mejor es no hacerles caso y hacer como si se fuese sorda, siendo cosa de solución probada, el dirigirles una mirada, no de ira, sino profundamente severa y algo triste, y es muy difícil que nadie insista. Es el medio más digno y de mejores resultados que los denuestos y las quejas. Vaya por la calle seria y digna y nadie la molestará.

Desengañada. — No creo que debe importarle nada el que la familia a quien ha socorrido la haya engañado no necesitando la limosna, pues si es cierto lo que dice, que otros pobres verdaderos se quedan sin ella, como usted no puede socorrer a todos los pobres, de todos modos siempre habrá muchísimos sin soocrrer, y la limosna no es tanto por favorecer en un momento dado a un pobre determinado, que un día después volverá a pasar necesidades, sino por la obligación moral en que estamos de compartir nuestros bienes con el desgraciado, y el momento de comprensión emocionante que interesa nuestra alma ante el dolor ajeno. Usted ha cumplido haciendo el bien; su conciencia debe estar tranquila; si el pobre la engañó el que pecó mintiendo fué él.

A una mentirosilla. — No señora, no tiene usted porque intranquilizarse; creo que la mentira que puede ocasionar un bien o suprimir un daño, es meritoria, y más en ese caso en que no es mentira precisamente, sino exagerar los méritos de una amiga. Es probable que si usted no le dice al director de la empresa, lo que en favor de determinada persona le dijo, no la hubiera empleado en su comercio, y como eso ha sido un gran favor para su amiga, y no tendrán queja de ella los dueños del negocio, usted ha hecho un gran bien mintiendo títulos que su amiga no tenía; a nadie ha perjudicado, sino al contrario ha dado el pan a una familia honrada. Crea señora que el pecado y el mal solo existen donde hay daño para alguien, donde hay dolor por pequeño que sea. ¡El bien, es algo tan inmensamente *grande*, que hasta la mentira que es tan fea, se vuelve bella si se empleó para alcanzarlo!

Flor de Macachín. — La artista por cuya historia usted se interesa, fué una mujer hermosísima, de temperamento ardiente y admirada por los hombres por su inmenso talento. Su esposo en un bárbaro arrebato de celos la mató, suicidándose luego.

La segunda pregunta la encontrará usted en otro de los próximos números de "*Mundo Uruguayo*", dirigida a otro seudónimo diferente al de usted, pues la delicadeza que inspira todos nuestros actos al dirigir esta sección, nos impide herir en forma alguna sentimientos respetabilísimos.

A todas las preguntonas. — Quiero hoy terminar deseando a todas mis buenas amigas un buen término de año y felicísimo 1925. Que la dicha ilumine vuestros hogares. Os deseo lo que yo anhelo para mí misma, que es lo más que os puedo desear. Salud; adecuados medios de vida; simpatía para conseguir todo afecto, y sobre todo paz en vuestros hogares y en vuestros corazones, porque en esa divina palabra, queda condensada la aspiración suprema de las almas buenas. Habiendo paz, todas las bellezas de la vida podrán ser bien aprovechadas y bien gozadas.

Mis buenas amigas, hasta el año que viene pues, ¡salud y paz!

Sor Suplicio.

La pagina de Ustedes...

L SUEÑO DEL "BARITA"



—¡Eh! Alto, ah!. ¡Alto; he dicho! ¡Qué se detenga le digo! — ¿No? — Está multado!

TODO ES POSIBLE



—¿Quién dijo que algún día no podremos viajar de planeta a planeta en automóvil?

Toda colaboración para ser publicada en "Página de Ustedes" deberá venir acompañada de CUATRO timbres de correo, sin inutilizar de 5 cts. cada uno.

EL HOMBRE DE MI ENSUEÑO

¿Encontraré entre los lectores, un hombre que sepa comprender a un corazón huérfano de amor? Pues si lo hay y está dispuesto a querer hasta lo infinito conteste a — **Corazón destrozado.**

Lectores puede ser aún posible la dicha del hogar? Tengo 47 años soy mujer digna y consciente; quiero ser la buena compañera de quien sienta y piensa noblemente y desee terminar sus días en un hogar donde reine la paz y el cariño. El que desee contestar indicará dirección — **Hacendosa.**

Soy una joven que he sido engañada, lo digo sinceramente, por un hombre malvado. Busco un amor sincero y puro que me haga olvidar mi gran tragedia. ¿Lo encontraré? — **Luisa.**

Jovenzito rubio de ojos oscuros que he visto el día 16 de Diciembre en el tranvía de **La Comercial** N.º 32 y que clavó sus ojos hechiceros en mí. ¿Recordará a la — **Rubia de lentes?**

LA MUJER DE MI IDEAL

Lectoras: Quisiera encontrar novia joven sin pretenciones desinteresada. Que le agrade un rubio de 29 años, trabajador, culto de muy buenos sentimientos. Que nunca amó (aunque pobre) con situación pecuniaria como para formar hogar. Unico modo de entendernos personalmente. ¿La encontraré? — **Lector del M. U.**

Viste de rosado, vive en C. casi 25 de M. trabaja en la "A. D." muy bajita. Puedo pretender a su amor, — **"El Unino de los abanicos".**

Amo en silencio a una chica que vive en la calle Constituyente y P.... que sale siempre a la puerta cuando yo paso. — **El cojo.**

ESQUELAS

Viuda arrepentida: — Aunque no me interesan los $ 10.000, recojo con entusiasmo su pedido. Escríbame a S. V. Casilla de Correo 656 y podremos entendernos. — **Bardo Soñador.**

A Joven del Interior: — Alto, morocho, de 20 años de edad, resido en Montevideo. Me espera un porvenir brillante. Creo que nos entenderemos. Conteste Vd. a Poste Restante Carnet de Identidad N.º 148776 ampliando datos. Deme su dirección para enviar carta. — **General Pimienta.**

A Joven del Interior: — Soy alto, morocho, cuento 22 años, resido en Montevideo y creo que la distancia que nos separa no sea inconveniente para llegar a entendernos. Pimienta da los datos aparte. Conteste a Poste restante de Identidad N.º 163701 ampliando datos y dando dirección para enviar carta. — **General Fainá.**

Viuda Arrepentida: — Yo soy sólo en el mundo, y no tengo inconveniente en formar relaciones con Vd. Mande dirección — **D. A.**

Viuda 35 años: — Agradecido por su atenta cartita. Reflexionando que la mejor belleza es la del alma acepto gustosísimo en entrevistarnos. Puede contestarme a misma dirección, dando lugar aparente, hora y señas suyas a fin de evitar confusiones. Cuente de mi parte que procederé con seriedad, esperando de Vd. igual. Dos días después aparecer ésta, iré por carta a — **Poste Restante.**

Luz, Sol y Sombra: — Eso de amar hasta lo infinito ha conmovido; hasta lo más hondo nuestros corazones naturalmente sensibles y románticos. Somos 3 hermanitos, ni rubios ni morochos; castaños; y poseemos muchas y muy buenas cualidades como ustedes piden. Lo que no nos sobra es paciencia, por lo que le rogamos que indiquen, lo más pronto posible lugar donde conocernos. — **Julio, Abel y Octavio.**

Madrecita: — Morocho, 1.70 de estatura, 30 años, empleado, creyendo reunir las condiciones que Vd. desea, aceptaría correspondencia amistosa provisoriamente. Escribiré inmediatamente mandando mi propia dirección, si tiene a bien mandar la suya a — **Bieldo - P. R.**

A viuda arrepentida: — Habiendo leído, en esta simpática revista su ideal y como poseo un corazón capaz de amar hasta la idolatría y hacer feliz a la que a de ser mi futura prometida. Pídole si soy de su agrado se digne contestar a — **Corazón Noble.**

Solita: — Soy solo y reuniendo las cosas que Vd. desea no tengo inconveniente en ser su esclavo. Espero contestación — **A. G.**

Tórtola: — Retiraste mi carta de Poste Restante? Si es así porque no contestas a la dirección que en ella te indico? Esperando contestes, te saluda — **Carpincho.**

A "Dos Flores" y O. M. 9.ª: — Halagadas verdaderamente por vuestras simpatías, pensamos: ¿Para qué gozar de la esperanza, para que respirar sus aromas, si al momento de recoger sus promesas, se tiene que huir, acariciada tan sólo por el recuerdo de las dichas pasadas? Sin embargo, esperamos ampliación de relaciones, estando de acuerdo. — **"Dos Morochas".**

Luis.... "Simpático desconocido".... 5... 2: — A su nombre, con el número de su carnet, hay en P. R. carta recomendada para usted. Enterado de lo que contiene, espero me comunique, dirigiendo carta a la dirección que le he dado, si está de acuerdo... Y si no la recibe, y ésta llega a Vd., hágamelo saber por esta y deme otra dirección para que con seguridad lleguen a usted. Ahora, yo también espero. — **"V..... encantadora V..."**

Viuda Arrepentida: — Habiendo leído su esquela e imaginándome que Vd. es una persona seria me dirijo a Vd. Soy joven de 28 años con algún capital y bien empleado. Le diré que el dinero suyo no lo necesito. Así espero tenga la gentileza de contestar a Poste Restante Carnet N.o 95673 citándome el modo de conocerla.

Al Señor V. A. de Boni — le advertimos que su esquela no ha aparecido por no venir expresado su destinatario.

Solita: — También soy solo; ansío encontrar a una mujer que sepa amar. Si Vd. es amante de la felicidad peremne, conteste por **M. U.** a este su — **Palomo herido.**

Viuda arrepentida: — Lo que Vd. evoca puede tener eco en mi corazón si sus cualidades de laboriosa y modesta son reales; prescindo de los diez mil pesos, pues al ofrecer mi amistad leal, lo hago en cambio de una igual leal amistad. Soy comerciante, de edad en la cual ya no caben las volubilidades de las aventuras románticas, pero sí, ansioso de amor que contracambiaré, con creces, con amor.

No haré fatuosidades, como generalmente acostumbran en estos casos, sobre mis cualidades personales físicas y morales: Nada tengo de excepcional, favorézcame con la oportunidad de conocernos, y las impresiones que mutuamente nos causaremos, serán nuestros recíprocos jueces.

Si estas mis palabras bien claras y sencillas, Vd. las interpreta en su verdadero sentido, conteste Poste Restante (Central) — **Carnet N.º 134.218.**

Viuda arrepentida: — En virtud de la seriedad con que se manifiesta en una esquela aparecida el 18 de Diciembre en esta revista, es por lo que me animo a contestar por primera vez en esta forma.

Tengo la seguridad que poseo ampliamente la cualidad que Vd. tan modestamente exige.

Como no soy amigo de manifestaciones públicas, le encarezco, si le intereso, me escriba a mi seudónimo a Poste Restante dándome algunos datos suyos a la vez que dirección para ser más explícito; o mejor — si le parece, — desearía una entrevista, formal que considero más práctica para mejor entendernos. Cuente con mi caballerosidad y conteste pronto a — **Sin amor.**

"Para Viuda arrepentida": — Si deseas ser amada y feliz contesta dando más datos a cédula de identidad N.º 166.327.

Viuda Arrepentida: — Creo podería hacer feliz. Soy joven, y más que plata, busco, un corazón que, habiendo sufrido como el mío, me pueda comprender y amar y ser correspondido con inmenso cariño. Interesándole, domingo siguiente salir esta, a las 7 de la tarde al Muelle Maciel a la salida vaporcitos Cerro. Ambos con **Mundo Uruguayo** y claveles colorados — **Amor sincero.**

Viudita Arrepentida: — Soy viudito, y de muy buen genio poseo un capitalcito igualando al que Vd. dice tener. Vivo en pueblo de campaña. Soy extranjero Si Vd. desea un buen hogar cariñoso lo encontrará al lado de este su — **Viudito.**

Viudita arrepepentida: — En Vd. está mi felicidad, yo tambien tengo muchos deseos de amar y ser amado, mi único capital es un corazón noble, lleno de cariño, y de buenos sentimientos. Así creo reunir las condiciones por Vd. exigidas. ¿Cómo conocernos? — **Soy muy mimoso.**

A madrecita: — Leí su esquela, creo reunir las cualidades exigidas por Vd. He sufrido lo indecible, he amado hasta llegar a casarme con la mujer que creí mi ideal, engañado hasta lo más íntimo busco hoy en el divorcio mi tranquilidad. Tengo 28 años, morocho, empleado importante casa exportadora de ésta y busco una mujercita que con sus ternuras haga olvidar todas las amarguras que he pasado en esta vida. Creo sea Vd. la indicada. Conteste a esta página si le intereso a — **Rotceh.**

Viuda arrepentida: — Su entre dicho me impreciona soy libre, mi corazón es un modelo... ¿Cómo entrevistarnos? Conteste al — **Desinteresado.**

A Viuda Arrepentida: — Encontraréis en mi cariñoso corazón eco simpático, puedo amarte mucho, tengo 43 años, profesión liberal que nos proporcionará bienestar y felicidad, aunque no tengáis capital es lo mismo. Contesta comunicarnos por esta página. — **Hombre Feliz.**

Cartas recibidas para el concurso

Amada mía:

No puedo hallar palabras para explicarte el dolor que me causaron las celosas frases de tu cartita: Por lo que en ella me dices, veo que aún no alcanzas a comprender el inmenso amor que por tí siento: Dime, ¿Cómo puedes creer que yo fije mi vista con interés en otra? Teniendo tu divino rostro retratado en las niñas de mis ojos y grabado en el corazón tu nombre.

¿No sabes acaso que eres mi peremne pensamiento y la dulce ilusión de mis ensueños? Y entónces, si nada de esto ignoras Porqué no desechas de tu amante corazón los celos infundados? Vivirías tranquila; dando al mismo tiempo final a la mortificación que ellos me causan.

Bueno Angel mío, espero que para nuestra próxima entrevista se habrán disipado las dudas de tu alma y habrás depositado la fé que antes tenías en: Tu fiel. — *Hugo.*

Julio mío:

¡Qué feliz soy, al poseer el privilegio de poder amarte, en eternas horas de infinita quietud, ajena a los movimientos afanosos del mundo, en horas largas de noches de ensueño, cuando la luna descubriéndose, detrás de las nubes humedece los objetos con su lluvia silenciosa de plata!

Aveces en mi alma hay como ráfagas que forman olas de sentimientos, torbellinos de ideas que se dispersan, confusión y olvido de mi misma, seguedad de amor, que ve en las tinieblas. Amor? Lo que se refleja en lo hondo de tus ojos, en la profundidad de mi alma, es la transfiguración de luz en emanaciones de paraíso...

Amor es un beso de nuestros corazones... Te quiero, te adoro hasta la sublimidad!! — *Blanca.*

Señor N. N. — Escucha; Vuelves de nuevo a mí, implorando perdón y amor...! ¡Demasiado tarde! Las veleidades de tu afecto extrangularon en mi alma la manifestación de mi inclinación hacia tí, y, lo que entonces era amor, es hoy indiferencia!

Tuya es pués, la culpa. Antes, cuando te dí mi amor, cuando en mi corazón pudiste leer como en las páginas de un libro abierto, sonreías desdeñoso ante la magnitud de mi afecto y fuiste a buscar nuevas impresiones, nuvos amores, que al destruir con el desengaño tu optimismo, te han hecho volver a mi lado, acongojado y arrepentido...

Pero, te lo repito: ¡demasiado tarde! Tu ingratitud arrancó lágrimas sinceras a mi poca experiencia de la Vida; pero, poco a poco la voluntad, esa riqueza que Natura dió a mi ser, se levantó enhiesta... y, triunfó!

Hoy, no encontrarás en mí, amor, pero tampoco odio, porque la nobleza de mi espíritu sólo puede ofrecerte en cambio de tus veleidades, desprecio! ¿No sabes que herir el amor propio de una mujer de mi temple, es levantar la muralla del olvido entre los dos?

Por esto, pido no insistas; tus súplicas sonaron a hueco en el vacío que mi alma te hace y, deja tu arrepentimiento, talvez sincero, para los pusilámines!

Busca pues, otras ilusiones; ellas, borrarán fácilmente este fracaso y déjame vivir mi vida, tranquila, feliz, cual la deseo. Adiós! — *Orf.*

Mi amor:

¿Porqué anoche no ornaba el balcón tu silueta adorada?

¿Qué fué lo que se opuso a que me impregnara, una vez más, de la infinita dulzura de tus ojazos y de tu voz?

Anoche, pasado el primer momento, pude mitigar algo la gran angustia que me invadió al no verte; pues cuando estuve solo y cerré los ojos para reconcentrar mi pensamiento, te ví y, en mi obsesión, oí tu voz que me decía tu amor puro y dulcísimo... Pero al tiempo que la luz del sol aparecía y se extendía sobre todas las cosas, una gran desesperación empapaba mi corazón!

¡Una palabra tuya que me haga revivir! Con el alma. — *Eduardo.* Pseudónimo: *Alice.*

CORRESPONDENCIA

Jorge. — Eso de lenificado y eso otro de: "has sido *vos mi* remedio", nos obligan a pedirle un poco más de claridad y corrección en las expresiones.

Maruja. — *"Ase"* — *"resibi"* — *"an transcurrido"* — *"bibo"* — *"ser de mi ser encarnado"* — *"crey que hera tulla"* — *"allas"* — *"ohir"* — *"jurastes asta"* — *"heres"* — *"emponsonair"* — *"¡hay...!"*

¡Ay! todo eso acumulado en su carta nos hace olvidar sus sufrimientos.

Félix N. — La carta a la *"rrubia"*, marchó al canasto con versos y todo.

Carlos Diblerne. — Su carta no tiene el número de palabras reglamentario.

Tito. — Mi amigo tenga paciencia. Aunque parece *versao.*
Mal se nos ha *resbalao,*
Al escribir "hevidencia".

X. — Firmeza — Bosque M. — Citerea — Aruel — Ñatita — Julieta — Aparecerán en su oportunidad.

Como debe ser el marido ideal

1.º — De carácter e inteligencia.
2.º — Sin vicios.
3.º — Educado; la falta de educación hace que sea muy frágil el lazo de unión de dos corazones.
4.º — Que tenga con el novio la diferencia esencial de ser más cariñoso.
5.º — Amante del hogar.
6.º — De pocos y selectos amigos íntimos.
7.º — Debe tratar que la esposa halle a su lado un ambiente que no desmerezca de aquel en que ha sido educada.
8.º — Debe compartir con su compañera la dirección del hogar, considerando que la palabra "mujer" generalmente significa inteligencia además de corazón.
9.º — Que vaya por la vida en pos de una noble aspiración; un hombre que fácilmente se conforma con su suerte, que no aspira a nada más, no puede ser el ideal de una mujer inteligente.
10.º — Que no sea indiferente a las altas manifestaciones del espíritu.

Alicia.

1.º — Honrado.
2.º — Trabajador.
3.o — Que sepa amar mucho a la que será su compañera de tristezas y alegrías.
4.º Que posea un corazón noble y bondadoso.
5.o Que sea bueno y cariñoso.
6.º — Amante al hogar y a los niños.
7.o — De genio apacible.
8.º — Enemigo al juego.
9.º — Enemigo del alcohol.
10.º — Y por último que no sea viejo porque yo soy joven.

Estos son los deseos de una jovencita de 16 inviernos que anhela un marido modelo. — **Peseudónimo (ojos verdes).**

Para mí, el mejor marido sería:
1.º — Educado.
2.º — De buen genio.
3.º — Sin celos.
4. — Amante del hogar.
5.º — Respetuoso y que haga respetar a su señora.
6.º — Amante del trabajo aunque sea rico.
7.º — No demasiado rico.
8.º — Que tenga a su señora enterada de sus negocios y si es posible, que se haga ayudar por ella en su trabajo.
9.º — Que acompañe a su señora a fiestas y paseos.
10.º — Que sepa música.

Ma-Is.

1.º — Ser fiel.
2.º — No ser celoso.
3.o — Ser sobrio.
4.º — Tener carácter varonil.
5.o — Ser educado.
6.º — Ser tenaz en sus desiciones.
7.o — Amar a su hogar sobre todas las cosas.
8.º — Tener templanza.
9.o — Ser tolerante.
10.º — Sano y fuerte. — **Diderot Bindomar.**

A mi juicio sería un marido ejemplar el que reuniera estas condiciones.
1.o — Bueno.
2.º — Cariñoso.
3.o — Educado.
4.º — Instruído.
5.o — Respetuoso.
6.º — Trabajador.
7.o — Sano.
8.º — Animado.
9.º — Músico.
10.º — Sociable. — **R!a-bel.**

Pasatiempos

CUARTO TORNEO INGENIOSO DE MUNDO URUGUAYO

SU HERMOSO ÉXITO

De acuerdo con las bases de nuestro "Cuarto torneo ingenioso", el 14 del corriente mes de Diciembre se clausuró la recepción de los trabajos enviados al mismo por nuestros distinguidos colaboradores. Del éxito de este concurso con que "*Mundo Uruguayo*" cierra la labor anual, es prueba elocuente el número de juegos enviados, su misma importancia y el prestigio de la firma de los colaboradores que han respondido a nuestro llamado. La Sección Pasatiempos de esta revista afirma nuevamente, con el magnífico resultado de este Torneo de ingenio, su verdadera importancia y el interés que en su mejoramiento ponen los distinguidos colaboradores a quienes agradecemos el concurso valioso que le prestan para mantenerla entre las de mayor significación de cuantas se publican en revistas análogas, en esta parte del continente americano.

Al expresar nuestra profunda satisfacción por el éxito del gran Torneo ingenioso recientemente clausurado, nos resta felicitar a todos aquellos colaboradores de la sección que han resultado premiados en el mismo.

He aquí el veredicto del jurado y los juegos que merecieron premios y menciones en el Torneo.

Veredicto del Jurado

A los quince días del mes de Diciembre de mil novecientos veinticuatro, reunidos en la Redacción de "*Mundo Uruguayo*" los señores Perfecto López Campaña, en representación de "*Mundo Uruguayo*"; Apolo, Siremo y Oxe en representación de los colaboradores de la sección, y el Director de Pasatiempos por la página ingeniosa resuelven:

1.° Tomar nota de los lemas enviados al *Cuarto Torneo ingenioso de fin de año*, que son los que se publican enseguida: *Ultima hora, Flechazo, ¡Ay ay ay!, Idealidad, Homero,* 1924, *Po, Mu, Rosas de Francia, Caparrisus, Luz, S. B., Carcamán, Rosa Roja, Allá veremos, No tengo higos secos, ¿Qué más querés?, Sarcasmo, Reo, Flirt, Dentinol, Luz (a), La Tierra, Alfa, Amel, Perla Blanca, Júpiter, Artigas, Mercurio, Biblia, Urano, Neptuno, Coquita, Julieta y Romeo, Aurora, Alma de mujer, Ramillete de flores, Concurso, Lucha, Mundo Uruguayo, ¡Carlitos por Dios!, Aflojale que colea, Oscar, Luz (b), Recuerdo, ¡Más charada... imposible!, Alí Birá, Brisa del Este, Lentiplasticocromocoliserpentigraf, Lirio Azul, Sol, Liniers, Trío, T. Q. V., Marte, Sporting, Sardes, Venus, Saturno, Escanciar, Non ragionam di lor..., Pá mi que cuela, Quos Ego, Sopra l'arena ignude.*

2.° Clasificar los trabajos presentados, en el orden siguiente: 29 Anagramas; 98 Comprimidos; 18 Charadas; 19 Frases Hechas; 72 Jeroglíficos comprimidos; 25 Jeroglíficos; 12 Intercalaciones.

Total de juegos presentados: 273.

3.° Conceder el premio al anagrama del lema: *Rosa de Francia*, y mencionar los lemas: *Quos Ego, Non ragionam di lor, Pa mi que cuela* y *Recuerdo*.

4.° Conceder el premio a la charada del lema: *Quos Ego* y mencionar los lemas: *Sopra l'arena ignude Idealidad, Más charada... imposible, Flirt* y *Rosa de Francia*.

5.° Conceder el premio al jeroglífico comprimido del lema: *Ultima hora* y mencionar el lema *Sarcasmo*.

6.° Conceder el premio al juego original del lema: *Recuerdo* y mencionar los lemas: *Quos Ego* y *Urano*.

7.° Conceder el premio al comprimido en figura del lema: *Brisa del Este* y mencionar los lemas *Diciembre, Flirt, Artigas, y Luz (a)*.

8.° Conceder el premio al Jeroglífico comprimido en figura del lema: *Recuerdo* y mencionar los lemas: *Luz (a), María Isabel, Recuerdo, Aurora, Mundo Uruguayo, Coquita* y *Recuerdo*.

9.° Mencionar la frase hecha del lema: *Luz*.

10.° Conceder el premio al comprimido del lema: *Sarcasmo* y mencionar los lemas: *Ultima hora* y *Flirt*.

11.° Abrir los sobres que contienen los seudónimos de los lemas premiados y adjudicar los premios en la siguiente forma:

Al anagrama del lema: *Rosa de Francia*, autora; *Violeta de los Alpes;* una preciosa bombonera donada por la colaboradora *Italia*, de San José.

De los lemas: *Quos Ego*: *N. N., Non ragionam di lor*: *Elsa, Pa mi que cuela*: *Ego, Recuerdo*: *Sesostris.*

A la charada del lema: *Quos Ego;* autor: *N. N.*, un reloj de pie, de metal bruñido.

De los lemas: *Sopra l'arena ignude*: *Juan Sergio, Idealidad*: *Set Tifón, Más charada... imposible*: *Ego, Flirt*: *Alice, Rosa de Francia*: *Violeta de los Alpes.*

Al jeroglífico comprimido del lema: *Ultima hora;* autor: *Invencible*, un juego de útiles de escritorio de plata cincelada.

Del lema: *Sarcasmo*: *Artagnan.*

Al juego original del lema *Recuerdo*, autor: *Sesostris*, una cigarrera de plata en su correspondiente estuche.

Del lema *Urano*: *Virgilio* y *Cicerón*.

Al comprimido en figura del lema: *Brisa del Este*, autor: *Uruguaya del Este*, un estuche de útiles para labores, de cinco piezas.

De los lemas: *Diciembre*: *Dejocés, Flirt*: *Alice, Artigas*: *Mantota, Luz*: *Italia (San José).*

Al jeroglífico comprimido del lema: *Recuerdo*, autor: *Sesostris;* una petaca de plata, en estuche.

De los lemas: *Luz (a)*: *Alice y Otrebor, María Isabel*: *Dejocés, Recuerdo*: *Sesostris, Aurora*: *Mantota, Mundo Uruguayo*: *Dejocés, Recuerdo*: *Sesostris, Coquita*: *Mantota.*

Del lema *Luz*: *Italia.*

Al comprimido del lema: *Sarcasmo;* autor: *Artagnan*, un cenicero de cristal y bronce.

De los lemas: *Ultima hora*: *Invencible, Flirt*: *Alice.*

12.° Solicitar del autor de los trabajos que llevan el lema: *Quos Ego*, se sirva enviar de nuevo el seudónimo por haberse extraviado el sobre que acompañaba a los trabajos.

13.° Declarar fuera de concurso los lemas: *Alfa, Luz (b), S. B., Reo, Amel, Po, Oscar* y *Biblia* en virtud de no ajustarse a las bases publicadas.

Perfecto López Campaña, Apolo, Siremo, Oxe, Mandolo.

Montevideo, Diciembre 14 de 1924.

(1er. Premio)

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

LEMA: RECUERDO

SOL: SON IDÓLATRAS DEL SOL

Autor: *Sesostris.*

COMPRIMIDO

(1er. Premio)

Lema: *Brisa del Este.*

M

Solución: Macanudo.

Autor: *Uruguaya del Este.*

JUEGO ORIGINAL

(1er. Premio)

Lema: *Recuerdo.*

CARCEL

Solución: Acarreos.

Autor: *Sesostris.*

ANAGRAMA

(1.er Premio)

Lema: *Rosa de Francia.*

¡Veneremos la memoria
del Poeta ido!
No predicó por oro.
Dejó reliquias, torres de prosa

El más sublime escritor
que ha tenido el Uruguay:
y las reliquias mejores
que de El tiene que guardar.

Solución: A José Enrique Rodó. Ariel; Motivos de Proteo; El mirador de Próspero; El camino de Paros.

Autor: *Violeta de los Alpes*

ANAGRAMA

(Mención)

Lema: Quos Ego.

Regó en el astro
su miríada de lirios

Fué un alma de ensueño que pasó [regando
sus cándidos lirios, a todos amando.
Porque aún la vida del verso viviera
encerréla en éste con su obra pos- [trera.

Solución: Delmira Agustini; El rosario de Eros.

Autor:

ANAGRAMA

(Mención)

Lema: Non ragionam di lor.

¡Arriba los genios poéticos!
¡Hurra!
Por ti Italia, a ti cuna
del arte
todo grandeza

Solución: Dante Alighieri; Petrarca; Leopardi; Ariosto; Gabriel D'Annunzio; Torcuato Tasso.

Autor: *Elsa*

ANAGRAMA

(Mención)

Lema: Pá mi que cuela...

Si esto no lo barajais con osadía
podríais elegir en letras
el verdadero concepto
de mi viejo general

Frase histórica te doy
junto al nombre de su autor.

Solución: No venderé el rico patrimonio de los orientales, al bajo precio de la necesidad.

José Gervasio Artigas

Autor: *Ego*

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

(Mención)

Lema: Aurora.

AS

Solución: Ave sin alas.

Autor: *Mantota.*

ANAGRAMA

(Mención)

Lema: Recuerdo

SACANDO EL PREMIO

Bien puede sacar el premio
El que se confiese autor
De este expresivo anagrama
Por su proficua labor.

Solución: El camino de Paros.

Autor: *Sesostris*

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

(Mención)

Lema: *Luz* (a)

100

Solución: Siniestra calavera.

Autores: *Alice y Otrebor A.*

CHARADA

(1.er Premio)

Lema: Quos Ego!

Una tarde, en esa hora que el joyero [del crepúsculo
trasmutando va las rosas y los oros [del poniente
en topacios y amatistas, *solución* des- [de muy lejos
tú llegaste hasta mi lado en la playa [solitaria.
La *dos tercia repetida* de mis sueños [imposibles,
el recuerdo inmenso y triste; la ser- [piente de la angustia
y la nostalgia; la infinita pesadum- [bre de tu ausencia,
recobraron nuevas fuerzas y me hun- [dieron en el alma
otra vez el férreo garfio de mi míse- [ra impotencia!

(¡Ah, la muerte no *un tercia* que los [amores crezcan;
dos sus hielos impiden que el fuego [de las almas
levante al infinito sus lenguas azu- [ladas
de ensueño o purpuradas de amor!
Pero esa llama inmensa, que se ele- [va tan sólo
porque es ligera y débil, enraiza en [el alma:
y las almas ¡ay tristes! no vencen [en la vida...
Son hijas de los dioses por los dio- [ses heridas!
son velas flojas, rotas, de los mares [en calma!)
Y lloré sobre la playa. Y era un can- [to en las arenas
tu recuerdo y mi esperanza, mi es- [peranza que en el llanto
desbordaba como un río de su cauce!

Ya el crepúsculo era noche y aún mi [alma sollozaba
sus congojas torturada de inefables [esperanzas:
Regia hermana, *un* mi angustia; *tres* [consuelo
a mi espíritu que clama eternamente [por las luces
ardentísimas de tu alma!
...Y las cuentas de azabache de la [noche
te borraron lentamente y apagaron;
cual si usaran para ello mi dolor y [mi tristeza,
las linternas de los astros.

Solución *Venida.*

Autor:

COMPRIMIDO

(Mención)

Lema: Artigas

Solución: Cervecería.

Autor: *Mantota.*

COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Luz.



Solución: Picaflor.
Autor: *Italia*.

CHARADA
(Mención)
Lema: Sopra l'arena ignude.

Sobre el fondo claro que dá *un* cuadro el agua riendo gozosa, con nerviosa risa, cómo un ángel rubio, la niña desliza los muslos de rosa, *solución* la enagua

Primera segunda con candor y gracia tan puros su veste, que en el río parece estatua animada que al agua le ofrece toda la armonía de su aristocracia.

Tres prima invertida tal encanto ei modo con que ríe y teme mojar su vestido que el agua, la maga hechizada, ha prendido cien brillantes gemas en su cuerpo todo.

¡Bendita pureza que *tres* a los seres el noble tesoro de las almas sanas! ¡Oh, candor egregio, ¡raíz sobrehumana! que a través del tiempo lo más fuerte eres!

Pequeña, es tu risa el sello divino que diera a las almas el Dios en los cielos; cuando todos puedan como tú adentrarse en el mar del mundo en candor luciendo, desnudos los muslos, los ojos serenos, las frente sin sombras, los labios risueños entonces la vida será verdadera! dará óptimos frutos y toda quimera cabrá en un abrazo y un beso supremos!

Solución: Alzada.
Autor: *Juan Sergio*.

COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Diciembre.



Solución: Vagabunda.
Autor: *Deyocés*.

CHARADA
(Mención)
Lema: Idealidad.

Siempre que el 239 de 1262
tomó una 1942 de 326,
entre su curda 89 561262
su 28739 56 quien fracasa
y el 125, 267, para atrás.

La 3982 que lleva 581732
89 561242 87 56 4912 1962
y el 4569 que 65 le arrima,
lo echa 1939 una 1732
326 tarde sobre su 564962

21269 el torvo 4276289
89 232 9 89 siente 4582
56 tan ligero de 3289
que 58 el ambiente 42345289
lo 1989158 por La Riena.

Cuenta que 58 cierta 9126798
1267 lo 62128 del 3242;
fuera la causa un 12498
y el 2656789 un 4598
67 nuestro héroe 89 561242...

El 89 19372 58 la 3562
6789 un día 58 la 653282;
gustaba los 6942 564562
y eran las 396126 das que 562
esperaban 2 su gana.

Por la 6512, 58 su 32872,
sus 123496 dejó al destino;
87 12129 sombraría;
67 56 321282 algún día
lo dirá 37 123456789

Solución: Campesino.
Autor: *Sol Tifón*.

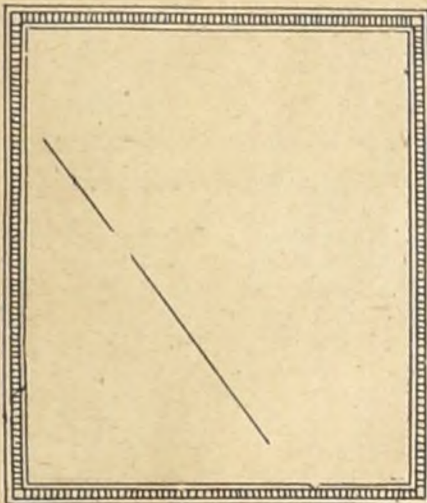
CHARADA
(Mención)
Lema: Más charada... imposible.

Si no segunda primera
Segunda cuarta a segunda
Cuarta frente algún *total*,
Quinta prima dos tres cuarta
la solución de *un final*
juego, que aunque confunda,
por *cuarta cuarta, un total*...

Y *tercera cuarta* mas
confundir *quinta, postrera*
diré que *tercia segunda*
la *cuarta postrera cuarta*,
que sacó una *dos tercera*
de *prima quinta total*
una dos tres, tercia, cuarta
tercia cuarta. ¡Qué *tercera*
tres de charada *segunda*
tercia poder descifrar!!

Solución: Escaparate.
Autor: *Ego*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Recuerdo.



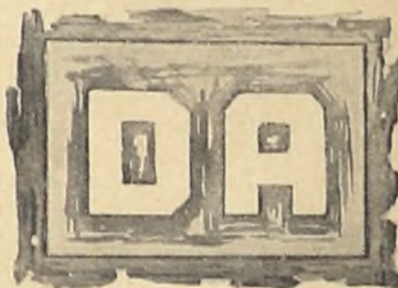
Solución: Bala directa.
Autor: *Sesostris*.

CHARADA
(Mención)
Lema: Flirt.

Puede ser todavía,
que tu canción salvaje se trueque en harmonía
y que tus labios muertos de haber besado tanto,
den mañana *"una vuelta"* a ésta hoy mi carne fría.
Puede ser todavía...
Puede ser todavía que lo que ayer amara
y lo que es hoy razón de mi existencia,
mañana se borrara de la memoria mía
y las turbias pasiones y los senderos grises,
fueran objeto único de mi agitada vida.
Puede ser todavía...
¿Acaso sólo es muerte la cuna del misterio?
Si el misterio más grande *"tres segunda"* en la Vida!
en esta vida máscara que nos acecha el paso
con sus encrucijadas, sus trampas y guaridas...
Así no sería extraño que me llegue el mal día
en que de *"dos tres"* yo arda por lo que aborrecía:
así no sería extraño que mi lira destroce
del *"solución"* el cierzo con su violento roce;
ni que la dulce calma que mi acción hoy anida
tenga toda la furia de mar embravecida
Por eso que mi lira resuena noche y día:
por eso que la fiebre que me priva del sueño
y me atormenta fiera con fantasmagorías,
con quimeras eróticas y atávicos nirvanas
es para mí, dulzura, no tempestad bravía.
¿El viento de tragedia será talvez mañana?
Puede ser todavía...!

Solución: Desamor.
Autor: *Alice*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Coquita.



Solución Divisa izada.
Autor: *Mantota*.

CHARADA
(Mención)
Lema: Rosa de Francia.

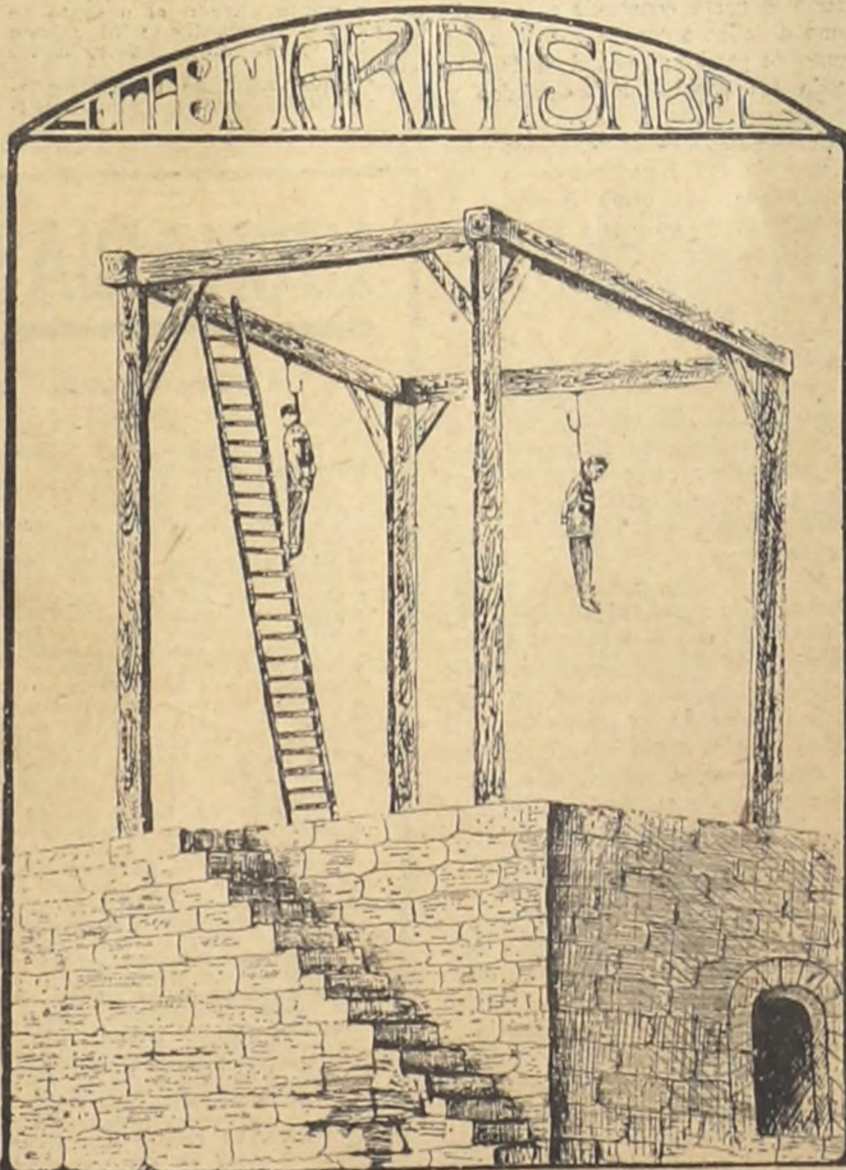
Sobre un mullido almohadón,
desnuda completamente:
se ondula cual la serpiente
la impúdica *solución*.

Con diabólica intención,
contempla amorosamente:
la cabeza aún caliente,
del mártir de su pasión!

Sus voluptuosos deseos...
le producen devaneos
inspirados por Satán:
y con instintos de fiera
tercia segunda primera
besa en la boca a San Juán!

Solución: Salomé
Autor: *Violeta de los Alpes*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: María Isabel.



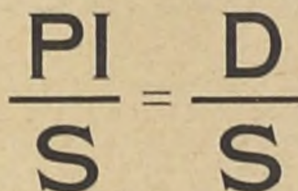
Solución: Ultima dosis.
Autor: Deyocés.

FRASE HECHA
(Mención)
Lema: Luz



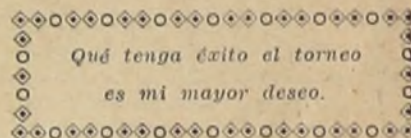
Solución: Mirarse cara a cara.
Autor: *Italia*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(1er. Premio)
Lema: Ultima hora.



Solución: Piezas cómodas.
Autor: *Invencible*.

COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Ultima hora.



Solución: Diversos.
Autor: *Invencible*.

COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Flirt.



Solución: Cancela.
Autor: *Alice*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Mundo Uruguayo.



Solución: Damas obligadas.
Autor: *Deyocés*.

COMPRIMIDO
(1er. Premio)
Lema: Sarcasmo.

MECA

Solución: Medicamento.
Autor: *Artagnan*.

COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Flirt.

1000

Solución: Corazón.
Autor: *Alice*.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO
(Mención)
Lema: Sarcasmo.

ODAS

Solución: Esposa dandy
Autor: *Artagnan*.

FRASE HECHA
(Mención)
Lema: Quos Ego!



Solución: Tener la vida en un hilo.
Autor: *N. N.*

Concurso de dibujos infantiles

MUNDO URUGUAYO abre un concurso de dibujos infantiles en el que pueden intervenir todos sus pequeños lectores. Los dibujos que se envíen no han de ser copiados y serán hechos con pluma y tinta negra en un papel o cartulina blanca, de tamaño de una postal. Deberán ser acompañados del título o explicaciones de lo que representan, nombre, dirección y edad del pequeño autor al respaldo.


"Juancito de paseo", por Alberto Storini, edad 10 años


"Me parece qué allí viene, ¿me traerá caramelos?, por Margarita Asnáres, edad 9 años


"Una belleza de Tokio", por Juan Carlos S vero, edad 13 años


"La alegría de los niños son los juguetes", por Ismael R. Nievas, edad 11 años


"Mi mejor amiga", por Gilda Iris Nisivoccia, edad 9 años


"Mundo Uruguayo, la revista Mundial", por Humberto Luis A. Banchero edad 9 años


"Un arrogante pajecillo", por Haydée C. Priori, edad 10 años


"La mimosa de la casa" por Antonio Priori, edad 12 años

JUEGOS INFANTILES

Hay muchos juegos para los niños; pero hablaremos de los que más se recomiendan para la salud.

Unos son "individuales", cuyo ejercicio practica un solo niño o niña, y otros de grupo o "colectivos". Entre los primeros citaremos:

El Aro. — Círculo de madera o de metal que el niño hace rodar delante de sí empujándole con una varita.

Columpio. — Soga o cuerda fija por sus extremos, en cuyo medio se sienta una persona que se mece por sí misma o a impulso de otras asiéndose a la cuerda con las manos para no caer al suelo; puede afectar diversas formas o hechuras.

La Cometa. — Consiste en una armazón, plana casi siempre, de cañas, sobre las cuales se extiende y se pega papel o tela; afecta varias figuras (cuadrada, exagonal, octogonal, etc, etc. -. A una de sus extremos se le pone una como cola, hecha de pedazos de papel o trapo. Se ata la armazón con una cuerda muy larga, se lanza al aire y se va elevando poco a poco hasta una gran altura, según la longitud de la cuerda. Es juego más propio de muchachos que de niñas.

Comba. — Consiste en saltar una cuerda que, movida circularmente, pasa alternativamente por debajo de los pies y por encima de la cabeza del que salta. Es juego individual y colectivo, generalizado entre las niñas. Cuando lo juegan varias, dos de ellas, agarrada la cuerda por cada rabo, mueven la cuerda circularmente y las otras van saltando hasta que, alguna de ellas por tropezar la cuerda con los pies, pierde y pasa a reemplazar a una de las que mueven la cuerda.

Pelota. — Proporciona al niño muy buen ejercicio y entretenimiento, tanto individual como colectivamente. Consiste en arrojar de una persona a otra, o hacia una pared, una pelota con la mano, o con una pala, cesta o chistera.

Trompo. — Nombre con que se designa a un juguete de madera, de forma cónica y terminado en una púa de hierro (clavo), al cual se arrolla una cuerda para lanzarlo al suelo y hacerle bailar. Fué conocido de los antiguos.

Bolos. — Juego que consiste en poner sobre el suelo nueve bolos derechos formando tres hileras equidistantes y en derribar los que pueda cada jugador tirando con una bola desde una raya señalada. Gana el que más tantos hace. En algunas partes se pone delante de dichos bolos otro, llamado diez de bolos.

Cuatro esquinas o cuatro rincones. — En este juego toman parte cinco jugadores; cuatro que ocupan cada uno una o uno de las cuatro esquinas o rincones y el otro jugador que queda sin rincón. Mientras los cuatro primeros cambian entre sí de esquinas o rincón pasando de unas a otras, el quinto jugador procura apoderarse de alguna esquina o rincón, quedando sin la suya alguno de los otros jugadores. Así se prosigue hasta que se quiere dar por terminado.

Esconde o escondite. — Parte de los jugadores van a esconderse y a una señal dada, otro u otros salen en su busca y dan caza a los escondidos hasta conseguir asir a alguno de ellos antes de que toque el punto de partida; trocándose de este modo los papeles de escondidos y de perseguidores.

Gallina ciega. — Se venda los ojos a uno de los jugadores y, a una señal dada, los otros empiezan a hostilizarle y golpearle hasta que éste logra asir a alguno y adivina quién es; el cual pasará a hacer oficio de gallina ciega.

Justicias y ladrones. — Con este nombre, así como con los de "Moros y cristiano", "Contrabandistas y carabineros", "El ratón y el gato" y otros, se designan diversos juegos de persecución entre los muchachos que afectan diversas formas y variantes según los lugares en que juegan.

Marro. — En este juego pueden tomar parte muchos jugadores. Se colocan éstos en dos bandos, uno enfrente de otro, dejando en medio suficiente campo para correr. Sale cada jugador de su campo hasta la mitad o más, según su atrevimiento y avance en el correr, con objeto de coger a alguno de los contrarios que haya salido del suyo respectivo antes que él, sobre el cual se dice que "tiene marro"; pero evitando el dejarse coger por otro contrario que, habiendo abandonado el campo después que él, "tenga marro" sobre él. Los jugadores cogidos quedan prisioneros del bando contrario y forman una cadena asidos unos de la mano de otros, hasta conseguir que los liberte alguno de su bando. El juego se termina cuando no quedan jugadores en alguno de los dos bandos.

Dibujos premiados

Han resultado premiados, de acuerdo con las bases de este concurso, los dibujos correspondientes al mes de Diciembre que llevan por título "De paseo por Sarandí" por Evangelina Sisto; Mamá enseñando el "Himno Nacional por Rodolfo Jerusalen Caissiols; "Mundo Uruguayo" por Angel Marinoni; ¡Que chicas tan papas! por Ismael R. Nievas y "Pedrin en día de fiesta" por Manlio Ferrari.

Los chicos cuyos dibujos han resultado premiados pueden pasar por la administración de MUNDO URUGUAYO a recojer los premios, justificando previamente su identidad.

Las vibraciones del eter

Varias noticias

—Se recomienda aumentar la resistencia en el circuito del filamento del audión detector antes de quitar la clavija de los receptores telefónitiempo que se está cargando la bade incrustarla en el "jack" detector. Los operadores de aparatos que posean "jacks" de control automático del filamento evitarán que se quemen los audiones detectores siguiendo esta indicación. Las precauciones antes mencionadas se deberán tomar especialmente cuando el aparato se halla en funcionamiento al mismo cos del "jack" amplificador, a fin tería.

—Algunos tipos de transformadores amplificadores de audiofrecuencia poseen una capacidad distribuída muy baja, y por esta razón el primario deberá conectarse en "shunt" a un pequeño condensador cuando se emplea transformador en la primera etapa de un amplificador. La capacidad conectada puede ser determinada empleando un condensador variable de capacidad conocida y ajustándolo a las mejores señales.

Impresa en los Talleres de Ucar Blanco Hnos. —IMPRENTA LATINA. — Calle Florida 1528 y Paysandú 832
Para la AGENCIA PUBLICIDAD. — Capurro & Co. — Grabados a cargo de GINO LUGLI